

JOSÉ REVUELTAS

Los errores



EDICIÓN CONMEMORATIVA
CENTENARIO DEL NATALICIO DE JOSÉ REVUELTAS



En 1964, quince años después del escándalo suscitado por *Los días terrenales*, Revueltas vuelve a enfrentarse a lo que para él es la pregunta que nos hace la Historia a quienes vivimos, y muy particularmente a los comunistas: si nuestro siglo habrá de ser «designado como el Siglo de los procesos de Moscú o el siglo de la Revolución de Octubre». *Los errores*, por ello, es una de las grandes novelas comunistas de nuestro tiempo. De un lado de la balanza, militantes extraordinarios como Olegario Chávez y Eladio Pintos; del otro, los sacerdotes del partido. Como trasfondo, los procesos y purgas en la URSS, una huelga en la ciudad de México, el asesinato de un prestamista anticomunista, proletarios en lucha, los hilos que teje el cabecilla fascista y las figuras goyescas del padrote, el enano y la puta. Una gran novela donde la Historia tiene el rostro de cada uno de los personajes inolvidables.



José Revueltas

Los errores

ePub r1.0

IbnKaldun 06.03.15

Título original: *Los errores*
José Revueltas, 1964

Editor digital: IbnKaldun
ePub base r1.2



Yo hubiera querido denominar a toda mi obra *Los días terrenales*. A excepción tal vez de los cuentos, toda mi novelística se podría agrupar bajo el denominativo común de *Los días terrenales*, con sus diferentes nombres: *El luto humano*, *Los muros de agua*, etcétera. Y tal vez a la postre eso vaya a ser lo que resulte, en cuanto la obra esté terminada o la dé yo por cancelada y decida ya no volver a escribir novela o me muera y ya no pueda escribirla. Es prematuro hablar de eso, pero mi inclinación sería ésa y esto le recomendaría a la persona que de casualidad esté recopilando mi obra, que la recopile bajo el nombre de *Los días terrenales*.

(*José Revueltas: entre lúcidos y atormentados*, entrevista por Margarita García Flores, *Diorama de la Cultura, Excélsior*, 16 de abril de 1972.)

A Imre Nagy,
el gran luchador húngaro

I. Mario Cobián

Ahí a sus espaldas, visto en el cuadro del espejo, a unos cuantos pasos, entre las cobijas del camastro, dormía el pequeño cuerpo infantil, verdadero hasta lo alucinante, hasta la saciedad. Dentro de algunos minutos comenzarían todas las cosas, sin que ya nadie pudiera detenerlas, una detrás de otra, sometidas a su destino propio, extraordinarias y tangibles, más allá de esto, en una especie de infinito. Un infinito concreto e irreal como una borrachera. Comenzarían cuando se aproximara a despertarlo, esto era indudable. Cuando se aproximase a sacudir con la mejor de sus rabias, con ese odio, al pequeño cuerpo, para sacarlo de sus puercos sueños, los sueños viciosos en que estaría metido de la cabeza a los pies. El pequeño y sucio cuerpo de *Elena*.

Mario Cobián, inmóvil ante el espejo, dejó de mirar hacia el camastro para examinarse a sí mismo, concentrado, sin alterar para nada aquella inmovilidad atenta y colérica, las manos vueltas sobre el tocador, los brazos tensos, como quien se apoya en una tribuna. Sólo los ojos habían hecho un pequeño esguince hacia su propia figura, sobre la superficie del espejo, pero bastó para que los rabiosos sentimientos que le provocaba pensar en *Elena* se orientaran en un sentido por completo... diferente, no previsto, lleno de asociaciones confusas e inesperadas.

Le resultaba imposible decir qué era aquello: ese encontrarse con otra persona, esa metamorfosis en que apenas se reconocía. Pero sobre todo, no tanto por las alteraciones del disfraz (esto era lo de menos, como cuando se acude a una fiesta), sino por los actos a que el disfraz se destinaba. Una incertidumbre distante y vaga, algo todavía incrédulo respecto de la acción propuesta para el hombre del espejo, que también, sin remedio, era Mario Cobián. Hizo algunos gestos estúpidos e infantiles como si esperara una milagrosa desobediencia del espejo, una inopinada rebelión de aquella imagen esclava; pero la imagen estaba ahí, estricta y fatal, esclavizándolo a su vez a estas nuevas relaciones con su propia persona y dentro de las que debía moverse de aquí en adelante, aunque fuera por un corto tiempo, mientras llevaba a cabo el plan.

Con todo, los gestos que el espejo había repetido no lograron disipar la sensación impune (como de cometer toda clase de locuras y extravagancias en un país extranjero que se abandonará al día siguiente), donde las cosas previstas, calculadas, que iban a ocurrir y que él realizaría, de cualquier modo no eran suyas, o no suyas por completo, volviéndose autónomas e impersonales, igual que a través de un estado de sordera en el que también hubiese perdido el tacto. Se miraba entonces con una especie de cariño compasivo y orgulloso, sin delito alguno, absuelto de antemano por aquella irrealidad blanca e inexorable en que existía esa amnesia del futuro que sin duda debe sobrevenirles a los condenados a muerte, poco antes de la ejecución, cuando se abandonan y marchan al patíbulo ya desdoblados y vacíos a fuerza de olvido, puros de tanto pensar que no son ellos mismos. Una inocencia llena de ternura que lo impulsaba a buscarse más y más en el espejo con una valentía impúdica y tranquila, seguro de no encontrarse, asombrado. Sonrió. He aquí, empero, unos rasgos: aunque tampoco suyos, tampoco pertenecientes en forma estricta a su persona. Más bien como un recordatorio, como si tuviesen por sí mismos una memoria que ejercer, adrede, puestos ahí por un pasado anterior a su propia vida, anterior a su nacimiento: los rasgos del rostro de su madre, predestinados para él desde antes que se le engendrara, desde las misteriosas premoniciones de la vigilancia y del deseo. Aquella nariz fina y el labio superior ligeramente enhiesto de su madre, hoy tan absolutamente más querida que nunca. Ahí estaba ella en el espejo, asomándose desde el fondo de su hijo como por una ventana sin culpa, bendiciéndolo desde las profundas aguas de la muerte. Mario Cobián sintió que un nudo de

agradecimiento tembloroso le apretaba la garganta con aquella piedad e indulgencia sin límites que era ahí su madre, sobre sus propios rasgos. Ella lo acompañaría, ella lo protegería con su presencia invisible e íntima, a lo largo de esta aventura suprema, en la consumación de cada detalle, desde el principio hasta el fin, sin dejarlo de su mano. Mas de pronto ya no eran únicamente la hermosa nariz ni el provocativo labio superior lo que Mario miraba en el espejo, sino su madre total, completa, semejante a una especie de transmigración hacia su propia figura, como si aquel disfraz lo aproximara más cabalmente al parecido con ella, en lugar de alejarlo: era el anuncio de que no estaba solo, de que su madre aprobaba lo que iba a suceder, estaba de acuerdo con el plan.

Pero la imagen había sido una ilusión instantánea, fugaz, y el espejo volvió a ser aquella superficie desolada con Mario Cobián dentro. Por lo pronto ya no era aquel otro hombre, de unas horas antes, con aquella gran melena de rizos que, con tan deliberada y poco varonil coquetería, se alborotaba él mismo sobre la cabeza, en cuidadosas ondas desiguales hacia los lados y en la parte superior, todas las noches, antes de salir a la calle. Lo lamentaba, pero con tranquila resignación, tan sólo por cuanto al cabello, que tardaría en crecer y retomar su antigua forma; no así respecto de sus trajes, con esos vistosos pantalones, anchos en la cintura y angostos en los tobillos, y esos sacos espectaculares, de abultadas hombreras, que en cualquier momento podría volverse a poner únicamente con quererlo. El pelo corto, la corbata oscura y deslucida, amén del traje café, enjuto y decorosamente pobre, le daban la figura justa del agente viajero por el que quería hacerse pasar.

Treinta minutos antes, al registrarse en el hotel, resistió la prueba. Es decir, la resistió el administrador. Éste le había dirigido una mirada sin malicia y tuvo hacia él ese servilismo cauteloso, intermedio, equidistante al descarado ruin con que debía tratar a la prostituta de poca clientela que ocupara algún cuarto, y la sonora, activa obsequiosidad con que en los hoteles se recibe al evidente provinciano, en espera de poder sacarle todo el dinero que se pueda. No, ninguno de los dos extremos; ni como a una prostituta ni como a fuereño. Debía tener la apariencia exacta, se dijo entonces, o que por lo menos era ya la exacta ante los ojos del administrador, ante el primer testigo.

Le causó risa haber pensado, comparativamente, en el trato que reciben esas prostitutas pobres alojadas en los hoteles de tercera. Vienen, van, hacen la calle. Cualquiera pensaría que pagan su cuarto, en última instancia, acostándose con el administrador, cansadas, desesperadas al no encontrar cliente. Pero le tienen miedo, el administrador las odia, las vigila, les exige, y ellas más bien son horribles, en absoluto sin nada con que defenderse.

Algo más que un primer testigo: alguien que lo situaba, que le daba una realidad, que con su aceptación lo hacía entrar del modo más firme en su propio desdoblamiento, ahora sin escapatoria. En efecto, lo había mirado como a una cosa ya resuelta, un hecho establecido. Una mirada sin mácula que no traslucía sino el cansancio de poner en juego ese servilismo de tipo menor que merece un agente viajero, además visto por primera vez. Había echado también una ojeada al equipaje, aquella especie de baúl ventruado, de cuero viejo, y la otra maleta, más pequeña.

—Se paga por adelantado —dijo.

No podía resultar más perfecto, hasta por esa desconfianza: los agentes viajeros auténticos —los desconocidos— suelen salir del hotel, maleta en mano, a pretexto de que ahí llevan sus muestras comerciales, desaparecen para siempre y, en suma, no dejaron en prenda sino una destartada caja de cartón vacía en el cuarto. Pagó, por supuesto. La prueba estaba destinada al administrador: no era Mario ese agente viajero desconocido, sino el administrador quien lo convertía, quien lo comprobaba como tal, dándole su legítima carta de naturaleza.

El hombre se ofreció a cargar con el equipaje.

—Ésta la llevo yo —opuso Mario por la maleta pequeña—, la llevo yo, no se moleste —por supuesto era la maleta que no tenía importancia, pero a la que debía tratar como un tesoro.

Estaba hecho, de todos modos. Aun cuando Mario ya no hubiera querido ir más adelante, estaba hecho, no podía caber la menor duda.

Se veía dentro del marco del espejo como si aquella imagen suya, a la que se abandonaba tan provisionalmente, no fuese sino un préstamo, la cantidad que necesitaba para su rescate, resuelto de antemano, en su fuero interno, como cuestión de honor, a devolverla con creces, de mil modos, con aquella nueva vida que se proponía llevar, con aquella ruptura consigo mismo, con su pasado, con todo el infierno. A la luz de estos propósitos, el sobrenombre con el que se le conocía en su mundo era lo que cobraba ante sus ojos un sentido más insólito y más aparte de su ser. Reflejado en el espejo como un simple agente de ventas, pero también de este lado, donde estaba el Mario Cobián real, irreflejable y secreto, aquel conjunto de hechos, situaciones y relaciones que era El Muñeco, como lo llamaban, se había transformado en una noción distante, casi inverosímil, que no podía ver sino con una extrañeza llena de admiración.

«Voy a convertirme en rata —se dijo—, me voy a volver un rata, pero nada más por esta vez y ahí queda...»

Por esta vez tan sólo, como el jugador empedernido que hace su última apuesta: una sensación enervante y amorosa, llena de fe en la nobleza y la bondad de aquel acto supremo y definitivo que lo hará cambiar de vida. Se iba a convertir en otra cosa, iba a cambiar de rumbo, pero no únicamente por el robo que estaba a punto de cometer y cuyo plan había comenzado a ponerse en marcha desde el momento en que se le aceptó en el hotel como agente viajero, con su gigantesco veliz raído, con su traje limpio y sin planchar, y luego la versátil, gratuita locuacidad de que hizo gala y que no podía sino corresponderse con ese hombre que comenzaba a ya no ser El Muñeco. Otra cosa, otra existencia. No regresar a eso que había sido El Muñeco, pero que tampoco era lo que el espejo le arrebatava al devolverle esta imagen de un Mario Cobián sin la fulminantemente seductora melena rizada, sin las corbatas multicolores, sin nada de aquella presencia suave, de aquel cuerpo de atleta al mismo tiempo despacioso, delicado, que tanto lo complacía; que lo complacía casi como si no fuera suyo, un poco como si se tratara del propio cuerpo de Lucrecia, de sus caderas angostas, deportivas, y la misma suavidad de felino, muelle, lubricada, silenciosa.

Volvería, desde luego, a todo eso, a sus trajes de «pachuco», a todo eso en que Lucrecia lo encontraba tan bien, su Luque, con los ojos acariciantes, malignos, diáfanos de deseo, en que lo encontraba tan semejante a ella misma. Vivir una nueva vida los dos, sin El Muñeco, olvidarse de El Muñeco, ya no volverlo a ver allí sentado, ante la solitaria mesa del cabaret, en acecho, la sonrisa turbia y aquella mirada ágil, translúcida a fuerza del minucioso cinismo con que era capaz de advertir hasta el último detalle de las transacciones que se fraguaban en su derredor.

Eso había sido El Muñeco: él mismo, como dos hermanos siameses, pero que desde ahora se separaban para siempre —pensó Mario. O como aquellas serpientes de Jovita Layton: dejaban la piel, se salían de ella con una especie de sigilo, cautas, pacientes. (Por entonces El Muñeco era amante de Jovita, iban por todos lados con el serpentario, en cada feria; Mario se aburría.) Dejaban la piel, igual que si se salieran de un túnel, el túnel que Mario intentaba abandonar: esa piel repugnante que lo envolvía en el cabaret, por las noches, mientras sus mujeres «fichaban», y luego, por las mañanas, cuando acostado junto a Lucrecia, sucios hasta el fondo en el cuarto lleno de todos los ruidos del día,

una dulzura viscosa le entraba por los poros y los cigarrillos sabían a cosméticos y a sexo.

Con Lucrecia, cuando la mujer en turno de acostarse con alguien era su Luque querida —y no así con las otras: con ninguna de las otras—, el efecto de esa piel sobre el cuerpo se acentuaba, agudo hasta la extenuación, ya no tan sólo aquellos instantes de viscosa dulzura, sino una larga, inacabable sucesión de tales instantes, desde el principio, desde que comenzaban las cosas hasta el fin, aun después del regreso de Lucrecia al cabaret, ya que había terminado con el cliente. Era un prolongado estremecimiento interior que apenas lograba dominar, una placentera angustia sostenida y dolorosa, como si Mario, es decir, El Muñeco, hubiese adquirido un segundo tacto, un tacto no suyo, la delegación de su propio tacto en una segunda persona por medio de la cual precisaba, establecía, recorría a Lucrecia milímetro por milímetro, su vientre, su vello.

—Cada vez siento más feo, mi Luque —le había dicho con un aire desamparado, suplicante, en la última oportunidad—; cada vez que te llevas a un cliente siento más y más feo —en seguida algo lo cegó entonces, una racha oscura, un atormentador, urgente deseo de poseerla, que se tradujo en golpes, unos puñetazos ardientes y precisos que Mario descargaba por todas partes sobre Lucrecia, en los pechos, en el rostro, en las costillas.

No le había ocurrido jamás de igual manera, con ninguna otra de las mujeres del cabaret, jamás algo semejante, tal ansiedad espantosa, el interrumpírsele la respiración al verla salir, y de pronto las manos frías, esas manos mojadas y frías. El Muñeco, pensó, El Muñeco. No podía ser sino amor, amor del bueno, de ese amor que hace cambiar a los hombres, que los eleva, los mejora y los induce a escoger otro camino, como pasaba ahora con él, con Mario Cobián.

Lucrecia lo comprendería mañana, después del robo, cuando Mario le propusiera vivir una nueva vida, lejos del cabaret, lejos del acoso de los clientes, una vida para ellos dos solos, sin segundo tacto, sin el hermano siamés, una existencia decente y tranquila, donde Mario, con dinero propio, no tendría por qué obligarla ni permitirle que se acostara con otros hombres. Lucrecia lo iba a comprender, claro está; iba a darse cuenta, como quien abre súbitamente los ojos, de este gran amor inesperado, de esta impetuosa pasión de Mario Cobián.

Se apartó del espejo para mirar por los vidrios de la ventana. La luz parda del atardecer, sucia, indecisa, se arrastraba sobre las azoteas, entre los tinacos del agua. Los labios de Mario se entreabrieron con suavidad ante un recuerdo lejano cuya imagen precisa lo asaltó de pronto: el arco de un chorrito de agua, exactamente como si estuviera orinando, que brotaba de los tinacos hasta dejarlos sin gota. Mario lo hacía cuando pequeño, con un revólver 22, muy de mañana, un poco después de las seis, apenas se habían llenado: era cosa de dirigir la mira de la pistola hacia la parte más baja del tinaco, disparar, y entonces orinaban, uno tras de otro. Más tarde había un revuelo en los patios de las vecindades, por la falta de agua, escándalo, mujeres que hablaban y movían los brazos, mientras el pequeño Mario Cobián, oculto en la azotea de su casa, se abandonaba a un estremecimiento raro, anhelante, las manos húmedas y frías.

En relación con esto había otro recuerdo más, sin embargo, que Mario rechazaba con un miedo angustioso y una certeza íntima, confusa y cínica al mismo tiempo. Una vez, y sólo esa única terrible vez, no disparó sobre los tinacos.

Aquella ventana distante parecía no ser otra cosa que un marco negro al que la distancia despojaba de toda realidad. Un simple disparo. «El susto que se van a llevar», se decía Mario, bulliciosamente divertido, mientras apuntaba hacia el negro pizarrón. Pero la idea del susto también era abstracta, sin configuración alguna, tan sólo un placer secreto, privado, incomunicable.

Estaba tendido boca abajo, con el pecho apoyado en el suelo de la azotea y al resguardo de unos viejos cajones que escondían su cuerpo. Esperó largos, larguísimos segundos antes de disparar.

Después del disparo no se pudo poner en pie, la cabeza caída sobre los antebrazos, agotado por un enervamiento oscuro, los ojos muy abiertos, tensamente fijos sobre el revólver.

Se sentía suspendido en el aire, sin apoyo físico alguno, pero como dotado de una fuerza reciente y desconocida, que le daba un poder innominado, vagamente atemorizador. Un descubrimiento nebuloso de su propia persona: he hecho *algo*, yo, este que se encuentra aquí, entre los viejos cajones de la azotea. La ventana debió estar abierta, porque no se produjo ningún ruido de vidrios. Se habrían oído caer, a pesar de la distancia. Algo, cuando menos. Y ahora estaba él ahí echado, vencido, laxo: él mismo y nadie más, con aquella pistola de la que se desprendía un olor seco y rudo. Encima de la casa, de las casas; la sensación de estar por encima de las casas, o más bien de las gentes, unido a ellas de un modo invisible, como Dios, a quien nadie ve, pero que puede entrar por una ventana en la forma de disparo e irse a incrustar en el antiguo retrato de familia que cuelga de la pared. En seguida acude alguien, una mujer, por supuesto; otras personas más que habrán interrumpido aquello que hacían y ahora se muestran animadas y confusas en derredor del retrato de familia, lo miran de cerca, tocan el orificio del balazo, se asoman por la ventana y hacen girar sus cabezas en actitud de quien espera descubrir algo sensacional, con infantiles movimientos de pájaros tontos, mientras Mario está aquí, terriblemente cansado como después de una larga jornada amorosa. Un aquí y un allá: ese poder único, tenso, de sentir que aquel *allá* era suyo, sucedía por él, era su obra: el retrato de familia, las nuevas gentes que entraban y hacían lo mismo que las anteriores, con la misma expresión de trascendencia severa y estúpida: comprobar el orificio, asomarse a la ventana. Gentes que brotaban de su costado, igual que del costado de Adán, lejanas y anónimas, que Mario no conocería nunca, pero a las que miraba con su ojo omnividente de Divina Providencia asomado tras del agujero del retrato, mientras ellas transcurrían en su derredor, como los dolientes ante un féretro invisible donde está el cadáver vivo, palpitante, sollozante de placer, aquí en la azotea, aquí en su reino secreto y mudo.

Lo sacudía por dentro, igual que el tintineo de una campanilla opaca, cierta especie de delirio abismal y dulce, con aquella anulación de la distancia en que transvasaba los muros de una casa ajena y desconocida, donde él era el único protagonista verdadero pero invisible, mezclado hasta lo más íntimo, hasta sentir el calor de sus respiraciones y mirar sus ojos vulgares, torpes, sin acontecimientos, entre gentes prodigiosamente vivas, convocadas por él del mismo modo que un mago hace surgir de la nada cosas increíbles y maravillosas. Entre ellas Mario no era sino una conjetura, una hipótesis imprecisa e irreal, nada menos incorpóreo que eso: el que había disparado. Algo sin forma ni condición, o con todas las formas y condiciones posibles, hombre, mujer, niño, estudiante, vagabundo, bandido, sacerdote, soldado, rufián. Pero tal hipótesis no podía ser para Mario otra cosa que él mismo, este ser concreto; y entonces su identidad con aquella vaga conjetura, que también era él mismo, se le aparecía como un contacto indecible, como si alguien le acariciara el cuerpo por debajo de la piel con unos dedos caprichosos y complacidos, mientras él se desangraba por cada uno de los poros, hasta el vacío, hasta vaciarse por entero en el vacío, sin comprender nada, sin darse cuenta de nada.

Era un dejarse ir, un salirse de su propia persona para mirarla allá, en la recámara imaginaria de aquella casa, en medio de los objetos más lógicos y fantásticos, la cama matrimonial, el lavamanos, la cómoda, la bacinica de peltre y luego el retrato en la pared.

Se había dado cuenta que no imaginaba ninguna otra cosa que la misma alcoba de su madre, cuando vivían en la Ribera de San Cosme, y esto le provocó de pronto un embriagador, un insoportable

empalagoso deseo de volver a disparar.

Pero disparar no sobre otro punto, sino en la misma dirección, hacia el mismo retrato improbable, entre los inoportunos curiosos que comentaban y se movían; disparar por encima de sus cabezas, entrar otra vez en la alcoba con esa insolencia soberana, con ese poder lleno de regocijo, de rabiosa libertad a la que en seguida rodearía el miedo inmundo de la gente, el fascinante pavor de que un loco anduviera suelto; la clausura de las ventanas, de los postigos, de las puertas; el recogimiento de las familias, el vacío de los patios, y luego los valientes vecinos, con el rostro de expresión aterrorizada y justiciera, abnegadamente dispuestos a participar de voluntarios en una inconcreta cacería de nadie, a través de las azoteas, como inatentos mendigos ciegos y borrachos a los que Dios mismo hubiese robado las limosnas. Todo un límpido universo sin aire, repleto de pánico, de amor por la propia piel, donde los hombres se darían la mano los unos a los otros, fraternales y resplandecientes de callada, voluptuosa maldad. Bastaría para hacerlo nacer el solo leve movimiento del gatillo: un deseo sobrehumano de que así fuese, una urgencia irracional y tentadora, que Mario no se podía explicar.

En este mismo momento, después de tantos años, lo volvió a sentir de nuevo: algo como la caída sin fin en un quieto abismo de furia acariciante y trémula, el desfallecimiento vicioso de no poder resistir aquella nueva dulzura pertinaz, con la pistola entre las manos, mirándola, mirándola, los ojos fijos para siempre, sin esperanza.

Otra vez apareció ante su recuerdo la alcoba de su madre, pero mucho más real y precisa que nunca. Lo curioso era que en esta alcoba verdadera no había tal viejo retrato de familia, como tampoco, sin duda, debió haberlo en la recámara del disparo. Él hubiese querido herir en aquella ocasión un retrato, precisamente el retrato que no existía en la alcoba de su madre y que por ello mismo anhelara e imaginara casi con todos sus detalles en esa otra alcoba desconocida sobre la que había disparado. El retrato de un hombre de edad, algo así como un pariente del que se habla con misterio, bien vestido pero sin elegancia, serio y distante, con el impacto del balazo a la altura del chaleco, junto a los dos dedos de una mano sujetos entre los botones.

Ahí estaba su madre, que no lo había sentido entrar. Un recuerdo punzante, lleno de silencio, como en las películas de la época, una irrespirable acción sin ruido. La veía sentada en el suelo, de espaldas a la puerta, junto al lecho matrimonial. Algo que inmediatamente ya no era de este mundo. Pero allí estaba, de espaldas, aunque no del todo en el suelo, sino apenas más arriba, como si algo se le hubiera roto en alguna parte, despojada de alguna cosa esencial. Tenía la falda recogida por encima de la cintura y sujeta hacia adelante con los antebrazos, genuflexa, equilibrándose con las piernas desnudas hacía afuera como dos gordas asas de porcelana, blancas. Allí estaba, era como para morir, tan irremediable como para eso. Mantenía la cabeza inclinada hacia abajo con una atención quieta, con un arrobamiento lleno de afectuosa minucia, reflexiva y cálida, en virtud de aquel ruido que brotaba de su cuerpo y que llenaba poco a poco, con su decreciente diapason —como si se desistiera de un empeño que había sido demasiado enérgico al principio—, la especie de taza aquella que se advertía en el suelo.

«Ese ruido», pensaba hoy Mario con la misma desolación de entonces, la misma vaciedad en el cuerpo. «Ese líquido, esa llave que se iba cerrando.» Volvía cada vez a sus oídos, terco, igual. La propia Lucrecia era parte de ese ruido, estaba inodada en aquella especie de conjura, en todos esos turbios y siniestros manejos fisiológicos.

Su madre seguía sin advertirlo y entonces Mario pudo salir de la alcoba, casi sin hacer movimiento alguno, hechizado de angustia por una sensación que le resultaba imposible comprender.

Pero no tenía siquiera fuerzas para volver a disparar, vencido por ese acabamiento largo y

embriagante en cuyo fondo se encontraba, las manos muertas y sudorosas junto al revólver, igual que guantes vacíos incapaces en absoluto de deslizarse y recorrer la distancia infinita hasta tomarlo otra vez. Creyó escuchar voces que provenían de algún lado, pero no estaba seguro, o tal vez gritos, un cierto rumor envolvente, arterial, de sombras auditivas, fugaces y sin dirección, que huían como por un resumidero y se apagaban allá muy lejos, sin llegar a ningún punto. Hubiese dado lo que fuera por poder erguirse y mirar hacia la ventana, pero se sentía atado a la superficie de la azotea como por una suerte de gravitación descomunal, superior a cualquier fuerza, a cualquier deseo. Era una inmensa superficie de unos cuantos centímetros, de donde le era imposible apartar la vista: la absoluta soledad de la persona y su objeto, mirándose el uno al otro desde el horror de los siglos. Entonces fue cuando se escuchó, larga, ululante, la sirena de una ambulancia de la Cruz Roja, y Mario Cobián pudo confirmar que no había disparado sobre el viejo retrato de familia, sino sobre un ser humano.

«Lo que sea de cada quien —se dijo sin que apartara la mirada de esta azotea de hoy—: oportunidades para volverme ratero, y de lo fino, nunca me han faltado, así que no tengo de qué afrentarme por una sola vez que voy a dar un golpe en mi vida.»

No había querido prevenir a Lucrecia de nada.

Era tan extraordinaria, significaba tanto para los dos esta nueva existencia, que Mario se la ofrecería, redonda, limpia, acabada en todos sus detalles, igual que una verdadera bendición caída del cielo, para que Lucrecia se embarcase en ella sin el menor tropiezo, desenvuelta, natural, agradecida, como algo que así debía ser y no de ningún otro modo. Imaginaba el entusiasmo de Lucrecia, sus ojos incrédulos y asombrados, su alegre miedo, no mañana sino hoy mismo por la noche, cuando Mario llegara a darle la buena nueva, lo más pronto posible después del golpe. La veía saltar de la cama, inclinarse sobre el montón de billetes. Veía sus hombros desnudos, sus rodillas desnudas, bajo el corto camisón de costumbre. Esa manera de despedir calor que tenía el cuerpo de Lucrecia, el roce de ese cuerpo, igual que una onda tibia y profunda, cuando de puntillas sobre los pies descalzos besaba a Mario; el suave nido de musgo de las axilas las veces que se dejaba crecer el vello, toda esa Lucrecia palpitante, viva, tan suya, que le pertenecía. Una Lucrecia que le pertenecía más que a quienquiera que fuesen los otros, en esos rincones del tiempo destinados a ellos dos solos, esos rincones de desprecio puro, en que su forma del odio a todo lo que ella habría hecho antes de regresar a casa, a los manejos del oficio, a esa fatiga sexual de acostarse con este o aquel desconocido, no era sino una indiferencia abstracta, la indiferencia más sin memoria y más vacía.

Pero de aquí en adelante iban a estar solos el tiempo entero de sus horas, de sus días, como dueños absolutos, en cuanto la librase de aquella existencia vil. Mario pensaba en algún negocio cómodo, donde pudieran estar siempre juntos. Alguna cantina en la frontera norte, con muchachas que ficharan bajo la supervisión de Luque. Cierta cosa así, cierto mostrador tranquilo. Suspiró con una tristeza increíble: su madre. Había muerto demasiado pronto para que Mario le hubiese podido dar una tranquilidad como esta que iba a darle a Lucrecia. Lo bien que habrían vivido los tres. «Mi madrecita santa», se dijo Mario. Dejó de mirar por la ventana.

II. *Elena*

Ese ruido, a sus espaldas, lo había sacado de juicio en absoluto. Si alguien lo escuchaba desde afuera esto era simplemente el fracaso de los planes. Mario ahora estaba vuelto hacia el camastro, hacia aquel cuerpo inocente que dormía y que de pronto roncaba con escalofriantes gargarismos, como dentro de un túnel, como un perro enfermo, un ronquido gordo y húmedo, animal.

Nuevamente una cólera súbita y cruel se apoderó de Mario, le subió por la garganta hasta los dientes. Le gustaría aproximarse con sigilo, como en otras ocasiones; lo desearía con todo su ser, para tirar bruscamente de las cobijas y, al despertarlo por sorpresa, oír los alaridos de espanto que lanzaba entonces, aterrorizado, loco. Pero aquí era imposible, hoy era imposible. Odiaba a *Elena*. Odiaba esa devoción rendida que el pequeño cerdo tenía hacia él, esa abdicante forma de sometérsele hasta el retorcimiento, hasta la ignominia, que sin embargo Mario lograba tan sólo con acceder a darle un beso.

Cesó de roncar, igual que bajo el golpe de una guillotina, como si la fija mirada alucinante de Mario se lo hubiese ordenado en silencio. Las cobijas ondularon, unas olas angustiosas entre las que primero salió a la superficie la mano convulsa del náufrago, se detuvo largo tiempo, ciega, con los dedos lentos que buscaban el vacío, que parecían querer comunicarse por medio de un lenguaje de batracio, para que después emergiera el rostro cautelosamente, con cierto vago pavor, como si la ola cayera poco a poco hacia adelante. El rostro del náufrago, el rostro de *Elena*, abrió los ojos dulzones, llenos de maliciosa súplica, más perversa aún a causa de la barba crecida de días y los párpados gruesos de hinchazón alcohólica. Saltó de la cama con la agilidad de una horrible pelota viva, con su estatura apenas unos centímetros mayor que el metro, igual que si rodara, hasta abrazarse a las piernas rígidas, rabiosas, de Mario.

—¡Quieto, *Elena*, quieto! —ordenó en el tono con que se ordena a una simple bestia. Le decían *Elena*, un juego de palabras, un divertido apócope de *El Enano*: Elena-no.

Elena soltó con tristeza indecible las piernas de Mario, que sus cortos brazos pudieran caer del todo verticales a cada lado del cuerpo redondo, aunque esta actitud debiera ser de desmayada desolación, de amargo abandono. Sólo en el rostro gigantesco, en la inmensa cabeza de treinta años, caída sobre el pecho obstinadamente, en esa cabeza del Bautista, se podía advertir el dolor total que lo embargaba, el dolor suicida y desamparado que lo hería ante aquel brusco rechazo. Sin duda iba a vomitar, sin duda iba a caerse, a resbalar como una araña, cuando ciertas arañas repliegan las patas sobre sí mismas y ruedan de desesperación, impotentes hasta más no poder. Un sollozo extraño y salvaje, el roto bramar de un cuerno de caza, un golpe de viento desgarrado, brotó del pecho de *Elena*.

Mario ya no pudo más. Se dejó caer con todo su peso, las dos manos contra los hombros del enano, a modo de quien entierra una cruz, derribándolo, para en seguida izarlo en un puño, zarandearlo en el aire y por último apresarle la monstruosa cabeza, a la altura de las quijadas, entre el ángulo de su violento antebrazo, mientras apretaba con furia.

Todo había sido rápido y callado, pues *Elena* cesó de gemir a la primer embestida. Mario lo sostuvo en el aire durante algún tiempo, en una especie de delirio sobrehumano, mirándolo con los ojos vacíos.

—Ya no chilles —ordenó a través de un susurro tibio, amoroso a fuerza de contención, de cautela, al oído del enano—. ¿Me oyes, imbécil? —otra vez un tono como de alcoba, ese aliento furtivo sobre la mejilla de *Elena*—. ¡Nadie sabe que estás aquí en el cuarto, nadie es capaz de suponer que venías dentro del veliz! Y primero roncas y después chillas —la voz de Mario se hizo casi dulce, íntima y acariciante, con aquel odio que sentía—. ¡Dime, hijo de perra! ¿Ya no chillarás otra vez como un imbécil?

A *Elena* lo ahogaba sobre la boca esa tenaza de músculos envueltos en el tosco casimir que usan los agentes viajeros, pero ya no sentía la menor desesperación, el menor deseo de quejarse. Más bien un abandono, un agradecimiento tierno, por haber tenido ocasión de despertar esta violencia, esta ira dominante y masculina. No le era posible responder, no había escuchado las palabras de Cobián, su voz tibia, trémula, y en el fondo sólo deseaba morir. Morir de amor.

Mario distendió el brazo y *Elena* se desprendió a plomo como el mico que cae muerto de lo alto de una palmera, igual que un pequeño saco silencioso de carne, sin lanzar el más leve chillido. Ahora parecía inmune al dolor, a cualquier clase de sufrimiento, aunque por encima de los mugrosos pelos de sus mejillas sin rasurar chorreaban tercamente las lágrimas.

Mario, sin hacerle caso, se volvió para colocar, abierto sobre la cama, el veliz grande. Era un extraño veliz, mitad baúl, uno de los velices en que Jovita Layton llevaba sus reptiles. Podría hasta parecer confortable por dentro, con sus ventilas para respirar. Desde la cama Mario tronó los dedos hacia el enano con impaciencia.

—¡*Elena!*

El monstruo no se movió, la cabeza inclinada hacia el suelo. Parecía un bufón antiguo, deforme, llorando.

—¡Ándale, se hace tarde! —requirió con mayor apremio Cobián, a punto de sentir otra vez rabia ante aquella taimada resistencia con la que el enano trataba de hacerse rogar, conducirlo a cierta situación precisa, a ciertas cosas. Mario conocía sus mañas de mujerzuela, todas sus malas artes de mujerzuela.

Quizá el enano infeliz hasta se propusiera hacer fracasar los planes, ya que de él dependía todo. Mario pensó en Lucrecia. Era preciso librar una batalla inteligente, no dejarse alterar los nervios, no dejarse vencer por el maldito enano del demonio. Lucrecia era sagrada, un ideal sagrado y puro.

—¡Ya estuvo suave, mi viejo! —bisbiseó con apremiante y fingida ternura—. Yo sólo quería que no hicieras ruido. Si nos descubren, paramos en chirona como un par de pendejos, sin haber metido las manos, sin deber nada todavía.

Hablaba muy quedo, como en el interior de un templo y con la misma fe ardiente empeñada por completo en el afán de que *Elena* comprendiera todo el alcance de esta súbita religión del delito, de que se le revelase la esencia de este Dios vivo y verdadero. Pero el enano parecía una marioneta abandonada, sin alma, los grandes ojos de idiota fijos sobre el suelo.

—¡Mátame, Muñeco! —pidió desde ahí con temblorosa voz, sin alterar en absoluto su posición obscenamente genuflexa, de pequeño ídolo incaico que se masturba con la mirada—. ¡Mátame de una vez, Muñeco!

No se movía. Ahí, encogido, era un poco como el recuerdo de su madre, aquella vez en la alcoba de la casa de la Ribera de San Cosme. La tranquilidad, la felicidad de Lucrecia, ésas que Mario no había podido brindar a su madre, estaban en peligro: bastaría que el enano se emperrara un poco más de lo debido, con sólo eso, para ya no llegar a tiempo. Era necesario contemporizar, ser pacientes con *Elena*, acceder en calma a sus pequeños y retorcidos caprichos, deslizarse por esa pendiente húmeda, resbalosa, de las concesiones. Un mostrador tranquilo para Lucrecia en una taberna de la frontera, un remanso para la vida de ambos, lástima que sin la madrecita adorada de Mario Cobián. También había visto a Lucrecia, pero aquél era otro mostrador, escondida allí atrás, porfiada y cabizbaja, produciendo el mismo ruido que su madre. Sólo que dentro de una cubeta, un poco más ronco, más áspero. Lucrecia se había vuelto, sonriente, al ver a Mario, y entonces dijo cualquier cosa, sin levantarse hasta no terminar,

con la despreocupación sin esperanza de un preso sentenciado de por vida.

El enano no se movía, esa horrible miniatura de la madre de Mario estaba ahí quieta, también como si orinara.

Una sensación agridulce, de impotencia y vértigo, comenzaba a embriagar a Mario, semejante a la que sentía cuando despertaba al amanecer con una prostituta borracha en la cama. Se dejaba arrastrar en la misma forma. Este desgraciado marica, esta puta cabrona.

—¿Eh? —exclamó Mario con una imprevista mueca senil de horroroso y falso entusiasmo—. ¡Ya sé lo que quieres! Pero ven. Ven, ven, al que no habla Dios no lo oye. ¡Te digo que vengas, *Elena*!

No le importaba ya declararse vencido ante el enano. Lucrecia era sagrada, sagrada, sagrada. La vida nueva.

El enano irguió la cabeza y entrelazó las manos atrás de la nuca, con una expresión comunicativa e insolente. Era un espléndido gnomo feliz, maligno y feliz. Hacía pequeños ruidos con la garganta, un aterciopelado ronroneo. Sin separar las manos de la nuca inclinó el tórax, pareció como si metiera la cabeza entre las piernas, y convertido en una rueda, giró a maromas hasta ponerse de pie junto a la cama, victorioso, los bracitos abiertos hacia arriba como un trapeceista que da las gracias al público. Continuaba el ronroneo. Los dos pies muy juntos, impulsándose con un salto acrobático de resorte, *Elena* trepó sobre la cama para sentarse encima del veliz, frente a Mario, un poco más abajo que su cabeza, a la altura del pecho. Levantaba la punta del mentón de modo que Mario tendría que inclinarse como en una reverencia, cierta etiqueta del asco que era necesario observar. Se miraban. Lucrecia era sagrada.

También la madre de Mario Cobián había sido sagrada en otros tiempos, el rostro hundido en el fondo de un pozo, cubierto por la delgada capa de agua quieta del cristal corriente de la mirilla del féretro, un rostro próximo y grande, con el orificio de un pequeño balazo a la altura del pómulos, igual que un lunar. El asesino fue detenido, pero pidió que lo llevaran a despedirse del cadáver, al que miraba con una incredulidad tenaz y desesperada. Los periódicos habían puesto en claro que era el amante de la difunta, que ambos se entrevistaban en aquel mismo departamento donde se cometió el homicidio, que el hombre era casado y ella viuda con un hijo, y que este pobre huérfano se llamaba Mario Cobián.

—Dios y ella saben que no la maté —había dicho el hombre ante el féretro, mientras miraba con una expresión perturbada a través del cristal. Se había vuelto hacia Mario, que estaba junto a él—. Me basta con que tú me creas, hijo mío —le dijo—; tu juicio es para mí lo más sagrado en el mundo. Te juro que no maté a tu madre. Que me enseñen el arma con que lo hice. Ese balazo entró por la ventana —había levantado la cubierta del féretro—. ¡Bésala si me crees inocente! —le pidió a Mario con una humildad sumisa e inerme, en la actitud de un perro triste. Mario permaneció rígido, sin acceder, víctima de una fascinación maravillosa, la mirada vacía y fija en el lunar frío, a la altura del pómulos, sobre el espantoso rostro de su madre, gigantesco como una máscara de madera que parecía pedirle también aquel beso con todas las impotentes fuerzas de la muerte.

Sabía que *Elena* no iba a aceptar sino algo en toda forma, un beso largo, entendido, con ciertas minucias, un calosfrío, cierta tensión voraz y concentrada, un beso uncioso, vivir una nueva vida para ellos dos solos. Se miraban, se miraban. El Muñeco miraba la cara de caballo de *Elena*, con la luz amarillenta de sus ojos que intentaban tener una especie de coquetería, pero que más bien eran los ojos de una madre angustiada, suplicante, una madre de cuya garganta brotaba este ronroneo sedoso, la propia madre de Mario Cobián, con su ruido lejano. Después saldrían juntos a la calle, hacia el despacho del prestamista a quien iban a robar, *Elena* de la mano de mario, es decir, *Elena* oculto en este

veliz que Mario llevaría en la mano.

Pero ahora el ronroneo vibraba sobre los propios labios de El Muñeco, sobre los propios labios entreabiertos de Mario Cobián, un beso largo sobrecogedor, con la cabeza de *Elena* entre las manos, como quien bebe a borbotones de una jícara.

El enano se fue de espaldas de un modo suave y extraño, los ojos cerrados en firme y la piel de una palidez tan intensa que parecía transparentar los huesos agudos de los pómulos y el tosco maxilar, que temblaba con un tic muy vivo y apresurado. Se fue de espaldas, pero no como si cayera, sino como algo que nada más se desprende, deteniéndose de la rienda para dejarse ir poco a poco, hasta quedar junto al veliz con las pequeñas aspas de su cuerpo tendidas a los lados y la cabeza echada completamente hacia atrás, de súbito rígida, en éxtasis. Sobre la extraordinaria palidez de la piel los pelos de la cara parecían sobrepuestos, una especie de bisoné para el rostro, como sucede con los cadáveres. Estaba ahí tirado de espaldas, atroz, casi a punto de morir. Aquello jamás iba más allá de un simple beso inocente, sin malicia, con asco, pero ya se veía cómo lo tomaba *Elena*.

«Al ratito le pasa», se dijo Mario. Conocía estos espasmos de *Elena*, estaba acostumbrado. Lo miró largamente, sin pensar nada en absoluto, sin sentir nada. Detuvo la mirada sobre aquellos labios que acababa de besar, unos labios muertos, sin color. Ahora se retorcían de un modo divertido, igual que una de esas almejas gigantes cuando se les deja caer una gota de jugo de limón. Se retorcían entre la vida y la muerte, tironeados por los extremos de esa transición viscosa entre la vida y la muerte, sin elegir. «Nomás que se le pase y nos vamos», pensó Mario.

En cuanto cesara aquel retorcimiento de los labios, aquella única cosa viva, se marcharían del hotel, irían en busca de don Victorino, el prestamista. Los labios de un agonizante y esa forma trabajosa, dura, en que ondulaban, modelándose a sí mismos, su propia arcilla seca, orgánica, y luego los pelos postizos de la barba encima de la epidermis muerta. Irían con don Victorino, consumirían el robo, todo saldría bien, gracias a Dios.

Un sopor tibio, una manera de sentir distantes los objetos, como engrosados —que no se podían tocar en el punto en que estaban, sino un poco más allá, semejantes a una vestidura doble—, se había apoderado de Mario. Lo advirtió en los dedos al disponer los utensilios dentro del veliz para mayor comodidad de *Elena*. Las cosas no se le daban sino unos segundos después de haberlas tocado, una especie de repetición consciente que las propias cosas ejercían, resistiéndose, separándose, antes de sentir las por completo, antes casi de darles nombre: el santoniño, la ganzúa, la chaira; las herramientas, en fin, que el enano debía usar cuando estuviera a solas en el despacho del prestamista. Las acomodó del modo más conveniente: aquí la ganzúa, en este otro rincón el santoniño. *Elena* debía palpar dentro de la oscuridad del veliz; en medio de las tinieblas debía arrastrar la mano, deslizarla por las paredes de ese estuche de contrabajo hasta encontrarse con aquello.

Los acontecimientos comenzaban ya, éstos eran ya los acontecimientos, inevitables y precisos, que se desenvolvían, que creaban su propia existencia al margen de Mario Cobián, afuera, en el mundo. Un sopor, un abandono, el comienzo de una larga acción única y compacta, real hasta lo que apenas se podía creer: el enano, el beso, los labios de molusco y don Victorino que esperaba, que estaba ahí en su despacho sin saber, pero aguardándolos, perteneciéndoles, obeso, fofo, con sus ojos saltones y adormecidos.

Se estremeció con un brusco sacudimiento al recordar inopinadamente las inclinaciones de *Elena* hacia el alcohol. El maldito enano sería capaz, claro está; sería capaz con toda su alma maldita. Lo volvió de un lado a otro con ansiedad, con un miedo trémulo, espantado por lo que pudo ocurrir,

mientras le registraba cada bolsillo y le tanteaba el cuerpo aquí y allá en busca de la botella.

El enano abrió los ojos con la rapidez de quien jamás ha tenido párpados. Una increíble ola roja encendió su rostro trastornado por la rabia. De pie, ágil, movedizo, frenético, brincaba para alcanzar la botella que Mario mantenía en lo alto. Éste retrocedió unos pasos, pero de pronto ya estaba el enano tras de él, una bola de mercurio que se escurría por el cuarto con vertiginosos pasitos de pesadilla, espeluznantes, brincando cada vez con mayor fuerza, pero al mismo tiempo con mayor impotencia y desesperación, parecido a un pájaro ciego, un pájaro con alas de plomo.

Mario se detuvo. Le pedía silencio con el índice en los labios, clavaba el índice en sus labios como el filo de un cuchillo, suplicante hasta la ferocidad, el otro brazo tenso hacia arriba, la estatua del ángel del bien con su antorcha en alto, el Ángel de la Anunciación, empavorecido.

—Ahorita sí puedes echarte un trago, entiéndeme —concedió en un soplo afónico—, pero un trago nada más, *Elena*. No puedes llevarte la botella. Te emborracharías ahí dentro, para después comenzar con tus cosas, imagínate, ahí dentro del veliz.

Unos pasos se aproximaron por el corredor, al otro lado de la puerta. Mario hizo girar sus ojos aterrados hacia aquellos pasos, siguiéndolos invisiblemente a través del muro, para dejar caer en seguida sobre el enano una mirada rota, opaca, que parecía de misericordia. Los habían descubierto, se dijo. Esto era el fin.

Tapó con la mano libre la boca de *Elena*, mientras sentía al mismo tiempo que éste se aprovechaba para hundirle ahí los dientes, en la palma carnosa, de un modo tan repentino, con una prisa tan astuta —y luego alegre— que no se comprendía. No se comprendía. Mario se obstinaba en seguirlo mirando con aquella misericordia. La mano se crispaba con pequeños sacudimientos de dolor, igual que una rata en la trampa, entre las mandíbulas, entre aquellos dientes al descubierto que reían con el mutismo siniestro de una dentadura postiza. Una mirada larga, intensa, silenciosa en absoluto. Esto era el sucederse de los acontecimientos, la anestesia que proporciona una acción soberana, ajena y distante, el mundo, la vida, que lo encadenaban con sus eslabones sin pertenecerle, y le hundían los dientes en la carne que sin embargo era su carne, su mano, la mano de Mario Cobián.

Miraba al monstruo con un aire fijo de odio, lleno de esa absorta piedad con que, de ser posible, lo mataría, con que haría pedazos su repugnante cuerpo contrahecho. Los pasos se detuvieron en la puerta como si dudaran ante la quietud que reinaba en el interior del cuarto, ante esa calma vacía, deshabitada. Mario contenía la respiración mientras el monstruo acezaba quedo, con una blandura acariciante, breves aleteos de viento mojado sobre la palma que mordía. El hombre, al otro lado, tocó con los nudillos.

—¿Le pasa algo, señor? —se escuchó, clara y recriminatoria, la voz llena de sospechas, una voz maligna—. ¿Se metió alguien en su cuarto?

Mario se encontraba en un estado de cobardía pura, un estado de inmaculación animal. La voz acusadora, al otro lado de la puerta, insistía.

—¿Quién está ahí? ¿A quién metió en el cuarto? —como se habla a un homosexual sorprendido en los hechos, con esa entonación sobresaltada. Quería saber, quería contemplar el espectáculo de aquellos dos hombres, cómo los encontraría, sus balbuceos confusos.

Elena aflojó los dientes y luego miró asustado, malicioso y culpable, hacia Mario. Sin ninguna resistencia de éste, con la suavidad delicada de quien extrae una espina, separó uno a uno los dedos con que Mario, inconsciente del todo, se aferraba de un modo convulso a la botella, el brazo ahora ya no en alto, sino caído.

Paso a paso (¿por qué no corre como antes, Cristo santo?), lento hasta la fascinación, la botella

resguardada bajo los diminutos brazos en cruz, el enano se encaminó a la cama, subió y se introdujo al veliz para encerrarse bajo la tapa. Mario, apenas con fuerzas, abrió la puerta del cuarto.

—¿Qué desea? —dijo ante el hombre que estaba ahí. No, no era el administrador.

—¿Qué desea?

El hombre husmeaba en su derredor con aire vil. Miró bajo la cama, removiéndolas cortinas. No le pasaría jamás por la cabeza que pudiera tratarse de un enano. Estaba perplejo y con algo de miedo.

—¿Qué desea? —ahora la voz resultó bien, con propiedad.

Dentro del veliz el enano hacía esfuerzos inauditos por contener la risa, por no soltarse a reír a carcajadas, resentido y furioso.

—Soy un hombre enfermo de los nervios —se justificó Mario con fatiga—. Hablo dormido, grito, me peleo en sueños. No acepto que se meta así en mi cuarto. Hoy mismo abandono este pinche hotel. ¡Váyase! Déjeme.

El hombre lo miró desconcertado. Se apoyaba sobre el veliz. Abajo, dentro de aquella placenta, el enano sentía la presión, sólida, pareja, humana. ¿Qué tal si mandaba todo al diablo?, pensó el enano. ¿Si levantaba la tapa del veliz? No los iban a tomar por rateros, desde luego, sino tan sólo por unos simples homosexuales que se valían de ese ingenioso recurso del veliz para poder alojarse juntos en los hoteles. «¿Y a mí qué me importa? —se dijo—. Lo soy, lo soy, lo soy.» Una corriente de fruición, cálida y fría, le recorrió el cuerpo, se le detuvo en la garganta, lo hizo salivar pura agua, una saliva transparente, sin peso. «Lo soy, lo soy, lo soy», se repetía con un estremecimiento escandaloso y turbio. Aventuró unos milímetros el codo hacia la tapa del veliz, igual que la tenaza de un fórceps que lo arrojaría fuera de las tinieblas de ese vientre amatenal. Iba a salir, estaba a punto de empujar hacia arriba con violencia, cuando cesó la presión de afuera y luego unas pisadas caminaron como en dirección de la puerta.

El hombre, con todo, parecía no resolverse. Dudaba sin saber de qué, con una desconfianza aprensiva. Miraba a Mario y al mismo tiempo no quería insistir más de la cuenta, temeroso y con deseos de denunciarlo, pero sin encontrar base alguna en qué apoyarse. Adivinaba en Mario un asesino. Sí, debía ser un asesino. Hasta algo tan horrendo como el asesino de su propia madre.

—Pues como ya pagó, puede irse cuando quiera —dijo débilmente—; no lo tenemos a fuerza. Será mejor...

Mario se recobraba. Empujó al hombre por la espalda.

—¡Salga de aquí! —ordenó—. No quiero verlo un momento más aquí. ¡Salga!

El hombre le dirigió una última mirada huidiza. Había terminado por sentir un gran miedo y todo lo que deseaba era precisamente salir de ahí.

Mario esperó a que sus pasos se perdieran al extremo del corredor. Desde lejos venía un ruido de llaves que entrecrocaban y el timbre de un teléfono que en seguida se interrumpió.

La cabeza de *Elena* asomaba entre las tapas del veliz, atenta y sarcástica.

Mario se aproximó, terriblemente fatigado.

Antes de volverse a encerrar dentro del veliz, la sonrisa del enano relampagueó por espacio de un segundo en el aire, llena de felicidad, a causa de que llevaba la botella consigo.

III. Jovita Layton

El hombre salía de la accesoria hacia la calle, de espaldas, con la expresión sonriente de miedo, los brazos tendidos en cruz por delante, en actitud de imploración, para defenderse de los golpes, un poco como si danzara. Su calzón y blusa de manta mugrosa estaban llenos por completo de parches y zurcidos, y aún sobre los parches había más zurcidos, una especie de protección, un amor de alguien, un no estar del todo solo en el mundo, que eran un maltrato más, igual que si ese amor invisible recibiera en esos momentos los mismos golpes y sufriera la misma humillación del hombre.

Los talones de sus pies desnudos tropezaron en la acera con una baldosa suelta, y entonces el cuerpo del indígena cayó hacia atrás sobre un charco de lodo y desperdicios, en medio de dos barracas separadas por un pequeño espacio.

Desde la puerta de la accesoria se escuchó una voz:

—¡Imbécil! ¿Cómo te atreviste a decirme eso? ¡Tu palabra de hombre...! ¡Bah! ¡Me cago en ella!

Por el estrecho callejón, parecido a un caño maloliente, que formaban las barracas en una larga fila paralela a los edificios, sobre la acera, venía el gendarme de punto, sin prisas, tranquilo, con su viejo uniforme azul decolorado y astroso.

—¿Se le ofrece algo, don Victorino?

Don Victorino no se dignó contestar. El rostro interrogante del gendarme, un prieto rostro de indio puro, giró en sentido opuesto, hacia el charco, para ver del mismo modo en que se mira algo móvil pero no humano ni sensible. El indígena se levantaba ya de entre los desperdicios y seguía caminando hacia atrás.

—¿Quiere que lo remita, don Victorino? —volvió a preguntar el gendarme.

Don Victorino se encogió de hombros.

—¡Déjalo! ¡Para qué!

El indígena se había detenido a mitad de la calle, trémulo y desesperado en la lucha contra su miedo, con un esfuerzo en el que cifraba toda su dignidad y su rabia, y que parecía importarle más que nada en la vida, como si después de aquello no le quedase otra cosa que morir. Levantó lentamente un horrible brazo desnudo, parecido a una raíz cenicienta, con un extraño trabajo interior, con una parsimoniosa dificultad, quizá porque alguno de los golpes le habría roto el hueso. Entonces, en un tono chillante, agudo, lanzó una sucesión de voces iracundas en lengua mexicana, mientras en lo alto del brazo los dedos contraídos vibraban hacia don Victorino con movimientos espasmódicos que parecían lanzar sobre él quién sabe qué chispazos de fluidos maléficos, llenos de angustia.

El gendarme se reía con una risita de entendimiento, indulgente y burlona.

—¿Sabes lo que dice? —preguntó don Victorino sin inquietud, por simple curiosidad. El brazo en alto, desnudo y enjuto, del indígena, le recordaba algo que no podía precisar. Pero de súbito ese brazo ya no estaba ahí. El indígena se había echado a correr como un endemoniado para perderse en el laberinto de callejuelas y barracas.

—No —repuso el gendarme—, no entendí más que unas palabras. La lengua mexicana que yo conozco no es ésa, sino la que se habla en Tepeaca. Pero creo que el indio ha de quererle hacer a usted mal de ojo.

Don Victorino hizo un vago ademán de adiós y se introdujo en la accesoria, que era su despacho, en tanto el gendarme se alejaba hacia la esquina.

Ese brazo del indio, pensaba don Victorino. Se disponía a cerrar el despacho pero con la sensación

de que había algo por realizar, por ordenar, nada demasiado importante, desde luego, pero algo que, por no saber qué era, lo hacía sentirse incompleto y sin acomodo. Decidió esperar unos minutos y fue a sentarse tras de su escritorio.

¿Qué podría ser?, pensó. Miraba sus manos, puestas a reposar sobre la carpeta del escritorio como si no le pertenecieran. Temblaban. El incidente con el indio las había hecho temblar. Un mapa orográfico, se dijo por el dorso de las manos. Las gruesas venas entrecruzadas eran verdaderos ríos, con sus ramales, sus afluentes, sus deltas. Ríos negros. Las venas de sus manos eran negras. Se le ocurrió si no sería así con el resto de todo su sistema venoso. Tener venas negras, no azules, sino negras. Le gustaría. Le gustaría indeciblemente.

No se apartaba de su cabeza la imagen de aquel brazo del indio, en alto, rabioso y desafiante, con la mano crispada. Había un brazo igual en alguna otra parte de su vida, en algún acontecimiento que la memoria se negaba a devolver. Hacía esfuerzos por descubrirlo pero, repentinamente, este esfuerzo quebrantó la resistencia en otra esfera de su inconsciente, descargándolo de su desazón respecto a lo que faltaba por hacer en el despacho. Don Victorino respiró con alivio; ya decía que no se trataba de nada importante. Se volvió para mirar aquel veliz, en lo alto de unos grandes atados de papel periódico. Rió: como si no pudiera estar ahí, donde él mismo lo había colocado. Esto era.

El joven comisionista que se lo dejó a guardar dijo que regresaría por él en veinte minutos, mientras iba en busca de un amigo, chofer de ruleteo, que lo llevaría a Pachuca gratuitamente. Un muchacho bastante platicador, como todos los agentes viajeros. «Sobre advertencia no hay engaño», pensó don Victorino. El agente viajero estaba advertido que el despacho cerraría sus puertas en media hora más. Don Victorino miró su reloj. Habían pasado tres cuartos. Regresó el reloj al bolsillo con una imprecisa contrariedad, ajena al problema, dispuesto a cerrar inmediatamente el despacho. Ni modo: el joven agente viajero tendría que esperar hasta mañana para recoger su veliz, aunque, claro, no era por él que don Victorino había retrasado el cierre del establecimiento, sino a causa del indio maldito.

Cerrar las puertas del despacho había sido siempre algo con cierto aspecto vagamente oriental de ceremonia religiosa, como cuando los musulmanes oran y se inclinan hacia el sol poniente, hasta por el hecho de que don Victorino lo llevaba a cabo con idéntica puntualidad, en los momentos precisos anteriores a que oscureciera. Incluso no faltaba, tampoco, el empinamiento litúrgico, pues antes de nada lo primero era agacharse hasta el suelo para desprender, del sobrepiso de madera, una especie de trampa que obstruía el libre juego de las hojas de la puerta.

Después proseguía el resto de la ceremonia, hasta que el enorme cerrojo de hierro, en forma de *T*, quedaba aprisionado entre las fauces herméticas y rabiosas del candado.

Don Victorino no era alto, pero daba la impresión de serlo, a causa de la cara y la cabeza, enormemente grandes. También el pabellón de sus orejas era inmenso, translúcido, muy pálido, al parecer sin sangre, y la mirada de sus ojos bovinos y opacos, entrecerrados siempre, parecía no tener expresión, o que se esforzaba por ocultar cualquier clase de expresiones. A la epidermis de la cabeza, absolutamente sin un cabello, afloraban, del mismo modo que en el dorso de las manos, todas las venas, aunque aquí no precisamente un mapa orográfico sino más bien una cabeza de Medusa, una hermosa cabeza de Medusa encerrada dentro del cráneo de vidrio.

Jadeaba, cubierto de sudor, a causa del esfuerzo desplegado en la ceremonia musulmana. Miró en torno con seguridad, contento de sus actos.

Había vuelto a resucitar en él, por unos instantes, aquella sensación de otros tiempos, cuando pertenecía al ejército porfiriano: la opaca embriaguez de una cólera buscada y artificial, parecida a las

pequeñas dosis de un narcótico que aligera la presencia de las cosas volviéndolas inocentes y lejanas. Lo mismo que sentía cuando cintareaba con el sable la desnuda espalda de un soldado, y ahora recordaba aquellas mañanas frías, al despuntar, olorosas a ozono, con la tropa formada en cuadro. Una cólera que inmediatamente se volvía sincera —después de asestar el primer cintarazo— y llena de una sorda y apasionada justicia.

Sin advertirlo se daba pequeños golpecitos melancólicos, sobre la palma abierta de la mano, con el mismo medio metro de acero de que se había servido para pegarle al indígena. Sus ojos entrecerrados y de apariencia adormecida permanecían fijos en un punto, sin ver, minerales y muertos, del mismo modo que en los saurios.

«¿Qué más mejor garantía que mi palabra de hombre?» El indio infeliz había demandado un préstamo a cambio de su palabra de hombre.

Lo había irritado de un modo particular la pretensión de dignidad del indígena y la terca confianza con que daba a su palabra de *hombre* un valor absoluto, descomunal, revelado, como si le viniera de antiguo y pudiese invocar el testimonio de generaciones enteras, con aquel asombro estúpido de quien cree no ser comprendido en aquello que considera lo más obvio y simple.

Ante los ojos de don Victorino comenzó a precisarse ese objeto sobre el cual habían permanecido quietos, y que poco a poco iba adquiriendo otra vez la forma del veliz del agente viajero. Ahora ya lo veía, sin que pudiera explicarse por qué con una rara perplejidad, asustado de estas abstracciones y recuerdos que lo sacaban del mundo. Se levantó de la silla de un modo mecánico para reacomodarlo sobre los grandes pilotes de papel periódico. Curioso tipo, el agente viajero. «¿Por qué curioso?» se atajó en seguida, con extrañeza. ¿Le había parecido curioso verdaderamente?

Más bien lo curioso eran las sensaciones suscitadas por el agente viajero en don Victorino. También le reventaban esa clase de sentimientos, pero he aquí las cosas: una simpatía, si pudiera decirse, filial, al mirarlo tan joven, tan animoso, tan resuelto. Veinticuatro años cuando mucho, calculaba. Jamás nadie le había despertado ese sentimiento del que don Victorino no sospechaba siquiera la existencia, pero aquel muchacho tenía empuje, audacia, y llegado el caso cierta tonificante dosis de crueldad, de desconsideración hacia los otros, que a don Victorino le gustaba. Fue magnífico el desprecio con que miró a los clientes de don Victorino, esos míseros comerciantes en pequeño, siempre presas de zozobra, y la forma en que los apartó para cruzar entre ellos hasta plantarse frente al escritorio. Don Victorino había tenido un pequeño sobresalto, pero de pronto ya estaba ahí delante el joven agente viajero, afectuoso, campechano, parloteando con una locuacidad alegre y confiada.

«No, de que Mario sabe hacer las cosas, ni quien diga nada», había pensado *Elena* en esos momentos, desde el interior del veliz. Le llegaban las voces como a través de un filtro, afónicas pero con claridad, las voces que se escuchan desde otro cuarto cuando se está semidormido, ajeno a ellas, igual que si no provinieran de nadie. Esta divertida charla y el agrado que siempre despertaba El Muñeco en todas las gentes, gracias a su modo cautivador, acariciante. Hasta en el ruin y miserable prestamista.

Escuchó con verdadera incredulidad y asombro cómo don Victorino no sólo aceptaba el encargo del veliz, sino que él mismo se ofrecía para colocarlo en algún sitio. «Déjeme, vamos a ponerlo donde esté más seguro, no sea que en un descuido, ya ve usted, nunca falta alguien...» Con estas medias palabras aludía al riesgo de que el veliz fuera hurtado por algunos de sus propios clientes, que en esos momentos llenaban el despacho.

Desde que entraron, *Elena* había sentido esta presencia, este rumor bisbiseante y animal, contenido

y amedrentado, a semejanza de lo que ocurre en una iglesia repleta de fieles, esa presencia corpórea, invisible, de respiraciones y movimientos imprecisos. Lo conducían dentro de su cajón de muerto, entre aquellos fieles, con el mismo vaivén, las mismas oscilaciones en el aire, las detenciones, y otra vez un balanceo, igual que en un aparato de feria, la «rueda de la fortuna» cuando para de funcionar y sus canastillas permanecen meciéndose sobre el vacío, hasta que se detienen de pronto, al tocar tierra bruscamente, después de un último y suave descenso.

Debía estar junto a los pies de El Muñeco, en el suelo. Las voces. «Ahorita, nomás espéreme tantito; mire: ahí lo vamos a poner.» Adivinaba una vil sonrisa en los labios de don Victorino al decírselo a Mario con esa deferencia cortés y obsequiosa. Un hombre con esa voz debía ser blando, perezoso, una voz nasal y cóncava, con tonalidades de eunuco pero también de muerto. No lograba, sin embargo, imaginar la figura concreta del prestamista, alto, gordo, delgado, chaparro, o vaya a saberse cómo: sin duda un viejo con cara de buitre, la nariz ganchuda y unos pequeños ojillos diabólicos, con esa voz cruel y fría que lo dejaba en sombra inaprehensible, sin atributos, como si se hubiera despojado de su cuerpo, hasta la inocencia. Lo mismo en los demás, esa gente inevitablemente horrible que se arrastraba en silencio, que reptaba en aquella especie de procesión religiosa, con algún cadáver colectivo a costas, un cadáver extenso, sin fin, tan largo como todos ellos serían formados en fila para siempre, en espera de comparecer, uno a uno, ante don Victorino. —*Quince pesitos, mi señor. —Hoy nomás ocho, don Victorino. —Yo tengo con doce.* Como oraciones. Como si rezaran con un fervor ansioso, precipitado y voraz. Debían de estar muertos todos, y en el infierno. Ése debía ser el infierno, algo así como eso, una cosa eterna ante la cual comparecer incesantemente.

Retiró poco a poco, con un cálculo rígido y anhelante, el dedo pulgar con que tapaba, igual que el gatillo de una pistola, la boca de la botella, que mantenía sujeta contra el pecho a la altura de los labios. El hilo abrasador del tequila le recorrió la garganta hasta diluirse en sus entrañas como una caricia de lumbre.

Se sentía seguro y feliz, un diminuto planeta en el espacio, vigilado y atendido por la cuidadosa solicitud de Dios, sometida a Él solo su abandonada voluntad. «Ahí lo vamos a poner.» La voluptuosidad de no pertenecerse, de estar entregado, de no responder de sí mismo, de dejarse llevar de un lado a otro, a quién sabe dónde.

Ahí. ¿Qué podría significar esta palabra, ancha y abierta como el infinito? Una fascinadora y enervante conjetura se fue apoderando de su espíritu, a tiempo que sonreía con regocijada maldad: si lo colocaban en algún sitio inadecuado —pues era obligación de Mario cuidar de que no ocurriera de tal modo, hacer lo imposible—, por ejemplo, un sitio donde las ventilas del veliz quedaran obstruidas, con seguro riesgo de asfixia, no iba a tener más remedio que echarlo todo a perder. Gritaría, patearía endemoniadamente, furioso, dichoso, enloquecido de dicha. Contaba con una espléndida coartada.

La coartada de aquellos tiempos en que Mario Cobián y él trabajaban en el serpentario de Jovita Layton. *Elena* se estremeció de placer. Tenía prevista esta historia desde un principio, para en caso de que fracasaran, pero le cautivaba a tal extremo que, mucho mejor que realizar el robo, preferiría verse en la necesidad de contarla, hasta de dejarse descubrir intencionalmente para poder contarla.

El secreto era que Mario Cobián lo hipnotizaba, a él, al indefenso y desvalido enano, aunque antes no para robar; ésta de hoy sería la primera vez. Al imaginarse en la situación de declarar tales hechos, le entraban unas ganas inmensas de reír en voz alta, a pulmón abierto, una carcajada sonora y diabólica, que helaría de miedo al gallardo, al bello Mario Cobián.

Bien, lo del hipnotismo, en rigor, no era sino un truco que el público ignoraba, pero que lo hacía

delirar de entusiasmo. Los ojos de caoba se clavaban sobre *Elena*, penetrantes, sedosos, esos ojos de Mario Cobián en cuyas pupilas veía *Elena* reflejada su propia figura, aún más grotesca que al natural, como en un espejo convexo, con la enorme cabeza estúpida de feto dentro de un vitriolero. Pero lo contemplaba, Mario lo contemplaba larga, largamente. Eran los momentos más deliciosos, más felices de la jornada, y entonces, antes de fingirse doblegado por el sueño hipnótico, procuraba prolongarlos lo más posible hasta que veía palidecer de rabia a Mario Cobián y, ya sin remedio, dejaba caer de golpe la cabeza hacia adelante, como si lo guillotinaran.

—Ahora, señoras y señores, damas y caballeros, el enanito dormido —así decía Mario Cobián: el *enanito*— bajará con las serpientes para que estos ponzoñosos animales jueguen un rato con él. ¡No tengan miedo, señoras y señores! Bajo el poder mágico que Jovita Layton aprendió de los sabios del Oriente, las víboras que ustedes pueden ver aquí mediante la módica suma de cincuenta centavos, son tan inofensivas que hasta un niño puede agarrarlas con la mano.

El serpentario, dentro de la carpa de lona donde funcionaba, era un alto cubo de dos metros y medio, desde cuya parte superior los espectadores podían ver, acodados sobre una barandilla. Abajo estaban las serpientes, lentas y ociosas como las mujeres de un harén, en realidad inofensivas, desdentadas y sin veneno, con aquellos nombres de prostitutas del siglo XIX que les había puesto Jovita Layton: Ada, Priscilla, Isis, Pola, Eva, Démeter, Maya. Formaban una masa móvil que se contraía, ondulaba, volvía a contraerse y a ondular, encerrada dentro del roce de sus propias caricias, sin salir de los límites fijos de un frotamiento ensimismado y fascinante, igual que un cuerpo solo y único de innumerables brazos y muslos que se entrelazaban y unían, que se combinaban unos a los otros sin cansancio, sin despegarse de su propio movimiento, bajo aquella epidermis colectiva que se movía sin avanzar, besándose a sí misma con cada poro, hasta el vértigo, hasta desfallecer.

El enano bajaba en un pequeño trapecio de terciopelo rojo y cuerdas doradas, que descendía pendiente de una sogas cuyo otro extremo, a través de una polea, era sostenido por Mario. *Elena* se sentaba en el trapecio con movimientitos precisos y ausentes, que parecía ejecutar en otra dimensión espacial, los ojos entrecerrados, y hasta una intensa palidez en el rostro que quién sabe cómo lograba obtener, quién sabe mediante qué recursos.

Inmóvil y muerto, invadido por aquellas serpientes que lo abrazaban como una túnica helada, *Elena* parecía un pavoroso dios azteca, bárbaro y sobrenatural, horrible y distante, con su cara de caballo sin ojos, allá abajo en el serpentario. Los reptiles lo envolvían, se enroscaban en su torso, ascendían por su cuerpo con el sediento avance de una yedra de tallos múltiples e intranquilos, hasta envolverlo por entero, oculto y silencioso como una pieza arqueológica cubierta por las raíces de la selva.

Los espectadores, arriba, contenían la respiración, los ojos brillantes e impúdicos, atormentados por una delicia agotadora, sensorial, que reflejaba sobre su propia epidermis el frío deslizarse de las serpientes. Tenían una mirada incomunicable y quieta, prehistórica hasta el horror, aislados dentro de la soledad más absoluta.

Mario alternaba su observación, del enano a los espectadores, satisfecho, con el aire lleno de promesas y la actitud complacidamente inquisitiva del que está por ofrecer siempre algo mejor todavía. En el momento más imprevisto palmeaba tres veces con las manos y entonces *Elena* tenía que despertar, de acuerdo con el desarrollo previsto para el espectáculo.

Aquello resultaba de un efecto único, magnífico, maravilloso, que no tenía comparación con nada. Un circo romano de víboras. Ese súbito y descomunal alarido de *Elena* al descubrirse entre los reptiles, ese terror increíble y sin mente, que recordaba de un modo vago al hombre, al mono humanizado por el

miedo y la impotencia. Corría, tropezaba, intentaba trepar por las paredes desnudas del cubo, suplicaba con los bracitos en alto hacia el trapecio que Mario hacía subir y bajar para que no pudiera alcanzarlo, saltaba e intentaba inútilmente desprenderse de las serpientes enroscadas a su cuerpo, el rostro bañado en lágrimas, inexpresivo de pavor.

Entre el público cundía una histeria extraña y casi silenciosa, un estremecimiento de exclamaciones piadosas y culpables, mientras todos miraban como ebrios y algunos reían en un tono escandaloso y falso.

La escena terminaba con la aparición de Jovita Layton. Descendía de otro trapecio, vestida de malla y con un manto de reina pendiente de los hombros, en la mano una esbelta vara de junco en cuya punta se veía, a guisa de remate, una falsa esmeralda de vidrio tallado. Era el Hada Bienhechora a cuyo conjuro la justicia y el bien se restituían sobre la tierra. *Elena* saltaba de un brinco hasta sus brazos, gimoteando, resguardándose contra ese pecho de rutilante pedrería, mientras el hada aplacaba a las víboras con el poder misterioso de su mágica vara y de su vocecita frágil e infantil.

—Démeter, Pola, Priscilia, Isas..., ¡aquí, aquí! ¡No hay que ser malas...! —las serpientes volvían entonces a su móvil quietud, ciegas y táctiles, arrinconándose en un ángulo del cubo.

—Ese cabrón enano vale oro —comentaban los otros colegas cuando, con envidiosa pero justiciera pupila profesional, iban a ver el espectáculo.

«Valgo, valgo oro», se decía *Elena* acariciadoramente al recordar este pasado y saberse dueño de un poder incompartible, del que era el único poseedor absoluto. Le gustaba usarlo contra Mario, hacerle sentir que dependía de este poder, aunque *Elena* terminara por abdicar en el último instante. Era un gozo muy específico, aun sin Mario: esa noción tranquila, reconfortante, de que podría alterar el curso de las cosas, el destino, con sólo proponérselo, y la rabia, la desesperación que esto le causara a Mario Cobián, un gozo que ni siquiera necesitaba realizar su empeño para satisfacerse, sino que se detenía en la simple intención, pero alegre, bullente, prodigioso, suyo, suyo y de nadie más.

Naturalmente que no se iba a quedar en las intenciones si las circunstancias lo empujaban a ello, como en estos momentos. Estaba dispuesto a descubrir su presencia dentro del veliz y luego a narrar ante la policía aquella divina historia de la hipnosis, de las serpientes, de Jovita Layton y de las turbias componendas de Mario Cobián. Algo como para reventar de risa, algo como para que El Muñeco escarmentara de una vez por todas de sus desprecios, de su insolencia, de su desenvuelta seguridad, de su dominio y suerte con las mujeres, de su lindo rostro adorable —adorable hasta la muerte, añadió con un estremecimiento.

El siguiente trago de tequila se derramó sobre su barba a causa del súbito movimiento del veliz. Lo habían izado —¿don Victorino o Mario?— para colocarlo en un nivel distinto, otra superficie donde las voces se escuchaban, no ya de arriba hacia abajo, sino en una trayectoria casi horizontal. Debía tratarse del escritorio. El ruido de los pesos de plata, al caer dentro del depósito —Mario le había explicado que bajo el escritorio estaba un cajón y una hendidura, encima, a través de la cual don Victorino introducía las monedas de plata— era un ruido sólido y compacto, muy próximo a *Elena*, así que sin duda debía encontrarse sobre el escritorio. También escuchaba el roce de los billetes, un fru-fru pegajoso y sucio. Pero esto fue muy breve. Vino en seguida un impulso vigoroso y desconsiderado —don Victorino, por supuesto— como la parábola de un columpio —cierta brusca sensación de vacío en el estómago, y el dedo pulgar que por instinto presionaba con mayor fuerza sobre la boca de la botella, con miedo de que volviera a derramarse—, un violento empujón hacia lo alto y luego el acomodamiento enérgico y rudo sobre quién sabe qué cosas que se balancearon bajo su peso.

—¿No lleva ninguna cosa que se rompa, verdad? —se justificaba don Victorino por aquella estúpida forma de acomodar el veliz. *Elena* escuchó cómo Mario tosía antes de responder. Esa tos, se dijo ciego de cólera, esa tos con la que Mario trataba de disimular la risa que lo estaría acometiendo. Ninguna cosa que se rompa, claro está, fuera de un pinche enano, de un infeliz enano que no tiene importancia. Mario se aguantaba la risa, podría jurar que se la estaba aguantando el hijo de perra.

—No —lo escuchó decir—, nada.

¿Por qué había tolerado Mario que fuese don Victorino y no él mismo quien acomodara el veliz? *Elena* temblaba. Se limpió con el dorso de la mano un hilo de saliva que le escurría por la comisura de los labios y volvió a beber otro trago de tequila, a modo de venganza. «Ojalá que todo se lo lleve la chingada», se dijo rencorosamente.

—En menos de veinte minutos estaré de regreso por él; nomás voy por un amigo que me prometió llevarme a Pachuca —el modo convincente que tenía Mario de mentir. Con todos. Con *Elena*. De pronto era imposible no creerle, cuando menos lo esperaba uno, tal vez por la sonrisa encantadora, de mujer, que tenía, ese labio superior que adelantaba como cuando se reprocha a un niño. Hablaba de aquel amigo de Pachuca, de las perspectivas comerciales que existían allá y de la azarosa vida que llevan los agentes viajeros.

Elena aspiró profundamente, de súbito con una tranquilidad laxa y adormecida: las ventilas del veliz habían quedado libres, sin obstáculos para respirar.

—Nomás no se dilate, porque dentro de media hora cierro.

Elena advirtió de golpe que Mario Cobián ya no estaba en el despacho; no lo había oído despedirse ni añadir una palabra más, simplemente experimentaba lo concreto de su ausencia, la forma como la atmósfera lo había dejado salir, igual que si el espacio se hubiera encogido con unos sonidos menos que antes, un piano al que le hubieran arrancado las teclas, pero sin producir ruido al hacerlo. Se sintió muy solo y desamparado sin aquella voz.

Miró en torno suyo. Trataba de definir estas tinieblas intrauterinas del veliz, sus dimensiones, su acomodo. Lo mismo que deben mirar las gentes después de haber muerto, sé dijo. Ciertas formas vistas a través de la ceguera. La memoria del vaivén del veliz, que conservaba como cuando se baja a tierra después de un largo viaje por mar, hacía que las formas oscilaran, unidas a ese movimiento en una yuxtaposición alterna y cambiante de negro sobre negro. Querría comprender este mundo, este principio del hombre. Un tiradero sideral lleno de antiguos desperdicios cósmicos, cuerpos extrañamente rectangulares, en un universo sin sol, orlados por un resplandor espectral que no salía, no dimanaba de ellos, sino de las cintilaciones de los propios ojos que los miraban, una memoria de la luz, pero una luz no vista, sino oída, una luz para el tacto. El abandono completo en una noche de planetas sordos, donde éstos eran cajas, techos, pedazos de muelle, la esquina de una nube, que habían quedado aprisionados entre los fiordos de un océano de hielo negro, abismal y único, sin puntos cardinales, dentro de un espacio obsesivo, quieto y puro hasta la muerte. Un ajuste de densidades destinado a la soberanía del ojo, a su encerrada soledad sin párpados, antes de los sistemas solares conocidos, en que no había lo próximo ni lo lejano, sino tan sólo una depuración de lo negro, un avance inconcluso de oleadas de sombra, que el ojo limitaba y construía, para volver a construir y limitar otra vez, por los siglos de los siglos, a cuestras la solitaria maldición de un Sísifo del ver.

Lo fastidiaban estas tinieblas, esta aglomeración sin sentido, dentro de cuyas mandíbulas estaba condenado a permanecer, igual que un lobo apesado en la trampa, durante un tiempo que no era posible medir ni con minutos ni con horas, sino que transcurriría al margen de toda medición, impaciente,

inmenso, eterno. Contaba, por fortuna, con la botella de tequila.

Mario Cobián le había explicado las cosas con todo detalle en el hotel. Se trataba de esperar, primero, a que el viejo prestamista cerrara la puerta exterior del despacho. Después el usurero haría sus cuentas diarias, como de costumbre, para retirarse finalmente a sus habitaciones: entonces el enano escucharía el correrse del cerrojo de la segunda puerta, la interior, que comunicaba con el resto de la casa y, de serle posible si aguzaba bien el oído, los pasos de don Victorino que se irían alejando hacia su cuarto. Mario calculaba media hora hasta el momento en que cerrara don Victorino la primera puerta, y más o menos una hora entre el hacer las cuentas y retirarse a descansar. Hora y media, pensó *Elena*. Llegaría así el momento de abandonar el veliz. Anhelaba rabiosamente escuchar esos pasos de don Victorino alejándose por el corredor y luego ese silencio magnífico, ese reino que se le entregaría con su soledad entera y libre, mientras él, el enano de oro, con sus movimientos de goma, precisos e inaudibles, llevaba a cabo la «faena», el forzamiento del candado, la separación del cerrojo —toda esa lentitud que era necesaria, ese tacto de relojero— para franquearle después la puerta a Mario y que se ocupasen ambos de saquear el depósito de dinero, bajo el escritorio. Una hora y media, se dijo a tiempo que bebía otro trago de la botella.

Permanecían aún en su torno esas voces que se deshojaban al otro lado del veliz, apenas con aliento, de los clientes de don Victorino, humildes y esclavas. Las monedas se deslizaban una a una en el agujero como un reloj de arena que no medía sino la eternidad, la eternidad de esas vidas muertas desde antes. Un desfile de cadáveres de cuya voz era delicioso deducir el género de muerte que habrían sufrido y a lo cual se entregó el enano de pronto, el alma danzante de júbilo: éste de cáncer, este otro de tuberculosis, el de más allá, un suicida que se presentaba ahorcado, tartajeante con esa gorda lengua entre los labios que no le permitía hablar sino con palabras rotas, despedazadas. Todos muertos con una esperanza congelada en la garganta: *dinero, dinero, dinero*.

Elena gozaba con una risa silenciosa en que bullía llena de sarcasmo aquella palabra mágica. Los imbéciles, se dijo, los muy imbéciles. La risita le descendía por dentro, maliciosa y contenta. *Dinero, dinero, dinero*. Los imbéciles ignoraban que los únicos dueños de ese dinero, por encima de quien fuese, eran él y Mario, los ladrones que lo robarían, instrumentos de un destino que ninguna de aquellas gentes hubiera podido prever jamás. Pero *Elena* apenas tuvo fuerzas para formular esta idea en medio del denso aleteo de sueño que se iba adueñando de su mente, pues en ese mismo minuto se había quedado dormido como quien se deja caer en un profundo y suave precipicio de algodón.

IV. Don Victorino

«Dinero, dinero», suspiró don Victorino en tanto se encaminaba de nuevo hacia su escritorio, para hacer el corte de caja de ese día, después de que hubo reacomodado el extraño veliz: ahora le parecía extraño, quizá de dimensiones excesivas, aunque muy a propósito para el trabajo de un comisionista.

Nada más vivo y palpitante que aquellas cifras, que aquellas deudas reiteradas que el dinero encadenaba dentro del círculo hermético, irrompible, de su movimiento, con la precisión de una máquina sobrehumana, ajena a los hombres y a su voluntad. Cada veinticuatro horas don Victorino recibía un peso en pago de los ochenta centavos prestados el día anterior a esos comerciantes que, de no ser por tales préstamos, tendrían que clausurar de inmediato sus míseros negocios. Eran comerciantes en verdura, legumbres, fruta, que acudían a la refacción diaria de don Victorino —nunca más de veinte pesos— para reponer un artículo que, de no venderse el propio día, ya estaba podrido a la mañana siguiente, razón por la cual la necesidad del préstamo resultaba forzosa, inevitable, regida por una ley superior y soberana, sobre cuyo desarrollo nada ni nadie podía influir. La ley del dinero, ese omnipresente dios sin rostro, pero que tiene el rostro de todos los hombres y los representa en su forma más pura y acabada, tal como ellos no pueden ser por sí mismos en su condición de seres abandonados, impotentes, que carecerían de realidad y existencia verdadera sin el dinero.

Don Victorino detuvo de pronto el curso de sus pensamientos como quien se para a escuchar un ruido confuso y lejano, que se aproxima. Algo se abría paso en su interior, avanzaba como entre las penumbras de un bosque para precisar gradualmente sus contornos: era aquel recuerdo tan buscado y que ahora se rescataba a sí mismo, igual que un hijo pródigo de la memoria, devolviéndosele con esa repentina lucidez donde lo ocurrido en otros tiempos, por más lejano que sea, reaparece en una forma nueva, más inteligente y ordenada de lo que fueron aquellos acontecimientos que se habrán vivido en la realidad, aunque no se quiera, de un modo distinto. Ese brazo del indio, ese brazo rebelde y furioso, encontraba en tal recordatorio su sorprendente referencia, muchos años antes, cuando don Victorino, oficial entonces del ejército, combatía contra los desharrapados y mugrosos zapatistas, tan miserablemente idénticos en todo al indígena de hoy.

Habían caminado esa tarde horas enteras, bajo una terca llovizna helada, para conducir y entregar, en el fuerte de Perote, a un grupo de dieciocho prisioneros zapatistas. No era que poco a poco los odiaran más, a medida que la marcha se hacía insoportablemente fatigosa y comenzaba a nacer en el ánimo de los soldados una desesperación sombría, llena de celos y un miedo supersticioso, sino que todos se abandonaban, cada vez con menos piedad y remordimientos, a la imprecisa idea de que aquellos prisioneros eran más bien como animales cuyo sufrimiento debía aceptarse con la misma lógica e indiferencia que se tiene ante una bestia de tiro.

En efecto, los estimulaban a seguir la marcha sin odio, casi en silencio, apenas con una interjección cansada, descargando sobre sus costillas o en las corvas el golpe inatento y sin embargo brutal, que parecía indoloro y distante, de las culatas de aquellos fusiles austríacos que usaba entonces el ejército.

Las voces de los soldados se oían, largas y melódicas, con cierta entonación suplicante y desamparada, en la solitaria llanura sin fin:

—¡Áaaaaandale, hijo de tu tiznada maaaaadre...! —y en seguida el culatazo seco y tranquilo. Los zapatistas no decían palabra y reanudaban la caminata sin haberse vuelto siquiera hacia el hombre que los había golpeado. No era necesario, sin duda.

Aquella llovizna, aquella mortaja gris que cubría la tierra entera, aquella ausencia de horizonte, y

luego los zapatistas callados y sin dolor. Provocaban una especie de mareo, presentes y pertinaces, como algo inabordable y eterno, ante lo que no se podía hacer nada, iguales a ese llano sin salida, igualmente vacíos y muertos hasta la irrealdad. Se adivinaba el agradecimiento con que los soldados los matarían, la ternura.

También iban con los prisioneros sus propios heridos, tres en total, a costas de otros tantos camaradas, quienes, con algo como una cortesía ceremoniosa y distinguida, se turnaban de modo espontáneo para cargarlos en cada ocasión, después de haber cambiado entre sí quedísimas palabras que pronunciaban, el aire impasible y triste, en lo que debía ser su lengua indígena, pues eran nativos de la sierra de La Malinche. Hubo cierto reposo, con el herido que venía boqueando desde tiempo antes, cuando Victorino ordenó que esperaran a que muriera de una vez. No había caso de seguir cargando con él si de cualquier manera ya no iba a llegar vivo a Perote, y se le tendió entonces de espaldas contra la tierra, mientras agonizaba. Poco a poco eran más largos los momentos en que permanecía sin cerrar la boca —no como al principio, en que el boqueo era rápido y vivo—, y el agua de la llovizna, que el moribundo ya no podía tragar, terminaba desbordándosele por encima de los labios. Así, cada vez que esto ocurría, uno de sus compañeros lo ladeaba a modo que la boca se vaciara, para en seguida reacomodarlo en su posición primitiva, con la cabeza sobre una piedra, el rostro vuelto hacia el cielo y la lluvia.

—Vayan escarbando el hoyo —ordenó Victorino a los prisioneros.

—¡Áaaandenle, a rascar la tierra pues...! ¿No oyeron lo que dijo el jefe? —Ahora los instaban a cavar la tierra con ese mismo pregón doliente y los mismos golpes neutros, abstractos, con que los habían venido arreando por todo el camino. Era una visión lenta, agobiadora, sin el menor sentido. Los prisioneros no entendían nada, pero no porque ignoraran el español, sino simplemente porque entender aquello era por demás. «¿No oyeron?» No, no habían oído. Buscaban un punto dónde mirar, dónde poner los ojos —para desistir en seguida—, el aire huérfano y lleno de misericordia, como si eso los justificara ante una imposibilidad impiadosa y sin esperanzas, que no podrían vencer jamás, acorralados, entontecidos, solitarios sobre la deshabitada tierra.

—¿Pos qué no son meramente ni cristianos pa siquiera enterrar a sus muertos? —reclamaba un viejo subteniente de aire bondadoso y justo, a tiempo que le rompía los labios, con la empuñadura de su sable, a uno de los prisioneros. El prisionero cayó de rodillas inclinándose luego, con una especie de impulso hambriento y furioso, para arañar la tierra con ambas manos, aturdido como un perro torpe y juguetón. Los demás lo imitaron con la misma rapidez, igual que si una luz de enloquecida inteligencia se hubiera encendido de pronto dentro de ellos.

—Con orden, con orden —disponía en voz baja y protectora el justo subteniente—. Agarren palos de los que están por ahí, no sean pendejos —añadió.

El tiempo parecía no querer transcurrir, hueco y empecinado, en medio de la asfixiante soledad, en medio de ese aire de acero que temblaba con la llovizna, sin mido y sin alma. Los prisioneros parecían buitres ciegos y locos en el infinito, entre los federales que iban de aquí para allá, desprovistos de pasos igual que si colgaran de una horca invisible en aquel vacío geométrico de la llanura.

—El probe no se morirá ni el día del Juicio, por más que le buigan: ansina estuvo boquea y boquea nuestro Señor Jesucristo —se escuchó una voz extraña junto al agonizante. Hubo un estremecimiento de misteriosa certidumbre y pavor.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Victorino, pero al parecer nadie había pronunciado aquellas palabras sobrecogedoras, pues todos permanecían callados, expectantes, con la sensación de que comenzaba a

ocurrir algo sobrenatural y espantoso de lo que ninguno escaparía. «Ansina estuvo boquea y boquea nuestro Señor Jesucristo.» Aquello era extraordinariamente verdadero y terrible. Nuestro Señor Jesucristo. Un anuncio, una presencia tenebrosa. Aquel hombre no moriría, estaba entre ellos, con su boquear gorgoteante y atroz, para no morir nunca y luego extraviarlos a través de esta caminata lóbrega, que iba a volverse entonces la huida sin reposo, aun hasta después de muertos, ante un miedo inconcreto, que no tendría nombre ni forma, omnipresente como una piel infinita que los cubriera a todos.

—¿Quién dijo eso? —repitió Victorino, pero ahora con un tono inseguro en el que no puso la menor autoridad.

Nadie. Sin duda debió ser alguno de los zapatistas. El moribundo dejaba caer la mandíbula con el mismo estupefacto abandono del muñeco de un ventrílocuo, igual que en una fija carcajada de madera, con una precisión vivaz y terca, llena de escondida malicia, pues cuando ya parecía que iba a quedarse así, después de largos, increíbles instantes, se cerraba de golpe cada vez, apresurada y sobrehumana. No; no moriría.

El rebaño de soldados y prisioneros aguardaba con un disimulo vago, de movimientos imprecisos y gratuitos, entrecruzándose unos con otros sin objeto, sin mirarse ni darse cuenta de lo que hacían, cada quien aislado de los demás, ebrios y solitarios hasta la pérdida del tacto. «Ansina estuvo boquea y boquea nuestro Señor Jesucristo.» Aquello iba a durar toda la vida, eternamente, más allá del fin. Los zapatistas llevaban algunos años de estar arrodillados dentro de la infeliz y entrañable zanja de tierra húmeda, que habían hecho a muy escasa profundidad, apenas para cubrir a un hombre tendido.

—¡Quihubo! ¿Qué esperan pa enterrarlo, no miran que ya acabó? —Las palabras de Victorino produjeron un desamparado movimiento, de reticente desesperación y miedo, entre los prisioneros zapatistas. Las miradas negras y desnudas se posaron con una dulzura bárbara y quebrada sobre aquella mandíbula viviente. El estertor del moribundo se oía ondular por el aire, como un abejorro acosado y sometido por la lluvia, pero que a cada ocasión reemprendía su tenaz vuelo con una ronca ansiedad de vivir.

—¡Ándenle, cuerudos éstos! ¿Pos qué no oyen que deben darle sepultura a su compañero? —El rostro noble del viejo subteniente se contraía de iracunda belleza mientras descargaba los golpes de su sable sobre los brazos y las espaldas de los indios zapatistas, quienes se cubrían la nuca con las manos echándose boca abajo contra el suelo.

—Mero es mejor que nos maten —se escuchó la misma despaciosa y amarga voz que había hablado antes junto al moribundo.

Sin embargo eran prisioneros, pensaba Victorino. Habían terminado por formar una masa inverosímil, abrazados entre sí con la ardiente desesperanza de los náufragos en mitad del océano. No se podía hacer nada, nada en absoluto.

—A ver, subteniente Godínez; tome unos hombres de tropa y que entierren al cristiano ése —ordenó por último. La noche había caído de golpe como una cuchilla negra y rotunda.

Se alumbraban con unas antorchas de pencas secas de maguey. Victorino seguía la maniobra a corta distancia, con un aire fatigado y melancólico. —Apisónenlo bien fuerte, no sea que vayan a desenterrarlo los coyotes y se lo coman —recomendaba con parsimoniosa solicitud el subteniente Godínez.

Apenas terminaron de danzar sobre la tumba los zapatonos de los soldados, cuando aquello ocurrió. El brazo había brotado de la tierra como un resorte, con el ímpetu rabioso de una conciencia lúcida y

perdida, en alto, desnudo, igual que una cenicienta raíz horrendamente humana.

—¡Vámonos! ¡Déjenlo ahí! Así pasa con estos indios —había comentado don Victorino entonces.

V. Elena

Elena abrió los ojos, sobresaltado y confuso, en seguida de un sacudimiento muscular con el que estuvo a punto de mover el veliz. Al darse cuenta de que se había dormido, cierta especie de anestesia helada y temblorosa le subió desde los pies, acumulándosele tras de las rodillas, mientras lo ahogaba una respiración galopante, el rostro y las manos empapados de sudor. Prestó atención al silencio extraño —y ahora sospechoso, amenazador— que lo rodeaba. Era lo peor de todo, sin las voces, sin aquel transcurrir reptante de los deudores, con su esperanza miedosa, pero que ignoraban su presencia, ajenos a él, no como este silencio que ya estaría sobre su pista, mirándolo.

Acaso habría roncado, pensó con zozobra: quién sabe en qué maldito momento y desde entonces acechaba alguien en su derredor, con minutos llenos de sostenida cautela, de tenso, rígido y cuidadoso silencio, como quien se dispone a matar una araña ponzoñosa y se acerca, se acerca, se acerca. Debían estar oyendo su corazón, éstos, quienes fueran, o tal vez nada más don Victorino sólo, el corazón de *Elena* que latía como el émbolo de una locomotora. Los ojos que caían sobre él, puestos encima del veliz, lo estarían escuchando, se dijo, pues los ojos de otro se sienten, miran, se adueñan: hay esos ojos en la oscuridad, hay esa oscuridad que mira, que abraza, que nos rodea y desnuda, cuando no se sabe nada, cuando creemos que nadie nos mira y ellos están ahí atentos, en algún punto, en medio de nuestros delitos, en medio de lo que queremos esconder.

Lo habrían descubierto con aquel ronquido, claro está, pero *Elena* estaba dispuesto a esperar hasta el último momento antes de hacer nada, hasta el momento en que *ellos* abrieran el veliz. ¿Ellos?, se interrogó. En realidad no *sentía* que fueran más de uno, en tal caso don Victorino nada más, sin duda. Imaginaba cómo habría sido para él: primero escuchar ese ronquido de *algo* dentro del veliz, la sorpresa, el miedo. Este miedo que no lo dejaba hacer ruido —y simultáneamente, el deseo de defenderse, de poner en juego toda su astucia y el dominio de sí: porque *aquello* había dejado de roncar de pronto, y entonces era lógico que estaría en guardia, dispuesto también a luchar del modo que fuese, quién sabe con qué recursos. Quizá don Victorino habría pensado al principio que se trataba de algún animal, pero este animal tampoco dejaría de ser un monstruo en su mente, hasta convertirse, a fuerza de hipótesis y deducciones, en el monstruo real que era: un enano, algo muchísimo más peligroso que todo lo demás. Entonces el combate debía ser lento y preciso, como ya lo estaba siendo ahora, una cacería de ruidos, de respiraciones, de presencias y cosas inesperadas.

¿Desde cuándo habría comenzado *Elena* a roncar? ¿En qué punto de su sueño? Recordaba haber tenido un sueño sin formas, pero de una extraordinaria exactitud. Eran unas materias suyas, que le pertenecían físicamente, pero que no tenían cuerpo ni se sujetaban a su mandato, autónomas y conscientes, con una especie de recursos para comunicarse con él sin palabras, en lo que quedaba al descubierto su gran maldad, sin que se pudiera decir por qué. Se sabía que funcionaban de algún modo dentro de su cuerpo, ocupadas en realizar los menesteres más sucios y repugnantes, lo que las hacía sentirse a ellas mismas dentro de una casta superior, que les daba ciertos derechos cínicos y llenos de insolencia. Su manera de hablar era algo como un movimiento ondulatorio, en extremo agitada y versátil, sobre las sienas de *Elena*, donde se jactaban escandalosamente de acciones abstractas que cada una habría hecho mejor que las demás, tales como estas y aquellas cosas, de las que, con todo, resultaba imposible decir en qué consistían, pero que formaban parte muy concreta de *Elena*, quien lo debía agradecer de algún modo, sin esa soberbia suya de enano abominable. Pero si él no se lo había buscado ni lo deseaba, argüía *Elena* con desesperación; muchas gracias, pero que se fueran, que lo dejaran solo,

sin fastidiarlo más con *eso*, con su presencia maligna, malintencionada, perversa, de rufianes, de ratas de albañal. Entonces esto provocaba una excitación delirante en las materias, que en lo sucesivo hacían todo más de prisa, con una cólera risueña y detallada, muy particular, aumentando la velocidad de su movimiento en una forma vertiginosa, con lo que hacían notar cierto despecho activo, múltiple, donde se autodevoraban para vomitarse en seguida a sí mismas con un ritmo incesante, cada vez más enloquecedor, hasta que apareció ese párpado de Mario Cobián, como si llenara toda la pantalla de un cine y que parecía una especie de sexo de mujer, con aquellas pestañas. Aquí fue donde *Elena* despertó, sin saber ahora a qué atenerse respecto a nada, con el cerebro absolutamente vacío por la más estúpida perplejidad.

Deslizó la mano con precavida lentitud por encima de su cuerpo hasta el bolsillo donde guardaba su navaja española de muesca. No la usaría sino en caso de ataque, pensó, pues de cualquier manera estaba dispuesto a representar la escena de histeria de los buenos tiempos de Jovita Layton, conforme a su plan primitivo. Ese sudor de la navaja, completamente húmeda. Aplanó la mano contra la tela de bolsillo, sobre su muslo, para secársela, pero el sudor fluía como de una esponja. En lo que iba a terminar esta pendejada, se dijo con fastidio, todo por darle gusto al Muñeco. Adiós aquellos bonitos planes de montar un burdel a todo lujo y de que Mario *cortara* a esa puta de la Lucrecia, para ya no estar atentos a su dinero. «Al carajo todo», suspiró con desaliento, con la tristeza de ya no poder rescatar su dignidad quién sabe hasta cuándo. Pero y bien, ¿no pasaba nada? Ya era tiempo. ¿O estaría solo en el despacho de don Victorino y el prestamista ya se habría ido a descansar?

No; qué diablos, ahora esto. *Elena* puso todos sus sentidos en escuchar: era un ruido metálico, de resortes que se estiraban como una musiquita y permanecían vibrando unos segundos. Una silla de ésas que dan vueltas y se echan para atrás, conjeturó. En seguida la voz sobresaltada de don Victorino:

—¿Y tú? ¿Qué diantre quieres? —Silencio. *Elena* no acertaba a establecer si las palabras se dirigían a él mismo o a otra persona ahí presente: claro, pues podía tratarse de un ardid del prestamista—. ¡Qué! ¿Por qué no contestas? —Se estremeció echándose a temblar como un azogado, aunque las palabras siguientes, dichas en voz queda, apocada y dulce, debieran tranquilizarlo.

—Pos nomás esperaba ocasión de decirle de un empiéstamo que vengo a solicitarle, señor —se escuchó el tono indígena rampante y tímido de aquella voz desconocida.

Pero *Elena* ya no temblaba de miedo, sino de indignación, de odio violento y puro, al escuchar lo que ocurría entre don Victorino y el indígena. El desgraciado, el infeliz, el hijo de toda su desdichada madre del viejo usurero. Esto no era una casa de caridad, había dicho el ruin prestamista, sino un negocio: un imperio potente y sagrado donde don Victorino era el rey. ¿Habría recorrido el indio imbécil estos barrios de la ciudad, había visto sus calles, sus callejones, sus plazas, había contado sus barracas, sus puestos, sabía el número de sus comerciantes en pequeño? Pues eso mismo; éste era el imperio de don Victorino, y aquellas gentes, hombres, mujeres y niños, sus tributarios, sus vasallos, que no podrían vivir sin él, sin el rico y generoso prestamista que a diario los salvaba del hambre y la miseria. Un rey, ¿se daba cuenta? Alguien como lo debió haber sido su Moctezuma, el emperador de todos los indios, si es que todavía se hablaba de él entre ellos, para que comprendiera con esta comparación la propia grandeza de don Victorino, que aquí estaba en su trono, ante el cual comparecía un indio estúpido, andrajoso, descalzo y más sucio que el bote de la basura, dizque para solicitar un préstamo. (Son palabras como de loco, pensó *Elena*, y el viejo no las pronunciaría de saberse ante testigos, pero se aprovechaba de que están solos.) «Así que no me ha descubierto como lo creí en un principio, gracias a Dios», añadió el enano sin perder el odio hacia don Victorino a causa de aquella

forma cobarde y vil de conducirse con el indio indígena.

La risa de don Victorino era de pronto la de una vieja obscena y ofrecida, la de esas horribles ancianas que tratan de seducir a los jovencitos, no sin antes regañarlos con enorme escándalo: un préstamo, un préstamo, repetía en medio de esa risa. Anda, se dijo *Elena*, no vaya a resultar ahora con que también es maricón.

—Pero a ver, a ver —agregaba don Victorino con una entonación falsa y maligna—, ¿a cuánto asciende ese préstamo que solicitas? Quiero decir: ¿qué cantidad de dinero es la que te hace falta?

El indio no repuso en seguida, sino que dejó pasar un lapso prolongado, lleno de dudas, en que ambos interlocutores guardaron silencio —se adivinaba, sin embargo, la risita en los labios de don Victorino, su aire triunfante.

—Tres pesos —dijo el indio por fin—. Ciertamente que son mucho, pero es lo menos que pide el negocio del mosco, pa que resulten unos centavitos de ganancia.

El mismo *Elena* sonrió: lo que consideraba *mucho* el pobre indígena, tres pesos, ni siquiera lo suficiente para comprarse una botella de tequila. No, el maldito usurero del demonio debía recibir su castigo; hay cosas que no deben dejarse pasar así nomás en la vida, cosas que no son para tolerarse ni por el más mendigo de los hombres.

—¿El negocio del mosco? —La risa atragantó a don Victorino con un estruendoso y apoplético acceso de tos. ¿Qué podía ser eso del mosco? El indio explicó de lo que se trataba. Para alimentar a sus pájaros la gente compra cierta clase de moscos que se crían en los pantanos del Lago de Texcoco. Con tres pesos él podía adquirir unos *kilitos*, para revender después en pequeñas cantidades de diez, de veinte centavos, pues sólo de tal modo era posible ganarle algo a la mercancía.

Elena estaba a punto de reventar por la ira que se había adueñado por completo de su alma; jamás nadie había merecido con tanta justicia el robo que iban a cometer como el asqueroso prestamista éste.

Pero algo vino de súbito a desviar el giro de sus pensamientos: una sospecha, una conjetura, una adivinación extraordinarias, que casi lo hacen lanzar un grito. ¡El indio, el indio, el indio condenado! ¿Cómo no se le fue a ocurrir antes? La cosa no podía ser más lógica: el indio era más listo que todos ellos juntos. Claro que no estaba ahí sino para asesinar y robar después a don Victorino, naturalmente. Toda esa comedia de idiotéz, ese fingimiento, ese negocio absurdo de los moscos, aquella forma de hablar, la paciencia con que escuchaba esa sarta de tonterías de don Victorino, el reinado de Moctezuma, los tres pesos que le parecían mucho, y luego eso, eso de esperar a quedarse a solas con el prestamista.

Elena se sentía aturcido, anonadado. Ahora sí que se trataba de una catástrofe en toda la línea; no sólo el derrumbe de los planes del robo, sino de los suyos propios, los que *Elena* tenía previstos para un fracaso, pero no un fracaso de naturaleza tan inesperada y ridícula, aunque también como para ponerse a llorar. ¿Quién iba a creerle la farsa del hipnotismo, si el indígena tarugo asesinaba al ingenuo, al pobre, al tonto de don Victorino?

Pero si la cosa ya había comenzado, Dios mío. Contuvo la respiración y apretó los puños en espera del desenlace. Había que desentrañar el significado de los ruidos, un trabajo arqueológico del oído, e interpretar los movimientos, el aleteo del aire, la entonación, las intenciones secretas, la hipocresía, la doblez de las frases, pues todo iba a ser engañoso, lleno de acechanzas, de emboscadas, estratagemas y trampas sin fin —en otro sentido un espectáculo encantador, de no estar *Elena* en el juego.

Ahora el indio retrocedía unos pasos: esas plantas desnudas de los pies sobre la tarima del piso, un arrastrar de arenillas —la tierra, el barro de la calle que deja el paso de numerosas gentes por un lugar—

y la forma de deslizarse de tales plantas, pegadas a la superficie, no un paso atrás, en que se levantan los pies, sino un repliegue para asentar el cuerpo, afirmarlo y lanzarse luego al ataque, con la ventaja de un espacio intermedio para blandir el puñal.

—¿Qué más garantía que mi palabra de hombre? —exclamó el indio. Estas palabras ya eran un reto apenas disimulado por la entonación empobrecida y humilde, ladina, del indio sagaz y calculador: hacer que don Victorino abandonara su posición tras del escritorio, eso era. Ahí estaban los resortes de la silla giratoria comprimiéndose con un ruido en escala descendente, la contraria de cuando alguien se apoya hacia atrás contra el respaldo: don Victorino habría adelantado el pecho sobre el escritorio para enfatizar su actitud ante las palabras del indio, pero aún sin levantarse de la silla.

—¿Qué demonios dices? —la voz de don Victorino era más bien de una incredulidad despreciativa, con náuseas, como quien está a punto de aplastar una cucaracha. Desde luego significaba que había descubierto las secretas intenciones del indio, imponiéndose sobre él con un toque dominante, seguro y autoritario, de gente acostumbrada a mandar. *Elena* sintió sobre sí mismo el influjo de esta emanación del poder, de esta naturalidad para abatir a los adversarios, que se desprende del hábito que tienen los fuertes de serlo, de saber emplear con espontánea desenvoltura esa fuerza que llevan en la masa de la sangre y con la cual nacen. Comenzó a experimentar una involuntaria admiración empalagosa hacia don Victorino, un turbio deseo de sometérsele.

Pero el indio por su parte parecía no ceder. Repitió aquello de su palabra de hombre. Era preciso tomar una determinación para salvar a don Victorino, se dijo *Elena*; las cosas habían llegado a su punto más grave: ahora ya el indio no iba a detenerse, todo estaba dispuesto para enfurecer a don Victorino y que cayera en la trampa. *Elena* lanzaría un grito desde el veliz —decidió en último extremo—, un grito que nadie esperaba, aterrador, increíble proveniente de un veliz, pues ante todo era forzoso en absoluto impedir el asesinato de don Victorino, no verse comprometido en algo peor que un robo y de lo que no resultaría nada fácil escapar.

Pero antes siquiera de que terminase de pensarlo, la escena se precipitó, violenta, con furia seca, silenciosa, dentro de una extraña confusión. La silla giratoria había caído al suelo y en seguida se escuchó algo muy parecido a cuerpos que se trenzaban en un forcejeo apagado y jadeante, entre sordos monosílabos, después de que alguien —y no se podía dudar de que era el malvado indio traicionero— produjo ese movimiento elástico y preciso en que se adivina el salto del animal que se lanza contra su presa.

Elena castañeteaba los dientes con terror al advertir, casi de un modo visual, la forma en que don Victorino moría, asesinado, sin lanzar siquiera un grito —alguna mordaza, tal vez—, con el indígena encima, prendido a él como un leopardo. El indio, el indio avieso y siniestro, que se les adelantaba y que había venido a estropearles su magnífica tarea.

Pero ya no era cosa de lamentos ni de hacerse reflexiones inútiles. Se trataba de salir lo mejor librado de este mal trance, que, con todo, podría resultar más fantástico de lo que pudieran haber imaginado nunca, se le ocurrió de pronto.

Aflojó la mano con la navaja española; había terminado por dolerle sobre la piel de apretarla con tanta fuerza. Eso es —pensó. El dolor en la palma de la mano lo hizo meditar en su propia excitación, en que se dejaba llevar por sus nervios —hasta ahora sentía el impacto de la navaja, la mano convulsa, crispada con un frenesí inconsciente. Eso, dominar los nervios, sobreponerse al miedo, al pánico, en eso iba a consistir todo.

Por lo pronto, esperar a que don Victorino muriera, a que entregase en buen momento su puerca

alma al Creador. Se escucharía. Iba a ser una muerte claramente auditiva, el libre y ansioso ruido de las monedas de plata del depósito, cuando el indio estuviera seguro de que ya podía disponer de ellas con la autorizada aquiescencia del cadáver de don Victorino. Casi escuchaba ese ruido; los movimientos precipitados, sin juicio, sin cálculo, del asesino que quiere terminar cuanto antes con lo único que le falta por cumplir: el objeto del crimen, pero que siempre cumple mal, desfalleciente, como si hubiera perdido de golpe todo interés en el asunto y comenzara a sentir una enorme, una extenuadora piedad de sí mismo, y, simultáneamente, una gran admiración por haber cometido el crimen. Una admiración aterradora.

En ese preciso momento vendría la navaja española. El enano monstruoso que aparecería de repente en medio de las abiertas tapas de una ostra, con la navaja, Cristo santo, un enano que apuntaba con la navaja, que lanzaba un grito sordo y se deslizaba luego hacia el indio paralizado de pánico.

«Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?» Sonrió: pudiera ser una frase así; algo conminatorio, apocalíptico, como de un demonio descomunal y vengador, proveniente del fondo mismo del infierno.

El efecto iba a resultar infinitamente más artístico, más completo, más extraordinario que las antiguas escenas con Jovita Layton.

Aguardó unos segundos. Voces inarticuladas, algo como los gemidos de un loco con la boca llena de trapos, casi una cosa como amantes que hicieran el amor despiadadamente, a la sombra de una calle, por la noche, a dentelladas rabiosas, con un silencio trabajoso, de sordomudos febriles. ¡Por su madre! ¿Por qué no gritaba don Victorino?

Había en el aire algo como una resistencia, algo que se detenía al ser empujado. Pero de súbito sintió el enano que todo aquello era una escena fabulosamente distinta: una realidad portentosa y nueva, un milagro, una revelación alegre y sólida, como cuando se cree tropezar con un muro en las tinieblas y no hay nada, sigue el espacio abierto, libre y feliz.

Un cuerpo que caía, una masa ambigua, y luego la santa, la pura, la viviente voz de don Victorino:

—*¿Cómo te atreviste a decirme eso? ¡Tu palabra de hombre...! ¡Bah! ¡Me cago en ella!*

¡Sí, sí, que lo hiciera, que lo hiciera por el resto de la eternidad!

Elena había regresado al paraíso.

VI. Don Victorino

Una sensación de hambre satisfecha y también otra, tan estrictamente fisiológica como ésta, lo que se siente después de haber descargado el intestino, era la forma en que se expresaba su agradecimiento hacia aquel recuerdo liberador: ese hombre que había sido antes, en otros años, al que miraba con el afecto que despierta un buen negocio, con la misma ternura incrédula y contenta, y con la bien cebada, la bien alimentada dicha, rezumante, pletórica, de haber vivido, de estar vivo por encima de todos los demás, de todos los imbéciles contemporáneos suyos que habían muerto y hacia quienes don Victorino abrigaba un odio y un desprecio cuyo fuego renovaba siempre con el impiadoso y concreto combustible de su propia vida. Haría arrestar al indígena por amenazas, se dijo, con una vaga aprensión ante la imagen del maldiciente brazo en alto.

Al mismo tiempo había sacado una vieja moneda de plata de su chaleco, una grande y hermosa moneda del Primer Imperio, que comprara tiempos atrás en el Montepío.

Adelantó la mano, su mano prócer, hacia la ranura, mientras disponía el oído con una atención fina, de virtuoso, en el alma una feliz incertidumbre, en espera del bello sonido de opulencia que se iba a desprender del fondo del cajón cuando cayera la moneda. Sería como arrojar una piedra en un estanque y escuchar en seguida la misteriosa densidad del agua, la densidad del mundo, una piedra que se arroja entre los astros del universo para escuchar la densidad pura de la nada. Sus ojos adormecidos y distantes se hacían bellos. La conservaba entre el dedo pulgar y el índice dejándola que se deslizara poco a poco, como esas gotas suspendidas de una hoja, después de la lluvia, que de pronto caen con el desprendimiento de un ángel, verticales y redondas, llenas de cielo. Suspiró larga, profunda, inmaculadamente.

Pero la moneda cayó en el mismo momento en que se escucharon unos golpes apremiantes y precipitados que alguien daba en la puerta. El encanto primaveral de aquel sonido se había frustrado a merced de estos otros golpes perentorios, nerviosos, de mal agüero, que no cesaban, como de alguien que viniera huyendo. Don Victorino se estremeció de pies a cabeza echándose a temblar con un miedo auténtico, que no admitía dudas. ¿Se atrevería a preguntar quién era?

Miró el veliz: el joven comisionista. La única persona de la que, quién sabe por qué, era capaz de sentir miedo ahí, a esas horas, en ese instante. De nadie más en el mundo, ese hombre que se le parecía tanto, despreciativo, sin escrúpulos, seguro y maligno como un joven dios. No podía dejar de temblar. Ése era el plan del agente viajero: venir con el pretexto del veliz, esperarse a encontrar a don Victorino solo, sin defensa, acobardado por ese miedo secreto que siempre había tenido ante su propio final. Don Victorino se sentía ya en sus manos, desnudo, inerme; en manos de ese jovenzuelo cínico y cruel que venía a robarlo, a matarlo, pues era imposible que fuese de otro modo: a causa, se dijo, de que había sido la primer criatura humana en su vida de la que se dejara impresionar, la primera ante la cual experimentó ciertos sentimientos, casi la especie de ternura que se siente por un hijo, pues estaba escrito en su destino que el primero que provocase en él algo semejante debería convertirse también en su verdugo, en el ángel ejecutor de la sentencia que habría merecido esa liviandad tan prohibida, tan sagradamente vedada para él, convertido ahora en una estatua de sal.

¡La rabia que experimentaba siempre, a todo lo largo de su existencia, por la menor cosa que pudiera parecerse a un hijo, para venir a caer hoy en esta situación estúpida, Dios, absolutamente no buscada! El destino, ni más ni menos.

Transpiraba por todos los poros del cuerpo, mientras los golpes se seguían escuchando, resueltos a

no ceder, seguros de encontrarlo ahí, obstinados hasta parecer ojos que lo veían a través de las paredes.

No quería siquiera dialogar puerta de por medio con aquel joven verdugo que se presentaba, sin saberlo, a la horrible cita: no quería rebajarse a entrar en ese regateo, ese negarse a abrir y pedirle que volviera al día siguiente. Se trataba también de resistir un poco, de obtener un aplazamiento por medio de esta resistencia pasiva. Pero al otro lado de la puerta había una lucidez torturante, como la que tienen las ratas de la cárcel: llena de conciencia, de adivinaciones seguras. Ratas que no se mueven, que no se asustan, que están conscientes de estar frente a ese preso incapaz de hacer nada dentro de su celda. A medida que se prolongaba el silencio de don Victorino, los golpes se volvían más repetidos e imperiosos, transformados ya en un lenguaje cifrado entre el ángel y su víctima.

Aquello no podía durar demasiado tiempo.

—¿Quién es? —se decidió a preguntar don Victorino por fin, con una voz arrugada, envejecida.

—¡Yo, con un demonio! ¡Nazario! ¡Nazario Villegas! —se escuchó desde la calle. Este Nazario Villegas, ¡ah, este hombre, esta montaña recia y magnífica, este bloque!, respiró don Victorino con súbita felicidad.

La ceremonia musulmana otra vez, temblorosa, con prisa, alegre. No había sido el ángel, Dios mío, el ángel no existía, ese mequetrefe ridículo del joven comisionista al que mañana iba a ser preciso ajustarle las cuentas como se debe.

—¿Por qué tardabas tanto? —se escuchó la voz desde fuera. Don Victorino terminó de levantar la tarima.

—¡Hombre! —se le ocurrió una excusa inobjetable—. Me agarraste en un mal momento, mientras hacía una necesidad —en un tono que sin quererlo era de agravio, al que repuso una risita llena de buen humor todavía al otro lado de la puerta.

Nazario Villegas entró sin quitarse el sombrero tejano, apenas echándose hacia atrás con un golpecito firme y desenvuelto del pulgar, al que arqueaba como un espolón de gallo.

Por el miedo que había sentido, y luego la dominante presencia de Nazario Villegas, don Victorino se aminoraba, de pronto era una cosa secundaria, protegida, con gratitud. Para ocultarlo se entretuvo en volver a cerrar la puerta, ahora sin colocar de nuevo el candado, de espaldas al visitante.

Nazario husmeaba en su derredor con las aletas de la nariz ligeramente fruncidas, los pulgares metidos tras del cinturón. Tenía la elasticidad, los movimientos musculosos de un tigre, la misma altivez llena de desdén tranquilo y sin acritud, connatural. Los ojos verdes relampaguearon en medio del rostro rubicundo picado de viruelas.

—¿Y este olor de aguardiente? —preguntó—. Tú nunca bebes —don Victorino echó la cabeza hacia atrás, husmeando también, pero sin olfato, por no ser menos:

—Alguno de los fregados ésos que vienen a verme; yo ya ni me doy cuenta de las pestes que traen —dijo.

Nazario se había sentado con un solo muslo sobre el escritorio, vuelto hacia don Victorino que resoplaba, aún incrédulo de tenerlo ahí. «Muy viejo que está ya el pobre», se dijo Nazario.

Don Victorino lo miró por unos segundos, como si calculara en abstracto alguna cosa sin relación de ninguna clase con nadie, los ojos semicerrados de siempre, porcinos, entre ojos de pez y de cerdo.

Cruzó por enfrente de Nazario para irse a sentar tras del escritorio. Nazario quedaba así de tres cuartos dentro de su ángulo visual, un poco más desdeñoso si se quiere, pero esto complacía a don Victorino, subrayaba con un tranquilizador acento su reconfortante admiración por aquel hombre singular. «Comosi ya comenzara a tener miedo de morir», prosiguió Nazario sus pensamientos. Se

examinaron durante un breve lapso. Había en Nazario un aplomo, cierta tosquedad elegante, bárbara y distinguida a un tiempo, muy propia de las gentes nacidas para el poder, auténtica en absoluto, no sobrepuesta y artificiosa como en los aficionados y politiquillos que imitan e impostan de un modo grotesco esta forma de ser, sino algo como una atmósfera que se desprendía de lo más íntimo y vocacional del hombre, con pleno derecho y sin alardes. Hasta los pliegues que se formaban en el pantalón de gabardina de aquella pierna flexionada sobre el escritorio eran muy propios y seguros, tan naturales como en una estatua.

—Hay cosas muy graves —comenzó Nazario. Don Victorino entornó los párpados con lentitud sobre el globo de los ojos estriados por rojas venillas: se avergonzaba, sin aceptarlo, de ese pavor animal, supersticioso, que había sentido minutos antes, y esto era un obstáculo para que se pudiera volver a sentir bien, desenvuelto, sin esa sensación de dependencia e inseguridad humanas de la que aún no podía desprenderse.

—En el Consejo de la Unión estamos en asamblea permanente desde por la mañana, y así seguiremos toda esta noche y las noches que sean necesarias —no ponía el menor énfasis en la voz, ningún matiz que indicara inquietud o alarma, por lo que era de suponerse la enorme gravedad de las cosas tomando en cuenta el carácter de Nazario. Don Victorino casi contenía la respiración.

—Daremos el golpe de gracia a los comunistas: mañana sin falta —prosiguió de corrido—. Ellos mismos nos ofrecen la mejor oportunidad de nuestra vida. Comenzarán su alboroto con un paro general de transportes, tranvías, coches de alquiler, camiones. Nosotros contamos con los apoyos que tú sabes dentro del gobierno; nos han dado completa libertad de acción y nos aseguran la indiferencia benévola de la policía... Los haremos pedazos por completo... Quedarán hechos garras...

Don Victorino apretó los dientes con júbilo y con ira. Se había recuperado del todo y ahora escuchaba las palabras de Nazario Villegas con una atención ávida, anhelante y valerosa, sin la más leve sombra de temor ante la muerte. La posibilidad concreta y señalada de morir a manos de alguien como el agente viajero, era otra cosa; algo que siempre lo haría temblar, sentir un miedo suyo, biográfico, que le estaba destinado, del que no podía escapar. Pero ante los comunistas, no. Los odiaba tanto que esto le impedía temerles. Únicamente comenzó a sentir un vago mareo, un distanciamiento embriagador de los objetos, como le ocurría antes de entrar en combate cuando era militar. Miraba a Nazario con una cadencia desmayada, con un sometimiento casi femenino.

—Todas nuestras fuerzas están en tensión, movilizadas de acuerdo con un plan táctico y estratégico irreprochable... A la Bestia le habrá llegado su hora...

La Bestia. En el lenguaje críptico de la Organización así llamaban a los comunistas; bajo este nombre cobraban éstos un prestigio aterrador de profecía bíblica, de gran eficacia entre los campos fanáticos que la seguían.

Al informar de los planes, las palabras de Nazario trenzaban una maravillosa, una fascinante red de acciones ocultas, de acontecimientos ciegos que *estaban ocurriendo ya*, en esos mismos minutos. El aire entero de la ciudad se cargaba de un misterioso suceder, de una actividad inconcreta e insomne, donde centenares de topes diligentes irían de un invisible lado a otro, enlazando puntos entre sí, entrecruzándose en las más opuestas direcciones, cada quien con un hilo de la malla para atrapar a la Bestia, para trabarle las patas, haciéndola enloquecer en su rabiosa desesperación, para después romperle el espinazo, arrancarle los ojos y despellejarla, hasta verla revolcándose entre su propia sangre y sus entrañas, impotente y vencida. La Unión Mexicana Anticomunista decapitaría mañana las miles de cabezas del monstruo: una sagrada hecatombe cuya inasible, inaudible maquinaria ya se había puesto

en movimiento. Centenares de individuos de las más diversas apariencias, pero todos con el aire inofensivo, gris, indiferente —acaso demasiado indiferente—, se estarían trasladando de un extremo a otro de la ciudad para ocupar sus puestos. Se les vería en los autobuses, en los vestíbulos de los cines, ante los establecimientos comerciales, en los cafés, en las esquinas céntricas, en la proximidad de los edificios públicos, inaparentes, despreocupados, en la actitud de quien trata de distraerse con algo o matar el tiempo de algún modo. Eran los hombres de las brigadas de asalto, con sus macanas, sus pistolas, sus puñales, que mañana, a la voz de sus jefes —uno por cada diez— actuarían al unísono, exactos, precisos, inexorables como un reloj.

La atmósfera del despacho se había cargado de contenido, de dimensiones, de acontecimientos, no era la misma de antes: una belleza extraña, acre y maciza, de odio y deseo a punto de liberarse, como en los momentos que preceden a la posesión de una mujer torturadamente, sádicamente anhelada, y el apetito sexual se transforma en una especie de rencor. La voz de don Victorino adquirió un tono de súplica, de esperanza temblorosa, dulce y desamparada, la voz aprensiva de quien teme sufrir un desencanto irremediable:

—¿Y los judíos? —preguntó con fervorosa timidez.

Los labios de Nazario se distendieron con una sonrisa breve, equívoca, de máscara:

—También recibirán lo suyo... pero no todos —repuso.

Don Victorino se pasó un trago de saliva, sin comprender con exactitud.

—¿No todos? ¿Por qué?

Ahora Nazario se sacudía con una especie de media carcajada, sagaz, entendida.

—¡Ah, qué diantre éste de Victorio! —Lo llamaba Victorio con imperceptible dejo afectuoso, lo máximo que podía ofrecer un hombre como él, no inclinado a ninguna clase de efusiones—. ¿Por qué ha de ser? —la carcajada se reflejaba en las verdes pupilas de Nazario, sólo que más lista y maliciosa que en los labios—. ¡Hombre! Porque después de que aprehendamos a unos pocos, los demás comenzarán a soltar todo el dinero que necesitamos... ¡Muy sencillo!

Don Victorino dejó caer la cabeza sobre el pecho, los ojos completamente cerrados. «Pero si yo he venido pagando para eso, mis centavos me cuesta —se dijo con amargura—, y todavía habrá que esperar.»

Nazario había dado la vuelta al escritorio y ahora dejaba caer una mano sobre el hombro de don Victorino con protectora familiaridad.

—¡Ya les llegará también su día! No hay que comer ansias...

Don Victorino sonrió a su vez, para disipar cualquier equívoco. Se daba cuenta de que ahora le tocaba su turno entre las causas de la visita de Nazario a su despacho.

—¿Y bien? —elevó hacia Nazario un mentón que no por esto dejaba de confundirse con la opulenta sotabarba—. ¿Cuánto?

Nazario mantenía la mano sobre el hombro de don Victorino, sin dejar de mirarlo a los ojos con una fijeza trascendente, llena de seriedad. Ambos estaban entendidos de que aquello no era un fraude, sino un juego limpio, sin regateos, una causa.

—Diez —dijo Nazario sin alterarse—. Diez mil...

Don Victorino sostuvo la mirada de Nazario y luego se inclinó hacia el cajón del escritorio. Nazario se interpuso vivamente:

—No, no: en efectivo no. ¿Sabes? Necesitamos billetes chicos y sería mucho bulto para llevármelos ahorita... Dame un cheque. Mandaré cambiarlo temprano, nomás abran los bancos.

Don Victorino volvió a mirarlo en silencio y se dispuso a llenar el cheque que se le pedía.

Nazario se volvió de pronto, como picado por un aguijón. Le había parecido advertir, con el rabo del ojo, que aquel veliz, encima de las pilas de papel periódico, se había movido.

—Debe haber muchas ratas aquí, ¿no? —comentó, pero con una informulable sensación de malestar, un vago y absurdo miedo primitivo, zoológico, como si no se tratara de las ratas.

—Es la hora en que salen —repuso don Victorino sin volverse, mientras firmaba—, su hora de costumbre cuando ya no hay nadie aquí: son muy puntuales —se volvió hacia Nazario con una sonrisa gris, abanicando lentamente el cheque.

—¡Carajo! ¡Por nadita se me olvida! —exclamó Nazario en la forma más intempestiva, sin tomar el cheque, a tiempo que se golpeaba la frente con la palma de la mano, sobresaltando a don Victorino—. ¡El hijo de la tiznada ése que tienes de tenedor de libros! —con gran rapidez extrajo de la bolsa del pecho un pequeño papel—: Chávez —leyó—, ¿eh? ¡Olegario Chávez, sí! Es comunista, un comunista de los más fanáticos y activos. ¡Nos llegaron esos informes al Consejo de la Unión! ¡No puede caberte la menor duda! —lo decía en un tono desconocido por completo, que jamás se hubiera sospechado en él—. Estás en un grave peligro. Tienes que tomar medidas drásticas en el tiempo más corto posible.

Don Victorino abrió la boca sin fuerzas para pronunciar una sola palabra. Su labio inferior temblaba viva y desorbitadamente, como un labio que se hubiera vuelto loco por sí mismo, al margen de su dueño y de lo que estaría pasando en su alma tenebrosa y atormentada. El nombre de Olegario Chávez ocupaba su mente entera igual que una mancha ominosa y cegadora, llena de siniestros presagios.

VII. Jacobo Ponce

Jacobo escuchó el timbre del teléfono sin moverse, mientras inclinado sobre el escritorio terminaba de escribir, con los trazos nerviosos de su letra, un párrafo más de aquel ensayo en que tenía ya invertidos cerca de tres meses de concienzuda y paciente labor. «Debe ser Olegario Chávez —pensó—, querrá asegurarse de que estoy en casa antes de venir.»

Tenía la vista puesta sobre los irregulares renglones de su escritura, pero sin leer, atento a lo que debiera ocurrir con el teléfono. «Que conteste Clemen», se dijo casi en seguida por justificar ante sus propios ojos el que no quisiera apartarse del escritorio para contestar él mismo. Clemen: abreviaba familiarmente en esta forma el nombre de Clementina, su mujer.

«El hombre es un ser erróneo —comenzó a leer con la mirada, en silencio—; un ser que nunca terminará por establecerse del todo en ninguna parte: aquí radica precisamente su condición revolucionaria y trágica, inapacible. No aspira a realizarse en otro punto —y es decir, en esto encuentra ya su realización suprema—, en otro punto —se repitió— que pueda tener una magnitud mayor al grueso de un cabello, o sea, ese espacio que para la eterna eternidad, y sin que exista poder alguno capaz de remediarlo, dejará siempre sin cubrir la coincidencia máxima del concepto con lo concebido, de la idea con su objeto: reducir el error al grueso de un cabello constituye así, cuando mucho, la más alta victoria que puede obtener; nada ni nadie podrá concederle la exactitud. Sin embargo, el punto que ocupa en el espacio y en el tiempo, en el cosmos, la delgadez de un cabello, es un abismo sin medida, más profundo, más extenso, más tangible, menos reducido, aunque quizá más solitario, que la galaxia a que pertenece el planeta donde habita esta extraña y alucinante conciencia que somos los seres humanos. Pero no por ello dicho espacio deja de ser un error: es también el error de la materia, y por ende, ahí nacerán, de modo inexorable, otros seres racionales de los que acaso lleguemos a saber algo, quién sabe en qué remoto y desventurado día.»

Durante la lectura el teléfono había repicado dos veces más. ¿Qué pasará con Clemen que no contesta? «Remoto y desventurado día», volvió a releer por cuarta o quinta vez. Sus labios se movían imperceptiblemente, aunque la lectura continuaba siendo silenciosa. No, no pondrían *venturoso* en lugar de *desventurado*. Desventurado, sí. Desventurado, desventurado. Nuevamente llamó el timbre del teléfono, tenaz, con maciza determinación: se adivinaba al otro extremo de la línea la paciente y sólida terquedad de Olegario, dispuesto a no moverse, dispuesto a no soltar el audífono de ningún modo ni bajo ninguna circunstancia, con el anhelo —vuelto seguridad— de encontrar a Jacobo en casa.

«¡Pero qué cosas absurdas!» Jacobo se levantó de la silla casi de un salto, apartándola luego con brusquedad culpable y avergonzada, para lanzarse atropelladamente hacia el teléfono, ansioso y con el ánimo de ofrecer todo género de disculpas. «¡Qué estupidez, qué tontería absurda!» Si Clemen tenía poco menos de tres meses de estar fuera, justo el mismo tiempo que Jacobo llevaba de haber comenzado a escribir el ensayo, la tarde misma en que la despidió en el aeropuerto. Pero, así era: Clementina flotaba en toda su atmósfera, sin existir, como una presencia múltiple y práctica, una especie de extensión de sus brazos, de sus ojos, de sus oídos, a la que siempre se podía dar por supuesta sin necesidad de mirarla, o mirándola, de pronto, con la sorpresa de darse cuenta inesperadamente de que ahí estaba y de que no era él, sino ella, quien hacía todas esas cosas menudas, acudir al teléfono, tomar los recados, recordar las citas y aun evitarle el pedir algo directamente a la criada, a no ser por intermedio suyo, en la misma forma que si Jacobo hablara un idioma extranjero y Clementina fuese su única intérprete autorizada.

Sentía un remordimiento incómodo y desazonante, que aún no lo abandonaba al retirar el audífono, respecto a lo que, desde un ángulo hasta hoy desconocido, Clementina representaba para él. «Debo analizar el problema a fondo —se dijo—; no sé cómo ha podido pasarme inadvertida tanto tiempo esa curiosa transposición en mis relaciones con Clemen, la pobre. Soy un verdadero animal.» Le extrañó su propia voz sobre el aparato: parecía como si bisbiseara junto a la escafandra de un buzo.

Al otro extremo, en efecto, estaba Olegario. Hasta Jacobo llegaban con su lejana realidad, pero distintos y exactos, una serie de ruidos: cláxones impacientes y rabiosos, la sirena de una ambulancia, el pregón largo y cantado de los periódicos de la tarde. —¿Trabjará hasta muy noche, camarada Jacobo?—El peculiar voceo de los periódicos en la ciudad de México, con una entonación lastimera y una especie de desmayo en las sílabas finales hecho para sustituir una vocal por otra, indolentemente: *Grafeco-Noficiees*, entre *e* y *a* (por *Gráfico* y *Noticias*), con un ligero modular casi cínico. Olegario no podría venir a la hora convenida en la víspera con Jacobo. Estaba el problema *ése*, dijo de un modo elusivo. Jacobo asintió. No era ningún obstáculo. Iba a trabajar toda la noche, hasta el amanecer. Olegario, por su parte, tampoco dormiría con aquellas tareas, se comprende. —Entonces, camarada Jacobo, después de la una de la mañana en cualquier momento le caigo por allá —ahora el insoportable escape de una motocicleta, esa especie de nuevo rico del ruido, con su insolencia. —Lo espero, no se preocupe. Pero por favor, no deje de venir: es por el asunto del que no pudimos hablar ayer. Tiene mucha importancia —el apremio del tono había resultado más bien una súplica nerviosa y desamparada.

Jacobo permaneció inmóvil, un poco sin darse cuenta, frente al aparato, después de que hubo colgado el auricular, como si esperara algo todavía, pero no del teléfono, de algún otro sitio. La cosa era de una desolación atroz. No acertaba a moverse, pensando.

Olegario era el hombre. Se había encontrado con Emilio en Moscú. Era la única fuente para obtener una opinión autorizada y veraz sobre Emilio Padilla; la única persona a quien confiarse en medio de la maraña de reticencias, o si no, de versiones extravagantes. Hasta la de que Emilio había muerto en China como comisario de un cuerpo de guerrillas antijaponesas. Un héroe, en tal caso. Tonterías. Aunque un poco más que tonterías, por supuesto. En algunos medios del partido, hablar de Emilio Padilla o suscitar algo en relación con él creaba de pronto una atmósfera rara, difícilmente perceptible para los no iniciados, en la que desde un principio ya se sostenía un dato sutil y desconocido, de indefinidas y remotas implicaciones, las que en virtud de esa misma sutileza se denunciaban casi por sí solas en una velada y difusa reserva, o en la inquietud de una incierta conjetura que ninguno quisiera ni pudiera formular. ¿Qué sabes o qué supones?, parecían decirse unos a otros en este inaparente juego receloso, donde todos aceptaban estar sobre un terreno tácitamente prohibido del que era preciso salir cuanto antes, aunque no sin hacer todavía el difícil intento de una especie de recíproca pesquisa, por cautelosa que fuese, alerta y llena de disimulo, a base de deducir la probable segunda intención de las palabras o alguna acechancia secreta e indeterminada. Estaba Olegario, en cambio. Quizá no significara mucho, pero Jacobo recordaba sus mandíbulas, compactas de rabia, en contraste con los ojos de niño, húmedos de llanto, al descubierto, llenos de ese agravio que busca sostén frente a la injusticia, un niño gigantesco y huérfano, en el hospital de la Cruz Roja —unos años atrás— cuando al retirar la sábana del último cuerpo, en una fila de diez, aquél era el cadáver de Serafín Jiménez. Una sorpresa brusca, y la soledad, la convicción viva de ser odiados, pues ya no esperaban, ni él ni Jacobo, que de todos modos Serafín Jiménez hubiese sido muerto por la policía. Unos ojos de mirada muy precisa, sin engaños: en una forma u otra, pero siempre con esa expresión exacta del espíritu que no se oculta a nadie, que se entrega por entero desde el principio. Olegario y Emilio también estuvieron juntos largos meses en la

cárcel. Ahí se conoce uno mutuamente hasta el fondo, no hay escapatoria. Por eso Olegario lo conocería más que ningún otro. Ahí la vida condensa su significado, lo multiplica hasta la desnudez más perfecta, se bestializa sin rodeos, sin asombro, idéntica a la confiada naturalidad con que se usa el W. C. El que es bestia, ahí está, sin rubor, sin alma, encantado de poderlo hacer, con los cigarrillos que fuma a escondidas para no compartirlos con sus compañeros, la comida especial que se hace servir furtivamente en las cocinas, por obra de algún soborno, la vileza con que disimula —cuando hay algo por lo que se debe protestar— el miedo que le brota por los poros de la piel como si sudara excremento. Ahí está, agradecido a los jefes por una abyección que le permite no sufrir con exceso ni arriesgarse más de la cuenta, si ya es bastante con lo que padece como para que aún pretendiera añadirle complicaciones morales. Uno sabe con quién trata, con qué clase de tipo, si conoce su comportamiento en la cárcel, y mucho mejor si ha estado preso junto a él. Sabrá desde luego si es un canalla. Olegario era el único para decírselo. Jacobo daría cualquier cosa por que Emilio resultara un canalla.

Con todo, tenía miedo. En rigor, ahora más miedo que nunca, al borde de la sima. «Horrible cosa es caer en manos del Dios vivo», recordó de súbito, no sin asombro, las palabras del Evangelio. Por primera vez en su vida se daba cuenta hasta qué grado aquellos católicos que fuesen conocedores profundos e inteligentes de su espantosa religión, podrían sufrir en la forma más indecible y bárbara al contacto de esa frase abismal. Jacobo tenía miedo. Un miedo religioso a la verdad. Es decir, a que Emilio *no* fuese un canalla. Aquello sería muy semejante a caer en manos del Dios vivo.

Se estremeció. Todos los demás luchaban ciegos y confiados, sin preocupaciones. Él, en cambio, escogía el camino más áspero. Descubrir hasta el fondo la verdad de Emilio Padilla —preso desde hacía quién sabe cuántos años en la URSS—, y más aún, pretender que las cosas se rectificaran de acuerdo con esa verdad, era enfrentarse a una lucha amarga y descorazonadora, en la que estaría más solo de lo que nadie estuvo antes jamás. Pero aquí se dilucidaban ciertas cuestiones esenciales. Los comunistas, que no vacilarían nunca en dar su vida en el combate contra la injusticia, tampoco podrían permanecer indiferentes ante la injusticia propia. Era imposible aceptar que la causa más luminosa y noble de toda una época fuese dañada desde un principio, y si esto era posible ya no se sabría quiénes estaban equivocados ni por qué. ¿O acaso los caminos del hombre —como los de Dios— serían también inescrutables? ¿Había que acondicionarse a las cosas, disimularlas y guardar silencio, para poder marchar hacia adelante? La respuesta de los sacerdotes era como besar un hierro candente. La historia sería siempre una deidad cruel, *objetiva*. Lo objetivo no admite consideraciones éticas; existe, sucede, transcurre y nada más. Las cosas habían ido siempre hacia adelante, esto era una verdad más poderosa y elocuente que todo. Ahí estaban la Muralla China, las pirámides egipcias, los templos de Chichén-Itzá. Los muertos no contaban. Ni tampoco las lágrimas de aquel poeta anónimo y sin huella que habrá protestado en su tiempo contra la violenta impiedad sin fin de las terribles construcciones. Sus lágrimas y su poesía habían sido antihistóricas: hasta nosotros sólo llegaron las lágrimas, la sangre, el padecimiento, el martirio y la muerte que se convirtieron en piedra labrada, en arquitectura, en túmulos astronómicos, en desafiantes estatuas. Estas lágrimas y esta muerte sí pertenecían a la vida, y no las del pobre poeta solitario y sin habla y desnudo y vencido. ¿Quién le diría a Jacobo que no fuese él mismo condenado por la justicia histórica? ¿Qué es la verdad? La pregunta de Poncio Pilato encarna la más alta y serena sabiduría, y para los que sabemos la mentira de Cristo, la única verdad es la falta de verdad: verdades concretas, transitorias, tangibles. Pirámides, cruces, sangre.

Una ola de pánico espiritual invadió a Jacobo desde el fondo de su ser, como otra sangre. La insana, la delirante sensación de llegar a encontrarse en el vacío más completo del espíritu, desterrado,

condenado por la justicia y la verdad concretas, por el odio y el desprecio de los mejores y los más puros. Se veía a sí mismo, muerto y atemorizado hasta la eternidad, con los ojos sórdidos y suplicantes como para corroer con la mirada, mientras los demás participaban en la lucha entusiasta y jubilosa. Tal vez estuviese enfermo hasta las propias raíces del alma de un mal diabólico y sin esperanzas. Él padecimiento inconcreto y frío de su propia razón, de la meticulosa autocrueldad de su inteligencia, y de su búsqueda viciosa del más atroz y constante infierno de las ideas, espantosamente seguro, además, de que no habría nada que satisficiera en ningún momento su sedienta intranquilidad. Tal vez estaría condenado a la proscripción sin medida y para la que no existe nombre, de aquel que se equivocaba para siempre, hasta abajo, hasta lo último y sin apelación.

«El hombre como ser erróneo», se dijo más o menos tontamente, sin relación alguna con el problema.

Esta forma irremediable de aislamiento, de vacío, de frustración, igual a naufragos separados por un golpe de mar, cuando se cuelga la bocina después de que alguien llamó desde cualquier teléfono anónimo, en la calle, vaya a saberse desde qué sitio, una abstracción absoluta, sin referencia, como en la nada. Pensó con angustia en que, durante estas horas activas y febriles, algo podría ocurrirle a Olegario. Debiera haberle dicho que iría a su encuentro en ese mismo instante, sin esperar a más, en el punto que fuese. Imaginaba la calle pletórica de absurdo, de vida innecesaria: el vendedor de periódicos con sus gritos insensatos y vacíos; la furia sin propósitos de los choferes; la mirada de terror del herido, en la ambulancia, creyéndose torturado deliberadamente dentro de una celda en movimiento; el agente de policía que hincaba las espuelas y torcía los brazos a su motocicleta, con una simplicidad feroz, como sobre un caballo espantoso; la tabaquería ambigua, una superpuesta sucesión de planos de cristal, con pipas, con piernas, con transeúntes, y el teléfono en medio, de pronto otra vez vuelto a sí mismo, de regreso a la incomunicación natal que era su esencia, mientras las espaldas de Olegario se mecían y se alejaban entre la multitud de seres gratuitos, locos y sin esperanza.

Jacobo regresó a su escritorio. La delgadez de un cabello considerada como otro universo: o sea, la prolongación en el espacio de esa medida infinitesimal que nos separa de la exactitud, como constitutiva de otro universo, la *otra parte* de la inmensidad, la parte eterna y absoluta, la que no nos está permitida, porque de permitirsenos, entonces habría Dios —o algo como Dios, de quien lo existente sería la creatura, con un límite, con un principio y un fin.

Advirtió, sin embargo, que no estaba en condiciones de expresar por escrito estos pensamientos: se había interrumpido algo, un puente se había roto entre él y las palabras, y éstas vagaban sueltas, arbitrarias, sin estructura alguna que las enlazara por dentro, sin cosa alguna que las pudiera hacer reales, igual que mariposas aleteantes y ciegas en un circuito mudo y sin respiración, donde chocaban unas con otras, antes del Verbo, enloquecidas por la nostalgia de decir. De pronto se le hizo muy claro, en toda su pavorosa proporción, lo aterradoramente anormal que es un teléfono, ese aparato submarino en busca de palabras que nunca terminarán de ser dichas, una máquina del aislamiento, el hacha que parte en dos un deseo. «Van a matarlo, van a matar a Olegario», se dijo con una inquietud increíble. Mañana estallarían el paro del transporte. «Debe estar metido en eso hasta la punta de los cabellos. Pero vendrá. Vendrá si no le ocurre cualquier tontería.»

El maldito ruido de la calle. Claro, la mujer del servicio había dejado abierta otra vez la hoja del ventanal. «Da una sensación absurda de placidez, de conformidad satisfecha», se dijo al cruzar hacia la ventana. En rigor no justificaba el juicio: era una simple antesala no diferente a las demás en un departamento de clase media de pasables recursos, profesionistas, catedráticos, intelectuales, con la

ventaja de que Clementina la había salvado del mal gusto con una cosa u otra, la sencillez de los muebles, la alfombra, las cortinas, y desde luego su fantástico sentido del orden.

Después de haberla cerrado, arrepintiéndose con enorme curiosidad en el mismo instante, Jacobo abrió de nuevo la hoja del ventanal: ese ruido. Cada vez se sentía más perturbado por las cosas.

Allá abajo, en la plaza se desarrollaba un espectáculo único y en cierto sentido aleccionador, visto desde el décimo piso. Una fija y torpe danza zoológica, de mastodontes de todos tamaños, tenaces hasta la imbecilidad, trabados en una lucha inmóvil y severa, asombrosa por la total ausencia del más leve sentido. Gigantescos camiones y transportes, tranvías y automóviles de alquiler, habían formado, inopinadamente, un laberinto del cual no acertaban a salir, y entonces su único recurso era chillar, chillar como cerdos a los que condujesen al matadero, cada uno preso en la red del otro, cada uno inconsciente y culpable, y cada uno, también, rabioso y soberano. Había en aquello algo infernal, de pesadilla viviente, al margen de no ser sino un simple embotellamiento del tránsito.

Los policías pitaban, en el colmo de la desesperación, con los silbatos incrustados en los dientes, igual que labios artificiales, como si tuvieran otros órganos del habla, a tiempo que ejecutaban extraordinarios aspavientos histéricos, yendo de un lado a otro, en esa fantástica interlocución de monos que era aquel lenguaje del ruido, del caos puro y deshumanizado. Los conductores de vehículos respondían a los agentes con idénticos ademanes, ya hacia un punto, ya hacia el opuesto, en un desvarío lleno de tercas incoherencias, pero de modo preferente hacia el minotauro, hacia el abominable camión de mudanzas, desproporcionado y antinatural como un barco terrestre (sobre el que todos parecían convenir, con un odio supremo y agitado, en que era el verdadero y único causante del conflicto), y también, de igual modo que los agentes, sin palabras, con las mismas angustiosas gesticulaciones mímicas y el chillar enloquecido, desenfrenadamente múltiple de sus bocinas.

Seducido por una idea que le pareció —mientras sonreía— espeluznante y maravillosa, Jacobo se dispuso a poner en práctica un tentador ensayo de su cólera discursiva. Contemplaría el espectáculo de la calle colocándose en el punto de vista de un ser racional no perteneciente a la tierra sino venido de algún otro punto del universo. El principio de este ser radicaría en que, a su modo, es decir, al modo de una actitud cósmica esencialmente característica («antiprovinciano» por excelencia, enemigo a muerte de cualquier clase de particularismo y de estrechamiento, para él la más inconcebible degradación a que se pudiera llegar) habría resumido toda la acción del ser, el todo de la práctica, en el pensamiento teórico como ejercicio absoluto. (Entiéndase —se dijo Jacobo—, no como el *ser absoluto* sino como el absoluto de su *ejercicio*, la práctica del ser a su nivel más alto posible, al nivel de la acción casi pura, emancipada al máximo de la gratuidad.)

Entonces dicho ser, incontingente respecto a nosotros y respecto a nuestras situaciones racionales o no racionales, miraría el espectáculo desde el más distante porvenir; desde ese punto del futuro a donde se supone que el ser humano llegará («quién sabe en qué remoto y desventurado día»), a través del proceso de realizarse en la identidad con su otro yo del cosmos.

Desde la altura de la ventana el ciudadano del planeta extranjero se planteaba, ante todo, como su primer tarea cognoscitiva la de establecer cuáles podrían ser las relaciones de semejanza consigo mismo existentes en aquella realidad de la calle congestionada por el tránsito. Un método *raciomórfico*, si puede decirse: su objeto era el mismo objeto racional de este mundo nuestro; o sea, en dirección inversa a nosotros, el encuentro, también, de su otro yo de la tierra. Descubierta esto último, las demás relaciones resultarían fácilmente explicables.

El *raciomorfo* extranjero miraba entonces las cosas sin la más leve sombra de inquietud o ansiedad,

con reposada atención analítica, y por otra parte, si bien seguro de no equivocarse, con la calma suficiente para no tomar el primer dato sugestivo como si ya fuese una pista firme. Por eso no le causaba la menor sorpresa —y cae de suyo que menos aún el entusiasmo que querríamos haber esperado— mirar a los hombres por primera vez. La palabra *hombres* carecía de significado alguno para él, no era sino un simple localismo idiomático. Los «hombres» estaban presupuestos en todas sus hipótesis únicamente bajo la noción abstracta de racionalidad. Cualquier cosa verdaderamente racional sería, pues, «el hombre», si se insiste en llamarla así.

Ante sus órganos de percepción se encontraba un determinado existir concreto: era lo primero que podía afirmarse con seguridad. Cuerpos inmóviles o en movimiento, con diversas formas cada uno. De inmediato no le interesaban las formas; la variedad de éstas oculta a menudo la cosa que contienen: por el contrario, en la actitud e inquietud de los objetos —al margen de la forma— terminaría por encontrar la cosa que eran. Actitud de los objetos por cuanto a las relaciones entre unos y otros; inquietud, por cuanto a la dirección de su impulso. ¿Sería *real* la actitud y la inquietud de estos objetos, o no era sino sólo una existencia absurda? Aquí radicaba el problema de la racionalidad en el sentido que él quería descubrirla.

Como lo que en apariencia tenía mayores visos de ser real, desde el principio, era la inquietud, el movimiento, la no-quietud de los objetos —y no así, por lo pronto, su actitud, de la que era preciso desconfiar—, comenzaría por la búsqueda de la primera, pues el movimiento en todo caso es lo más real de cuanto existe: me muevo, luego existo.

Había que comenzar, naturalmente, por hacer una distinción entre las formas. Algunas, como tales, ya eran en sí mismas una inquietud. La inquietud de las formas: formas *inquietas*, como en la reproducción del movimiento que puede hacerse sobre la materia inerte (y aquí pensaba Jacobo que el *raciomorfo* estaría aludiendo a la escultura). Estaban estas formas de allá abajo obstruyéndose, graciosamente quietas, estos poliedros inmóviles. Cautivaban del modo más extraordinario, ya eran en sí mismos inteligentes: su modo de ser no resultaba azaroso ni casual, sino obediente a los datos de ciertas profundas y conmovedoras abstracciones. Eran, pues, una inquietud consumada; evidentemente, la penosa, heroica, intrépida adición, etapa por etapa a través del gran vacío del tiempo, de largas y repetidas inquietudes anteriores, hasta llegar a este prodigioso encuentro con la geometría.

No importaba su inmovilidad: la inquietud no consiste en ir de un lado a otro. Había en esto un movimiento interno: algo que se había ido realizando, fase por fase, agregación por agregación, triángulos, vértices, caras, hasta construir un espacio, hasta haber podido sustraer ese espacio al infinito. Luego, estaba esa idea suprema, abajo de aquella ordenación espacial: la rueda —el cero—, la perfección más alta de la idea; esos círculos afianzados en sí mismos, herméticos en su fuerza, en el autoimpulso que representaban. Ya no eran, pues, premisas de lo racional, sino lo racional mismo. Estos cuerpos poliédricos debían ser, desde luego, el habitante racional y superior de la tierra: reunían los atributos esenciales. Lo único que suscitaba dudas era su actitud, tan contradictoria con la dirección de su impulso, digamos, de su *deseo* acumulado a través de sucesivas fases del tiempo. Este deseo, este *querer* de su impulso, que no pertenecía sólo al presente, sino que provenía de un distante —probablemente muy lejano— desarrollo, entraba en contradicción con un *no-querer* obstinado de su actitud, como si su actitud les fuera ajena, un modo de esclavización insensata, desconsiderada y despótica, que les hubiese sido impuesta por alguien extraño, hostil y de una naturaleza muy primitiva, grosera y especialmente opuesta a la razón. Por ello nadie podría asegurar si en este punto a que había llegado la inquietud racional de la tierra —las formas superiores de integración con el pensamiento, por

lo pronto, aquí, poliédricas, una realización en la geometría— ya habría, sin embargo, terminado todo, toda inquietud *real*. Era posible entonces que esto ya no fuese sino el eco de un mundo muerto hacía un tiempo incalculablemente perdido en remotas y lejanísimas edades, o si no (en el mejor de los casos) la ilusión espejeante en que apenas se insinuaba algo que tal vez podría nacer, en quién sabe qué increíble y *venturoso* día. Lo cierto es que era una inquietud desnaturalizada, arrebatada a su propio querer ser y entonces el tiempo quedaba sin realizarse, por delante de ella, solitario y sin volver su rostro incompasivo hacia atrás, transcurriendo y abandonándola, de cualquier manera muerta ya.

Quedaba el ruido, ese otro modo de ser del movimiento, aunque quizá en este mundo ya no fuese sino la sobrevivencia alucinante de un incierto e improbable pasado racional, sobre el que no podía anticiparse ninguna firme conjetura. ¿Podría haber una esperanza en estos extraños y patológicos signos auditivos que acometían de modo tan feroz al espacio por todas partes? Cuando menos eran una cosa de la que se podía decir, de algún modo, que estaba viva, aunque careciera de la más insignificante porción de lo que, por costumbre, en este mundo suelen llamar humano. Resultaba un dato singular el de que los signos auditivos (un chillar tan desacompañado y estridente, no sujeto a ninguna concepción de conjunto ni coordinada) —por mucho que acusaran una condición monstruosa e inaceptable de acuerdo con los principios más rudimentarios— fuesen una facultad común a todas las formas aquí congregadas, tanto a las estrictamente poliédricas, como a las que no lo eran de un modo riguroso. Podría ser que aquí hubiese algo...

Era cosa de verlo, de cualquier manera. Se tenían, por ejemplo, estos objetos de movilidad increíble, hasta si se quiere movimiento puro, la inquietud en sí por excelencia, que parecerían ser los más indicados para un empeño racional. Disponían de los recursos de mayor eficacia, respecto a los demás, aun dentro de su grotesca pequeñez y fealdad; digamos, ese par de sorprendentes palancas hacia la parte inferior de lo más homogéneo y compacto de su forma, para no hablar de las extremidades superiores, que acaso servirían para que el objeto se desprendiera de la tierra y navegase por los aires, como una celeste y maravillosa embarcación. Pues bien: con una rara habilidad, llena de malicioso cálculo y astucia, apoyaban dichas palancas en el suelo, engañosamente, como sin proponérselo, aparentando una inconciencia completa, y luego, mediante una presión alterna, ya de una, ya de otra, en virtud del aprovechamiento proporcional de su propio peso, obtenían, por pura sorpresa, por manifiesta ingenuidad y descuido de las demás cosas con que entraban en contacto, un suave y elástico rechazo, hacia arriba y hacia adelante, que los impulsaba para desplazarse en cualquier sentido, a su antojo, de la manera más arbitraria, caprichosa y absurda que se pueda imaginar. Entre todas, éstas eran las formas más desconcertantes y que parecían gozar de más grandes privilegios prácticos: iban cómodamente erguidas y en la parte superior remataban con una suerte de masa esférica, más pequeña que las otras secciones del objeto, y de la cual, precisamente, era el punto de donde provenían aquellos signos auditivos cuyo papel aún estaba por esclarecerse con certeza.

A estas alturas era preciso hacer notar la circunstancia más sospechosa de todo el espectáculo. Las formas superiores, las más elevadas en la escala del pensamiento, las poliédricas, esto es, las que ya representaban en sí mismas el encuentro con la geometría, pese a también disponer de aquella facultad común de producir ruido —y un ruido tan despreciable—, no lo mezclaban a su inquietud, no lo identificaban, o no podían identificarlo con ella, como, por el contrario, lo hacía la forma del remate esférico, desplazándose a un lado y otro, a tiempo que silvaba endemoniadamente. El *movimiento-pensamiento* de la geometría (la verdadera inquietud, la realidad racional, la única en esencia) permanecía quieto, obstruido, paralizado por algo ilógicamente letal y perverso. En cambio el

movimiento-ruido (la forma con remate esférico, que era una especie de negación constante de algo) actuaba, ejercía su acción innecesaria, vacía, en plena, abrumadora, desquiciante libertad; una libertad insensata, desoladora: la libertad a que están condenadas las formas ciegas e inferiores.

El enigma se esclarecía en absoluto cuando del interior de las formas poliédricas saltaban hacia afuera, nerviosas, activas, furiosamente móviles, más formas con remate esférico, idénticas a las primeras y con las mismas palancas en la parte inferior. Las formas que eran producto de la geometría, entonces, quedaban mudas al instante, absueltas de la irracionalidad de todo aquello, ajenas a los bárbaros signos auditivos que (ahora estaba demostrado) no eran suyos, sino que les habían sido impuestos por esos espantosos bípedos mecánicos.

Aún faltaban elementos para llegar a las conclusiones finales.

Determinados indicios reveladores —la propensión contumaz a reducir el movimiento hasta su pura fase de inercia, con una especie de resuelta malignidad; la aceptación colectiva de incomunicarse los seres entre sí por medio de las señales auditivas, recíprocamente ininteligibles— inducían a conjeturar que, si bien en medida hartamente precaria, aquellos perniciosos bípedos contaban con determinada dosis de racionalidad: no podía negarse que su actitud era una conciencia.

Una conciencia, cierto. Pero decir conciencia no significa nada ni nos conduce a ninguna parte. A todas luces parecía tratarse de una conciencia enferma y tal vez, en el fondo, malvada. Era una conciencia rabiosa, enloquecida, febricitante y violenta, en lucha contra su propio ser en el tiempo, contra su propia unidad (contra su propio estar existiendo desde el pasado hacia el porvenir, como el sucederse ininterrumpido de una inquietud cósmica) a la que oponía su propio ser en el individuo, en la parte temporal e inmediata, como si esto fuese lo total de la conciencia, como si en la parcialidad momentánea de su ser y en su tener radicara el absoluto de la inquietud verdadera.

No; era imposible cualquier clase de entendimiento con este mundo terrenal.

Entre los dos yo de la racionalidad cósmica —pues en fin de cuentas ambos eran habitantes del cosmos— se interponía, simplemente, la delgadez de un cabello, con todas las cosas infinitas que esto significaba: era imposible que coincidieran jamás. Su racionalidad era diferente, o mejor dicho, opuesta. La de los seres terrenales habría aparecido mucho tiempo después del momento oportuno para que se pudiera esperar algo de ella. Debía tratarse, sin duda alguna, de un planeta tardío. Su racionalidad estaba, apenas, en la más primitiva fase de la autofagia.

Una tibia sonrisa burlona se insinuó en los labios de Jacobo. Exageraba, evidentemente, en su papel de observador cósmico. Lo absurdo del espectáculo, allá abajo, sin embargo, subyugaba hasta las lágrimas, hasta la desolación más impúdica, hasta la delicia, tan sólo porque, en efecto, podía resolverse del modo más sencillo visto el problema desde el ventanal. Bastaba con dos o tres maniobras simples y lógicas. Desde luego que el minotauro, el pobre y voluminoso carro de mudanzas, ese viejo elefante de circo, reumático y sin porvenir, era inocente de todo cuanto pasaba. Los demás tenían necesidad de un enemigo, de un culpable sobre el que pudieran descargar su odio; pero tomado el hilo de Ariadna en las manos, el minotauro dejaba de existir en el mismo momento. No había un minotauro individual y privado. Todos eran el minotauro. Jacobo también.

VIII. El partido

Lo sobresaltaron las campanadas, próximas y vibrantes, de ese reloj público del que Jacobo no acababa aún de enterarse —por olvido y también por falta de oportunidades para preguntarlo— dónde diablos podía estar instalado, en qué edificio de por ahí cerca. Eran empalagosas, con unas *fiorituras* semisollozantes y trémulas, como cuando la música de una mala película pretende ser «onírica». Había que disponerse, pues, para acudir a sus clases en el local del partido. En dos horas más estaría de regreso, con tiempo suficiente para esperar la visita de Olegario. El ruido de la calle desapareció a sus espaldas, después de que hubo cerrado definitivamente el ventanal, mientras se encaminaba de nuevo a su cuarto de trabajo.

Le parecía divertido, aunque con una indeterminada sensación de molestia, el que no se hubiera dado cuenta, sino hasta ahora, de que estaba solo, sin Clementina. Tres meses. El rostro fino, pálido, de expresión resuelta, de Clementina. Sus grandes ojos claros, a veces tan absolutamente vacíos, en los momentos de esa hostilidad sustantiva, muy suya. Rebuscó entre sus cuadernos los apuntes de su clase de hoy. Se proponía desarrollar una cita de Engels en el *Ludwig Feuerbach*. Algo que era muy útil para establecer ciertas nociones éticas del materialismo.

Ahí estaba, junto a la postal alemana. «A Feuerbach no se le pasa por las mientes investigar el papel histórico de la maldad moral. La historia es para él un campo desagradable y descorazonador.» No lograba imaginar la vida que haría Clemen en la Selva Negra, en casa de sus parientes alemanes, los cuñados de aquella hermana suya que Jacobo no conocía sino en retrato.

Era la reproducción de una litografía en que destacaban los contornos misteriosos y evocadores de algún viejo castillo merovingio, con dos aldeanas en primer término tomadas de la mano. Al reverso, la letra de Clemen, pausada, tranquila, muy dueña de sí misma, una letra que no permitía que sus rasgos, llenos de cálida y palpitante disciplina, traslucieran ningún exagerado sentimiento. Devolvió la tarjeta postal al cajón del escritorio donde había estado junto a los apuntes. Pero la cita no bastaba por sí misma, se dijo contrariado. Engels entraba en una serie de pormenores sobre el mal como motor del impulso histórico. Una percepción concreta e inasombrosa del mal —cosa infinitamente más revolucionaria que el bien. Claro, no en un sentido simplista, sino en el de la lucha de clases, por ejemplo. Habría que leer algunas páginas del libro y comentarlas. Una vaga nostalgia de Clemen. Se preguntaba cuáles serían, en lo más íntimo, en el fondo más verdadero de su persona, los sentimientos reales de Clementina hacia él. Era posible que no lo amara. Algo muy parecido al rencor, aunque un rencor amoroso, quizá. Por fin el libro de Engels no aparecía en el estante ni por ningún sitio. Era inútil continuar en su búsqueda con ese afán que segundo a segundo se volvía más rabioso y ciego, casi zoológico. El hombre de Neanderthal en busca de un libro de filosofía.

Se detuvo a media habitación, aturdido, con desolada y amarga perplejidad. Parecía imposible que le pasaran estas cosas, pero le pasaban: un olvido absoluto, total, sin resquicios, de su entrevista de ayer con Patricio, en la propia oficina de éste y sobre cuyo escritorio había abandonado el libro de Engels. La cuestión era que desde ayer —como se lo comunicara el jefe del partido— sus clases quedaban suspendidas por acuerdo *unánime* del secretario del comité central. Ésta era simplemente la cuestión. Por acuerdo *u-ná-ni-me*, había dicho.

A cada movimiento de sus mandíbulas, las palabras de Patricio brotaban como formadas en grupos militares, en una rígida disposición, mecánicas, vacías en absoluto, pero poderosas, siniestras, con esa virtud hipnótica, incomprensible y aterradora, de los exorcismos. Hablaba con las mandíbulas,

únicamente con las mandíbulas, abajo y arriba, igual a la palanca que extrae agua de un pozo artesiano.

A causa de alguna razón extraordinaria, sin escuchar en absoluto nada del discurso, Jacobo «leía» tales palabras en el movimiento de los labios de Patricio, a la manera de los sordomudos, fascinado hasta el éxtasis. Jamás se le había dado la ocasión de contemplar un espectáculo tan maravilloso. Era un lenguaje de piedra, de antiguo ídolo azteca, increíble, un lenguaje de muertos que ya daba las cosas por sucedidas desde largo tiempo atrás, desde el principio de las edades y que disponía del arbitrio supremo, no de inventar vocablos, pero sí de dar a los términos más comunes y anodinos un significado último, enigmático y de la más insondable cuanto imprecisa trascendencia. Expresiones tales como *teóricos pequeñoburgueses desligados de las masas, actitudes objetivamente contrarrevolucionarias, desviación de los principios, espíritu antipartido, influencias extrañas a la clase obrera*, adquirían de inmediato una dimensión sobrecogedora al ser expulsadas de la cavidad de las mandíbulas por la palanca de aquel pozo impersonal, neutro, y cuyo dogmatismo constituía ya una segunda naturaleza compacta e inexpugnable.

Acuerdo unánime. Jacobo había sentido una curiosa sensación de flojedad en las articulaciones, un desfallecimiento. *Unánime.* La unanimidad involucraba el voto de Ismael Cabrera, el tercer miembro del secretariado. Veía a Ismael —de quien podía considerarse una suerte de discípulo de primeras letras del partido— con su pequeña sonrisa de apariencia infantil, de indulgente reproche, apenada y cariñosa, la misma con que, por costumbre orgánica, connatural, acompañaba siempre el anuncio de las decisiones adversas o injustas, como recurso con el que pretendía no hacerse solidario, o no del todo solidario, cuando menos, de esas mismas decisiones a cuya adopción, no obstante, él había ayudado con su voto. Una sonrisa débil, atormentada por los remordimientos, llena de simpatía y comprensión para las víctimas. La sonrisa triste y piadosa de algún inquisidor justo del Santo Oficio (que los habrá habido justos, terriblemente caritativos y de doloroso espíritu sangrante, como en todas las épocas y en todas las causas) en los momentos de conducir al desamparado y solitario hereje, a que salvara su alma de la tenebrosidad sin nombre de haber perdido a Dios en los redentores sufrimientos del potro de tortura. «La delgadez de un cabello», suspiró Jacobo en un soplo vagamente melancólico que le subía del pecho.

IX. Olegario Chávez

El nombre de Ismael junto al del pintor Alfaro Siqueiros, Hernán Laborde y otros temblaba en la hoja impresa que el muchacho vestido de mezclilla había deslizado en las manos de Jacobo cosa de diez años antes. El muchacho se alejaba por la calle de San Jerónimo mientras con una alegre y furtiva destreza proseguía el reparto de propaganda a todos los transeúntes. Jacobo echó a correr tras de él, acezando, muy excitado. —¡Por favor, por favor! —El muchacho, de pronto sin repartir más propaganda, avanzaba a pasos rápidos, sin embargo huyendo con una prisa tranquila, segura, que tenía algo de muy habituado y profesional —un poco burlón también—, mientras negaba con un movimiento del brazo, o hacía una señal por encima de su cabeza. Los tirantes de su traje de mezclilla formaban una equis a su espalda, sobre la camiseta blanca de algodón. Jacobo no quería perder la oportunidad de hablarle; bien, de *hablarles*: esto eran los comunistas, la hoja impresa con aquellos nombres, el mitin de esa noche.

Del pequeño jardincito, frente al templo, en diagonal hacia Jacobo, se había desprendido un hombre igualmente vestido de mezclilla, las manos dentro de las bolsas del pantalón, los ojos bajos, mirando de través, desplazando su cuerpo macizo y fuerte con el empuje y el balanceo intencionados de un ebrio que se abandona a la inercia de su propio impulso sin poderse ya detener. El poderoso empellón rechazó a Jacobo contra las paredes de la iglesia, casi a punto de hacerlo caer. Se aferraba con una mano trémula, las uñas incrustadas de cal, a una saliente del muro. El hombretón, oscilante como un oso, se le interponía con aire taimado. Mostraba un cigarrillo sucio entre los dedos y sus labios se enteabrían con una sonrisa a la vez cínica y suplicante.

—Dispense, joven. ¿No tendría un cerillito, por favor? —Jacobo quiso apartarlo para seguir tras del muchacho, pero el hombre le obstruyó el paso, ahora sin disimular de ningún modo sus intenciones de impedirle continuar adelante—. Le pedí un cerillo, amigo, y usted ni siquiera me responde que no trae. ¿Acaso son modos ésos de una persona decente? —La actitud no ofrecía dudas, determinada, hostil, resuelta. El hombre extendía los brazos gigantescos y torpes, como quien «marca» al adversario que lleva consigo la pelota en el baloncesto. Jacobo lo miraba ofendido, sin comprender. Hizo un intento por sacar la caja de fósforos de la bolsa del saco, pero se arrepintió en seguida. No podía someterse de un modo tan fácil a la humillación. En la esquina de la calle el muchacho de la propaganda se había detenido con la actitud de quien espera algo, pero ya en ese instante en franca ansiedad, inquieto, con una especie de amor, de aprensión afectuosa hacia algo indefinido. Por la postura de su cabeza, tensamente colocada de tres cuartos hacia donde Jacobo y el hombre se encontraban, podía adivinarse que, de reojo, miraba con anormal rigidez, todas las fuerzas de su atención concentradas en este punto, como asaltado por un remordimiento súbito y oscuro. Las miradas del gigante también estaban puestas sobre el muchacho. Jacobo y el hombretón lo miraban con el mismo anhelo, con una ternura idéntica, y el muchacho parecía adivinar esto cada vez más, ya casi como a punto de volverse (eran unos cuantos segundos de resistencia los que le quedaban), de volverse y caminar hacia ellos para quién sabe qué extraña abdicación, inerme, entregado, vencido.

Por la calle transversal el camión de pasajeros se aproximaba como endemoniado y parecía imposible del todo que el muchacho de mezclilla pudiera abordarlo en marcha. ¿Para qué?, se preguntó Jacobo. El hombre y Jacobo se miraron otra vez con igual anhelo, unidos por la misma comunidad de sentimientos mutuamente ignorados, pero idénticos en los dos. El cuerpo del muchacho tremoló como una bandera al prenderse del camión, que no había aminorado su velocidad al llegar a la esquina. Apenas se prendió al vehículo con la violencia de una partícula de acero que se lanza hacia el imán,

Jacobo creyó ver un movimiento de su mano, que parecía ser un saludo triste, como una confusa disculpa, antes de que los muros de San Jerónimo, en fugaz parpadeo, ocultaran al camión que corría disparado como un proyectil loco.

El gigante respiró, sosegado. Ahora él mismo daba fuego a su cigarrillo con sus propios fósforos, que había sacado de la bolsa del peto de su traje de mezclilla azul. Era como un ángel demoniaco, con las dos columnas de humo que expulsaba por la nariz, semejante al dragón de las alegorías. Sus pupilas se clavaban, malignas y retadoras, sobre Jacobo, con una alegría incontenible.

—¿Y ora? —inquirió sardónico, insolente—. ¿Cómo le quedó el ojo?

Jacobo se sacudía el hombro y el codo manchados de yeso. Se daba cuenta. Entonces reparten la propaganda en parejas. Uno de los dos vigila. Lo habían tomado por agente de la policía. Por un vil soplón.

—Trataba de establecer relaciones con ustedes, los comunistas. No los encuentra uno por ningún lado. Me pareció una buena oportunidad —conservaba la hoja impresa en la mano. Miró francamente hacia el hombre, con vivo resentimiento—. No soy de la policía. Profesor universitario. Acabo de recibirme apenas el año pasado.

El hombre revolvía entre las manos, a un lado y otro, la credencial de la Universidad. Se divertía a sus anchas, era notorio. Sus ojos brillaban, también, con una diafanidad alegre y satisfecha.

—¡Puede ser...! —dijo displicente, con fingida reticencia en tanto que, para disipar este efecto, tendía la mano, abierta y cordial—: Olegario Chávez. Lo invito a un café —dijo después de devolverle la credencial universitaria.

Jacobo, que había vuelto a sentarse tras de su escritorio, se echó hacia atrás sobre el respaldo de la silla. Aquel mil novecientos treinta, que en su recuerdo carecía de cualquier proporción espacial, concreta, ante todo más bien como un conjunto de sensaciones, de situaciones, un mundo interno, una emoción subterránea, un lenguaje, muchas cosas humanas rodeándolo, sustantivas, pertenecientes, aturdidamente entrañables. Mil novecientos treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro... Tantas cosas. La cárcel, Clementina, Hitler. Treinta y seis. Magdalena. Los procesos de Moscú. Emilio. Al mirar las paredes de libros, que lo bloqueaban por los cuatro costados, se le ocurrió que bien podían ser las murallas de una inútil ciudadela del espíritu donde, en fin de cuentas, él no era sino la imagen grotesca de un combatiente indefenso, solitario, sin escudo, a quien la gente del mejor sentido común, sin excluir a la mayoría de sus camaradas, apenas consideraría, a lo más, como a un ser lastimoso e incomprensible, gratuitamente complicado y atormentado. La suspensión de sus clases, a la que se comenzaría por darle una pura apariencia administrativa, encerraba, por supuesto, un propósito de mucho más vastas proporciones, endemoniadamente más sutil y enrevesado. Lanzó un largo e irónico suspiro. Muy pronto en el partido se hablaría de él con vagas alusiones contenciosas, cuya reticente imprecisión —éste era el estilo de los burócratas de toda especie, una marca de fábrica— trataría de aparentar que disimulaba la índole terrible de alguna culpa política suya —acaso de traición o espionaje— que nadie, por lo ominoso de la índole misma de tal culpa, estaría autorizado a comunicar a los demás en sus términos reales, verdaderos y exactos, pero de la que cada quien pretendería estar más enterado que los otros, hasta que aquello no terminara por enrarecer la atmósfera con un veneno inaprehensible y múltiple, sin origen, sin causa, sin razones, pero que de pronto se habría convertido en la verdad. La verdad colosal, aplastante, fuera de toda discusión, de todo examen, de toda piedad.

Estaba bien, pensó Jacobo con desmayo.

El mitin se realizaba en la oscuridad. Los electricistas habían decretado un paro de protesta, a causa del asesinato de un trabajador huelguista de una fábrica, ocurrido por la mañana.

Era un magnífico hacinamiento de sombras ardientes y coléricas, bajo las antiguas bóvedas de la iglesia del siglo XVII, sustraída al culto desde casi un siglo antes por las Leyes de Reforma. Una mezcla del tiempo. Las masas escuchaban a sus obispos. El cáliz se elevaba hacia las tinieblas. El rostro del orador, pálido, de expresión apasionada e intensa, parecía un Jesucristo civil, un anticristo rabioso e irreal, en medio del cambiante claroscuro que rodeaba la tribuna. La luz humeante de las antorchas abría temblorosas grietas entre los movedizos muros de cabezas y brazos cortados, de ojos sin rostro, de manos a flor de tierra, de hombros vacíos, de sombreros que flotaban solos en el aire negro. Todo giraba, se arremolinaba espesamente en torno de algo, hacia el centro, al pie de la tribuna, con una rabia seca y silenciosa, herida. El silencio no podía ser más grande, más unido, un silencio rencoroso e impotente, mientras las palabras del orador penetraban en los cerebros como un taladro. La mano, pequeña pero enérgica, parecía recoger las tinieblas, apretarlas, estrangularlas, y luego golpeaba con el puño el borde de la tribuna, a intervalos, para subrayar el agravio trémulo de la voz desesperada. Cuando el índice de aquella mano señaló, un poco hacia abajo y hacia un lado, Jacobo pudo darse cuenta de que ahí estaba, de cuerpo presente, el cadáver del huelguista al que por la mañana asesinaron los gendarmes.

El orador había concluido. Respiraba afanosamente, con un ritmo enfermo, la mirada como llena de compasión y de recuerdos dolorosos. Extraordinariamente joven, sin embargo. Era curioso; Jacobo casi no podía creerlo, pero ahí estaba: el mismo muchacho que por la mañana le había entregado la hoja impresa, sólo que ahora sin el traje de mezclilla. Con un ligero movimiento del codo y el mentón tendido hacia la tribuna, Olegario le indicó: ése era Ismael Cabrera.

X. Ismael Cabrera

La palabra *unánime* e Ismael Cabrera montado encima de ella como sobre el caballo de palo de un volantín de feria, giraba en su mente con sarcástica recurrencia. Un caballo de palo, una unanimidad de palo. A cada vuelta del caballo la mano de Ismael iniciaba un curioso ascenso de lentitud sobrecogida y ritual, semejante al signo esotérico de alguna hermética religión sobrehumana, mientras sus labios dibujaban, con tímida indulgencia, la penosa sonrisa de costumbre. Así habría sido la forma de votar de Ismael en contra de Jacobo, con suavidad, con ternura, con remordimiento. Del mismo modo y con el mismo aire contrito, llegado el caso, daría la orden de que lo fusilaran.

Era un inquisidor justo. Uno de los monstruos del bien.

El partido como noción ética. Había que desenmarañar los hilos de la trama. No era por esto por lo que suspendían sus clases, no era porque hubiesen advertido heterodoxia alguna en sus formulaciones teóricas. A la dirección del partido le tenían sin cuidado las formulaciones teóricas. Arriba se encogían de hombros, un tanto conmisericordiosamente. Jacobo era así: más o menos un iluso deplorable, incapaz en absoluto de entender nada de política. Mientras sus conferencias no se salieran del ámbito de las cosas abstractas, resultaba por demás inquietarse; por otra parte era un buen conocedor del marxismo, un intelectual provechoso en muchos aspectos. El partido como noción moral superior, no sólo en su papel de instrumento político, sino como conciencia humana, como reapropiación de la conciencia. El propio Patricio, con la mayor franqueza del mundo, sin haber experimentado después el más insignificante desasosiego, se había dormido en la única clase de Jacobo a la que asistió. Y ahora esto. Deformaciones ideológicas.

—¿De dónde saca usted esas tonterías idealistas, camarada Jacobo, acerca del partido como una noción ética? —Patricio lo había mirado con aire cruel y lleno de vehemente desprecio, un rictus de asco en la comisura de los labios—. ¡Pendejadas! El partido es la vanguardia del proletariado. Nosotros representamos en México esa vanguardia. Eso es lo que debe estar claro para todos.

Como un golpe repentino que se recibe al entrar en un cuarto a oscuras. Pero no era esto, evidentemente. En todo caso, podrían discutirse sus puntos de vista. (Aunque en su fuero interno Jacobo estaba convencido de que sería inútil abrigar la menor ilusión, ya colocados en el plan de cercarlo, de arrebatarse el terreno que pisaba, de impedirle siquiera el más leve intento de defensa.) Sus clases quedaban tildadas desde ahora, sin que para ello mediase ningún examen, menos que como un material dudoso, como algo ya francamente contrario al partido. Pero había más: se trataba ante todo de su propia persona. No también su pretendida «deformación ideológica», sino en principal y primer término el propio Jacobo, vendría a ser el enemigo del partido, al margen de sus ideas, al margen de sus puntos de vista, equivocados o no, en virtud de que éstos ya no eran sujeto de discusión alguna. El infalible, inexpugnable mecanismo de la trituración política, había sido puesto en marcha. Pero ¿por qué? ¿Le pedirían, acaso, una rectificación, una retractación pública? Patricio no había insinuado la menor cosa en tal sentido.

Luego el desconcertante, inesperado voto de Ismael. Pues, ¿no habían discutido juntos, desde meses antes, el plan y el contenido de las conferencias de Jacobo? Sonrió con desaliento. Podría describir punto por punto esa reunión del secretariado, como si hubiera asistido en persona. Las palabras de Ismael.

—Bueno, no puede decirse de una manera rotunda —Ismael nunca decía nada de una manera rotunda— que las posiciones de Jacobo sean *revisionistas* —o *antipartidarias* o *liberales* o lo que

fuesen—, pero de todos modos *contienen elementos* peligrosos, premisas muy graves de una seria deformación ideológica —la forma típica de Ismael, de colocarse siempre en las posiciones intermedias. Para los otros con esto bastaba: ya podían afirmar de Jacobo lo que quisieran. ¡Pero, por Dios! Si Ismael se había entusiasmado con el plan de las conferencias y con la tesis esencial, cuya ortodoxia no objetaba de ningún modo—. Estoy de acuerdo contigo —sus palabras habían sido dichas en un tono de contenidas preocupaciones, los mismos ojos de siempre, contaminados de una especie de compasión por algo, una compasión indecisa, sin atreverse del todo, como no segura de una extraña verdad lacerante—. Estoy de acuerdo contigo: es necesario en absoluto comenzar a decirlo, explicárselo a todos. En la comprensión de esto radica el porvenir; no el porvenir inmediato, sino el de más adelante, el de los destinos de la conciencia socialista después del triunfo. De acuerdo por completo. Mira: la verdad es que caminamos por el filo de la navaja de esa fórmula, horriblemente acariciante y tentadora, de que el fin justifica los medios. Un descuido y ahí estaremos ya, inconscientes, ciegos. Bien; esto acaso pudiera tolerarse en la lucha contra el capitalismo. Digo *podiera*. No *debe* tolerarse en ninguna clase de circunstancias. Pero ¿te lo imaginas después? Correríamos el riesgo de convertir en mentiras las grandes verdades históricas; de entregar la dirección de la sociedad a los locos de la inteligencia, a los *santos malos* de que tú hablas. Terminaríamos por pensar que los hombres no tienen salida.

Sin saber cómo ni en qué forma, Jacobo tenía otra vez entre las manos la tarjeta de Clementina. Su letra. Estuvo tentado de llamarla en voz alta: era de tal modo tangible, que aquí debía estar, en la casa, junto a él. Bastaba pedirle que acudiera de la alcoba vecina. Sentía una necesidad absurda de estar protegido, de poderse acoger a los brazos de Clemen. Pero ¿qué diablos? Si ahí estaba ya Olegario.

El timbre insistía impaciente, con nerviosidad, mientras Jacobo se aproximaba para abrir. No, no era Olegario.

Sin sonreír, con una atormentada expresión de fatiga y desencanto, Ismael detuvo la mirada sobre Jacobo por unos segundos, antes de trasponer el quicio de la puerta, como desconcertado ante su perplejidad. En esos momentos volvieron a sonar las irritantes campanadas del reloj público, que Jacobo, en forma extraña, sintió ahora en el estómago, igual que dentro de una caja de resonancia. Había pasado apenas media hora, pensó.

Ismael se quitaba de la muñeca el reloj de pulsera.

—Bella ocurrencia —dijo— que los relojes públicos den la hora con una melodía tan sedante y tranquilizadora como lo hace el de tu edificio. Pondré el mío con éste de aquí. No sé cuál de los dos esté equivocado. Pero cuando menos me ajustaré a tu tiempo y no al mío.

Jacobo sintió una especie de vértigo. Así que las campanadas provenían de aquí mismo. Como si se dijera que de sus propias entrañas.

XI. El Muñeco

Lo fastidiaba, lo fastidiaba hasta casi hacerlo sollozar. Mario hacía esfuerzos para que no se desencadenara en su interior, a la más insignificante falta de dominio, el alud de iracundo despecho, de rabia sin solución que, en efecto, lo haría llorar, irremediablemente como a un niño al que se le hubiese contrariado en lo más sensible y retorcido de sus rencores secretos, de sus resentimientos inmisericordes. Encontraría a la maldita, encontraría a la infeliz puta de Lucrecia aunque tuviera que buscarla en el infierno. Le quedaban cerca de dos horas antes de que *Elena* pudiera hacer nada en el despacho del prestamista. Como de intento, la roja pupila del semáforo detenía al coche en cada cruce. No hubo nadie que contestara en el departamento de Lucrecia. A los quince minutos de furia, una tras otra, las puertas de los vecinos, en el corredor, inquirían por turno con la estúpida mirada impertinente de mujeres aburridas y cansadas hasta el odio, con sus delantales pringosos, las manos húmedas del fregadero, los cabellos en desorden enredándoseles entre los labios y la actitud perversa, maligna, de quien está a punto de satisfacer una venganza desinteresada e improbable, pero que ha venido esperando con pertinaz y amarga devoción. Nadie. El silencio desesperado de *algo* que acaso contuviese la respiración al otro lado de la puerta. Mario había dejado de oprimir el timbre para golpear con la punta del pie, con los puños, mientras las mujeres, de nuevo en el corredor, ahora sin querer regresar a sus sórdidas cocinas, a sus grasientos desperdicios, miraban cínicas y atentas, confiadas con tranquilo reposo en el espectáculo que habría de sobrevenir.

—¡Al carajo, pinches viejas alcahuetas jijas de la tiznada! —Era imposible, imposible que Lucrecia estuviera dentro y se negase a abrir. Daría su alma por encontrarla en la calle, en cualquier lugar, tan sólo para asegurarse de que no estaba dentro, toparse de pronto alegremente con ella, al salir, a la entrada del edificio. Bajó a saltos la escalera y todavía se detuvo algunos minutos, como un imbécil, a esperar allá abajo. Pensó en el puesto de comidas de La Jaiba donde Lucrecia cenaba antes de entrar en el cabaret. Era temprano, pero tal vez estuviese ahí por alguna causa.

Le molestaba terriblemente no haber tomado otro coche, pero no tuvo tiempo, de advertirlo. El chofer terminaría por enloquecerlo con aquellos deseos atormentadores que le hacía sentir de no oírlo toser más. Llevaba un viejo capote de soldado y junto a él iba su mujer, con el aire firme, distante (un aire tenso, una forma de la ternura, con un horror y una desolación apenas diferidos) de quien no escuchaba las toses húmedas, cóncavas, blandas; de que no existían, de que eran inocentes, sin que entrañaran amenaza o peligro alguno para su hombre, como si no fuesen otra cosa que el fingimiento despreocupado de esa rabia convulsa y opaca con que los pulmones desgarrarían por dentro las sanguinolentas paredes. Ella simplemente era un animal aterrado que no podía expresarse sino por estupefacción, como cuando la tierra tiembla. El mismo sobrecogimiento de las bestias en los temblores, al despatarrarse, rígidas y obscenas, los ojos abiertos más allá del propio impulso de su miedo, hasta ya no parecer ojos suyos. El ojo de la mujer, degollado en el espejo retrovisor, anhelante y fijo encima del hombre, mirándolo toser. El tipo estaba listo. Reventado y listo para el embarque; de eso ni hablar. Las calles, las esquinas, los ángulos, las casas, invadían el automóvil por el parabrisas, por los lados, con el airecito frío de diciembre. El ojo degollado de la mujer seguía ahí autónomo, vigilante, estúpido, amoroso. Era un ojo que hablaba sin moverse, sin reaccionar: el ojo con la inteligencia más absoluta de la muerte.

—¿Por qué no cierras el cristal de tu ventanilla? —Ya casi delatándose, ya casi diciéndole (el ojo del espejo se resistía a llorar, ese ojo abandonado en el mostrador de un carnicero), ya casi dándole a

entender que no tenía remedio, que estaba listo, que ya no había nada que hacer y era lo mismo cerrar o no la ventanilla, pero que de todos modos supiese cuando menos que ella le tenía cierta especie elemental, bronca, torpe, solitaria, de amor miserable, inconsciente, sin luz.

Mario Cobián los odiaba, mucho más a él, sin comprender esta cosa sucia, esta horrible piedad. Ya se habrían olvidado que iba en el coche. Ellos ya no se dirigían a ninguna parte. Los ojos del chofer se clavaron en el espejo. El espejo retrovisor era una especie de punto de vista para dejar recados, una transferencia de cada quien para no encontrarse directamente, como si dialogaran a través de otra persona.

—Sentado así como estoy —dijo con una lucidez sorprendente en la entonación de las palabras, confiado por completo en que no moriría pronto—, siquiera la tos me deja en paz.

Respuesta de mariguano, pensó Mario Cobián. Tuberculoso y mariguano. Se contestaba a sí mismo, a sus tercos y miedosos pensamientos, no a lo que había oído. Otras cosas, como si todo marchara bien. Como si estar sentado ahí, tras del volante, lo ayudara en algo, el frío de estas noches de diciembre que lo esperaba durante la velada, una noche de escupitajos y de toses, junto a la mujer con su ojo de perro angustiado en el retrovisor. Debían ser ya más de las seis de la tarde, se dijo Mario. A las seis entran los choferes que trabajan de velada. Casi todos se hacen acompañar de sus hembras, aunque nomás lo hagan por desconfianza de que no se acuesten con otros. O vaya a saberse por qué. Como soldaderas. Jovita Layton había sido soldadera. Había sido de todo antes de conocerlo y de trabajar con las serpientes y el enano. Le contaba cómo era la cosa en los cuarteles, por las noches. Mario Cobián se moría de risa. Pero hoy era para morirse de rabia. Las parejas dormían en el suelo, unas junto a otras, formando una hilera encima de sus petates. La soldadera acariciaba a su hombre dormido, vuelta hacia él, los rostros muy juntos, mientras el vecino le iba por entre las piernas, sin más ni más. Putas hasta la pared de enfrente. Todas. La Lucrecia no le habrá querido abrir por eso, metida con algún otro ahí dentro.

No había podido resistirse a ir en su busca después de que dejó encargado el veliz con don Victorino. El gusto y la satisfacción con que esperaba encontrarla para confiárselo todo, el robo, la nueva vida que iban a hacer juntos, Mario había decidido que en Tijuana, a donde llegan tantos gringos y se gana en dólares.

—Agarre por Lecumberri para que después se meta por Ferrocarril Cintura —el chofer se volvió ligeramente, menos que de tres cuartos.

—Por ahí mismo iba yo a tomar, señor —había una especie de desencanto profesional en el hecho de que el cliente se le hubiese adelantado a indicarle el camino—. Tengo más de veinte años en el volante, señor. Usté dirá si no he de conocer bien las calles por donde agarro —en su voz no había el más leve tono de agravio, sino más bien un orgullo triste y cansado. Un sentimiento, mezcla de cólera y desprecio, hizo a Mario echarse hacia atrás en el asiento: veinte años de no haber sido en la vida otra cosa que un simple chofer, como si un tribunal invisible le hubiese descargado encima esa sentencia de trabajos forzados. Y ahora el acceso de tos. El chofer detuvo el coche pegado a la acera, mientras se sacudía por dentro con el ruido de una lluvia de municiones sobre una lámina herrumbrosa, y trataba de ahogar la tos sobre un gran paliacate con el que se cubría los labios.

La mujer se volvió hacia Mario con la expresión aprensiva, suplicante, mientras se le quebraba una sonrisa con la que parecía subrayar aquel miedo de que el cliente abandonara el vehículo.

—Dispense usté, joven. Orita se le pasa. El pobre anda muy resfriado. No vaya usté a creer que es la tis —si el cliente huía ante el temor de un contagio, ahí se acababa todo para su hombre, ya no iba a

tener fuerzas para seguir luchando.

Hasta este momento se daba cuenta Mario de lo espantoso que era el rostro de la mujer, con ese cabello cortado a tijeretazos y los ojos redondos, fijos y muertos, como en un chimpancé tristísimo. Bastaba con mirarla para advertir que el hombre no tenía salvación, igual que si estuviera muerto ya. Sería divertido saber si, pese a todo, también lo engañaba. Pero cuándo no. Nunca les falta con quién. Otro mono como ella. Encontraría a Lucrecia en el puesto de La Jaiba, caso de no haberse quedado acostada con alguno. Un cliente habría sido distinto, pero Lucrecia jamás llevaba un cliente a su propio departamento. Comenzaba a explicarse por qué no quiso nunca darle una copia de la llave, la muy méndiga. Arrancaron antes de que el chofer terminara de toser.

El ojo asombroso y entontecido en el retrovisor, pero ahora el ojo de él —ella se había echado hacia la derecha— mirándola rencorosamente, con un aire lastimado quizá por aquello que dijo de la tis. Lo que Mario quería era llegar, le importaban un demonio los dos, que reventaran cuanto antes. De pronto se sobresaltó, desprevenido en absoluto ante algo en lo que no se le había ocurrido pensar: el agente viajero, su nuevo aspecto de agente viajero. Habría que darle una explicación a La Jaiba, en primer lugar. No estaba previsto que se encontrara con ninguna de sus antiguas amistades, las amistades de El Muñeco, ni antes ni después del golpe. Luque y él solos para siempre, eternamente, ya sin vínculos con el pasado, limpios, tranquilos, y de repente olvidaba que se había convertido en otro hombre e iba a encontrarse con La Jaiba como si no hubiera pasado nada, otra vez El Muñeco de siempre, sólo que bajo su disfraz de agente viajero. Era preciso inventar algo, lo que fuera, cualquier cosa. La culpa era de Lucrecia.

La pareja, en el asiento delantero del coche, discutía sordamente, a medias palabras, con furtiva complicidad.

—Nomás a que te maten, nomás a que te maten —objetaba ella en relación con algún asunto impreciso, pero ajeno, indeseado, que parecía imponérsele al margen de todo. Aquí la calle ya no estaba asfaltada y a cada tumbo la pareja se mecía sin el menor sentido, como si sus cuerpos no tuvieran peso y entrechocaran de un modo voluntario, consciente.

Esta apariencia de intención voluntaria en el moverse de sus cuerpos, atrayéndose y rechazándose, rebotando uno con otro, abandonando la cabeza a un balanceo inerte, de objeto autónomo y no vivo, los desprendía de la realidad inmediata, el vehículo en que iban, los baches de la calle, el cliente que llevaban en el asiento de atrás, y les daba la condición precisa de dos locos, aprisionados dentro de un círculo de ideas y propósitos intraducibles, pero que tampoco se comunicaban entre sí a modo de que fuesen comprendidos mutuamente.

—Nomás a que te maten, nomás a que te maten —repetía la mujer con una voz desafinada y patética, de campana rota—. Con lo malo que estás —los ojos del hombre miraban hacia adelante, por el parabrisas, pero conducía como si mirara otra cosa, un precipicio seguro y desconocido, del que era necesario precaverse con ese pánico abstracto, interno.

—Orita no discutas, viejita; orita no —trató de acelerar la marcha a pesar de los baches. Había que desembarazarse del cliente lo más pronto posible, antes de que la mujer hablara más de la cuenta. Tomó en dirección de la calle de Los Herreros, hacia donde comenzaban las interminables hileras de puestos de comidas. Eran unas barracas horribles, con el aspecto de cenicientos murciélagos que tuviesen las alas desplegadas.

—Con lo malo que estás —repitió la mujer—. No vayas, es mejor que no vayas. Prefiero verte preso. Ahí siquiera estarás seguro —la mujer se balanceaba, ebria, absurda, y de pronto algún bache más pronunciado la hacía dar un salto convulso y furioso, como si por dentro la impulsara el golpe de un hipo descomunal.

—Cállate ya, vieja —la imploración del hombre era cavernosa y al mismo tiempo dejaba escapar el aire entre palabra y palabra, como si la voz estuviese llena de agujeros—; si te traje a la velada fue para que no te quedaras por ahí chismeando. Cállate. Tú ves la tempestad y no te hincas.

Habían llegado al punto donde el cliente lo pidiera. Entre las dos cabezas de la pareja se interpuso el brazo de Mario Cobián, con el billete de cinco pesos entre el índice y el medio, tendido hacia el chofer como quien muestra el color de un naipe a su vecino de juego. Era gracioso y elegante. La mujer se había soltado a llorar de un modo áspero y sin pudor, con esos gemidos disparejos e irremediables que estallan en los velorios de súbito, cuando nadie lo espera, después de un largo ensimismamiento general. Con las dos manos sujetó el antebrazo de Mario Cobián antes de que éste pudiera retirarlo, el rostro vuelto hacia él en la actitud de una urgencia desesperada, sin alternativas.

—¡Por vida suyita, joven! —exclamó—. Si mañana mi viejo se mete en eso de la huelga, me lo van a matar. Endenantes le dije mentiras: pero ya la maldita tis no me le da reposo. ¡Mírelo nomás cómo está! Sólo con que lo metan preso se me salva. Tenga por seguro que habrá balazos y él es de los meros jefes del dichoso comité. Avise usted a la policía. Con que apunte las placas del coche, con eso tiene.

El chofer la tiró de los cabellos con una mano y con el puño de la otra le dio un golpe seco y preciso en los labios. Su voz tenía el mismo diapasón opaco, suplicante y amoroso.

—¡Cáaallese, cabroona! Usted no sabe de esas cosas —y luego, hacia Mario—. No le haga caso, señor —en un tono cortés, de disculpa.

Mario Cobián, a tiempo que bajaba del coche, hizo en el aire un ademán apresurado e indiferente.

—¡Muy bien hecho! —aprobó por el golpe. Ya en la acera, se detuvo unos pasos más adelante—. Conmigo puedes estar tranquilo, mi viejo —dijo hacia el chofer—. ¡Yo no soy ningún chiva!

Escuchó a sus espaldas, mientras se alejaba, un acceso de tos, hueco, subterráneo, y la voz de la mujer.

—¡Perdóname, mi viejito santo! Yo nomás lo que quiero es que no te mueras.

Que se largaran mucho los dos al carajo, se dijo Mario Cobián.

XII. La Jaiba

La mujer mantuvo el brazo suspendido en el aire durante unos segundos, sin decidirse a vaciar en el plato el cucharón que rebosaba de garbanzos, como si la interrogante proviniese del brazo mismo y no de ella.

—¿Lo quiere con pollo o sin? —un brazo robusto, con la madura y tersa redondez de la carne todavía firme y despierta.

—Le dije que sin pollo ¿o no? —Olegario ya no estaba seguro de la forma en que pidiera el caldo, por la sencilla razón de que hoy tenía dinero. Por eso mismo tal vez sin darse cuenta le dijo que con pollo. La mujer terminó de llenar el plato con un encogimiento de hombros. El pobre diablo no tendría ni donde caerse muerto, con esa decidida cara de hambre y los ojos con que miraba caer los garbanzos en el plato. Le pondría un poco más: a saber si era lo primero que se llevaba a la boca, y ya iban a pasar de las seis y media de la tarde, seguro. Siempre tan compadecida, pero no importaba, había que ser buena en algo, al modo que fuera y sin fijarse mucho en ello.

Olegario inclinó la cabeza en actitud reflexiva sobre el plato humeante. Advertía que la mujer lo miraba con curiosidad.

«Es posible que los comunistas tengamos algo raro por fuera: en la forma de hablar, de ser, o quién sabe. No nos conducimos como todo el mundo —rió para sus adentros—; siempre traemos sobre las espaldas el peso de la historia, del *proceso histórico*.» Volvió a sonreír, en su interior, ante otro descubrimiento: simplemente no había pedido el caldo con pollo porque el dinero no era suyo, sino del Comité de Huelga, aunque tenía dinero para sus propios gastos personales de transporte y comida. Pero, además, porque eso no era razón para despilfarrarlo: no le pertenecía de todos modos. De no haberse convenido éste como el punto de cita con el camarada Cano, ni siquiera le habría pasado por la cabeza la idea de comer. Le causaba una contrariedad irritante esa pérdida de tiempo, con tantas cosas como tenía que llevar a cabo.

—¡Quihubo, Muñeco! ¡La mera verdá que ni te reconocía! —Olegario levantó la vista, en virtud de un puro mecanismo neutral y sin interés, para mirar a quién saludaba la fondera. Un tipo de apariencia insignificante, con un maletín en la mano y que, sin propósito alguno de examinarlo, le llamó la atención por cierta prestancia maligna y cínica, al sentarse, al mirar en su derredor, al dirigirse a la mujer. Un tipo de personaje con el que se había encontrado muy a menudo en la cárcel, con mucha mayor frecuencia aquí, en las cárceles de la ciudad. Debía ser uno de esos raterillos del barrio, aunque la ropa no lo delataba.

—¡Pues nada, mi Jaibita chula, nomás vine a despedirme de las buenas amistades! Mañana me voy pa Monterrey a trabajar.

Las exclamaciones de la mujer eran incrédulas y alegres, afectuosas. Jaibita, se repitió Olegario; le dicen Jaibita. Tenía la elocuencia en los brazos, su modo de comunicarse con el mundo; pero tan sólo a partir del instante en que le hizo la pregunta a Olegario, a partir de ese momento nada más, la piel franca y retadora, que brotaba desde las axilas, que hablaba. Olegario no se sentía con fuerzas para abstraerse del diálogo que escuchaba, abandonado a una seducción estúpida.

—¿De veras de veras, Muñeco?

Era una inercia alarmente. Como si temiera pensar en otras cosas, se dijo.

—Y me llevo a Luque. Vine a buscarla porque no la encontré en su cantón.

Lo asaltó una vivísima molestia contra sí mismo. Eso era: no querer pensar en las cosas cuyo solo

nombre le producía una especie de laxitud moral, una desesperación, un miedo infame. Al diablo, al diablo. Bien; ya estaba. Pensaría, pues. Pensaría con todas sus fuerzas, sin temor al análisis. Se repitió las palabras de Jacobo, hacía veinte minutos, «el asunto de que no pudimos hablar ayer». La voz denunciaba un verdadero sobresalto por el teléfono, insomnio. Claro, por supuesto lo que era de esperarse, pensó: el *asunto de Emilio Padilla*. En seguida un miedo; no, más bien algo que sólo podría describirse, con la más extraña y hasta hoy desconocida de las imágenes, como una enfermedad de la historia: *angustia de partido*, la indefinida sensación de culpa, de incertidumbre —y horrorosamente, la de ya no ser una persona humana, sino un espíritu vacío, sin nadie. Verdaderamente, ¿qué pensar de las cosas de *allá*? Allá. Su conciencia se negaba, aun ante el silencio y la soledad de ella misma, a pronunciar lo que el adverbio sutraía. Unión Soviética. Olegario, incluso, no supo del todo cómo pudo llegar hasta el puesto de comida. No recordaba en absoluto la forma en que abandonó el local de la Cámara Unitaria del Trabajo, después de que había vuelto a colgar el audífono. Alguien escuchaba por ahí cerca una comedia policiaca de radio: sirenas de policía, disparos, enfrenar de llantas, cláxones enloquecidos.

—La que no para de venir a preguntar por ti todos los días es La Magnífica.

Olegario respiró profundamente. Volvía a convertirse en un ser humano: ahora escuchaba de nuevo la conversación idiota —pero viva, real— de estas gentes.

Con un rudo y cariñoso empujón de ambas manos contra los hombros, La Jaiba rechazó a Mario hacia atrás sobre la banca del puesto, a guisa de regocijados y fingidos celos, como entre dos camaradas que se admiran recíprocamente y con sinceridad, lo que subrayaba al mismo tiempo cierto orgullo varonil por el amor que El Muñeco despertaba en *todas* las mujeres. No había una en que no.

Mario Cobián hubiese caído de espaldas de no haber estado sujeto con la punta de los pies al travesaño de la banca. Devolvió el empujón suavemente a la mujer, también con cariño.

El grosero jugar de manos entre La Jaiba y El Muñeco era su modo de manifestarse la simpatía mutua. Una que otra vez, cuando se presentaba la ocasión espontánea, se acostaban juntos, sin compromisos, sin exigencias, por puro gusto.

—Lo que es, a la pobre Magnífica te la trais de un ala —Mario se encogió de hombros con una petulancia casi natural. La mujer lo miraba con unos ojos cálidos y risueños, a los que volvían más expresivos aún las pestañas rizadas—. Así como te trai a ti la Luque. ¡Lo que son las cosas de la vida!

La Jaiba vestía una tela de colores muy ajustada y corta, con lo que no quedaba sino en puros senos, tórax, muslos, pantorrillas, desnudos y opulentos, lo que hacía un conjunto burdamente incitante al que remataba una cara tosca y hermosa a cuyos lados dos negras guías de pelo, dispuestas como pequeños caracoles bajo las sienes (y luego la pequeña cicatriz en uno de los pómulos) daban a los ojos, de rara y violenta belleza, una como más fiera y precisa intención en la mirada pura, salvaje, que tenían.

El Muñeco aún se dejó admirar durante unos segundos más, con una sonrisa retorcida y satisfecha, mientras adelantaba los labios en una especie de simulada repulsa.

—¡Pobre Magnífica, pero qué quieres que se le haga! Me llevo a la Luque conmigo a Monterrey. Allá le pondré casa y nos cortamos para siempre de esta vida de aquí.

Olegario había vuelto a poner la vista en la pareja desde que los dos comenzaron a empujarse uno al otro en una forma tan incomprensible. «¿Por qué lo hacen? ¿Qué sentido tiene?» El género de relaciones amorosas que habría entre ellos —si a eso se le pudiera llamar amor («aunque ¿por qué no, en realidad?»). Algo que le resultaba difícil concebir, una pura satisfacción física, hastío, rabia, golpes, y vuelta a encontrarse, ese amor sórdido de casi toda la gente. «De todo el mundo, Dios mío.» Pero otra

vez se sustrajo en seguida, ausente de súbito, no obstante sin apartar los ojos de la pareja. La voz de Jacobo por el teléfono y en medio de tantos endiablados problemas como los de esta noche, imprimir el manifiesto del Comité de Huelga, la reunión con ese camarada Eladio Pintos, a quien se había designado como enlace con el buró político, tantas cosas. No estaba dispuesto a ocultarle la menor información a Jacobo. De ninguna manera. Por más amargo que resultara para los dos. Esto quería decir que puede uno cumplir sus tareas, luchar, pensar, peligrar, como sonámbulo, medio roto por dentro del alma. Para ser justos, un poco más que medio roto: perfectamente dado a la chingada. Emilio, Jacobo. Luego pensó, con un frío en la mente que parecía un trozo de acero, idéntico a lo que el mismo nombre significaba: *Stalin*.

Emilio Padilla, ese nombre torturante. Se había llevado el bock de cerveza a los labios. Era un tarro de vidrio verde, sólido y corriente, igual al otro en que Emilio Padilla ya daba grandes tragos, con ansiedad, y la cerveza no había hecho espuma ni siquiera al principio, cuando Emilio acudió al mostrador para hacérsela servir y luego trajo él mismo los dos bocks a la mesa donde ambos se encontraban.

—En estas cervecerías, ¿sabes?, el consumidor debe atender a su propio servicio. En general los camareros son una excepción aquí, hasta en los restaurantes. El país no puede distraer en una actividad tan estéril la fuerza de trabajo que representan los miles de camareros que se necesitarían nada más para Moscú. ¿Te imaginas?

A Olegario le pareció magnífico. ¡Qué demonios! La construcción del socialismo no es ninguna broma. Emilio invitaba, por lo demás, y él mismo fue quien sugirió el local de la cervecería.

Gente, gente, gente («... como si Rusia se hubiera vuelto otra vez nómada»), recordó Olegario un verso de Mayakovski, pero sin seguridad alguna en las palabras *otra vez*: podrían ser diferentes, pero en todo caso con igual sentido. Miles, sin duda miles de transeúntes en este bulevar Pushkin, como en una manifestación de masas, casi formados con cierta ordenación regular, y las maravillosas parejas de muchachos y muchachas, amontonados del modo más absurdo —tres y cuatro parejas en una banca apenas suficiente para dos—, unidas en besos inseparables, eternos, ya sin movimiento: ya, desde luego, sin respiración, a la luz de la tarde en la calzada central de la avenida, brazos y piernas como en alguna escultura de Vishnú u otro dios brahmánico, rodeados de la multitud nómada, hermosos amantes fuera del mundo, del planeta, cabelleras rubias caídas hacia atrás sobre un antebrazo de tela oscura, el rostro enteramente oculto por la gorra del compañero (la que no se quitaba de la cabeza, sino simplemente se había echado hacia la nuca), invisibles ambos rostros hasta el éxtasis, desde los cristales de la cervecería donde Emilio y Olegario se encontraban.

—Tengo enorme curiosidad por saber una cosa que jamás se me ocurrió preguntarte. Dime, Olegario, ¿qué sentiste, durante los tres días aquellos que estuviste metido en el caño del drenaje, cuando tu fuga de la cárcel de Belén?

Emilio formulaba la pregunta rodeándola de esa chocante y lamentable superfluidad de detalles del mal dramaturgo que, para enterar al público de ciertos antecedentes o circunstancias necesarios, apela al recurso de reiterar en la interlocución de dos personajes lo que alguno de éstos ya deberá tener sabido, respecto a su propia vida, de modo forzoso y sin que haya el menor caso de que se lo repitan. Pero había algo muy intencionado en la forma de hacerlo Emilio, como con un propósito ulterior.

—¿Por qué lo preguntas de ese modo? —replicó Olegario, la sonrisa pálida y ya con un principio de

tedio desde ese momento—. Te das a ti mismo la mitad de la respuesta en la propia pregunta, igual a como dialogan los payasos en el circo.

Emilio no hizo caso. Había puesto la palma de su mano extendida contra la superficie de la mesa, como quien jura sobre un libro sagrado, y ahora entornaba los párpados, ligeramente echado hacia atrás.

—¡Dime! —pidió en voz queda sin hacer caso otra vez.

Olegario casi se había olvidado de esta característica. Incluso en las reuniones del distrital del partido, Emilio hablaba con los ojos cerrados, a veces durante largos periodos, parecido a un *médium* que concentra su atención en recoger de un espacio lejano y silencioso aquellas transparentes comunicaciones que sólo él percibe. No había cambiado mucho en estos tres años, apenas un poco más sólido de cuerpo, quizá, y las canas, desde luego, las canas que blanqueaban como hilos sucios entre el pelo rojo-amarillo. El olor del agua pegajosa era lo que recordaba. Los desperdicios de comida disueltos en el agua del drenaje; un olor espantosamente humano, puedes estar seguro; las paredes del caño, capilares, con vellos, con pelos, bajo una capa de las más increíbles vegetaciones, como mandadas a recubrir con todos los escupitajos del mundo. Sin embargo, no pensaba decirle nada. No podría. Hay cosas que no pueden decirse a nadie, por más que uno quiera. Nada, a nadie. Fue él solo quien lo vivió, allá, en la cárcel de Belén, él solo, y por eso era algo incompartible, sin palabras para ser dicho, algo que otro no podría comprender nunca, aun cuando se lo dijera.

Pero en esta resistencia de Olegario ya estaba contenida la inexorable invocación de un obediente recuerdo que aparecía en el momento mismo, al roce más leve e intencionado. Un doble recuerdo que se encimaba, vivo y asfixiante, que galopaba en sus sienes con una sustantividad atroz, la propia sustantividad de Olegario, señalada, emplazada, condenada. Moscú. Sus calles, el bulevar Pushkin, Ojodni Riad, el Internazionálnaya Gaztánitza, el Kino-Centr, la calle Frunze, Ólenka Delnova, el edificio de la Comintern, Milskoskaya, Emilio. Y adelante o atrás, la otra cara del recuerdo: las ratas en un caño de la antigua cárcel de Belén.

Olegario miraba a La Jaiba y a Mario con una fijeza alucinante, en absoluto sin verlos, mientras jadeaba, las mandíbulas endurecidas, fijas hasta dolerle los dientes, avanzando sobre los codos desollados, sin saber a dónde iba, después de que había podido meterse en el caño por el conducto que descubrió debajo de los lavaderos de la prisión, de esto haría poco más de seis años...

XIII. Emilio Padilla

Incrustadas en el piso de ciertos rincones de la cárcel —allá arriba, en el cielo—, de ciertos oscuros corredores, así como en el piso inclinado, al fondo, en el ángulo que forman los lavaderos, junto al patio grande, a diversas distancias unas de otras, pesadas baldosas con argollas se correspondían con la trayectoria subterránea del drenaje, muy semejantes a los escotillones en el foro de un teatro. Cada una de estas entradas contaba —acá abajo, en el infierno— con una reja perpendicular al caño, de dos barrotes en cruz. Ésa era la cuestión. Además, metido dentro del caño de hierro, que con mucho tendría setenta centímetros de diámetro, la repugnante, la nauseabunda, la grotesca, la absurda cota de mallas de la Edad Media, apenas ligeramente holgada en torno al cuerpo.

La lucha contra la primera reja —aunque en rigor debía considerarse como *primera* aquélla por donde entró, debajo de los lavaderos— resultaba tan nebulosa, tan imprecisa, tan distante, como si se hubiese tratado de un sueño, algo donde ya no estaba seguro de haber participado, una cosa ajena a él, igual que si escuchara el relato de las acciones de una tercera persona que no sería ni él mismo, ni tampoco el *otro*, tampoco este otro yo que intentaba autorrelatarse la forma en que ocurrieron las cosas con la primera reja. No existía nada sino el presente, un presente perpetuo, constante por todos sus lados, una materia concreta y sólida para siempre, sin memoria. El estar siendo era el ser, de un modo unánime, acabado, excluyente, sin acontecimientos futuros y también sin sucedido alguno que se hubiese dejado a las espaldas. De considerar como primera reja la de entrada (pues la lucha apenas nada más por introducirse no podía ser lo mismo, de ningún modo, que la verdadera fuga, ya dentro del caño) se sentiría perdido, perdida toda su voluntad de combate, su fuerza. Sería como añadir una reja más a las que aún quedaban. Una reja más cuando para él cada reja con la que se enfrentara debía ser la única, no pensar en las restantes, la única, y así en una y en otra, pues de lo contrario su ánimo no iba a resistirlo, estaba seguro.

Se había portado bien la resistente segueta de acero. Dos cortes, uno en el extremo del barrote horizontal, a la izquierda, y otro en la base del vertical, para después separarlos a fuerza de manos, en sentido opuesto cada uno, lo suficiente para que el cuerpo pasara. Ésa era la cuestión acá abajo. Tenía una segunda segueta de reserva, que no estaba dispuesto a utilizar hasta que no se agotaran al máximo las posibilidades de la primera. Estos instrumentos eran como Gabriela misma, sus manos, su acción, sus palabras, aquí, junto a él. Le maravillaba sentirlo en medio del infierno. Cómo un objeto puede impregnarse del espíritu de una persona hasta tener vida, hasta convertirse en la propia persona y ser asimilado por uno en esa realidad secreta, perteneciente, palpitante, sin fetichismo de ninguna especie, porque ese objeto condensa de pronto todo lo que sufre, ama y espera de nosotros tal persona. Las seguetas eran Gabriela en el momento de comprarlas, de llevarlas consigo; Gabriela valiente, severa, tranquila, muy dueña de sí, en la oficina del juzgado, cuando se las entregó. Se trataba de aprovechar una de las diligencias judiciales del proceso contra Olegario. Las seguetas estaban adheridas con cola, transversalmente, a las páginas interiores de un periódico. Olegario había pedido entonces que lo condujeran a los excusados y ahí fue donde pudo esconderse las seguetas bajo los calzoncillos, pegadas a la piel y firmemente afianzadas por el cinturón para que no resbalaran.

Sus antebrazos, sobre los que apoyaba la sien, echado boca abajo al pie de la segunda reja, eran como los muros de puerto que aíslan un trozo de mar, lo sujetan, lo tranquilizan, lo domestican, para que las embarcaciones atraquen sin tropiezos. Olegario miraba el agua blancuzca, a medio centímetro de su nariz. Agua de los lavaderos, de las cocinas, de la enfermería, de los patios. Los otros caños del

drenaje desembocaban en el sistema de la ciudad, pero éstos —éste— iban a dar a la calle. Miraba la grasa como una piel de gelatina, los desperdicios de arroz cocido, los hilachos destrozados de las viejas vendas, los pellejos de frijol, apacibles y quietos, sobrenadando en las aguas de un mar prisionero y sosegado. Era un paisaje extraño, una blanca bahía artificial, brumosa y bella, en un puerto donde se había declarado la peste, sucio hasta la locura, donde todos los habitantes estaban muertos dentro de sus casas y hedían, transmitían a la atmósfera un aire orgánico nuevo, de gases descompuestos por la materia podrida, por todo lo que del cuerpo sobrevive tercamente, intestinos, vísceras, mucosas, cartílagos, un espantoso aroma embriagador, que entraba por la nariz como un alimento agrio, macerado por toda clase de secreciones envejecidas y pegajosas, que entraba por la nariz y lamía la garganta, el esófago, con su dulce y babeante lengua de perro. Calculó que habría cruzado todo el patio, desde los lavaderos hasta el pie del muro de las bartolinas, era imposible precisar en cuánto tiempo, quizá la noche entera. Ahora estaba ante la segunda reja, destrozado, hecho pedazos. Apenas podía soportar el ardor quemante y bárbaro, corrosivo como de vitriolo, en los codos, en las rodillas, en los dedos de los pies, desollados hasta el hueso. Miraba el puerto, sus malolientes aguas espesas y sucias, su quietud inverosímil, pero súbitamente prestó atención, rígido, alerta, echándose a temblar sin remedio, suplicante hacia la nada, poseído de un pavor inerme. A la distancia, pero no desde muy lejos, se aproximaba el ruido preciso, inconfundible, familiar, de aquella natación diminuta y furiosa de las ratas. ¡Dios! Habían vuelto otra vez las malditas, las perversas, las malvadas, las hijas de toda su chingada madre. En las horas anteriores la lucha había sido paciente, llena de inteligencia y astucia. Olegario había perdido los zapatos y ellas atacaban contra sus pies, debajo del agua, para emerger a la superficie, transcurriendo un rato, y respirar sin miedo, tranquilas, absolutamente seguras de su propia fuerza. Al primer, al segundo ataque, cierto, se habían retirado, cuando Olegario sacudió los pies y trató de apresar a una de ellas contra la pared del caño. Pero volvieron, más sabias y determinadas, después de evaluar la experiencia anterior, fortalecidas por la convicción jubilosa, cínica, insolente, de su propia superioridad: el hombre no podía hacerles nada, les tenía miedo, era un prófugo que estaba atado a su lucha por la libertad, vencido, y que sería incapaz de presentar batalla. Se retiraban unos instantes, volvían. Era cuestión de escoger entre consagrarse por entero a exterminarlas, concentrar todas sus fuerzas, las fuerzas de su espíritu, toda la energía de su vida, de su lucha política, de su causa misma (igual que si se tratara de la lucha contra el fascismo), en darles combate, o aserrar los barrotes sin reposo, desentendiéndose de ellas, sin hacerles caso, soportar ese dolor agudo, específico, ese dolor prehistórico y múltiple, que bailaba en los nervios como alfileres, dejarlas roer impunemente su carne. Con tal de que no fueran a morderle una vena. Pero no; ellas preferían las callosidades de los talones y de las plantas de los pies, por debajo de los dedos, acuciosas, activas, voraces, con su vieja tenacidad de animales eternos.

—Bueno, si te resistes a decírmelo... —Emilio había vuelto a abrir los párpados y en sus pupilas brillaba una lucecita indecisa, de reflejos quebrados y con pena. Su mentón terco, de líneas duras, se adelantaba impaciente. Tenía una costumbre más: abría las mandíbulas, sin despegar los labios, y jugaba entonces con la lengua en todos sentidos, por encima de los dientes, como quien afianza una dentadura postiza—. Si te resistes a decírmelo —repitió—, yo seré el que te lo diga. El que te diga lo que sentiste durante aquellos tres días, metido en el caño de agua puerca.

Pero ahora, en su segundo ataque —el agua del caño era escasa a estas horas— ellas habían comenzado a pelear entre sí, llenas de rabia, enloquecidas, crispadas. Dos de ellas. Olegario lo sintió. Disputaban por una zona de su carne, en la parte superior del talón. Una roía con furia, con prisa,

mientras la otra trataba de desplazarla empujándola con el hocico, a lo que la primera se resistía con pequeños chillidos llenos de odio, de siniestra malignidad. Agitaba el pie, desesperado. Su intención era apoyarlo contra el caño, reventarlas ahí, triturarlas, pero ellas se escurrían, se colocaban del lado opuesto, lanzaban chillidos de risa, agudos, delirantes. Abandonó el pie mientras proseguía aserrando la cruz de los barrotes. Algo cosquilleaba sobre sus mejillas, alguna mosca, pensó. Pero la mosca llegaba hasta sus labios y ahí se detenía, líquida y salobre. No se había dado cuenta de que lloraba; que lloraba desamparado, solitario, abandonado y que, con todo, sus lágrimas no eran por él sino por este hombre escarnecido, y por la derrota, la humillación, la impotencia y la soledad de este hombre vivo y sangrante, disputado por las ratas. La piedad imposible que sentiría Gabriela, el dolor, el amor tremendo. Lo asaltaban unos deseos bárbaros, impiadosos, de renunciar, de no proseguir la lucha, de abandonarse a la muerte. Ellas, en cambio, continuaban la rabiosa pelea, allá, en el extremo de su cuerpo, como en los despojos de un navío, sobre su pie caído y roto igual a un pie de la crucifixión. Se embestían, se desplazaban, se volvían a embestir y a despedazarse. De repente algo lo sacudió con un estremecimiento de intempestivo pavor, lleno de zozobra, un pánico irracional que lo recorría de la cabeza a los pies, al escuchar de súbito un grito, un aullido humano que no tenía comparación con nada en el mundo. Alguna de las ratas había mordido a la otra, había hincado sus colmillos en el cuello de la otra, aquel alarido sobrenatural, cargado de odio, de miedo loco y sin límites. La rata herida comenzó a subir torpemente por su pierna, bajo el pantalón, sujetándose a la piel con los pequeños garfios vacilantes de sus uñas, del mismo modo que si estuviera ebria. Olegario pareció inmovilizarse más de lo que ya estaba. La dejaría acercarse, la dejaría subir. Lentamente, milímetro a milímetro, los dientes apretados hasta casi rompérselos, empezó a mover el brazo izquierdo hacia la pierna, lenta, imperceptiblemente, sin respirar, atento con toda su vida y su alma a la consumación de este acto inmaculado y religioso. La rata subía con breves saltos convulsivos para detenerse y babear una sangre viscosa y cálida, mientras la mano del hombre bajaba con un movimiento microscópico en que parecía cifrarse cierto anhelo sobrehumano. Lo extraño, lo inexplicable de aquella sangre cálida de la rata. La otra, la vencedora, rebullía febril sobre su talón, ansiosa, sin darse tregua, con un roer parejo, preciso como una máquina de cortar el pelo. El dolor se había vuelto casi abstracto, un abismo autónomo donde alguien caía sin solución de continuidad, sin fin, pero alguien que era él mismo, hasta el vértigo.

—Tres días. Tres días. Pueden ser mucho o poco. Hay un tiempo subjetivo, que no se mide. Un tiempo que producen los demás en torno a nosotros, y que nosotros vivimos más allá de cualquier medida —la voz de Emilio parecía desacompararse y temblar con una tonalidad desconocida. Temblaba, en realidad.

Se puso a temblar con unas crispaciones espasmódicas y entonces empezó a deslizarse, arañándole la piel con sus pequeños garfios hirientes, hasta quedar bajo la carne anterior del muslo, arriba de la rodilla. Velozmente la sujetó con todo el peso de su cuerpo echado sobre el muslo para que no pudiera escapar en tanto la lograba agarrar con la mano para estrangularla sin misericordia. En el mismo momento y con igual celeridad ella se le prendió a la carne hincándole sus colmillos feroces con una rabia inmundada y aterradora. Por encima del pantalón la mano apretaba con todas sus fuerzas el cuerpo gordo y acariciante. Sentía unos deseos inmensos de rezar, de implorar, mientras la mano se estremecía de odio. Reventó, reventó literalmente como una bola despanzurrada que hubiese estado llena de materias y líquidos pastosos, lentos y sucios. Pero el hocico seguía prendido a la piel, trabado, sin querer soltarse después de muerto. La mano tiró con violencia y pudo arrancarlo de un solo golpe junto con el trozo de carne a que los dientecitos parejos y crueles estaban tan improrrogablemente unidos.

—No es que me resista a contarte lo que fue aquello. ¿Por qué? Sólo las ratas. Sentí que de todas maneras me iban a vencer, y yo no tuve entonces más propósito que llegar al extremo del caño, para gritar hacia la calle y que alguien viniera a sacarme de ahí. Renunciaba en el último momento a la lucha por mi libertad. Pero eso no es todo. Había algo más, para lo que no tengo palabras: una especie ya no humana de la sensación de estar vivo, sentirse vivo era lo peor de todo. Un asco, una porquería. Sin embargo, luché; pude llegar hasta la tercera reja y salir —Olegario parpadeaba con angustia, la mano en el asa del tarro de cerveza a medio consumir, frente a Emilio, que parecía cada vez más extrañamente encerrado en una interlocución con sus propios fantasmas interiores—. Las odiaba y las temía —concluyó Olegario, la voz velada por una sombra de viejo rencor—, las odio y les tengo un miedo que no puedes imaginarte.

Emilio volvió a cerrar los ojos y a echar la cabeza hacia atrás, como si llevara un gran peso dentro del cráneo. Los dedos de su mano extendida sobre la mesa se sacudían con pequeñas vibraciones nerviosas.

—Lo imagino, lo imagino todo —dijo con una voz contenida y sorda—, porque yo también lo he vivido. Te decía: se trata de un tiempo subjetivo. Tú, tres días; yo, tres por trescientos sesenta y cinco. Da igual —Olegario inclinó el cuerpo hacia Emilio, sin comprender, pero inquieto. Emilio proseguía—: Un caño de agua sucia, como el tuyo. El paraíso de las ratas. Los burócratas por todas partes, incoloros, diligentes, siempre dispuestos a enardecerse hasta la ignominia y el crimen, llevados de un falso celo dogmático, de una ortodoxia fingida, tan sólo en busca de las pequeñas comodidades y de las condecoraciones. Entretanto, los verdaderos comunistas callan, sombríos y con los dientes apretados. No es que tengan miedo. Yo creo que no lo tienen; es difícil. Dicen que deben preservar sus vidas para que puedan comparecer como testigos de cargo más adelante, cuando las masas del partido despierten —quiso dar un matiz de burla a sus palabras, pero el giro le salió en falso, con una aguda, exagerada irritación casi histérica—. ¡Sofismas! Algo como los testigos de Jehová en espera del Armagedón... —se corrigió en seguida—. De lo contrario, piensan, en lo futuro no habrá comunistas: un comunista auténtico es difícil de hacerse, se crea con un esfuerzo enorme, se construye con lentitud y se destruye en un segundo, con un simple tiro en la cabeza. Es lo que dicen.

Las palabras de Emilio resonaban broncas y amargas, pero en sordina, sofocadas por un sufrimiento cauteloso, que no quería hacerse notar. Olegario percibía con todos sus sentidos, a lo largo del cuerpo entero, el correr escalofriante de un sucederse lejano y atroz: saltar hacia la nada.

—¿Y tú? —logró balbucir—. ¿Has adoptado alguna posición activa...? Quiero decir..., ¿militas en algún grupo..., clandestino, aquí... en la URSS? —añadió con dificultad, arrastrando las palabras.

Emilio lo envolvió en una mirada divertida e indulgente.

—No creas en tales grupos clandestinos —ahora hasta parecía alegre, como si hubiese descubierto algo muy gracioso en alguna parte—, fuera de los espías y saboteadores verdaderos. Los demás son puras invenciones para justificar la caída de tales o cuales personas. Cuando menos entre comunistas no; los descontentos no tienden a formar grupos. Simplemente callan, como te dije. Se limitan a no lanzar incienso —le divertía, sin duda, la cierta ingenuidad con que Olegario tomaba las cosas; sin embargo se puso otra vez serio; más bien ensombrecido—. Yo he dicho abiertamente lo que pienso en mi célula, la célula de la Escuela Leninista. Ahora quiero regresar a México. Las relaciones de partido, aquí, me ahogan... —se detuvo unos segundos—. Ca-si-no-pue-do-más... —silabeó por último.

XIV. Luque

Esa orgullosa complacencia, la admirativa gratitud y alegre vanidad con que La Jaiba aceptaba, diríase que como propias, las ardientes y sumisas pasiones que Mario sabía despertar en las mujeres, terminaron por tranquilizarlo, por restituirle en gran medida su sentido de seguridad y desdén, lo máspreciado y eficaz de sus recursos profesionales. Comenzaba a sentirse a gusto, otra vez en su reino: cuando menos esto ya no era la rabia anterior, la impotencia desconsolada, humillante hasta hacerlo sentirse el más infeliz de los infelices, ante la idea de Luque encerrada en su departamento, desnuda entre las sábanas junto al cuerpo también desnudo del otro hombre (¿quién, quién, por la santísima Virgen?) a lo mejor hasta los dos riéndose, mientras Mario golpeaba la puerta como un endemoniado. Esperaría aquí tanto como fuera posible a que Luque llegase, y luego —se le ocurrió con inesperada delicia—, de no aparecer Luque (pero aún con tiempo por delante para lo de don Victorino, digamos una hora), le pediría a La Jaiba ya no aceptar ningún otro parroquiano, cerrar el puesto, e irse ambos por ahí, a gozarla. Una hora es suficiente para que un hombre y una mujer, camaradas de antiguo, se diviertan en la cama sin inútiles regateos. Hasta iba a serle muy conveniente y provechoso a fin de tener los nervios descansados y en calma para cuando llegase al despacho del prestamista. Ah, pero una cosa más todavía —pensó, otra vez furioso y con una bullente y vengativa crueldad. Un recado, un recado para Lucrecia, escrito sobre los tablones con que el puesto se cerraba. *Luque, como no llegabas, La Jaiba y yo nos fuimos a rebalsarlas. No te enojés. Mario.* Una cosa más o menos parecida. Sintió una alegría despiadada y feliz. No se contuvo, sin embargo, en un nuevo intento de indagación:

—¡Qué raro que La Luque no haya estado en su casa y que tampoco viniera por acá! —aventuró al desaire, pero, en sentido opuesto, con una entonación equívoca, insegura. Al volver la vista se sintió prendido, sujeto a la quieta mirada de Olegario como por un violento e incómodo mandato, ajeno a su voluntad, que lo desazonaba e irritaba con la imprecisión de un presagie o de una amenaza todavía sin nombre.

El rostro de La Jaiba se encendió de malicia.

—Se me hace que esa pulga ya no quiere brincar en tu petate —dijo a tiempo que se acodaba sobre el mostrador del puesto, el mentón apoyado en el hueco de las manos abiertas sobre las mejillas, casi tocando la nariz de Mario con la suya, excitada, con la respiración anhelante. Su voz se hizo queda y espesa—. ¡Quihubas, mi Muñeco! ¿Cierro el puesto y nos vamos a mi casa? ¡Tú dices! —como si le hubiese adivinado el pensamiento.

La miró con asombro, con una suerte de miedo e instantáneamente sin deseos. (El tipo de enfrente no apartaba de él sus ojos tensos, ávidos, sin expresión.) Las cosas habían cambiado de un segundo al otro a causa del rencor que suscitaba en su alma el imbécil dicho de la pulga. ¿Estaba enterada La Jaiba de algo respecto a Lucrecia? ¿Habrían platicado las dos de que Lucrecia iba a tirarlo al frío, a largarse con otro, o qué? (El hombre miraba, miraba, parecía un muerto, sin cerrar los párpados.) «Ya no quiere brincar en mi petate; se ha de querer ir con algún otro cabrón», pensó con la falta de esperanzas de un sentenciado a muerte. Se sentía solo y dolorido, en medio de esta nueva ira, casi letal.

—Tú dices, Muñeco. Cierro el puesto y nos vamos. Tú dices, ándale —la voz de la hembra le soplabá en los propios labios, vaporosa y cálida, igual a una diáfana epidermis de aire, sin despedir olor alguno, un fuelle limpio que espiraba rocío. Bueno, ¿y por qué no? ¿Qué más le daba? La revolcaría en la cama para después entrarle a golpes, a puntapiés, a puñetazos, hasta dejarla hecha mierda.

—¡Noooo! —exclamó cuando menos lo esperaba nadie, en un áspero berrido, la voz atropellada y

bárbara, encima del rostro súbitamente desconcertado y estupefacto de La Jaiba.

Los ojos vidriosos, artificiales y concretos de Olegario se recobraron al escuchar la exclamación de El Muñeco, regresaron de sus evocaciones con un brillo relampagueante de inquieta indignación. «Es idiota. Ahora comenzará a golpearla y yo no podré impedirlo de ningún modo. No puedo ni debo meterme en líos.» Rechinaba los dientes y apretaba los puños con la sensación de una pesadilla paralizante. Iba a suceder y no podría impedirlo, no podría mover un dedo para impedirlo. ¡Maldita sea! De no estar metido hasta los huesos en el problema de la huelga, ahora mismo le rompería toda la madre al padrote infeliz. Olegario respiraba con dificultad, agitado, tembloroso de cólera, pálido como la blanca superficie de un papel.

—¿Te asustaste? —preguntó Mario a La Jaiba en una transición de milagrosa suavidad, mientras le sujetaba la mano, reteniéndola, y hacía esfuerzos por sonreír con la crispada mueca de sus labios, aún indóciles al requerimiento—. No era contigo, Jaibita —añadió—; es que me dejaste pensando diatiro muy feo, con eso que dijiste de La Luque. Pero no te creas. De plano ella ya no me dejará nunca, nomás que sepa lo felices que seremos con la nueva vida que le voy a dar —no apartaba la vista de Olegario, mirándolo al sesgo con torvas intermitencias—. Ora que se largue el tipo ése, cierre pues el negocio y nos vamos donde usted mande. Eso mismo era lo que yo quería desde hace rato, mi Jaibita del alma —la trataba de usted por ternura, para compensarla del exabrupto anterior, pues, en efecto, la repulsa no había estado dirigida a ella ni a su invitación, sino a lo que Mario pensaba de que Luque, en verdad, estuviera resuelta a dejarlo. Sus ojos se volvieron otra vez hacia el desconocido.

Oprimió con un impulso rudo y perentorio la muñeca de La Jaiba al mismo tiempo que sentía un vuelco dentro del estómago, igual a cuando un automóvil desciende de golpe la empinada y repentina cuesta de una carretera. ¿Por qué estaría tan pálido el tipo de enfrente? Pálido, con las mandíbulas trabadas, con las manos sujetas a las tablas del mostrador, en la actitud de quien se dispone a lanzarse de un salto contra alguien, los ojos enloquecidos e inyectados de sangre. Además, con la talla y la fuerza de un búfalo.

—No hagas polvo —silbó Mario lo más quedamente que pudo al oído de La Jaiba para prevenirla con ese giro convencional, de uso común en el hampa, a que no diera muestras de alarmarse o sorprenderse—. El tipo que está aquí, en el puesto. Míralo de refile pa que no se malicie de que ya estamos al alba. Seguro que es un agente que me anda pastoreando.

La Jaiba obedeció, consternada, girando la cabeza por lo bajo para ver de soslayo, de refile, como dijera Mario. «¿Un agente? ¿Qué es lo que hiciste o qué es en lo que andas metido?», hubiese querido preguntarle, pero prefirió callar, aterrada ante el vacío sin límites que se abría en su mente. Examinaba al tipo por encima del hombro, hacia atrás, la cabeza inclinada, y en tal forma, sin haberse desprendido aún de la mano con que Mario la retenía por la muñeca, daba la impresión de que se retorció de dolor, como si el hombre la torturara furtivamente, con un sadismo cómplice y secreto, cuyo goce era la hierática tranquilidad, el mudo fervor con que se consumaba.

Los ojos de La Jaiba recorrían la figura de Olegario con lento y asombrado análisis. Ella, que se figuraba que no sería sino un pobre hambriento. La cabeza y el cuello de un toro, una mandíbula ancha y fuerte, la frente muy grande, demasiado, la nariz derecha, los labios suaves y los ojos, a pesar del resplandor asesino de estos momentos, más bien tristes y pensativos, porque así se los había visto cuando estaban en calma. La Jaiba echó la cabeza sobre su hombro opuesto, el correspondiente a la mano que Mario aún mantenía sujeta en el puño, para poder hablarle en la fingida actitud de ruego, de sometimiento amoroso, que pensaba como la más eficaz para el disimulo de la situación.

—Sonríete, Muñeco, para que oigas lo que te voy a decir sin que él se dé cuenta —le dijo antes que nada y ella misma dejó escapar una risita histérica, a causa del miedo que sentía y lo siniestramente cómico que le resultaban sus palabras—. Como si te fueran a tomar una fotografía —aquí la nerviosidad de su propia risa se desbordó de modo espontáneo, con esa idea de la fotografía, a un extremo tal, que adoptaba el carácter de un franco ataque de histeria. Mario casi sentía destemplársele los dientes a fuerza de apretar las mandíbulas, tras la sonrisa disecada, atroz, de sus labios blancos e inmóviles.

—¡No te pongas como una pendeja loca! Tampoco ha de ser para tanto. ¡Dilo! —bisbiseó. Ahora oprimía la muñeca de La Jaiba con toda su fuerza, hasta causarle daño. La mujer hablaba en medio de la irrupción de sus risas y sollozos, pero muy quedamente, con terror.

—¿Mataste a Luque, Muñeco? —ésta era la súbita conclusión a que La Jaiba había llegado. Si no por qué el disfraz del Muñeco, ese nomás estar pregunte y pregunte por la Luque. Y el polizonte ahí, haciéndose el disimulado. Por toda respuesta Mario apretó más el pulso de la hembra. La mano comenzaba a tener un color morado—. Sí, sí Muñeco. Te van a agarrar preso. El tipo es agente —hizo una pausa para seguir de corrido—. Vino para caerte encima porque ya descubrieron que la mataste; ni lo niegues, Muñeco, mataste a la pobre de Lucrecia. El tipo es de la policía. Míralo bien, trae un pantalón de casimir viejo y parchado, pero la chamarra de mezclilla y la cachucha de camionero son nuevas, acabaditas de comprar. Anda disfrazado, como también andas tú —la mujer dejó de hablar por unos segundos, y luego, en un tono desgarrado y pequeño, a toda prisa, como si musitara para ella sola una oración sobresaltada y sin sentido, con un aire de extravío, repitió por más de veinte veces las mismas palabras—. Ora tendré que irme contigo para siempre, ora tendré que irme contigo para siempre, para siempre, para siempre, para siempre —parecía en realidad haberse vuelto loca y estar sufriendo como una bestia.

Mario sentía que la tierra le faltaba bajo los pies. ¿Por qué las cosas tomaban este giro absurdo, caprichoso, de grotesca pesadilla? El plan no se había desarrollado conforme a lo previsto, sino que tomaba sus caminos propios, inventaba recursos, encadenaba acontecimientos distantes, anticipaba situaciones, aunque no se tratara de algo diferente al plan mismo, sino, por el contrario, de materiales y cosas que le pertenecían, que estaban comprendidas dentro de él para realizarse, pero que tomaban destino y elegían ocasión por su cuenta, apareciendo bajo un aspecto nuevo, como en un espejo encantado en que se miraban del modo en que siempre habían querido mirarse y no como lo eran en el punto que les ordenara serlo aquella voluntad humana personal. Mario no podía hacerse estas consideraciones ni razonamientos, pero adivinaba en todo el asunto la existencia de una jugada tramposa y socarrona, no urdida por nadie en particular, pero de la cual él mismo se hacía propia víctima, quién sabe por qué, ni movido por quién. «Ora tendré que irme contigo para siempre, para siempre.» La Jaiba estaba convencida de que él era el asesino de Lucrecia y nadie podría sacarla de ahí. Las circunstancias de Mario habían condicionado los supuestos en que ella basaba su convicción, dándoles un inobjetable encadenamiento causal: sólo podría desvanecerlos la presencia misma de Luque ante sus ojos, en estos precisos momentos. Parte de la jugada tramposa en que nadie intervenía era la sorprendente actitud de La Jaiba, pues aun considerándolo el asesino de Luque, de buenas a primeras, y sin que Mario lo hubiese sospechado, le daba la demostración más palpable de que toda la vida lo había querido, toda la vida y de verdad, conmovedoramente de verdad. «Ora tendré que irme contigo para siempre, para siempre, para siempre...» Las cosas no se sujetaban a su previa y definida ordenación. Era como salir uno de su cuarto y encontrar, a la vuelta, todo en distinto sitio, todo, pero lo abrumador y absurdo que, de modo imperceptible, ceñido a una lógica propia y rigurosa. El tapete, no colgado del

techo, sino tan sólo ligeramente corrido hasta la entrada de la puerta del baño; los cojines, no dentro de la taza del W. C., sino adosados a la pared, a la mitad de la cama y perpendiculares a ésta, como en una *chaise-longue*, lo que tampoco estaba mal. Cambios de una naturaleza tan sutil que sólo hasta entrar uno en contacto con ellos advertía la traición de las cosas, y así, éstas se encaminaban, ya sin el menor escrúpulo, cínica e impunemente, a paso de carga, con inexorable y burlona decisión, hacia la catástrofe. ¿De dónde podría haber llegado ese agente de la policía? ¿Cómo pudo dar con su pista, si es que en eso andaba en realidad? Lo primero que se le ocurrió a Mario fue pensar en el empleado del hotel, con su maligna actitud llena de sospechas. Claro, había tenido tiempo suficiente de dar aviso antes de que Mario saliera, tan tranquilo, con el enano dentro del enorme veliz, mientras los agentes ya iban a sus espaldas, pastoreándole con gran comodidad. Lo habrían seguido entonces hasta el despacho de don Victorino. Una intensa transpiración, que le brotaba por cada uno de los poros, le empapó en un instante los calzoncillos y la camiseta al medir esta probabilidad. Se le ocurrió que lo mejor era abandonar al enano a su propia suerte. One se jodiera solo, allá adentro del veliz, en el despacho de don Victorino. Lucrecia, Lucrecia, Lucrecia era la culpable de todo, de esto no cabía duda. Porque Mario no tenía a dónde ir, después de haber estado en el despacho de don Victorino; porque Mario quería verla y no la había encontrado; porque estaba solo, porque la amaba, porque quería vivir una nueva vida; porque no tenía ninguna cosa que hacer antes del robo y le quedaban por delante dos inmensas horas vacías y desoladas: sin ocupación, sin amigos, sin relaciones, dos horas de absoluta soledad y aburrimiento en mitad de la tierra. Lucrecia tenía toda, toda la culpa.

Olegario estaba seguro de que dentro de muy poco tiempo ya no se podría contener. Que su reacción iba a desatarse, cegadora e inconsciente, de un momento a otro, sin que su voluntad pudiese impedirlo (como le ocurría con los gendarmes en las manifestaciones) y que se lanzaría, con el ímpetu de un tanque, sobre el repugnante mequetrefe al que la mujer llamaba Muñeco, hasta hacerlo trizas. Era una especie de locura momentánea que se adueñaba de él ante cualquier injusticia o crueldad que contemplara, y que lo hacía arrojarse de cabeza en el asunto, sin considerar riesgos ni consecuencias. Ahora el tipejo le retorció la mano a la mujer, y la muy animal aceptaba en silencio, con su vergonzosa y puerca alma de esclava sumisa. La ola de lava hirviente de la crisis invadía la sangre de Olegario. Sentía ya ese vértigo conocido y exacto, las sombras que se condensaban poco a poco en su derredor. Trataría de impedirlo con todas sus fuerzas. No podía ser que sucediera, hoy no podía ser, hoy menos que nunca. Escándalo, gendarmes, comisaría y todo el trabajo detenido, el manifiesto, la cita con Eladio Pintos. Sería un verdadero acto de provocación, un sabotaje suyo contra la huelga. Pero la mujer se retorció cada vez con un dolor más intenso, echaba la cabeza sobre el hombro, suplicaba en la forma más sucia, envilecida hasta la desesperación, hasta la demencia, y luego prorrumpía a sollozar inmundamente, con el delirio quejumbroso y menudo, entre breves risas y gemidos, de un niño acosado por la fiebre. Olegario intentaba cerrar los ojos, pero los párpados parecían habersele paralizado, unos párpados llenos de arena. Sin embargo, comenzó a ya no comprender nada de lo que ocurría. Una expresión de miedo absoluto y de desolación se retrataba en el semblante de El Muñeco, el rostro lleno de arrugas y colgante como el de una prostituta anciana, detenida por los gendarmes. Había dejado de atazar con el puño la mano de la mujer, y sus labios se movían sin ruido, parpadeando igual que las branquias de un pescado antes de morir. Dobló de golpe la cabeza hacia adelante con el movimiento rápido y seco de la caña que recibe el machetazo y se soltó a llorar con violentas sacudidas sobre el

hombro de La Jaiba, franca y desconsoladoramente, sin recato alguno.

—¡Mi Muñequito, mi pobrecito! —escuchó Olegario que exclamaba la mujer desde muy lejos. Una sedante lasitud se adueñaba de su cuerpo. Con un leve esfuerzo al fin pudo cerrar los párpados, abrirlos de nuevo, cerrarlos y volverlos a abrir. Miró hacia la contraesquina de la calle. Por entre las barracas, sin apresurarse, pero el paso tranquilo y firme, la expresión iluminada por un resplandor jovial, venía a su encuentro el viejo tranviario Eusebio Cano, que andaría ya por los cincuenta y tantos años. A causa del aire travieso y feliz con que se aproximaba, y en algo que le pareció ser un guiño, Olegario dedujo que el Comité Central de Huelga habría aprobado el texto del manifiesto.

XV. Eusebio Cano

—¡Felices los ojos que te ven, Muñeco! ¡Glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llena de gozo! — En la voz de la mujer cascabeleaba, traicionándola, una falsa naturalidad y desenvoltura desfallecientes, a punto de romperse y de resultar la cosa más imprevista.

Debía su sobrenombre, *La Magnífica*, a la costumbre de repetir como muletilla, en todas las circunstancias, a guisa de asombro, de parabienes, de apuro y aun de burla maliciosamente incrédula y pasmada, las primeras frases del rezo católico. Así, la mano en la cintura, examinaba a Mario Cobián de la cabeza a los pies, tratando de acentuar el fingimiento de la estupefacción que tendría ante un fenómeno sin precedentes o ante un milagro portentoso. Pero en su actitud se denunciaba una absoluta fragilidad, una falta de apoyo, donde el exagerado aire de no dar importancia al encuentro, de tomarlo con la indiferencia de algo que podría abandonarse en seguida, revelaban con lamentable, patética claridad, la zozobra, el apremio, la secreta súplica de que Mario no fuese a rechazarla de inmediato, a darla de lado desde el primer momento, a disgustarse con su sola presencia, y en esos contados minutos que le concedería de estar junto a él, le permitiera nada más mirarlo, quererlo, aspirar la misma atmósfera, sentir que él estaba allí, ante sus ojos, viviente, tangible, enamorada con todo el cuerpo, unánimemente hasta las uñas, enamorada como un bloque de piedra. No iba a molestarlo: lo juraría, lo juraría ante la santísima Virgen de Guadalupe. No iba a causarle contrariedad alguna ni a estorbarle para nada. No hablaría, no se movería, no haría el menor gesto ni el más sencillo además que El Muñeco pudiese interpretar como su consabida insistencia de siempre, la terquedad absurda, involuntaria, de su insensato cariño, en que se enredaba antes de darse cuenta, aturdida, incapaz, de torpeza en torpeza, en lo que no hacía sino acrecer por segundos en Mario su sorda irritación de costumbre. Esto terminaba en cada ocasión, de modo cruel y forzoso, con el áspero y descarado rechazo por parte de Mario, quien la hacía su víctima sin ofrecer el menor resquicio por donde ella hubiese podido impedir el funcionamiento del inevitable mecanismo del desprecio que su propia ansiedad ponía en marcha con ese amor entontecido, indefenso, entregado sin costo, abaratado hasta lo último. Empero, La Magnífica presentía que tampoco iba a poder evitarlo hoy. Ya estaba incurriendo en lo mismo desde este instante, al sonreír, al saludar, al simular una despreocupación que era precisamente lo opuesto de su sobresalto, del horror inmediato de perder al Muñeco, con la voz resquebrajada por la inquietud, la mano en la cintura —¿por qué, Dios mío, en la pose ridícula de una tonadillera española?— y las rodillas, ay, temblorosas de miedo, de insegura alegría, nada más a la vista de Mario Cobián, de su dios. Su cínico dios lleno de hastío.

Por debajo de las enmarañadas cejas, dos o tres de cuyos abundantes pelos irrumpían en su campo de visión iguales a patas de mosca, el viejo Eusebio, sin alterar la postura de la cabeza, que mantenía inclinada hacia el plato de caldo, clavó sobre La Magnífica un alegre vistazo de socarrona reprobación, mientras terminaba de partir con los dedos la suave pechuga de pollo. La presencia de mujeres de vida equívoca le producía cada vez la gozosa sensación de inocente impudicia y libertad de quien se encuentra ante algo que rechaza y censura, pero que al mismo tiempo es un mundo donde puede aventurarse a incursionar en el momento que lo desee, sin que por ello deba alterar sus relaciones normales de vida ni comprometer su destino, al contrario de lo que les ocurría, por ejemplo, a sus compañeros de trabajo —obreros calificados y maestros de taller— cuando se echaban encima el compromiso de una querida.

—Está bonita, macicita, tiernita —comentó en abstracto, impersonalmente, por La Magnífica,

pensando más bien en los jóvenes para los que estaba hecha, en esos otros cuerpos también macizos y armoniosos, destinados a combinarse con ella en forma tan lógica y natural, que la invocación de su imagen, menos que provocar la rencorosa envidia del hombre mayor de los cincuenta que Eusebio era, le hacía sentir cierta distante complacencia humana de sí mismo y un vago orgullo nostálgico por su juventud. Sintió una viva lástima de que la muchacha fuese prostituta.

La Jaiba había visto venir hacia el puesto al odioso viejo cara de gato montés, los entrecanos bigotes de cepillo de dientes, los ojos oblicuos, la gorra, parecida a la de los ferrocarrileros, echada hacia atrás de la cabeza, los pasos recios y parejos, como de soldado, y la perfecta apariencia de un obrero, no sólo por la ropa —un traje de mezclilla manchado de aceite auténtico, sucio de trabajo verdadero, con el montón de estopa renegrida que sobresalía de la bolsa trasera, y bajo el peto y los tirantes, un grueso suéter gris de lana mugrosa—, sino por todo el empaque del tipo. La Jaiba conocía a los obreros muy bien, del tiempo en que tuvo su puesto de comidas por la Garita de Peralvillo y daba asistencia como abonados a trabajadores de La Consolidada y La Palmolive. Había en ellos algo de muy peculiar e inconfundible. En medio de sus divertidas chanzas —pero también distintas a las de otra gente—, una cierta cosa que no podría expresar con palabras, una como seriedad muy tranquila y decidida por dentro, algo como de mucho respeto que daban a sentir, en particular los más conocedores de su trabajo o los que estaban encargados de labores peligrosas en la fábrica. El maldito viejo gato montés no se distinguía de ellos en nada, era igualito, con sus manos pesadas, callosas, su malicia sonriente, su aplomo. Era fácil que al mismo tiempo que obrero de verdad también fuese de la secreta. Podría ser. Saludó a su compañero desde lejos, con una risita misteriosa, cerrándole el ojo con alegría. Claro, los muy mulas nunca andan solos, siempre en parejas. Así es como trabajan los policías secretos, en la misma forma que los rateros. El Muñeco estaba perdido; había que salvarlo a toda costa.

—Cálmate, Muñeco. Hazte fuerte. Ora ya lo hiciste y ni modo; a ver cómo sales de esto. Digo, a ver cómo te ayudo a salir. Mira: ahí viene ese viejo para acá. No vaya a ser otro agente. ¡Ay, Dios mío! ¡No sé cómo fuiste a cometer una tarugada tan grande! —le hablaba al oído, la mirada vacía, siguiendo desde la esquina de la calle, la trayectoria de aquel viejo jubiloso e inquieto, Eusebio Cano, que caminaba en derechura de ellos.

Con el mentón caído y la frente aún apoyada sobre el hombro de La Jaiba, Mario Cobián contenía la respiración y empujaba el aire hacia el interior de los pulmones, contrayendo los músculos del estómago, a fin de ya no sollozar más. Su llanto era tan sólo por la simple sensación de fracaso, no porque su voluntad permaneciera inerte, pasiva, sin impulso. (¡Dios sabía muy bien de sus esfuerzos y de la vehemencia con que se empeñaba en realizarlos!), sino porque era una voluntad borracha, igual que en el juego de la gallina ciega, donde se le hace topar a uno con la persona que no busca, la otra, y no aquélla de la voz que se escurre por las paredes y los rincones; una casa de los espejos donde él mismo, Mario Cobián, se veía entrando y saliendo por otras puertas o golpeándose contra su propia imagen, y que de pronto era una voluntad tan loca, tan ebria, tan perdida, que gratuitamente le ofrecía los frutos no pedidos.

—Cálmala, Muñeco. Ora ya lo hiciste y ni modo.

Imposible decirle la verdad a La Jaiba. Imposible. Esa fantástica verdad inverosímil: no había matado a Lucrecia; lo único que intentaba era la consumación de un simple robo, ingenioso, divertido, bien tramado y justo, y, con todo, aún no había hecho nada verdaderamente. Bueno, fuera de haber depositado al enano en el despacho de don Victorino. Era inocente. Todavía estaba en libertad de retroceder (*Elena*, por lo demás, siempre resultaba ser lo bastante payaso para salir bien de cualquier

atolladero), y sin embargo ya tenía cómplice en un crimen no cometido: La Jaiba, su amor, su entrega de toda la vida, *para siempre*. Mario Cobián lloraba de desesperación —aunque se iba calmando poco a poco, después de haber dejado de sollozar— ante la inmerecida injusticia de un juego maligno y enrevesado donde la tortura consistía precisamente en no dejarlo jugar a él: La Jaiba, su encubridora en el supuesto asesinato de Lucrecia, empero, no iba a aceptar de ningún modo ser su cómplice en el delito real que, en cambio, ya había comenzado a ponerse en marcha. Era, pues, imposible decirle nada; ya saldría del error a su tiempo. Y ahora, para acabarla de fastidiar, aquí estaba el otro agente de la policía.

El viejo Eusebio Cano saludó a Olegario con otro guiño, y después de estrecharle la mano con rudo afecto salvó la banca con las piernas en un despejado movimiento giratorio, para quedar frente al mostrador, la mirada risueña, abandonada con aire de juguetona travesura sobre La Jaiba, en alegre demanda de que se compadeciera cuanto antes (sin mediar palabras, pues la cómica elocuencia de la actitud bastaba para ello) de un estómago tan jovialmente hambriento como el suyo, y a cuyos reclamos, una mujer tan generosa, agradable y honrada, cuanto lo hacían ver los ojos con que la miraba un buen viejo como él, no era para menos que accediese, con el más cálido y afectuoso agrado, al instante mismo. Olegario tenía ahora una curiosa expresión, indefensa y cándida, de infantil bondad y dulzura, de la que evidentemente no se daba cuenta.

La Jaiba dudó por un segundo. El cabrón viejo con su actitud cínica, con sus odiosos ojillos solicitantes y lúbricos. Le diría que ya iba a cerrar el puesto. Pero no; era tonto. Resultaba mejor entretener a los dos, darse tiempo para imaginar la argucia que fuese. Enumeró los platos de comida que había. En apariencia El Muñeco ya estaba tranquilo, aunque muy pálido, mientras fingía rebuscar algo dentro de su maletín con aire de afectada concentración.

El viejo tranviario —en efecto, un rostro de gato montés, pero divertidamente malicioso, con gesticulaciones de inútil cuanto ingenua astucia, al guiñar un ojo de continuo a tiempo que plegaba hacia abajo los labios, como si subrayara una sentencia llena de recóndita sabiduría— giró con todo el cuerpo hacia Olegario, el antebrazo apoyado en el mostrador del puesto, en tanto La Jaiba se había vuelto hacia las ollas de caldo.

—¡Hecho! —informó a Olegario—. Aprobado sin quitarle una letra. El Comité de Huelga no opuso la menor objeción. Ya puedes estar tranquilo. En lo demás, también. Los trenes pararán en las bocacalles y los trabajadores de Vía Permanente se encargarán esta noche de integrar las brigadas de autodefensa.

Olegario resplandecía. Cano recobró su anterior posición vuelto hacia el mostrador, para inclinarse sobre el plato que La Jaiba ya había colocado ahí y donde la pechuga de pollo parecía la delicada y elegante quilla de una goleta varada.

«El pobre, el pobre la mató», pensaba La Jaiba. «No sé cómo vamos a salir de esto.» En un instante el derrotero de su vida había cambiado por completo. Otra, otra vida. Saldrían de la ciudad, irían a esconderse muy lejos. Nunca pensó que ella y Mario Cobián terminaran por vivir juntos —le gustaba esta perspectiva, aunque siempre hizo una vida muy independiente, una vida de amores ocasionales y sin aceptar el esclavizarse nunca a un querido de planta; pero con El Muñeco era distinto, sobre todo a causa de las espantosas circunstancias que la obligaban a protegerlo, a sacrificar su libertad— pero estaba bien. La pobrecita de Luque. Ahora estaba muerta, ya no era nada ni nadie: La Jaiba no tenía por qué sentir que la traicionaba al irse con Mario Cobián. No obstante hubiese esperado de éste que se lo dijera desde un principio, con toda confianza y amistad: *mira, Jaibita chula, maté a la Luque*, no que comenzó por engañarla con toda esa sarta de invenciones. Era lo único que le causaba algún

sentimiento, estas mentiras, como si Mario pensara que ella podía ir a desembuchar cualquier cosa por ahí y no la considerase lo suficientemente macha. Aunque, en fin, había que ponerse de todos modos en el lugar del pobre Muñeco, nomás era cosa de verlo disfrazado con esa ropa, y lo que debía estar sufriendo —que hasta se soltó a llorar delante de extraños—, tanto como quería a la Luque. La Jaiba estaba a punto de llorar también; una dulzura, una ternura, una piedad infinita le oprimían el alma: pero ahí estaban los malditos polizontes. Pensaba en sus ahorros, en que los emplearía íntegros, sin escatimar un centavo, para construir esta nueva vida —inesperada, milagrosa, al fin el descanso, la paz— que iban a vivir juntos Mario Cobián y ella, como marido y mujer. Ante tales pensamientos las lágrimas ya no se le podían contener dentro de los ojos, de cualquier manera. —¡Glorifica mi alma al Señor! —Se atragantó de contento y reabsorbió su llanto en un instante al mirar a La Magnífica. Llegaba en el momento más oportuno que pudiera imaginarse.

Mario Cobián miró con titubeante entusiasmo, con una esperanza incierta y floja, hacia la mujercita, hacia la pequeña estatua dura, de carnes compactas —luego, en medio de todo, los negros ojos enternecidos, quebrados por unas lágrimas inmóviles de pura casualidad, que desamparaban de pronto su belleza—, una muchacha muy bien construida, con los cabellos, sujetos tan sólo por un lazo, cayéndole sobre los hombros, encantadora por completo, de enhiestos y juveniles senos y unas nalgas precisas, ajustadas al cuerpo con graciosa e imponente armonía. Pero de súbito, al escucharla, Mario querría transmitirle, con toda la fuerza de su pensamiento —angustiado hasta la estupidez— alguna señal de que no fuera a lanzar el menor comentario de extrañeza —ahí delante de los policías— por la forma inhabitual y sorprendente en que se le mostraba vestido, con su idiota traje de agente viajero. Saltó de la banca para ceñirla inesperadamente por la cintura y abrazarla con atropellada vehemencia. La Magnífica lanzó un pequeño grito de terror incrédulo.

—¿Ya miras lo que son las cosas? —comentó La Jaiba hacia Mario tomando la ocasión al vuelo, pero con un sobresalto que no pudo reprimir y que daba a su voz el tono resentido de una ternura llena de agresividad—. ¡Y tú que creías que ya no iba a venir a buscarte la pinche piruja ésta! ¡Ándale! ¡Váyanse de una vez! —Era un sacrificio imprevisto por completo, contrario a su voluntad, pero había que hacerlo para despistar a los agentes y salvar a Mario. «La pinche piruja», se dijo sordamente con unos celos cargados de rencor.

Con el plato al borde de los labios Cano terminó de sorber, ruidosa y jocundamente, los restos del contenido. Tenía un aire victorioso y en seguida eructó, sin cuidarse de ello, con la especie de autoconciencia rotunda de una fisiología que era suya por completo y a la que amaba sin reservas, con desenfado, sin miramientos ni rubores. Después de haberlo sacado de algún bolsillo interior, por debajo del peto de su traje de mezclilla, entregó a Olegario el original del manifiesto firmado por el Comité de Huelga.

—Ya te digo: ni siquiera hubo discusión; lo aprobaron por unanimidad. Hay una moral magnífica entre todos. Nosotros, los de talleres, cortaremos la corriente media hora antes del paro general y nos echaremos a la calle de manera que podamos llegar en masa al mitin del Zócalo.

Olegario, que bebía una a una las palabras del viejo Eusebio, afirmaba cada vez con la cabeza, los ojos brillantes, con la devoción de quien escucha lo que dice una mujer entrañablemente querida. Cano le recordaba a Serafín Jiménez, aquel otro gran viejo, asesinado la noche de un primero de agosto..., ¿hace cuánto tiempo?, ¡diablos!, más de quince años. Su semejanza era por dentro, una suerte de estilo común, la misma valentía modesta, severa, que elude los riesgos inútiles, que no pretende distinguirse con jactancia alguna y va derechamente a sus propósitos, austera, eficaz; la misma disciplina

inteligente; el mismo amor por el partido, el amor elemental, casto, sin sospechas, que se tiene hacia una esposa fiel.

Aquí Olegario sintió que caía en una inesperada bolsa de aire, en una especie de vacío moral. Todo esto era cierto: la pureza, la rectitud, la sencillez de militantes obreros como Eusebio Cano o Serafín Jiménez. Pero ¿acaso podría plantearseles un problema tan arduo, de naturaleza tan contradictoria y amarga, como el de Emilio Padilla o más aún..., el de otras persecuciones o los casos de *supresión física* de comunistas (que él mismo, Olegario, había conocido) en la URSS?

«Escucha, camarada Cano, mi viejo Eusebio; y tú también, Serafín Jiménez, desde el fondo de la tierra. Escúchenme los que aún están de pie del mismo modo que los caídos. Estamos en el infierno, en el regocijante infierno de la vida humana, de donde no quedará de nosotros nada más que las cenizas. Cenizas de Copérnico, cenizas de Galileo, cenizas de Hegel y de Marx, cenizas de poetas, de grandes pensadores y de simples hombres que nos hemos limitado a alimentar el fuego con la esperanza de convertirlo en llamas no infernales. Porque nos hemos propuesto una loca tarea; la de transformar el infierno mediante su propio combustible: las llamas del fuego humano de Prometeo. Otras llamas, otras espadas, que así nacieran de la misma forja reciban nombre y destino de la libertad que las encienda o las empuñe. La historia ha sido la historia del fuego contra el fuego; fuego como conciencia del sometimiento del infierno al hombre, contra el incendio y reducción a cenizas de lo humano. Queremos al hombre-llamarada en ardimiento infinito y no al infinito en ardimiento sin hombre. Cada hombre un planeta y en cada uno la soberanía y la dignidad, suma del fuego rescatado. Nuestra prehistoria contemporánea —entendida desde la extinción del Pitecantropus hasta nuestros días, hasta el Pitecantropus del siglo xx— se caracteriza porque en ella proliferan, medran, se desarrollan todos aquellos que están al otro lado en la lucha contra el infierno. Son los que rinden adoración a las llamas de Eróstrato ante las pavesas del templo de Diana; los que continúan atizando la hoguera en que ardió la biblioteca de Alejandría; los que se cruzan de brazos frente al espectáculo de las llamas de los conquistadores y de los guerreros... Pero mirémonos a nosotros mismos, a los comunistas, a los salvadores...»

»También tenemos entre nosotros nuestra diaria biblioteca de Alejandría que arde cada vez a manos de los ceñudos e intangibles intérpretes de la ley. De un tiempo a esta parte —¡ay!, largo tiempo ya— hemos comenzado a confundir la negación del infierno con la negación de nosotros mismos como conciencia, y ahora se condena, se suprime, se calumnia y se aniquila a quienes se obstinan en mantener en alto esa conciencia. Mas ¿es acaso esto lo peor a que podríamos haber llegado? No; hay algo más aún: *el silencio, nuestro silencio de comunistas*. Se inicia un silencio nuevo en el orbe: el silencio de los salvadores, el silencio de las llamas que no quieren ser infierno, anuncio entonces del infierno puro, sin ningún humano fuego ni su esperanza, quién sabe durante qué tiempo sin medida, que nadie podría pronosticar. La conciencia se oscurece y muere —y aquí no importa el grado ni la profundidad, pues en todo caso ha dejado de ser una conciencia entera— con cada comunista justo que cae, no en manos del enemigo, sino abrasado por el mismo fuego criminal —con distinto nombre cada vez desde Giordano Bruno— en el que unos comunistas lo hacen arder mientras otros disimulan con su ceguera voluntaria o su silencio cómplice, pues ya su conciencia está en pedazos. Para medir, pues, nuestro destino, nos queda todavía algo que no debemos olvidar: cuando los comunistas callan —callamos— ante la injusticia propia, ante los crímenes sacerdotales de los que han hecho del partido una Iglesia y una Inquisición, cuando guardamos silencio precisamente en este tiempo que es el que menos lo merece entre cualesquiera otros tiempos de la historia, no es nadie sobre la superficie de la tierra, sino el

hombre, quien junto a nosotros ha también enmudecido».

Olegario pensaba este discurso mientras se dirigía a la imprenta clandestina del partido, por las calles de la antigua colonia de La Bolsa —de fama por sus rateros y criminales— después de haberse despedido de Eusebio Cano en las proximidades del puesto de La Jaiba.

Veinte mil ejemplares del manifiesto, pensó al mismo tiempo, eran un número insuficiente, pero también lo máximo que podía rendir el esfuerzo del comité local del partido y la capacidad de la imprenta.

No; por supuesto que no se podía hablar en el lenguaje de su discurso a militantes obreros como Cano, pero tampoco era un problema de lenguaje: ante todo no se les podría plantear el problema mismo. Eusebio Cano jamás admitiría la duda; estaba hecho para la acción y el sacrificio, esto es, para creer y combatir, pero de ningún modo para el sufrimiento intelectual. No porque fuese obrero y esta aptitud —o en otro sentido, falta de aptitud— resultara ser el reflejo de una psicología proletaria específica —pues Olegario también era un obrero y con él no sucedía lo mismo (antiguo metalúrgico calificado en la planta de la American Smelting de San Luis Potosí)—, sino porque, sencillamente, el partido educaba mal a los militantes del tipo de Eusebio Cano. Pero había más: no era sólo que se tratase de una educación insuficiente, fragmentaria y dogmática, sino que el partido creaba en una forma deliberada este tipo de militantes, ya fuesen de origen obrero o no. Luchadores maravillosos, admirables, conmovedores —aquellos que permanecían sin contaminarse por el espíritu burocrático, en caso de promovérseles a puestos dirigentes—, pero que se negaban a examinar todas aquellas cuestiones en que presentían alguna amenaza contra la estabilidad (y confortabilidad) de su fe.

Eusebio Cano —simplemente— se negaría a aceptar la verdad del asunto Emilio Padilla. Bien; aquí habría diversas actitudes. Negarse a la verdad tiene un precio: Eusebio Cano comenzaría a pagarlo desde el primer momento, autoconvenciéndose, en cambio, de otra injusticia: la de que Olegario no era otra cosa que un agente provocador, actitud psicológica que en el sentido opuesto a la verdad que negaba —el crimen estúpido y brutal del caso Padilla—, consumaría un proceso mágico de idéntica naturaleza en el olvido instantáneo, radical y ciego, de todos los méritos y el pasado político de Olegario como luchador comunista. Ésta sería una actitud. Otra, aceptar la verdad, crearla, pero guardar silencio; intentar persuadirse de que tal verdad no existe y debe ser olvidada. Finalmente, capitular ante la verdad, rendir las armas y entregarse a la desesperanza más estéril, a la inacción, a la amargura de un deplorable y grotesco desencantamiento. Ésta sería la última actitud. A estos militantes sanos —en tanto no se corrompían o eran corrompidos de algún modo por la maquinaria dogmática del partido— no se les dejaba adquirir aquello que constituye la fuerza, la potencia real del pensamiento: la capacidad de examen. Para ellos sería su enemigo todo aquel que hiciera vacilar su fe y por eso no razonaban. No eran capaces de asumir el desnudo sufrimiento de la razón, porque habían preferido permanecer cubiertos con las vestiduras talaras: una armadura mística en una batalla religiosa contra un cierto dios. No era posible hablar con ellos sino dentro de los límites de ese dios, pese a que ellos creían estar combatiendo contra todos los dioses. Más allá de estos límites temblaban del increíble pavor de caer en la herejía. Sobre ellos se sustentaba la casta de los grandes sacerdotes, los dogmáticos conscientes, los burócratas convictos y largamente insensibilizados por la impiedad de pequeñas y retorcidas verdades, que no eran sino el fruto de una siniestra y fría revelación irracional. —Gracias a estos militantes sanos y limpios, abnegados, modestos y fieles, es por lo que el partido existe —clamaban los sacerdotes.

Cierto, gracias a ellos existía el partido. Lo que los sacerdotes callaban es que existía mal; es decir, que no existía como lo que debiera ser. —Prefiero estar equivocado con el partido a tener razón en su contra —añadían los espantosos clérigos, la mirada muerta y fría dentro del vacío de sus ojos sin alma.

XVI. La Magnífica

Mientras hundía sus labios en los de La Magnífica sujetándola del hombro desnudo con la presión trémula de su mano izquierda, el sólido antebrazo enredado entre la suelta cabellera, bajo la nuca de la mujer, Mario Cobián entreabrió los párpados con lentitud perezosa, satisfecha y cansada. Se alejaba la última de las breves y precisas olas de agudo, doloroso placer, que lo habían cubierto y descubierto por instantes como a un trozo de tierra abandonado en el mar. Se alejaba la última ola; la estremecida sensación de vibraciones orgánicas descendía por el subterráneo de su cuerpo, en un repliegue cóncavo, desde atrás del paladar hasta dispersarse apagada y distante bajo la superficie de la piel.

La Magnífica permanecía inmóvil, muerta dentro de una fija y deslumbrante palidez. Lloraba: lo único extraño y viviente en ella era este acopio de lágrimas calladas, sin solución de continuidad, casi artificiales a fuerza de fluir con tal abundancia, tendida de cuerpo presente, desnuda y milagrosa, en el otro mundo sin sexo que la envolvía, ajena a su propio llanto, ajena al placer, muerta, muerta de felicidad.

Con la mirada aún turbia, Mario rescataba poco a poco la imagen de la luna, indecisa y vaga tras la cabellera de la mujer que se extendía sobre el fondo de un cielo sucio y consistente, de hielos y de sombras. Pero no; sólo un segundo de opacidad y mareo: no era la luna, casi hubiese sido demasiado bello. Entre los pequeños icebergs arrugados de la almohada y la negrura esparcida de los cabellos en desorden, dentro de la redonda carátula lunar, las manecillas de su reloj de pulsera, separadas una de otra por un espacio de cinco minutos, igual a las piernas de una bailarina inmovilizadas en un salto, marcaban las ocho menos veinticinco. Al desnudarse había olvidado desprender de su muñeca la hebilla del reloj. Lentamente, con cautela, Mario Cobián retiró el brazo, del mismo modo que si lo sacara de un túnel húmedo y tibio cubierto por el bosque. Los párpados de la mujer se estremecieron, pero sin abrirse.

Mario se vestía con nerviosa rapidez, atropellándose por la prisa. El despiste de los agentes policíacos, don Victorino, el enano, la hora del robo, todo marchaba otra vez por el buen camino. Se sentía fuerte, resuelto, valeroso. Por lo pronto había que olvidarse de Luque.

La Magnífica giró sobre su propio cuerpo para contemplar desde la cama al hombre adorado, a ese sueño inverosímil, los ojos enternecidos por una nostalgia suplicante. Sentía una dulzura tranquila, un apacible agradecimiento al mirarlo vestirse, al mirar cómo se transformaba, al revés de Adán cuando fue expulsado del paraíso: una hoja de parra que se multiplicaba en diez formas distintas, camisas, calzoncillos, pantalones, zapatos, pero en medio de esto —involuntaria, maligna, inexorablemente— la desesperada inquietud de perderlo, la certidumbre de que cada prenda de ropa le arrebatava a su Muñeco entrañable, le quitaba, fragmento a fragmento, toda aquella maravillosa desnudez varonil a la que se había entregado y bajo cuyo peso La Magnífica sólo hasta ahora se daba cuenta de que ya no estaba y de que acaso tampoco lo volvería a estar jamás. El horrible apresuramiento con que Mario terminaba de vestirse, un apresuramiento en que daba por naturalmente resuelta la inexistencia de La Magnífica y en que ésta ya no era ninguna otra cosa sino un simple olvido. Lucrecia, claro está, la maldita Luque, en la que Mario estaría pensando. Le fue imposible contenerse:

—¿A qué tantas prisas, Muñeco, si al fin ya no vas a encontrarla? —La Magnífica pensó que aquello lo habría dicho sonriendo, pero una mueca atroz distorsionaba su rostro. (¿Por qué dijo estas palabras, Virgen Santísima? ¿Por qué no pudo impedir que salieran de sus labios? ¿Por qué se sintió empujada como una autómatas, a decir precisamente lo que se había propuesto callar?)

En el primer instante Mario no comprendió, pero de todos modos la cosa no tenía remedio. Estaba pálido, con una expresión desconocida, de miedo y ansiedad, como si fuera a caer ahí mismo desmayado. Se aproximó tembloroso a La Magnífica.

—¿A quién es a la que ya no voy a encontrar? —dijo en un hilo de voz, con miedo de saber, los ojos muy abiertos, sin mirada. La Magnífica no había querido sino retenerlo; no pensó que lo iba a lastimar hasta este grado. Se sentía aterrada de remordimientos y de piedad. Lanzó una especie de bramido y se arrojó a los pies de Mario, cubriéndolos con la turbulenta cabellera, mientras su cuerpo entero se sacudía con los sollozos.

—¡No quiero que sufras, Muñeco, no quiero! ¡Vete corriendo antes de que se vaya! ¡Está necia en dejarte! Cuando te encontré con La Jaiba, me acababa de despedir de ella: dijo que nomás iba por sus cosas para largarse mucho al carajo de una vez, que estaba harta. Quería tomar el nocturno de hoy a Veracruz. ¡Alcánzala, Muñeco! Puede que llegues a tiempo de encontrarla todavía en su casa. ¡Vete, vete, vete!

La Magnífica hizo una pausa rodeada de vacío, como desconectada de todo pensamiento. Luego prosiguió en una voz muy queda, ensimismada y culpable, dirigida a la presencia invisible de Lucrecia.

—Perdóname, Luque. Yo no quería decirle nada al Muñeco, pero es que me parte el alma verlo sufrir así nomás por causa de la pasión que se trae contigo...

Mario retiró el pie de entre las manos de La Magnífica como un sonámbulo. La punta del zapato pegó en corto, con seca brutalidad, sobre el rostro humillado de la mujer, haciéndola dar al sesgo y sin ruido, crispada, contra el piso de madera.

El Muñeco salió de la accesoria sin darse cuenta, y, sin darse cuenta también, cruzó la plazuela de la Candelaria de los Patos ignorando en absoluto a dónde se dirigía.

EL ÁNGEL SUCIO

Lucrecia se oprimió las manos una con la otra, perpleja, la mente en blanco, sin saber qué hacer, mientras miraba en su derredor desde el centro de la recámara los objetos que aún era preciso encerrar en la maleta: una bata, tres fondos, media docena de vestidos (no había calculado que fueran tantos), y por supuesto, lo que olvidaba (pero en el cuarto de baño): el estuche con los instrumentos para el arreglo de las uñas. Con cierta curiosidad atormentada quiso advertir, entonces, si la decisión que había tomado habría impreso un nuevo matiz a las expresiones de su rostro (y precisamente ahora, en el momento de ponerla en práctica) y pensó que se lo miraría frente a frente, dentro de un segundo más, como por sorpresa, cuando entrara al cuarto de baño en busca del estuche.

Ahí estaba esperándola este rostro suyo en el espejo, pero ¡Dios!, tan sólo terriblemente cansada. Tenía unos ojos oblicuos, tenaces, duros y a menudo de una indiferencia total, deshumanizados como en algún ser de otro planeta, sin odio, sin amor, sin sentimiento alguno. Una nariz corta, de alegre dibujo; labios muy bien definidos, hermosos; los pómulos salientes, agudos, y la barbilla con una marcada hendidura al extremo del mentón. En conjunto, un rostro sugerente, extraño, cuyas expresiones resultaban siempre imprevisibles para Lucrecia, así dispusiera del estímulo adecuado para provocar las que esperaba. Hoy se veía fatigada, sin voluntad, a la deriva, pero no se advertían su desesperación ni su pánico interiores. Aunque también la parte que correspondía al espejo era real: una vaciedad completa, un desgano, un desfallecimiento de suicida. Huir de Mario —huir más o menos de todas las cosas, en cierta medida una forma neutral del suicidio— antes que matarlo o matarse, alternativa inexorable si

continuaban juntos. (Aquello que materialmente ya no cupiese en la maleta —pensaba maquinalmente en los seis vestidos sobrantes— habría que dejarlo en herencia a La Magnífica.) Estaba segura de que terminaría matándolo como estuvo a punto de hacerlo desde el comienzo, apenas se conocieron. El asco más perfecto, más depurado, más desprovisto de compasión. Con Ralph llegó a sentir un asco idéntico, pero era un asco con misericordia, porque lo quería; nunca se le hubiera ocurrido matar al buen, al odioso, al insufrible, al cínico de Ralph. Por su mente pasaron, en racha, un montón de cosas a la vez. «Bueno, también lo que sucede es que soy muy puta», se dijo seria y consciente, con gravedad, sin sombra de disimulo, mientras aquel montón de cosas emergía en su memoria desde todos los rincones y los años de su vida. Desde luego no siempre supo que ella fuera eso, ni el grado en que lo era, ni tampoco si quería serlo: se trataba de una disposición natural, una especie de don. «Bastante puta», remató ante su rostro impasible.

El muy idiota de Ralph era como un niño. Jugaba con una resortera sentado entre las mesas al aire libre de un bar, en la acera de una calle de Nuevo Laredo. Había puesto una piedra en la resortera y disparó (cierto, impremeditadamente y sin darse cuenta) sobre la muchacha de dieciséis años, vestida con pantalones de mezclilla y la que, en el puesto de socorros donde atendieron su tobillo lastimado, resultó ser Lucrecia. Había ocupado las horas enteras de la tarde en disparar su endemoniado juguete desde los más diversos puntos de la ciudad y sobre los más diversos objetos, con ingenio inagotable, valiéndose de toda clase de estratagemas, astucias y coartadas y una imaginación sin freno para no ser descubierto y para elegir el blanco más original, caprichoso o que ofreciera mayores dificultades. Con ella se sirvió de una piedra —y hasta ahora no se supo por qué— pero su *hobby* era incruento, con proyectiles de migajón. Sus proezas de esa tarde no eran como para decirse que la jornada había sido un fracaso —excepto la bochornosa *operación Lucrecia*. Entre otras menos notables, un certero proyectil metido en la tuba de la banda municipal, durante el concierto en la plaza de armas. Varios desde el subsuelo, de abajo hacia arriba —fue divertidísimo—, metido dentro de la alcantarilla de las conexiones telefónicas, disparados en línea perpendicular por debajo de las faldas de las señoras (un pequeño maullido de terror, sin el menor comentario y se alejaban con el avergonzado apresuramiento de ser ellas las que habían cometido un acto raro e indecible, del que se ruborizarían a solas cada vez que lo recordaran). Por último, un blanco lleno de humor sobre el puro que un general fumaba en el café (le saltó de los labios como por obra de magia, pero el general no se había movido —sólo los ojos feroces, con fulminante rapidez— y en seguida se inclinó hacia la taza, acaso por conservar la dignidad de su continente, como si no hubiese pasado nada, pero sin que los ojos dejaran de moverse en todos los sentidos, como los de un loco furioso).

Lucrecia se reía a carcajada limpia al escucharlo. Ralph estaba loco, o habría bebido, sin duda, pero por entonces Lucrecia aún ignoraba que alguien estuviese borracho únicamente hasta no verlo en el estado habitual de su padre, es decir, ebrio completo. No sin cierta irónica caballerosidad, Ralph decidió conducirla a casa; quería excusarse con la familia de Lucrecia, desagraviarla de algún modo y prometer que se haría cargo de los gastos de curación si se presentara la necesidad de un ulterior cuidado médico. Con la más estricta cortesía —iba diciendo en el camino—, con el mayor tacto posible, para no herir la delicadeza de sentimientos que era de suponerse en una familia mexicana de provincias, en particular ante la ofensa inferida por un gringo. (Un «pinche gringo», esto era lo que iban a decir, de igual modo, en el respetable seno de esa familia, cosa que al parecer no estaría reñida con la delicadeza de sus sentimientos, según el comentario burlón con que Ralph se vengaba por anticipado de lo que podía esperarle en casa de aquella chiquilla encantadora.)

Lucrecia, por su parte, no abrigaba el menor interés ni deseo de esclarecer el tonto enredo de estas absurdas suposiciones y no hacía sino callar.

No obstante, antes de que llegaran a la casa se había detenido en seco, la actitud tensa. Actitud gratuita y artificiosa, pues Lucrecia casi ignoraba en absoluto el significado real de las palabras que iba a decir, y el alcance concreto, físico, que tenían.

—¡Llévame a donde quieras, a donde tú sepas! ¡Quiero ser tuya!

Por tal razón, Ralph se enteró de que la supuesta familia no existía sólo hasta que ambos acudieron, semanas después, para pedir al padre de Lucrecia la autorización legal que necesitaban para casarse, pues de otro modo no podrían cruzar la frontera norteamericana juntos. Entraron entonces en el prehistórico y ruinoso consultorio dental del padre de Lucrecia. Para ésta, el espectáculo de costumbre: un sillón quirúrgico destripado, las vitrinas rotas, los instrumentos sucios dispersos por cualquier parte, y nada que no estuviese bajo la milenaria cubierta de un polvo ancestral. Ésa era toda la casa y toda la familia.

Lucrecia recordaba que ni siquiera pudo lanzar el menor grito: en un rincón, entre jirones de papel para envolturas, y como a cubierto bajo una silla inclinada, que se sostenía tan sólo sobre sus patas delanteras, el respaldo apoyado contra la pared, estaba su padre muerto. Era un cadáver feo, cadáver de alcohólico, hinchado y con la barba crecida.

El recuerdo del cadáver de su padre tampoco lograba añadir un rasgo diferente en la desolada inexpresividad del rostro de Lucrecia. Giró un poco para tirar del cordón de la persiana situada a contraluz, a un lado del espejo, lo que la hizo descubrirse presa de pronto. Ahora estaba presa, un rostro preso tras de las rejas de sombra que proyectaba la persiana. Pero esto venía a ser, no un capricho de la luz, sino la verdad de su vida: una prisionera de todo lo existente. Siempre encerrada en la cárcel de las cosas y de sus absurdas relaciones, víctima de una maldición que la hacía convertir en cárcel todo aquello a donde iba o a donde se encontraba, como si alguien la siguiera invisible a sus espaldas para cerrar con llave cada vez una puerta tras de ella. *Cada vez*: quería decir, siempre a propósito de nada, de lo más insignificante. Sintió un agudo deseo de lanzar un grito histérico de angustia, pero en el fondo no era el deseo del grito sino únicamente el de saber si podía parecerse a las demás mujeres, gritar en la misma forma en que las demás lo harían dadas las mismas circunstancias, y esto fue lo que le impidió gritar. Ella lo había pensado antes de hacerlo, las otras simplemente lo hacían sin pensar: Lucrecia estaba presa, las demás no. ¡Pero sí, qué extraño! Su rostro tenía algo que Lucrecia había ignorado durante su vida entera, y lo más curioso de todo, que la sonrojaba al descubrirlo: sus labios se movían sin recibir órdenes. Hablaba a solas. Pero, aun mirándolos moverse, ella no se dio cuenta de que decían algo sino hasta que terminaron de formular la frase entera.

—Las pendejas no saben ni lo que sienten, nomás se ponen a dar gritos y ya estuvo que les dio el ataque. A una ni ataques le pueden dar. Será porque estoy como presa a la que ni siquiera se le deja hacer nada suyo. Como una presa que va en un tren presa.

Su madre la odiaba a muerte, porque ella misma no quería estar tampoco presa, ni quería que aquella hija lo estuviera, como ya lo estaba dentro de su vientre desde antes de nacer y como las dos iban a estarlo, amarradas con la otra de por vida, si Lucrecia nacía. Hizo todo lo que humanamente pudo, hasta el último momento, para echar fuera a Lucrecia, en numerosos —y brutales— intentos de aborto, pero Lucrecia había nacido de todos modos.

—¡Mi pinche madre! —advirtió Lucrecia que sus labios repitieron estas palabras en el espejo. Nunca supo nada de ella. Ni siquiera llegó a conocerla. Algunas imágenes fragmentadas, borrosas,

sórdidas, lograban traslucirse, a veces, entre las incoherencias alcohólicas de su padre, pero éste parecía recobrar de súbito cierta misteriosa y amarga lucidez, y aquellas imágenes de la madre de Lucrecia quedaban en relámpagos.

Por ejemplo, una alusión al encuentro —no se sabía exactamente si de su padre y su madre— en algo como un camerino de teatro, donde habría ocurrido alguna escena infame; esto último era lo único seguro. Lucrecia conjeturaba después lo que le venía más a la mano: si su madre acaso fuese cómica y la sorprendiera entonces su padre con un amante; o si su padre habría sido víctima de alguna humillación espantosa en aquel camerino, una de esas humillaciones que dejan huella eterna para el resto de la vida. Luego, la referencia a un siniestro hurto de determinadas piezas dentales de oro. Cosas por el estilo. Cuando Lucrecia le preguntó cuál era el nombre de su madre, a lo mejor el de Lucrecia también, el padre había respondido con un destello de vengativa y alegre ruindad en la mirada: llámala Lili. El nombre de una sucia y vieja perra que tuvieron en otros tiempos y que siempre estaba embarazada. A cambio de quedarse con su propia libertad (huyó de la casa apenas repuesta del parto y sin cuidar siquiera de la lactancia de la abominable hija que había parido), su madre la condujo a esta prisión perpetua de la que Lucrecia siempre estaba huyendo, pero de la que jamás salía. El padre borracho, Ralph, la miseria, otros hombres, prostíbulos: distintas celdas de esa única larga cárcel que era el haber nacido a la vida, que era el que su madre no la hubiese podido abortar: tenía razón la pobre. Un asco obstinado, como un tren de vagones interminables que no dejaban de pasar nunca y dentro de los que Lucrecia corría enloquecida, sin parar, un tren que no iba para ninguna parte. La cárcel de El Muñeco, del viscoso Mario Cobián, con sus besos, con sus truculencias sexuales. En cambio, La Magnífica:

—¡Déjame, Luque, déjame por lo que más quieras en la vida! —le suplicaba por El Muñeco con lágrimas en los ojos, igual que una limosnera, hoy en la tarde, que habían pasado juntas unas horas—. Si tú le das el cortón, El Muñeco cae conmigo, *te lo garantizo* —era horrible, para dar lástima, sin la menor relación una cosa con la otra, pero La Magnífica estaba dispuesta a inventar cada día una posibilidad distinta, por más idiota que fuese, con tal de sentir que se alimentaba su esperanza; con esa seguridad sobresaltada, de loca—. Te lo garantizo.

Lucrecia había ido en su busca con el único propósito de que la auxiliara en el asunto de Mike. ¡Cristo! Mike ya tenía los veinte cumplidos y un empleo fijo en una compañía de taxis de Nueva York, como para ya no necesitar la ayuda de Lucrecia. También un asco. Cinco años antes, en vísperas de regresar a México en definitiva, Lucrecia estuvo a visitarlo en su departamentito, una covacha en la azotea de un edificio de diez pisos en el East Side, cuando cumplió quince, y hasta llevaba un estúpido pastel con las velas correspondientes al aniversario.

—Lo celebro mucho —dijo él con la mitad de una sonrisa malvada. Permaneció largo tiempo sentado ante el pastel, mirándolo fijamente por debajo de las cejas, la cabeza inclinada y sin abandonar la grosera sonrisa sarcástica, amarga—. Hace tiempo, *mammy* —comenzó a decir—, mucho tiempo, que estoy enterado de que tú no eres mi madre —había subrayado la palabra *mammy* despojándola de cualquier contenido filial, con el tono en que esa palabra se dirige a otras gentes, a gentes como Lucrecia, apenas sin exagerar demasiado la nota de bravuconería insegura en que incurre el mozalbete que quiere darse aires de aplomo—. No hay nada que nos impida irnos a la cama ahora mismo —añadió con voz ronca—. ¡Ey, vamos *mammy*! —había tronado los dedos, en un ademán de perdonavidas, mientras la tomaba del brazo sin abandonar su sonrisa, pero ahora paralizada sobre el rostro por una especie de hemiplejía de madera. Estaba pálido como un muerto; más bien estaba muerto, igual a como

dicen los libros que Lázaro siguió estándolo después de su resurrección, un muerto vivo—. ¡Ay, te he deseado desde hace tanto tiempo...! Aun desde los años en que estaba seguro de que eso no era sino desear a mi propia madre —había dicho Mike, tendido en la angosta cama, no bien terminaron de poseerse. Luego se había vuelto hacia Lucrecia para hundirse en su pecho y romper a sollozar estrepitosamente, lloriqueando como un niño. Como el niño de quince años que era y que refugiaba el desamparo de su vida en aquel seno maternal.

Había sostenido económicamente a Mike durante largos años, casi desde que Ralph y ella decidieron tomarlo como hijo adoptivo. Ralph terminó por ya no tener ningún ingreso —de una manera absoluta y desoladora—, ni siquiera las entradas esporádicas de los primeros meses de casados. Lucrecia prosiguió ayudando a Mike todo el tiempo, aun después de que Ralph desapareció para siempre de su vida. No obstante, Mike había sido un niño de ocho años cuando lo tomaron, hijo de un viejo camarada de Ralph y también de otra prostituta que el chiquillo nunca conoció. Una madre de veinticuatro le habría parecido lógica y real —pero sin duda después comenzó a razonar y a hacerse conjeturas. Toda una historia. Luque había llegado a querer mucho a ese muchachito sombrío y hermético, precisamente como a un hijo entrañable. Le pasaban estas cosas a ella. Divertidas. La Magnífica firmó la carta dirigida a Nueva York como una amiga íntima de Lucrecia. Era una carta escrita en máquina donde La Magnífica informaba a Mike que su madre, Lucrecia, había muerto. Lucrecia pensaba depositar la carta en el buzón de correos del Ferrocarril Mexicano antes de tomar el nocturno a Veracruz. Una celda menos en su cárcel. La carta incluía un pequeño rescate: el giro certificado por cinco mil pesos que constituía toda la fortuna de Lucrecia. Pensó que el muchacho sufriría como un demonio loco. En cartas consignadas al poste restante, Mike daba cuenta a Lucrecia del dinero que mensualmente recibía, pero sin dejar de suplicarle, en todos los tonos, que le dijera dónde encontrarla en México para venir a quedarse a su lado (desde luego no como su hijo), pues la vida sin ella era un infierno desde aquella vez del pastel con las quince velas.

Una única vez, se dijo Lucrecia; ahora, primero muerta que repetir la experiencia. Pensó: aunque hubiera sido fascinante. Fascinante hasta la locura, esto: tener, haber tenido un hijo del propio Mike. ¡De él sí, por Dios! Porque entonces Mike se convertiría en su verdadero hijo, real, vivo, palpable, en *el otro*, en el que ella habría llevado en las entrañas, en el que Mike le habría engendrado. Y por cuanto al propio Mike, por cuanto al padre de sí mismo, ¡no verlo más! ¡Que se largara al diablo! ¡Que se muriera! No que del modo en que las cosas habían acontecido, no existía diferencia alguna —se dijo Lucrecia— respecto a que Mike se hubiese acostado realmente con su propia y verdadera madre: era una cosa idéntica. Por eso ahora (desde aquel suceso, claro está) había sido necesario proteger a Mike, ayudarlo, apoyarlo, con la misma devota exactitud que se hace con un padrote. Por supuesto estaba también El Muñeco, estaba también el asqueroso Mario Cobián (y de pronto comprendía por qué escapaba de él con todas sus fuerzas), Mario, que en otro sentido —pero igual— siempre hablaba y hablaba de su madre, del cariño que le tenía, de lo felices que hubieran sido los tres juntos, Luque, El Muñeco y su madrecita santa: Mario amaba a su madrecita santa del mismo modo en que Mike a Lucrecia, con los mismos sucios y ardientes deseos, como si la matara.

—¡Siempre he estado tan vieja para Mike! —suspiró en el espejo a media voz—. Tanto más lo estaría hoy, con mis treinta y seis años encima. De veras era mi hijo, aunque no lo hubiera yo parido.

Ella y Ralph dormían en las playas de Nueva York, aquí y allá, sin un níquel; luego, durante el día,

Lucrecia vagaba por las proximidades, mientras Ralph iba en busca de dinero o, por lo bajo, de simples latas de conservas alimenticias.

El tipo la rondaba una y otra vez, aproximándose más y más en cada ocasión a la bomba contra incendios donde Lucrecia se había sentado a dejar que el tiempo transcurriera. Todo lo que Lucrecia tenía para ponerse era el traje de baño que llevaba bajo la falda y la blusa, y las sandalias que calzaba, lo que la hacía sentirse mal, sin armas, insegura, perseguida.

Imaginó, pues, que el tipo era de la policía y que trataba de arrestarla por vagancia. El hombre terminó por rozar su falda, en la vuelta decisiva y dejó caer entonces su cartera al pie de la bomba, con toda intención pero con notable torpeza, para tener pretexto de detenerse y mascullar algunas palabras, que Lucrecia, aturdida, al principio no entendió. No pensaba, en realidad, que el tipo quisiera acostarse con ella, y esto la hizo aparecer cándida, sin mundo, lo que en cierto sentido era verdad, pues hasta la fecha no se había acostado con ningún otro hombre aparte de Ralph. Pasaron cerca de una hora en el cuarto del hotel. El tipo tenía el aire de un bienaventurado, de un elegido del Señor, los ojos húmedos de agradecimiento.

—Ahora, querida —dijo como si le hablara a su esposa—, me echaré a dormir un rato —levantó el índice con ademán protector, magnánimo, y una idea muy satisfecha y elevada de su propia jerarquía moral—. Tú eres una dama, tú no eres cualquiera, tú no puedes ser tratada como una prostituta vulgar. Cuando quieras marcharte, toma cincuenta dólares de mi cartera —Lucrecia ahogó una exclamación:

—¿Tanto? —el tipo entornó los ojos con una modestia indulgente en la que subrayaba su desinterés, mientras oprimía conmovido la mano de Lucrecia:

—Tómalos por ti misma cuando quieras, querida. No deseo hacerte la ofensa de ser yo el que te los entregue —sacudió la cabeza con un movimiento cariñoso y desprendido, para darle en seguida las espaldas y ponerse a dormir. Lucrecia aguardó hasta que sus ronquidos se hicieron parejos, monocordes, seguros. De los quinientos dólares que el tipo llevaba en la cartera, sólo se atrevió a tomar trescientos, pero ya en la puerta, arrepentida, regresó para retirar cincuenta más.

Un asco enloquecedor, con pánico. En la temporada en que ella y Ralph pudieron alquilar un departamento —los trescientos cincuenta dólares del tipo, y ya que Ralph la hubo deshecho furiosamente a golpes, puñetazos y puntapiés, como si peleara con un hombre— Lucrecia se encerraba en el cuarto de baño, cada noche, en el momento en que ambos se iban a la cama. Ahí permanecía, castañeteándole los dientes, en espera de que Ralph fuese vencido por el sueño y así no la requiriera para hacer el amor. Lloraba literalmente de angustia ante la idea del sexo con Ralph, poco tiempo después de las primeras experiencias que tuvo con él, que habían sido también las primeras de su vida: algo superior a todos sus razonamientos y esfuerzos para impedirlo, porque lo quería, amaba a Ralph, pero aquello era imposible, un horror tan vivo que sin darse cuenta se podría lanzar por la ventana. «¡Pobre, pobrecito mi Ralph, mi Rafa, mi Rafito...! ¿Por qué sentiré tan espantoso contigo?», se decía a sí misma, entre sollozos, encerrada en el cuarto de baño. Ralph se aproximaba a implorar del otro lado de la puerta. Lucrecia, también implorante, arrodillada hacia la voz de Ralph, con las manos juntas en actitud de oración, inventaba algún obstáculo insuperable haciendo un esfuerzo sobrehumano para que su voz se escuchase sosegada y natural.

—Vete a dormir, mi cielo. No saldré en poco tiempo. Hay aquí algo complicado. Cosas de mujeres —y a continuación chasqueaba ruidosamente los labios para anunciar un beso de buenas noches. No le ocurría lo mismo con los demás, hasta que volvió a suceder en forma idéntica, sólo que, si se puede decir, a un extremo más allá de lo humano, cuando Mario Cobián, El Muñeco, hizo irrupción en su

existencia.

Lucrecia dio un salto y de su garganta brotó un grito ríspido, inarticulado, a tiempo que retrocedía con el pavor que se experimenta ante lo sobrenatural. Ahí, del otro lado de la ventana, suspendido sobre el vacío del patio, a cinco pisos de altura, volaba alguien, un monstruo. Su cuerpo se insinuaba a través de las hojas entreabiertas de la persiana y producía un ruido animal, de bestia que triturase algo con unos dientes de hierro. Al escuchar el grito de Lucrecia, la bestia se apresuró a llamar con los dedos sobre los vidrios de la ventana, con el apremio de quien está a punto de desplomarse en el abismo.

Sin pensarlo, con inconsciente audacia, Lucrecia se aproximó y levantó de un solo movimiento la persiana. Del otro lado, sobre una tabla sujeta en forma de columpio a un juego vigoroso de cables, un hombre que llevaba vestidos de trabajo le hacía señas sonrientes y amistosas pero que no se entendían desde aquella parte de los vidrios. Lucrecia entornó la hoja de la ventana para escuchar lo que el hombre quería decirle. Era uno de los obreros decoradores que pintaban los marcos de las vidrieras y que prevenía de su presencia a los habitantes de cada departamento, no fuesen a confundirlo con algún ratero y acaso se les ocurriera dispararle un balazo.

Lucrecia sonrió por vez primera desde hacía mucho tiempo, mientras daba las gracias al obrero por su advertencia.

Cerró la ventana y luego se detuvo ante el espejo del tocador, en la recámara. Un ángulo del espejo recogía la imagen del obrero suspendido en el aire como sin sostén alguno, aéreo y mágico cual un ángel en vuelo. No podría advertir que Lucrecia lo miraba larga e impunemente, con una fascinación amorosa y melancólica. Un ángel que se le aparecía, manchado de pintura celeste. Sonrió con tristeza.

—Un ángel sucio —dijo casi en alta voz.

XVII. Eladio Pintos

Rendía el informe Eladio Pintos, en medio de las sombras inmóviles y atentas de los presentes, que la luz helada y agresiva de una lámpara de alto voltaje proyectaba sobre las paredes cubiertas con los más distintos impresos y grabados. Como un arroyo metálico que llevase en su corriente una complicada pedacería de alambres y cerraduras, el rumor del linotipo se escuchaba atrás de las palabras de Eladio Pintos, de un modo suave y distante, al que todos se habían acostumbrado. Desde un rincón, frente a su máquina, el linotipista, de rostro muy delgado mejillas hundidas, la barba de varios días, tecleaba nerviosamente al componer el manifiesto del Comité Central de Huelga, pero con un desprendimiento tan completo en relación con los demás, que parecía una marioneta sonámbula a la que alguien estuviera manejando desde muy lejos con la ciega precisión de un ajedrecista.

La sombra gigantesca de Eladio Pintos —sentado en la guillotina de la imprenta— se erguía sobre una cosa semejante al puente de mando de un barco, lo que le daba un aspecto imponente y asombroso, mientras su brazo, al accionar en dirección opuesta a la luz, se reducía de tal modo a su tamaño natural sobre la superficie de la pared, que entonces dejaba inmediatamente de ser suyo para convertirse en una curiosa silueta ortopédica hasta que, en el movimiento contrario, recobraba sus proporciones de gigante, como el brazo de un titán solitario que cayera desde el cielo por encima de la proa de tinieblas donde se asentaba. Las demás sombras, escalonadas a distintos niveles y muy juntas entre sí, formaban un fiordo en torno del buque fantasma de la guillotina.

Al parecer, las disposiciones acordadas se habían cumplido casi en su totalidad, según el informe de Eladio Pintos. En las últimas cuarenta y ocho horas las asambleas generales de los camioneros, choferes de ruleteo y tranviarios habían aceptado dar facultades extraordinarias al Comité Central de Huelga (el CCH) para conducir el movimiento, sin necesidad de nuevas consultas, bajo un mando fuertemente centralizado donde el partido contaba con la mayoría. Los ahí reunidos, miembros del partido y al mismo tiempo representantes electos por los trabajadores ante el Comité Central de Huelga por cada una de las ramas del transporte urbano, se constituían en la *fracción comunista* clandestina de la huelga, pero, era preciso entenderlo, no para obrar al margen del *ce-ce-ache*, sino garantizar la movilización de los huelguistas mediante la actividad de los organismos del partido en cada rama, e impulsar así el espíritu de iniciativa y la eficacia en el cumplimiento de las tareas más arriesgadas de ataque y autodefensa de la huelga. Esta *fracción comunista*, este mando ideológico, alerta, sujeto a una disciplina de hierro, siempre despierto, infatigable y ágil, desempeñaría el papel de centro superior en el sistema nervioso de la huelga entera, encargado de transmitir las vibraciones revolucionarias hasta los extremos más distantes y las raíces más profundas de las masas, añadía Eladio Pintos.

Olegario, cara a cara de Eladio Pintos, lo miraba con detenimiento, en una disposición de ánimo confusa, con alarma y cariño. Le parecía un sueño tener ante sí a este hombre. Aquella cabeza de proporciones nobles, los ojos grises que rebosaban una bondad sin límites, casi doliente, siempre solícita y llena de inquietud, con temor de herir o cometer alguna injusticia, pero enérgica en medio de todo. Veía su pelo rubio y fino, ahora un tanto menguado, con las dos grandes entradas que despejaban más su frente y hacían destacar las venas azules bajo la translúcida epidermis de marfil. Lo curioso, que nadie hubiera puesto en antecedentes a Olegario —desde luego que en la dirección del partido— antes de encontrarse con Eladio Pintos, respecto a la identidad de éste. Cuando se saludaron, al llegar Olegario a la imprenta, hubo en la mutua mirada de ambos el destello relampagueante, y a un tiempo reprimido, en que ambos se reconocían, pero con el que también adoptaban ambos el acuerdo tácito e

inquebrantable, al viejo estilo conspirativo, de no descubrir su secreto a nadie. Olegario se quebraba la cabeza a fuerza de las más absurdas conjeturas: así que el hombre estaba aquí en México; pero ¿demonios!, ¿en condición de simple militante de base del partido? ¿En condición de verse obligado a entrar en relaciones con quién sabe cuántas docenas de camaradas, y en el riesgo de que lo descubriera la policía en cualquier momento? Olegario sintió una pastosa y amarga resequedad en la boca. Alguien —pero ¿quién y desde dónde?— estaba tratando de echar al hombre a los perros, era seguro. Se sintió desfallecer ante las sorprendentes circunstancias en que se encontraba con este Eladio Pintos y que le salían al paso de buenas a primeras, en el momento menos pensado, y lo golpeaban de frente como un bofetón dado con puño invisible. Con la diferencia de que el golpe no provenía del enemigo, no era un bofetón de la burguesía. Esta sorda lucha entre comunistas era infernal, infernal. Para volverse loco. Maravillosamente. Cuando llegó Olegario, ya estaban en la imprenta los siete representantes convocados para constituir la fracción clandestina de la huelga. Olegario entregó el original del manifiesto al camarada responsable del taller, mientras Eladio Pintos iniciaba su informe en su calidad de enlace del buró político con la huelga. El fanal semifijo, de reflector metálico, había sido puesto por alguien al borde del foso, bajo la prensa plana, y la luz alumbraba hacia arriba, escorzándolas, las figuras de los camaradas que en seguida congregaron sus sombras, tensas y silenciosas, sobre las paredes, en derredor de la silueta arbitraria y descomunal de la guillotina.

Olegario pensó repetidas veces aquel nombre: Eladio Pintos. Había elegido o le había tocado en su pasaporte falso un buen alias, y luego con la ventaja de que hablaba sin acento extranjero, esa facilidad de los sefarditas para asimilar los más diversos giros locales del español. Hasta podría tomarse por mexicano. En la Comintern (la Internacional Comunista) había sido más o menos lo mismo —un natural de cualquier país de América Latina—, tal vez con la sola diferencia de cierto ceceo muy marcado y el uso de algunos notables y fascinantes arcaísmos.

Olegario hizo abstracción de lo que Eladio Pintos decía desde las alturas de su barco, para oír esta misma voz suya, pero años atrás, en Moscú, junto con el recuerdo lacerante de Ólenka Delnova.

—¿Debemos señalar, condenar por fuerza a quienquiera que sea, alguien a quien hayamos escogido al azar, con los ojos vendados, únicamente por el inconcebible temor de comparecer con las manos vacías ante la Comisión Central de Control, y vernos en la necesidad de decirle que en nuestro organismo no tenemos contrarrevolucionarios, ni trotskistas, ni saboteadores, ni espías de las potencias extranjeras? ¿Hasta qué extremo estamos descendiendo en la escala del miedo? ¿No nos atreveremos a decirle a la Comisión Central de Control que nuestro organismo partidario es un organismo comunista sano, limpio y de camaradas honestos, tan sólo por el miedo de que se nos acuse de falta de *vigilancia revolucionaria*? Yo no llamo *vigilancia revolucionaria* a descubrir trotskistas donde no los hay y saboteadores y espías donde se le ocurre imaginarlos a un intrigante o escalador cualquiera. ¡A eso yo le llamo cacería de brujas e infamias sin nombre que no pueden tolerarse jamás en nuestro partido! —hablaba en un pequeño salón de conferencias del edificio de la Comintern, ante una asamblea especial de los miembros del partido en las dependencias de la Sección Latinoamericana. Se había decretado llevar a cabo en todos los organismos del partido en el país lo que, con la palabra rusa, todos denominaban una *shishka*, es decir, una limpia, una purga a fondo y en toda la línea, a fin de expulsar a la gente dudosa, a los oportunistas, a los emboscados, a los simuladores. Aquello estaba muy bien. Hasta espléndidamente bien.

La que «no estaba bien» era Ólenka, la joven y pequeña secretaria en la sección de prensa del buró del Caribe. Se sabía con toda exactitud lo que significaba en el lenguaje familiar del partido «no estar

bien», o «andar mal»: lo más extraordinariamente indeterminado que pudiera imaginarse y al mismo tiempo lo más preciso. Consistía esta extraña y atormentadora situación en que todo mundo estaba enterado, respecto a la persona que «andaba mal», de que *algo* existía en su contra por parte de los organismos dirigentes y que en muy poco tiempo más ese *algo* reventaría de un modo u otro hasta no hundir a dicha persona en el abismo de la degradación y el infortunio definitivos. Ahora que, respecto a que se supiera en qué consistía este *algo*, nadie acertaría a formularlo jamás porque todos, en absoluto, lo ignoraban. Empero, esto no era ningún factor —al contrario de lo que pudiese esperar alguien en su sano juicio— que viniese en ayuda de la víctima, sino al revés: en lugar de pedir un esclarecimiento del problema, cada quien procuraba apartarse lo más posible de la persona señalada, ya no se le dirigía el saludo y en todas las formas se le hacía sentir que el suyo era un caso perdido y ya sin esperanzas.

La pequeña Ólenka, pues, «andaba mal». Milskovskaya, una buena, honradísima mujer en tantos aspectos —a Olegario le constaba—, discutía furiosa, trastornada, descompuesta, en contra de Eladio Pintos, defensor de Ólenka. (Milskovskaya, en su discurso, seguía la técnica obsesiva de una moraleja infantil que Olegario recordaba con horror: «Por un clavo se perdió una herradura; por una herradura se perdió un caballo; por un caballo se perdió un escuadrón; por un escuadrón un regimiento...», hasta que, a causa de un clavo, era el partido mismo el que se perdía.)

—Cuando un miembro del partido deja de cumplir sus tareas sin justificación —argumentaba la Milskovskaya—, pero aún peor, luego se descubre que engaña al partido, esto, *objetivamente*, lo conduce a la contrarrevolución, a la traición. Ya es, desde ese momento, campo abonado para toda clase de perfidias, de simulaciones y de veleidades políticas. Se comienza por poca cosa: no se acude a una reunión y para excusarse se encuentra una pequeña mentira que decir al partido. Aquello sale bien y se vuelve a repetir en mayor escala, y en seguida más y más y más. De aquí a las dudas, a perder la confianza en el partido, a no respetar su disciplina, a minar su fortaleza y más adelante, la fortaleza misma del poder soviético y de la revolución, la de la causa del comunismo, no hay más que un paso. Es una pendiente apacible, suavecita, por la que el sujeto se desliza hacia el abismo antipartidario de la liquidación y del sabotaje. Yo pido, camaradas: ¡fuera de nuestro gran partido, del partido de Marx, Engels, Lenin y Stalin, esta gentuza de la calaña de Ólenka Delnova! ¡Limpiemos de tal basura a nuestra querida organización bolchevique! —los grandes senos de Daría Milskovskaya daban la impresión de galopar sobre el borde de la tribuna, mientras golpeaba con el puño monótonamente sin que lograra imprimir a este ademán la menor elocuencia. Daría era una excelente e infatigable camarada —pese a bordear ya la cincuentena— que tenía a su cargo las más menudas y fastidiosas tareas de la Sección Latinoamericana de la Comintern. Se ocupaba de recibir a los delegados de los diferentes países, darles alojamiento, ocuparse de las credenciales y salvoconductos de acceso a los lugares de trabajo a donde estaban destinados, proveerlos de ropa, llevarlos al médico y aun tener a su disposición entradas gratuitas para conciertos, funciones de ballet y otros espectáculos. Todos acudían a Daría Milskovskaya de manera incesante y abrumadora en busca de solución a los asuntos más peregrinos —a los que ella encontraba siempre una salida satisfactoria, aunque no dejase tampoco de fingir contrariedad y de tomarse la cabeza entre ambas manos, muy cómicamente— y terminaban por llamarla con el sobrenombre afectuoso que se había vuelto popular en la Comintern entera: *mámushka*, diminutivo de mamá, pues Daría, en efecto, se desempeñaba sin disputa como la más cariñosa y solícita madre colectiva de aquellos luchadores —por lo común famélicos, de naturaleza enfermiza y mirada febricitante— que llegaban a Moscú de tan diferentes países de América y en no pocas ocasiones después de haber padecido incontables torturas y cárceles en su patria, por lo que Daría Milskovskaya,

sin remedio, los quería quizá mucho más que si en verdad fuesen sus hijos: los adoraba. Por ello se sentía una impresión extraña, deprimente, al escucharla hablar con tan cálida, sincera y desorbitada injusticia en contra de Ólenka Delnova.

Ólenka tendría unos veinte años, estrecha de hombros, con unas pupilas de un azul tan desleído que casi se borraban en el blanco de los ojos, muy dulce de carácter, de aire ensimismado y una sonrisa pálida, suplicante, con la que parecía pedir excusas a cada momento por alguna falta de la que todos estuviesen enterados.

Durante la asamblea nadie se atrevió a mirarla de frente, pero cada uno se esforzaba por sorprender sus reacciones con el rabillo del ojo, como de pasada, con un disimulo cobarde y misericordioso. Ólenka, sin poder expresar ningún sentimiento u otra cosa, tenía el aspecto del ser más solitario de la tierra, pálida hasta la transparencia, hasta adivinársele los huesos del rostro, la piel restirada sobre los pómulos de cera, los maxilares desnudos, erguida sobre su silla con una quietud inorgánica y dura. Era en esta concentrada y feroz quietud donde se hacía evidente la inimaginable lucidez con que medía las proporciones de su caída, de su desamparo, un horror estricto y desconocido, sin mezcla de nada que le fuese ajeno. Sólo los dedos de sus manos, abandonadas a sí mismas sobre los muslos, se sacudían con pequeñas vibraciones involuntarias, igual que si los agitaran bruscas rachas de viento.

Eladio Pintos había subido otra vez a la tribuna para responder a Daría Milskovskaya. Aspiró abruptamente antes de hablar, en forma nerviosa, como si tratase de sofocar su indignación.

—En el caso que se estudia, no hay razón para invocar de modo tan impresionante y patético los nombres de Marx, Engels y Lenin —dijo con una sonrisa desdeñosa, vuelto en actitud franca y desembozada hacia el delegado de la Comisión Central de Control, que escuchaba en una disposición tranquila y rígida, con un interés desapasionado e inteligente, mientras de vez en vez escribía algo con rápidos trazos en su libreta. ¿Cuál era el problema, en sus términos reales, de Ólenka Delnova?, enunciaba Eladio Pintos desde la tribuna, la voz contenida, pero en los ojos grises un destello cercano a la angustia. (La defensa de alguien que estuviese en la situación de Ólenka se antojaba a todos inaudita: no así al representante de la Comisión Central de Control, quien, menos que sorprendido, parecía dejarse solicitar por cierta preocupación distinta, a cada momento más general y de más amplias consecuencias.) La sala se había helado, envuelta en la atmósfera equívoca de una morgue donde los cadáveres estuviesen sentados, todos en la misma actitud de respeto y atención obviamente fingidos. Olegario, que se encontraba junto a Ólenka, se atrevió en un determinado instante a oprimirle la mano con una ternura tonta y tumultuosa. Ella no reaccionó; no le alcanzaban las fuerzas sino para escuchar, sangrante, enajenada a las palabras. Se había afirmado —explicaba Eladio Pintos— que Ólenka faltaba a sus deberes de partido, que mentía para poder hacerlo y que no confiaba en las instituciones soviéticas. Bien; era preciso examinar estos hechos tremendos.

Detrás de la vida exterior de Ólenka Delnova se desarrollaba una existencia sórdida. El empeño de no romper el secreto de una enfermedad familiar y un sometimiento acrítico a una imposición afectuosa a la que Ólenka había estado sujeta en los últimos meses y de la que no acertaba a liberarse. Su madre, enferma de alcoholismo crónico, logró encontrar a Ólenka, a quien acudiera en busca de refugio después de haber podido escapar del sanatorio donde se hallaba internada, y ya no quiso separarse de su hija desde entonces, sin que hubiera recurso persuasivo alguno capaz de disuadirla de su monstruoso empeño. Ciertamente, Ólenka pudo denunciarla a las autoridades sanitarias, pero de aquí a inferir que no lo hiciera por falta de confianza en las instituciones soviéticas de salud mediaba un abismo. Era evidente que esto no se podía presentar a los ojos de nadie como una actitud de prevención política o de crítica

malsana de Ólenka hacia un aspecto u otro de la eficacia, o falta de eficacia, con que funcionaban determinados establecimientos soviéticos. A causa de su madre, Ólenka comenzó a vivir una pesadilla espantosa donde a cada momento se hundía más y más, víctima de unas circunstancias que para ella eran insuperables, y que amenazaban conducirla a un desequilibrio completo, que ya se traducían en ciertos estados emocionales de carácter notoriamente patológico. Encerraba a su madre ya en un domicilio, ya en otro, de parientes, amigos o simples conocidos y tenía que verse en la necesidad, así, de velar noches enteras junto a la enferma durante sus crisis. La moral de Ólenka llegó al extremo desastroso en que ya no podía responder de sí misma ni de su conducta consciente; faltaba a sus obligaciones, se aislaba de la vida social. Pero —inquiría Eladio Pintos— ¿era esto para considerarse como una disposición *antipartido*, liquidacionista, contrarrevolucionaria y de traición a la causa del comunismo? ¿De dónde se sacaban estas conclusiones obtusas, mecánicas, frías, donde ante todo lo primero que se ignoraba era la existencia del ser humano? ¿Era ésta la forma de conducirse ante lo que con tan ruidosa prosopopeya se denominaba por doquier como el «capital más precioso», o sea, el hombre vivo, palpitante, real, el único instrumento con el que el socialismo y el comunismo se pueden construir? ¿O alguien abrigaba la enloquecida idea de que el socialismo y el comunismo podrían reducirse a un helado esquema de cifras y ecuaciones inexorables y sin alma? Estaban ahí para juzgar el caso de Ólenka Delnova, pero todos los que se interesaron en conocerlo de antemano, todos sin excepción, se habían satisfecho tan sólo con leer el expediente, sin preocuparse siquiera de hablar con ella y escucharla. Para ellos el expediente era más valioso que Ólenka; Ólenka era menos importante que un papel muerto y miserable, donde cualquier burócrata habría garabateado cualquier cosa. Eladio Pintos, por su parte, había ido en busca de Ólenka y ella se confió a él sin reservas, como se hace cuando se encuentra uno con un camarada. Ya habían escuchado, pues, las conclusiones.

Eladio Pintos estaba cubierto de sudor, jadeante, los cabellos rubios pegados a las sienes, la mirada audaz, pero que traslucía la intensa zozobra de quien acaba de cruzar la frontera en un viaje hacia lo desconocido y del que ya no sabe qué esperar. Permaneció en la tribuna largos segundos sin moverse, fascinado, en medio de un silencio que se podía rasgar con una navaja y donde las paredes de la sala parecían más desnudas que de costumbre. Olegario, con una inconsciencia casi hipnótica, rompió en aplausos, que no hubo nadie en absoluto que secundara. Los segundos de silencio se prolongaban inverosímilmente sin que pudieran ser interrumpidos por algo o por alguien. Era la morgue de los cadáveres sentados, una asamblea de esquemas. Nadie había advertido siquiera que el representante de la Comisión Central de Control se había puesto en pie, los talones muy juntos, con sobria y tranquila actitud militar, el aire reflexivo, y con un tenue matiz de melancólica negligencia en la voz.

—El asunto se considera liquidado —decía ante la estupefacción general—; las faltas de que se acusa a la camarada Olia Dimitrieva Delnova no se toman en cuenta. La Comisión Central de Control gestionará el envío de dicha camarada a una cura de reposo en Sochi, por todo el tiempo necesario hasta el restablecimiento total de su salud.

Cuando, camino al ascensor, quedaron a solas en uno de los corredores del edificio, Ólenka abrazó temblorosa a Olegario, mientras resguardaba el rostro contra su pecho, sin sollozos, extenuada espiritualmente hasta el vacío.

—¡Dios! —exclamó en un tenue silbido, como si llorara en una forma desconocida, después de perder la facultad del llanto—. ¡Qué espíritu tan bello, qué hermoso corazón! —decía por Eladio Pintos—. ¿Sabes la causa de su victoria? —añadió en un tono sordo, los labios muy pegados a la camisa de Olegario—. ¿Sabes por qué fue escuchado y la razón de que sus opiniones pesaran con tanta autoridad

sobre el representante de la Comisión Central de Control? —Ólenka se puso de puntillas para alcanzar con su boca la oreja de Olegario y así poder decirle, en voz más queda todavía, cierto nombre que explicaba el secreto de lo ocurrido.

Olegario se estremeció de la cabeza a los pies, maravillado, anonadado. Ante sus ojos aparecía de golpe un personaje increíble, y se desarrollaba, en medio de los titulares de los periódicos del mundo entero y el frenético tartamudeo internacional de la T.S.H. de un continente al otro, la acción pasmosa de ese hombre de quien, pese a los años transcurridos, aún no se lograba establecer la identidad ni el paradero por la policía de ningún país (aunque siempre se conjeturó que habría huido a la Unión Soviética), desde que tal hombre, en la capital de España, había ejecutado al primer ministro *D.* ¿*Quién mató a D?*, había sido en un tiempo la pregunta sin respuesta que en todos los tamaños de letras, en los caracteres de todos los alfabetos, en todas las pantallas de cinematógrafo, en todas las lenguas, se veía y se escuchaba de un confín a otro del globo y al que entrecruzaba, en las más arbitrarias direcciones, como una maraña delirante de paralelos y meridianos sin freno, desde las tierras de Francisco José a Madagascar, desde la península de Labrador al Estrecho de Magallanes, desde Ceylán a California, desde Islandia a Indochina.

Pero hasta el presente el mundo no había logrado enterarse de ninguna cosa más, aparte las tres o cuatro escenas, aisladas unas de otras —sin que tampoco se hubiese podido precisar a qué distancia, y esto, lo siempre asombroso: sin aparente conexión entre sí—, que ocurrieron durante una mañana de espléndido sol, fundidas de súbito, empero, por un único relámpago, dentro de la unidad del acto terrorista que había derribado al primer ministro, muerto en un charco de sangre, sobre los adoquines de la calle de Alcalá. Escenas que, sin su creador, sin el asesino (a quien nadie logró ver), resultaban irreales en absoluto. El carruaje del primer ministro que se desliza rodeado por la guardia de grandes penachos. Un hombre, impasible sobre su motocicleta, con la cabeza dentro de una gorra de orejeras cerrada bajo la barba, que mira sin pupilas, con lentitud impersonal y obstinada, desde atrás de sus gafas de aviador. El carruaje que se aproxima, y, luego, la sequedad de unos tiros sin origen, el desorden de guardias y de gente, y el piafar de los caballos, los ojos que se le salen de las órbitas. El hombre de la motocicleta después zigzaguea por las calles a toda velocidad, sin que apenas alguien lo relacione con el atentado: más tarde aparecerán las gentes que se encuentran ex profeso en los sitios donde suceden cosas notables, para mirar lo inesperado cuando ya pasó, y que constituyen, sin variación, los obligados testigos de la conjetura: traperos que toparon con tal o cual cosa relacionada con los hechos, alguna vieja medio ciega con la que, de paso, el propio criminal tuvo algunas palabras. Etcétera. La última de estas escenas —de las que el público no se hacía sino vagas suposiciones— ocurriría en una pequeña llanura distante, donde el hombre de la motocicleta abandona su vehículo junto a un aeroplano. Pone en marcha el aparato, lo aborda y luego eleva la máquina aérea hasta desaparecer con ella en la lejanía del horizonte.

¿*Quién mató a D?*

Ólenka se apretaba, temblorosa, contra el cuerpo de Olegario.

—Era imposible que el representante de la Comisión Central de Control echara por la borda la defensa que de mí hacía un veterano revolucionario internacional como el *camarada Rubén* —Olegario la estrechó más contra sí, sombrío.

—¡Quién sabe...! —murmuró roncamente—. ¡Quién sabe si no haya sido por eso..., sino porque quieran dejar que, con actitudes como la de hoy, sea el mismo camarada Rubén quien siga engrasando por su propia cuenta la soga con que habrán de ahorcarlo...! —hizo una pausa, para añadir luego: —El

representante de la Comisión Central de Control tuvo buen cuidado de anotar en qué sentido el camarada Rubén omitía mencionar el nombre de Stalin cuando habló del gran partido de Marx, Engels y Lenin...

Aún quedaban cuatro años de distancia por delante para que se llamara Eladio Pintos; por entonces, en los medios de la Comintern sólo se le conocía como el camarada Rubén. Aquel avión piloteado por el hombre de la motocicleta había recorrido Europa de punta a punta para descender en territorio de la URSS, donde Eladio Pintos (el hombre de la motocicleta) se acogió al asilo político que el país del proletariado ofrecía sin condiciones a los revolucionarios del mundo entero. En poco tiempo, convencido, Eladio dejó de ser anarquista.

Eladio Pintos bajó de la guillotina para mostrar a los demás, en el plano de la ciudad, extendido sobre la más próxima mesa de formación, el funcionamiento de las diversas unidades operativas de la huelga. Todos rodearon la mesa, inclinados hacia el plano, para escuchar las indicaciones de Eladio Pintos con expresión salvaje, cada quien como si las engullera vorazmente, con violencia y desconsideración de hambriento, y que su memoria no pudiera traicionar uno solo de los detalles, pues nadie debía llevar encima ninguna clase de apuntes. La actividad de las brigadas de autodefensa estaba dividida por zonas, barrios y manzanas —explicaba Eladio—, conforme a dos criterios tácticos de diferente nivel, según el desarrollo lógico que tendría mañana el combate con los fascistas: el primero, en relación con los nidos del enemigo, o sea, de los puntos probables, o ya establecidos con certeza, de donde los fascistas comenzarían a echarse a la calle. Esta fase táctica estaba comprendida a nivel de la actividad por manzana y barrio. Objetivo: impedir a los fascistas la salida a la calle, aplastarlos individualmente desde un principio en breves luchas sorpresivas, sobre la base de la unidad móvil de tres o cinco camaradas. El segundo criterio táctico funcionaba a nivel de la lucha por zona, en relación con la afluencia de los fascistas en grupos o columnas organizados. Objetivo: desarticular a los fascistas sobre la base de la acción múltiple y combinada de las más diversas unidades según el caso: brigadas de choque; «tanquistas» (unidades de choferes que se lanzarían con sus vehículos sobre las columnas); «electricistas» (para cortar los cables de alta tensión y lanzarlos, sin quitarles la corriente, sobre los grupos de fascistas) y otros grupos operativos de diferente índole. Por último, Eladio Pintos señalaba en el plano los puntos donde necesariamente la lucha sería más encarnizada, en virtud del objetivo estratégico del enemigo: desalojar a los huelguistas de la gran plaza del Zócalo. Se habló aún de la actividad de los enlaces, a cargo de un escuadrón de ciclistas de la Juventud Comunista, y los camaradas se despidieron, pues ya se había previsto y acordado lo más importante.

Olegario pensó en Jacobo: ahora mismo, a su casa, pues de lo contrario iba a ser muy difícil que se presentara una nueva coyuntura en el curso de la noche para visitarlo. Tendió la mano hacia Eladio, pero éste le contuvo.

—Quiero hablarte de algo —lo sujetó con delicadeza de la manga—; no te retendré mucho tiempo.

A Olegario le gustaba quedarse, claro está. Charlar un poco con el viejo «camarada Rubén». Lo juzgó por unos segundos con enorme ternura, doliéndose de que las circunstancias le impidieron manifestarse con plena efusividad. Ahí estaban el linotipista, el jefe del taller, los prensistas, que en estos momentos aceitaban la máquina por debajo (y ahora caía en el por qué del reflector eléctrico a la orilla del foso): nadie debía saber que Eladio y él eran amigos de otros tiempos; no era cosa de arriesgar la identidad de Eladio a que fuese descubierta por cualquier estupidez, como ocurre siempre en tales casos. Ningún sabueso policiaco del mundo —y los de México no tendrían por qué no estar conjurados en la misma vendetta internacional— vacilaría un instante en hacer a tiros un cedazo del cuerpo de

Eladio Pintos, de enterarse que era el famosísimo asesino de *D*, que se había burlado de todas las policías de Europa y aún se daba el lujo de seguir viviendo en algún punto de la tierra. Esto ya estaba por encima de la política misma, era una cuestión del espíritu de gremio, algo de lo que los esbirros considerarían la dignidad de su oficio.

Eladio Pintos permanecía en silencio, con una enigmática sonrisita burlona en los labios.

—Te invito a cometer una indisciplina —dijo por fin. Continuaba mirándolo con una chispa de burla a través de la ternura de sus ojos grises—. Mañana, entre siete y media y ocho y media de la mañana, asaltaré con un grupo el cuartel general de los fascistas —de modo inesperado, sus ojos adoptaron un aire soñador, nostálgico, que era la forma acariciante que tenían de expresar su compasión hacia las gentes, las cosas o las situaciones—. Entre siete y media y ocho y media —repitió—, o sea, treinta minutos antes de las nueve, que es la hora en que citaste aquí a la fracción clandestina de la huelga. Si sales bien librado, si no te hieren o te matan, todavía tendrás tiempo de afeitarte antes de venir a la cita, y no faltar a las tareas que te encomendó el partido. Nadie se imaginará que anduviste mezclado en asuntos que no te corresponden. Tu honor de militante quedará a salvo.

Volvía a ponerse irónico, con un diablo. Su proposición ocultaba un trasfondo muy sutil, una inaprehensible segunda intención que a Olegario se le escapaba.

—¡Acepto! —exclamó por ello mismo sin la menor vacilación.

Eladio Pintos se puso a dar unos pasos encima de la viruta de desperdicios de papel de que el piso estaba lleno en las proximidades de la guillotina. Llevaba las manos a la espalda y tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, reflexivo.

—No; no te pasará nada en el asalto, y el partido ignorará siempre que participaste en una acción para la que no estabas designado por nadie, pero a la que yo te invité fraternal y generosamente por mis propias pistolas —había levantado el rostro para mirar a Olegario con un extraño cinismo amable, lleno de satisfacción y de malicia. Apuntó con el índice en movimiento—. Ni tampoco a mí me pasará nada, nada —Olegario casi ya no soportaba la incomodidad que le producían las confusas implicaciones contenidas en aquellas palabras: su instinto percibía algo muy grave pero que, sin duda, Eladio esperaba que él mismo dedujese de su actitud, sin necesidad de obligarlo a caer en una explicación que debía estar erizada de incomodidades.

—¿Por qué me invitaste a participar precisamente a mí? —preguntó anhelante, en espera de móviles más claros. Eladio hizo un movimiento de cabeza hacia atrás, en dirección del linotipista.

—También va él —dijo sin responder a la pregunta de Olegario, pero como si esto fuese la respuesta indicada. Olegario se daba cuenta de un modo físico, sensorial, que se había enajenado a una fuerza invisible dentro de cuyo círculo ya era él un elemento del que no se podría prescindir. Lo experimentaba sobre la piel, como cuando se adormece una pierna: una piel gruesa y sin tacto, que no era suya.

—Te veías con mucha prisa hace un momento —comentó Eladio Pintos—. ¿Es del todo impostergable lo que tienes que hacer ahora?

Olegario se encogió de hombros sin voluntad para resistirse.

—Puede esperar...

—Vayamos entonces a cualquier parte donde tomemos café...

Habían entrado en un mugroso y sórdido restaurante de chinos; Eladio Pintos se incrustó en el rincón del reservado, frente a Olegario, mesa de por medio.

Durante el trayecto de la imprenta al café advirtieron que, de modo tácito, habían prescindido de dirigirse una solapalabra. Esto era un alivio y un asentimiento mutuos, una forma de hermanarse y

sentirse solidarios; su silencio no venía a ser sino, otra vez, el lenguaje de las ideas y sensaciones intensamente vividas por los dos al unísono, en el Moscú de los procesos y que se expresaba precisamente en el callar. El silencio había sido una señal entre quienes callaban; la protesta mínima, el apretón de manos invisible y la invitación a sufrir cada uno solo, atendido a los propios recursos de su espíritu, consciente en todo caso que en su derredor existía ese corro inmenso de las manos enlazadas de otros comunistas, en espera de que las vidas y los sufrimientos de todos llegasen a pesar algún día en una forma tan poderosa sobre la historia, que ese silencio sería roto y la lucha por el comunismo recobraría su juventud y su pureza, desenajenada para siempre de los siniestros obispos y sacerdotes de corazón inmóvil, que al pretender alimentarla y preservarla, sólo arrojaban sobre ella el dogmático soplo de su helado aliento de cadáveres. Pensó Olegario que estaba en lo cierto respecto a sus conjeturas: Eladio Pintos había sido abandonado a los perros —solitario, en las tinieblas, sin la protección del partido— como quien arroja a un ciego en un nido de víboras. Ambos estaban seguros de haberse adivinado mutuamente el pensamiento y ahora podía hablar y llamar a las cosas por su nombre.

En las grises pupilas color azul perla de Eladio se traslucía el tembloroso reflejo de una tristeza enorme, cansada, como si el hombre estuviese a punto de rendir su voluntad, de abandonarse sin lucha.

—¿A dónde iremos a parar? —preguntó impersonalmente, con un dejo de amargura, pero en seguida rechazó la idea con el ademán de quien aparta un insecto. Resopló de pronto como si con esto arrojara un lastre y sus pupilas se animaron—. Bien; me preguntabas por qué te elegí a ti para acompañarme en el asalto. Era una pregunta clave: me di cuenta de que adivinabas algo. No; yo no te elegí: tú te apareciste, tú te presentaste, eras mi hombre, una casualidad afortunada. La cosa fue así: el linotipista. Se me aproxima antes de que los demás lleguen, yo fui el primero, y me dice que por instrucciones directas de la dirección debe ser incorporado al grupo del asalto; que para eso vino, para comunicármelo. No podía dudarle: la operación era un asunto exclusivo entre el secretariado y yo; sin que el secretariado se lo hubiese dicho, él no podía saber nada. Me limité a decirle que aceptaba y le indiqué el punto de la cita, ¡a propósito! —se interrumpió con un ademán nervioso y repentino—, toma nota dentro de tu cabeza: seis y media de la mañana en la tienda de antigüedades de Samuel Morfín. Listo. «¡El linotipista!», pensé, «este hombre...». Me conmovía hasta lo más hondo mirarlo, una ternura, un cariño, una compasión inmensa. Si tú sabes que un camarada tiene el deber de matarte, porque así se lo dice su conciencia de hombre honrado que vive y arde en la pasión de sus ideas, puesto que tú, ante él, no eres sino un traidor repugnante, de acuerdo con lo que le ha dicho la dirección del partido, lo sientes así: un amor triste por él, una terrible simpatía por su sufrimiento, por su devoción. Sientes una pena. Y luego, más adelante, cuando pase el tiempo, piensas, ¡el pobre camarada éste!, el infierno en que se convertirá su alma cuando sepa que cometió una injusticia monstruosa, un crimen del que no podrá librarse jamás.

Eladio de pronto se soltó a reír con una risa brusca, llena de un sordo y misterioso enojo, dirigida contra algo inaprehensible y amargo.

—¡Hombre... hombre... hombre...! —exclamó en seguida con una voz ahogada para volverse luego, sarcástico, hacia Olegario—. Con esas palabras murió *tu* emperador cuando lo fusilaron en Querétaro, ¿no? —dijo en falsa broma—. ¡Qué invocación extraña y cuánta soledad denota...! Pero... ¡en fin...! —concluyó sin terminar la frase.

Olegario se sentía como un bloque de hielo, enfermo, con náuseas. ¡Cómo! ¿Podría ser posible aquello? ¿Ellos —es decir, sus propios camaradas— tomaban a su cargo la liquidación *física* de Eladio Pintos..., sin siquiera dejarle esa «tarea» al enemigo...?

—En mi caso hay una variante, ¿sabes? —explicó Eladio—. No les basta con la técnica de abandonarme, solo y sin defensa ante la policía. En Moscú extendieron mi traslado al partido de México en la condición de un simple militante. Esto quería decir que yo estaba obligado a cumplir aquí toda clase de tareas que me fueran impuestas, por mucho que con ello me colocaran ante los gendarmes como metido en un escaparate, tan visible como eso, una jaula para monos. Las cosas, sin embargo, empeoraron cuando llegué a México hace unas semanas. Aquí ya tenían un mensaje de la Comintern en el que, simplemente, se informaba que yo había sido expulsado del partido desde que estuve allá, en Moscú: lo del mensaje no me lo dijeron oficialmente, se comprende; lo supe por alguien que tuvo el cuidado de ponerme en guardia. Bien, si lo quieres saber: Ismael Cabrera. Una notoria falsedad, lo de la expulsión, por supuesto: no he sido expulsado del partido en momento alguno. ¿Te das cuenta? Me convierten en algo aún por debajo de un comunista internacional degradado. ¿Quién puede decir que no sea yo, entonces, un agente provocador? No, no lo dicen... No me acusan de ello: simplemente lo dan a entender... Ahora: viene la operación del asalto y asignan al grupo un compañero no seleccionado por mí. Bien; desde luego que habrá tiros entre nosotros y los fascistas, pero me temo que uno de esos tiros, que no vendrá de los fascistas, tenga el capricho de querer alojarse en mi cabeza —sonrió al mismo tiempo que enrojecía— para que ésta, como decía Engels, «deje de pensar». El camarada linotipista tiene ese rostro frío y ardiente, de santo, que indica las condiciones de espíritu que permiten a un hombre llevar a cabo misiones de tal naturaleza... Al principio me sentí un tanto inquieto; pero me tranquilicé en seguida en cuanto apareciste en la imprenta, cosa en la que no se me hubiera ocurrido pensar ni por un instante. «Éste es el hombre», me dije. Pensé que harías una buena pareja con el camarada linotipista durante el asalto, e impedirías cualquier cosa desagradable. ¿Entendido? Seis y media de la mañana en la tienda de antigüedades de Samuel Morfín. En punto.

Hizo un movimiento como para salir, pero Olegario se interpuso con un ademán.

—Si no tienes otra cosa más importante, iríamos a visitar a Jacobo, un camarada. Tengo una cita con él esta misma noche. Parece que anda metido en algún problema con la dirección del partido.

Eladio se soltó a reír otra vez con una especie de ira y sacudiéndose de un modo convulso, como si tosiera.

—¿Jacobo Ponce? —se encogió de hombros en actitud desalentada—. Conozco el asunto, me lo han contado. No; ya no *parece* que ande metido en un lío con la dirección del partido: a estas horas habrá sido expulsado. Había hoy una reunión para eso —pareció meditar unos instantes y luego tuvo una transición, cual si se ocupara de algún asunto distante y ajeno—. Bueno. Iremos a casa de Jacobo... si no resulto inoportuno. Por lo pronto no tengo nada más importante que hacer...

XVIII. El prestamista

Elena escuchó el ruido, preciso y geométrico, del botón de la luz, al que don Victorino habría dado vuelta por fin, Dios bendito. Tardó tanto. ¿Haciendo qué? Era un viejo especialmente inmóvil. Nada, claro está. Un viejo marmota, una bestial porción de carne gigantesca arrojada, varada por el mar en la arena, una masa sin forma conocida, apenas con ojos y cabeza —más o menos, era de suponerse— que respiraba como con ventiladeros rotos por todas partes (debía entrarle y salirle el aire por las orejas también). *Elena* lo odiaba hasta querer morderlo, un odio con grasa, el odio que se ha de sentir después de morder el cuerpo helado y desnudo de un cerdo de carnicería, de esos que quedan vivos, abiertos en canal: la resurrección de la carne, la refrigeración de Cristo. Tardó tanto el infeliz en apagar la luz, y el enano empapado en sudor desde los ojos, como entre pañales, esponjas de orines fríos en las axilas, entre los muslos, llorando de miedo, temblando, llorando orines helados, mierda, un pánico como no lo había sentido jamás. Sin hacer nada desde que cerró la puerta cuando se fue *el otro*: un viejo cerdo, muerto en quién sabe qué parte del mundo donde los matanceros no le habrían podido arrancar toda la respiración y quedaban ahí esas partes, esos sangrientos pedazos de ruido viscoso. «Lo conveniente será que no salgas para nada ni le abras a nadie. Yo vendré a traerte noticias cada vez que pueda.» *El otro* había dicho estas palabras al despedirse y luego don Victorino cerró la puerta para entrar después en el silencio largo que precedió al ruido del botón de la luz, el silencio más largo de que *Elena* tenía memoria. Las tinieblas y el oído, el silencio y las tinieblas, sin que pudiera saberse si el maldito prestamista se habría largado a sus habitaciones, pues ya desde antes sus pasos eran inaudibles, que hasta *Elena* llegó a pensar (en uno de los peores momentos de silencio, cuando el silencio se había vuelto lo único) si acaso no habría llegado el instante de salir del veliz. Pero el viejo, después de este inmenso transcurrir de la nada, empezó a respirar (en otro punto, muy lejos de la puerta donde se había quedado su último ruido, igual que si hubiese dado un salto lentísimo sobre un espacio vacío) con el aire que le salía por las orejas, y aquello era su presencia verdadera e inexorable de todos modos. Lo horrible estaba en la duración indefinida del resuello —sin esperanzas de que se largara—, porque entonces don Victorino desaparecía sin dejar de estar ahí, sin que se tuviese la menor certidumbre de lo que era, animal, máquina, demonio: un simple ruido a cambio de la respiración anterior, casi humana; otro ruido que no importaba —hasta un ruido tan abstracto que muy bien podía provenir de la calle.

El botón de la luz fue un verdadero alivio. Se iba, pues, el muy perro. Ahora sí eran sus pasos, unos pasos neumáticos, de viejas pantuflas acostumbradas a su peso, lubricadas por un rumor muy semejante a la propia forma de respirar de don Victorino cuando parecía que arrojaba el aire por la boca, el labio sujeto entre los dientes: pasos de saliva. Se apagaban, se dejaban absorber por las tinieblas afelpadas y esto convertía al silencio en una restitución de la libertad, el silencio propio recobrado que se dejaría construir por *Elena*, ordenar, acariciar con la más suave dejadez y el abandono más puro. *Elena* sintió que entrecerraba los párpados, una oscuridad encima de la otra, dentro de las tinieblas del veliz, gracias a este silencio nuevo donde por su propia voluntad podría esperar cuanto quisiera, distender los músculos, descansar del miedo, beber un trago, pues ya don Victorino no estaba ahí. Inclino la botella todo cuanto pudo dentro de su boca: lo último. Tinieblas y silencio. El aguardiente había resbalado hasta el fondo de esta pequeña noche local y orgánica, del mismo modo que en el infinito. Pensó en Mario Cobián. «A mí me lo debe todo, el cabrón. No lo voy a dejar que me haga una jugada. Conmigo no. Si no corta a La Luque, me les pego a fuerza; me tendrán toda la vida pegado a ellos, hasta en la cama, entre sus mismas piernas. Ya lo saben. Conmigo no. Me les pego hasta que se mueran.» Igual que con

Jovita Layton. Terminaron por convertirse en una unidad los tres, Jovita lo había querido. Las cosas iban bien entonces.

El asunto fue así, más o menos. El Muñeco estaba de espectador en el serpentario por invitación de *Elena*, mientras terminaba el espectáculo, para irse juntos después por ahí, a contarse lo que habría pasado con cada uno de ellos durante sus dos o tres años de separación. En ese tiempo El Muñeco andaba rodando por cualquier parte, sin propósitos, aburrido.

Jovita lo había visto entre los espectadores.

—Consíguemelo, Suavecito —le pidió suplicante, en el cobertizo que le servía de vestidor, mientras *Elena*, sobre una silla, la ayudaba a ajustarse la malla.

Por aquel tiempo —o por lo menos en el ambiente de las ferias, de los comediantes de carpa, payasos, tragafuegos, tahúres— se le conocía por El Suavecito, no por *Elena*: *Elena*, perversa invención de Mario. El Suavecito. Sería por su deslizarse sin ruido y por su voz de aquel entonces, musgosa y suave. El Muñeco fue el que concibió más tarde el número de hipnotismo, perfecto y cruel como el propio Mario, y tan falso. Por entonces *Elena* se limitaba a cuidar de los animales, aprovisionarlos de agua, alimentarlos. Inyectaba a Teósofa, antes de las funciones, una modesta dosis de morfina, en un rincón del paladar. La enorme boa constrictor abría las fauces por sí misma, con una complacencia acariciante, mientras lanzaba un largo vaho, acompañado de un rumor interno, gutural, parecido al de las cantantes cuando se irrigan la garganta con el pulverizador. Teósofa —cerca de veinte centímetros de diámetro— era el único reptil de peligro si no se neutralizaba de algún modo su fuerza, pues Jovita aparecía con ella ceñida al cuerpo, en torno de la cintura, en el mejor de los números del programa (antes del que representara *Elena* hipnotizado por Mario Cobián), número que se anunciaba con el nombre de Circe: *Circe la Encantadora*. En aquellos tiempos marchaban las cosas bien, suspiró. Pero hoy no dejaría que Mario Cobián le sacara ventaja de ninguna especie. El Suavecito no iba a dejarse tomar el pelo. Se decidió a realizar la primera parte del robo. Había llegado el instante de actuar: y se trataba de él, de *Elena*. Era su momento.

Las muescas de la cerradura del veliz saltaron obedientes a la presión de la hoja de la navaja española. *Elena* levantó la tapa y una cortina diagonal de luz pareció rebanarle los ojos al irrumpir dentro del veliz.

¿Luz? ¿Aquel ruido, entonces, no había sido el que produjo el botón al apagar la luz don Victorino? Se aventuró fuera del veliz con movimientos rápidos y alertas, para quedar, inmóvil y helado de angustia, en lo alto de una pila de periódicos. Ahí estaba una presencia aterradora. Era el mismo ruido; era el vaho, era el ronroneo de Teósofa que ocupaba el despacho entero: don Victorino, que retrocedía de espaldas, los ojos desmesurados, las mandíbulas paralizadas, abiertas como un cepo, con el mismo estertor de la boa, largo y afónico, que se desarticulaba en su garganta, sin que pudiera gritar. Don Victorino que no comprendía nada, que se había vuelto loco de pánico ante el hecho atroz, inconcebible, de que un enano hubiese salido de pronto del veliz.

El advenimiento de este instante había comenzado a madurar desde que Nazario le comunicó que en su propio negocio, dentro de su casa, junto a él, acechaba, esperaba, medraba un agente comunista: Olegario Chávez.

Don Victorino sabía que este momento era inevitable y que su culminación se aceleraría en la forma más precipitada y sin control, en cuanto Nazario anunciara que se iba: aquí era donde don Victorino no

estaba seguro de que algo —a no ser un factor fortuito y milagroso— pudiese impedirle caer de rodillas a los pies de Nazario para suplicarle que no lo abandonara. Se preguntó si esto era miedo y su respuesta fue afirmativa: pero un miedo que no le pertenecía, un miedo que no era únicamente suyo, sino que representaba una forma de defensa de todos ellos, de todos los de su especie y de lo que significaban en la vida, por intermedio de don Victorino que, de tal modo, asumía ese miedo menos que como algo humillante y desgraciado, como la dignidad trágica que le era impuesta por un destino de cualquier manera grandioso. Había llegado, pues, el momento de decirle: «No puedes marcharte, quédate. No puedes dejarme solo. Ahora lo demás no importa; que esperen todos. La lucha decisiva no se librará mañana en las calles: se comienza a librar aquí desde hoy; aquí se libra la lucha sustancial en que yo soy el universo de todos, quien los representa y quien, incluso, está dispuesto a morir. Por eso tengo miedo; un miedo espantoso, pero que no significa obstáculo alguno para que yo no me decida a perder la vida o a convertirme en un terrorista militante si llega a ser preciso. Se trata de un miedo nuestro; es nuestro miedo que nos defiende e inyecta una nueva sangre en las venas para que libremos la última batalla. Quédate para que te lo explique. Junto a la comprensión de esto, lo demás no vale nada; lo demás es puro ruido, desfiles y cachiporras. Quédate». (Y en este punto, inevitablemente, se arrodillaría. Se arrodillaría, en fin, con orgullo. Ya no importaba.)

Nazario Villegas se volvió hacia él con un rostro que ahora mostraba una expresión severa —no porque advirtiese nada raro en don Victorino, sino por lo que presentía en general para las próximas horas—, rostro en el que se transparentaba una determinación cruel y combativa, un hombre por completo diferente al Nazario Villegas habitual —o mejor, más en consonancia con el verdadero.

—Lo conveniente será que no salgas para nada ni le abras a nadie. Yo vendré *en persona* —estas palabras, *en persona*, escaparon a los oídos de *Elena* desde el interior del veliz— a traerte noticias cada vez que pueda.

Si se había sentido capaz de arrodillarse ante Nazario —pensaba don Victorino, precisamente a causa de la secreta generosidad de su impulso, sin temor de que lo interpretara como una actitud abyecta—, era para que un gesto de tan desesperada elocuencia lo hiciese comprender, de golpe, el carácter en que él, don Victorino, apreciaba la situación, no tan sólo respecto a su propia persona, sino, sobre todo, por cuanto a que en esa persona —en su destino concreto e individual— se condensaban la lógica, la razón, la justicia —y también las tribulaciones y la impiedad— de la causa por la que ambos luchaban, condensación cuyo descubrimiento (apenas diez minutos antes, cuando comenzara don Victorino a medir la magnitud de la amenaza que representaba Olegario Chávez a su lado como espía comunista) era una especie de patrimonio común, de espantosa responsabilidad común, que debiera comprenderse y compartirse por los dos en todo lo nuevo, radical y desusado que demandaría de sus vidas. Esta noche, entre todas, no quería permanecer solo en su casa: era la noche de la decisión, inmensa y desproporcionada para pesar solamente sobre don Victorino, aunque nadie sino él hubiera sido el único instrumento, en medio del misterioso proceder de las cosas, los hechos y las destinaciones últimos de la vida humana, para encarnar, con el derrotero que de ahí en adelante pudiera tomar su existencia, la razón profunda, pero también inmisericorde, de la gran causa anticomunista. A cambio del sacrificio en que se victimaría —pese a no saber aún en qué sentido concreto—, sólo reclamaba un testigo que lo escuchara razonar y decidir. Que en esta terrible noche no se le dejara a solas con sus pensamientos, porque también su decisión —y tembló hasta lo más hondo— podría ser la del suicidio.

Estaban en el umbral de la puerta del despacho, un segundo antes de estrecharse las manos para despedirse. Pero no; Nazario Villegas no lo entendería de manera alguna: los rasgos de acero de su

rostro, los ojos verdes, ahora de mirar afilado, inaccesible a cualquier matiz que no fuese la tensión ensimismada de los requerimientos inmediatos, indicaban las circunstancias de ánimo exactas para que la atormentadora inquietud de don Victorino no fuese considerada sino con extrañeza, incomodidad, desprecio y lástima, como la más ridícula histeria senil.

Don Victorino desistió súbitamente con algo como un desfallecimiento. Su mano sudorosa se echó a temblar, suelta y abandonada, al despedirse. Luego, en tanto afianzaba la cerradura, escuchó al otro lado de la puerta el golpear acompasado y descendente de los zapatos militares sobre las baldosas, mientras Nazario Villegas se perdería a lo lejos en la noche de la ciudad. Tal vez en estos momentos sus destinos se separaban para siempre. Estaba solo. Se dispuso concentrar en su alma toda la valentía y la rabia de su vida para vencer. Él había sido siempre un vencedor.

Se había echado a meditar encima de un montón de costales vacíos, un poco atrás del escritorio, los pies descalzos para que descansaran de la hinchazón, no por completo horizontal, sino la espalda erguida hacia adelante unos grados, según la irregularidad con que los costales estaban dispuestos, enervado por la sensación física de ese destino común que en él se expresaba sin haberlo buscado, y que, por ello mismo, constituía la comprobación de que él era —como siempre lo había pensado— el prototipo de los suyos, el ser superior, el señalado, el elegido, el mesías de los de su casta. Los comunistas lo habían señalado a él y no a ningún otro, en la misma forma en que Judas escogió a Jesús; en la misma forma en que Judas estaba destinado a Jesús, inevitablemente, para atestiguarlo. Ambos habían quedado así enlazados y sentenciados desde un principio por el mismo destino y el mismo miedo, el miedo que sobrecoge a los que se saben de cierto poseedores de la verdad: de cada uno de los dos lados de la verdad. Ante todo, esto era Olegario para don Victorino: la presencia en que se contemplaba, la esperada e inexorable justificación de su vida, de su historia, de su forma de ser como había sido y de la razón de aquella violencia vital, sobrehumana e impiadosa, que puso para serlo a despecho de la mediocridad, de la mezquindad y del odio en medio de los cuales tuvo siempre que vivir, solitario, fuerte y desdeñoso.

Analizaba, atento y apasionado, lo que era Olegario Chávez, con la meticulosidad que un investigador científico pondría en el examen del virus de una peste contra la cual es preciso dar la batalla mediante el uso más completo y concentrado de la inteligencia entera, dispuesta a su grado máximo de tensión, pero también con algo que lo seducía, que casi era igual a una suave embriaguez.

Debió darse cuenta desde un principio de que Olegario Chávez desempeñaba junto a él, desde el punto de vista de los planes comunistas, un papel de trascendencia muy especial —acaso proyecciones incalculables, eso era necesario examinarlo más adelante—, en virtud de los numerosos factores que en este hombre indicaban todo lo contrario a un espía o provocador vulgar. Ni su conducta, ni los rasgos fundamentales de su carácter, tenían la menor doblez: era franco, recto hasta el descaró y la grosería, si se quiere, pero de ningún modo doble, de ningún modo un tipo que jugara con las cartas marcadas. Su táctica de lucha abierta, franca, frontal, traslucía por ello mismo la perspectiva hartó singular de sus propósitos. Su juego podía ser infinitamente complicado y su misión, de tan inaprehensible sutileza, algo mucho más ambicioso de lo que, ante un caso menos excepcional, podrían proponerse los comunistas.

Existía un detalle inquietante: las intenciones de Olegario parecían contar siempre (a causa de una suerte de afinidad misteriosa) con una actitud receptiva y complementaria del propio don Victorino, con

una reacción adecuada y voluntariamente propicia, como si fuesen intenciones comunes en las que estarían interesados los dos en igual medida, por más que esto pudiera parecer absurdo. Y en efecto, la misma presencia de Olegario, sus palabras, algunos de sus juicios tajantes y cínicos, reconfortaban a don Victorino de un modo extraño, lo hacían sentirse develado, definido ante sí mismo, como si su propio ser le hubiera sido devuelto y lo poseyera más y mejor después de esto.

Recordaba, en tal sentido, un curioso diálogo. Olegario había concluido de mostrarle los libros de contabilidad: cifras, gastos, ingresos, beneficios. Un pequeño cosmos palpitante, lleno de vida interior, dinero que fluía, fuerza, victoria. El rostro de Olegario parecía comprender aquel sentido inaparente y secreto de las cifras, en idéntica forma que don Victorino, apenas con una leve —y quién sabe por qué, tonificante— sonrisa de sarcasmo.

—¿Encuentra algún placer en esto, don Victorino? —acaso Olegario bromeaba. ¿Placer en qué? Pero Olegario no bromeaba. Más aún: parecía considerar la cuestión muy en serio; la sonrisa sarcástica había desaparecido y la expresión de su rostro era más bien de ansiedad, a punto —si no fuese exagerar un poco, pensó don Victorino— de volverse atormentada. Olegario subrayó: —Placer en estas cosas; en lo que esconden estas cifras: ese mundo, gentes que desaparecen en la ruina, súplicas y esperanzas sin eco. Todo en medio del vacío: nada humano, nada débil. La victoria. Números que vencen a otros números. Quién sabe. Tal vez encuentre usted algún placer en la creación y manejo de todo esto. Me gustaría comprenderlo. No sabe hasta qué punto me gustaría.

En aquella ocasión don Victorino apenas percibía la tendencia implícita en la actitud de Olegario, si bien con un instinto que lo aproximaba mucho a su entendimiento. Se había dicho: ¿por qué quiere comprender eso Olegario? ¿Si experimento algún placer? No; no es eso lo que quiere saber exactamente; no son las reacciones de mi sensibilidad las que le importan. Lo único que quiere es precisar si acaso yo puedo pertenecer a otra estirpe humana.

Hoy el asunto no ofrecía la menor duda. En efecto, lo que buscaba obtener Olegario era algo más simple y más rotundo a la vez: tan sólo comprobar, ratificar, aquello de que habría estado siempre seguro, no la posibilidad de que don Victorino perteneciera a otra especie, sino la convicción de que no pertenecía a la especie humana.

Al recordar esto experimentaba una subyugadora sensación abismal.

—¿Placer? —replicó, mientras se imaginaba a sí mismo, al fruncir el entrecejo, con una repentina sombra de nostalgia que le habría cubierto la frente—. Tiene usted razón, Olegario. Ninguno. Mi actividad, en conjunto, no me reporta el más insignificante placer.

El recuerdo de las palabras de Olegario que siguieron a las suyas le producía, en estos minutos de reflexión y de análisis, una excitación extraordinaria, a causa de la sobresaltada avidez con que penetraba, del modo más lúcido que jamás hubiese creído, en su significado y en sus consecuencias.

—Es lógico —había dicho Olegario—; lo comprendo a usted como no se lo puede imaginar. Su desinterés es absoluto —hubo algo en él semejante a un intento de sonrisa despectiva; pero no, era un repliegue doloroso de los labios—. En cierto sentido —había continuado—, usted es un ser impersonal. Su razón de existir no radica en el goce primitivo y rudimentario de obtener ganancias y acumular dinero. Su razón esencial de ser es un profundo, ardiente y apasionado desprecio por los hombres y por todo lo que sea humano.

¡Eso mismo, Dios omnipotente y eterno! Don Victorino resoplaba, convulso, con una respiración potente y espesa. (El mismo fuelle zoológico que *Elena* escuchaba desde el interior del veliz.) Olegario Chávez había acertado hasta el fondo. «¡Un profundo, ardiente y apasionado desprecio por los

hombres!» Nada más cierto ni más justo, aunque Olegario lo dijese desde el otro lado de la ecuación: la tabla de valores diferente dentro de la que consideraba a los hombres y a lo humano.

En el despreciar a los hombres con ardor y apasionamiento para don Victorino radicaba lo único que podía considerarse grande y digno. Lo humano no representaba sino las multitudes que nunca habían dejado de ser nómadas y que continuaban recorriendo la historia, desde los tiempos más distantes hasta la edad contemporánea, como esclavos, como carne de cañón, como una masa infinita de piojos cuyo único destino no podría ser otro sino el de que se les aplastara, de la misma manera —apenas sin variantes a lo largo del tiempo— en que siempre se les había aplastado desde los faraones egipcios hasta la más reciente guerra. Los hombres verdaderos, en última instancia los que aplastaban a los piojos, los que ejercían ese derecho soberano y enaltecedor, habían sido siempre una minoría en cada sociedad, en cada época y a través de la historia: monstruos maravillosos y potentes, de distintas magnitudes entre sí, pero en fin, una minoría hermética, exclusiva y soberbia. La única contingencia en que se podía descubrir lo humano en su condición pura era el poder, porque ahí encontraban los hombres su desemejanza, su inidentidad con los demás, su no pertenencia a la especie, su afirmación como la única fuerza real, que ejercía el poder en contra de esa humanidad que sólo existe como naturaleza anonimizada, desindividualizada. El punto de partida de todas las aberraciones y malentendidos —religiosos, sociales y demás— respecto a los hombres, era el haberlos considerado semejantes entre sí.

Olegario, el comunista, había descubierto, pues, que él, don Victorino, era el representante acabado y perfecto de una desemejanza esencial, a la que consideraría también —era lógico— perversa, potente, aniquiladora, sin escrúpulos, y el juicio ético con que juzgara esta desemejanza venía a ser lo de menos. Lo importante era el descubrimiento mismo, que permitía a don Victorino contemplarse en su propia grandeza con los ojos del *otro*, y junto a ello, por las proporciones de tal grandeza, también deducir el alcance de los planes comunistas respecto a su persona.

No; en ningún caso los comunistas se propondrían matarlo. Este objetivo, por cuanto a él mismo, no les parecería otra cosa que un melodramático lugar común, y por cuanto a Olegario, ni siquiera se podría imaginar que pretendieran rebajarlo a la burda condición de un miserable pistolero, si a todas luces resultaría de una eficacia incomparable en tareas más ambiciosas, más audaces y más profundamente desquiciadoras.

Ahora su respiración se había vuelto ronca, reptante. Temió uno de sus ataques de asma, lo sentía venir. «No me consideran un ser humano porque *ellos* mismos no lo son, aunque siempre tratarán de ignorarlo —se dijo—. En esto radican su fe y su seguridad: seguridad y fe de locos. Para mí la mayor tragedia —lo más espantoso que pudiera imaginar— sería convertirme en esa cosa que de ser humano les queda a ellos, porque tan sólo es una cosa que cree ser humana, pero no lo es. Yo, en cambio, al no engañarme con esa ficción, por este solo hecho soy, me convierto en el ser humano verdadero. Los comunistas más inteligentes han de comprenderlo —respecto a mí o respecto a cualquier otro como yo, eso no importa— y Olegario lo ha comprendido, del modo más exacto, en lo que yo soy tanto para él como para mí. He aquí las causas profundas de la conspiración en contra mía. Pero ¿qué es lo que ellos podrán proponerse en la práctica?»

Comenzó a sentir los principios del ataque de asma. El aire de la respiración se le untaba en la bóveda palatina y le producía un ruido animal, pero como el de una palanca de pozo artesiano. Pensó que resistiría, era importante resistir. En su mente se iba abriendo paso, de vez en vez más clara, una idea cardinal. Un súbito hedor alcohólico hería en esos momentos su olfato en forma muy precisa, pero (claro está, ya estaba en ello, se dijo) tal hedor no era sino el recuerdo del indio borracho al que

golpeará por la tarde.

A menudo le ocurría recordar de modo involuntario el pasado, próximo o distante, en virtud de un aislamiento espontáneo de los sentidos en que éstos, conforme a la naturaleza de su funcionamiento, escogían la cualidad más sustantiva de las cosas o los hechos que por su propio impulso —sin consultárselo, sin su consentimiento— la memoria reclamaba. Era una especie de rescate de sí mismos con el que un determinado acontecer o un acontecer cualquiera se vengaban o complacían de haber acontecido. Le había tocado hoy al olfato ser el que consumara la elección: ese olor acre y miserable de comida sucia, semidigerida, y de aguardiente descompuesto, con que ascendía desde el estómago el aliento del indio canalla. En cierta vez fue el tacto; no, no lo olvidaba, no podía olvidarlo. Al frotar con el dedo medio, por debajo de la mejilla, la parte superior de su encía a fin de prepararla antes de aplicarle la dentadura postiza: una carnosidad suave y tibia, que rodea al dedo, lo humedece, le da una inteligencia subcutánea, salobre, de tejidos y consistencias ya casi vegetales; de inmediato, la imagen de ciertas prácticas que acostumbraba con las mujeres antes de poseerlas, un deleite que, tomado así, lindaba con lo inconcreto.

La idea terminó de redondearse en su mente. El asma lo ahogaba, un erizo roto que no podía salir de su garganta. El plan más diabólico y perverso que nadie pudiera concebir jamás: los comunistas trataban de usurparlo en todo lo que él era desde su raíz misma. Pretendían ocupar su sitio, desplazarlo, no sólo en su persona y en sus bienes, sino en su propio yo, en la propiedad inalienable de lo que era como ser genérico; usurparlo en la realización libre e ilimitada de lo que había sido hasta entonces como propietario de sí mismo y soberano practicante de su propio poder. Usurpación tan apocalíptica como la que sería que un falso papa se adueñara de la Iglesia de Roma y pretendiera regir sus destinos.

Trataba de imaginar cómo podrían llevar a cabo este plan: mejor dicho, cómo lo estarían ejecutando desde hace tiempo, desde que Olegario Chávez entró a su servicio en calidad de tenedor de libros. El ataque de asma se había regularizado, ya casi sin causarle angustia —un gargareo uniforme, familiar—, como ocurre con todos los padecimientos crónicos, que se vuelven pertenencias domésticas del enfermo a las que éste termina por acostumbrarse, hasta con cierto efecto, requiriendo su puntual aparición —en los días y las horas convenidas— e incluso con un asombro contrariado y lleno de reproches cuando las manifestaciones del mal no se producen. Los libros, naturalmente. Ante todo, *ellos* se servirían de los libros: por eso habían asignado la tarea a Olegario Chávez. Los libros de contabilidad eran la clave, el diario de bitácora, los textos esotéricos donde constaba el funcionamiento del imperio de don Victorino, sus resortes desconocidos, su geografía secreta: los elementos de dominio en que se sustentaba, los recursos de que se servía. Estos libros sagrados eran algo más que don Victorino, del mismo modo en que una religión siempre está por encima de sus jerarcas, y así, él, don Victorino, el sacerdote supremo de la religión del poder, sería simplemente suplantado como su intérprete. Acaso los comunistas lo secuestraran para actuar a su nombre; manejarían entonces su negocio sin alterar para nada el funcionamiento de la gigantesca y complicada maquinaria, mientras él sería obligado a firmar documentos, justificaciones, testimonios de su existir. O quizá lo hicieran perder sus facultades mentales de algún modo, sutiles narcóticos, yerbas malignas, zumo de cactus enloquecedores, que le harían aspirar o ingerir en la forma más insospechada o a través de los contactos más inocentes e inimaginables. La figura del indio malvado reapareció en su mente. El indio infeliz no podía ser sino el instrumento de ellos mismos; indio hechicero que vendría a verlo con verbas letales, emboscada su actitud en otras absurdas solicitudes de préstamo para los tipos de tráfico más risibles, como ése de la venta de mosco con que se había presentado hoy por la tarde.

El bullente ruido del asma, detenido entre la garganta y el esófago, le trajo un recuerdo lejano de algo que parecía sepultado para siempre en su memoria. Bien; no todo el ruido sino tan sólo una de sus partes, la más viva y animal, la espiración gimiente, entrecortada, sorda y pastosa, como de perro degollado, con que resoplaba y que le hacía abrir y cerrar las mandíbulas en el vacío, igual que si masticara el aire.

Había estallado un incendio en la casa de enfrente a la de Victorino, quien contemplaba el fuego desde una ventana del piso bajo, con la mirada atónita y aterrorizada de sus doce años. El niño estaba solo y algo lo hizo pensar, con un miedo ilógico y sin relación con el incendio, que las puertas del zaguán de su casa siempre permanecían de par en par, sin cerrarse ni aun de noche, como era costumbre en aquella ciudad del trópico donde Victorino naciera. Las llamas ondulaban en la casa de enfrente y salían por los balcones para volverse al interior de súbito, intermitentes, coléricas y tornar de nuevo a salir rojas con pinceladas negras y el golpear con que sonaban contra el aire, igual que las sacudidas de una lámina tensa, compacta, que arrojara sólidas bocanadas calientes. El pequeño Victorino, quieto y mudo de espanto, contemplaba inconsciente el espectáculo. Dos asombrosas bolas de fuego rodaron en forma extraña desde el balcón de la casa incendiada hacia la calle para quedar inmóviles, durante unos segundos, sobre la acera, separadas entre sí por escasos dos metros de distancia. Pero en seguida las dos bolas se estremecen, chisporroteando, como si fueran a estallar y se deslizan una hacia la otra, impulsadas por una fuerza interna y salvaje que las empuja a ese encuentro mágico, incomprensible, a ese choque de atracción en que la naturaleza junta sus elementos afines. El encuentro se produce y, al mismo tiempo, un alarido de bestias enloquecidas al fundirse los dos cuerpos en uno solo, como si se descubrieran y reconocieran, como si la masa de llamas desasosegadas hubiera adquirido de pronto conciencia, una conciencia infernal, desesperada y aniquiladora. La masa ardiente, en efecto, toma una forma nueva, adquiere una dimensión inesperada, se yergue como un fabuloso animal de dos cuerpos ígneos e inseparables, que aúlla sin cesar en un solo grito largo, tirante, de una única tonalidad uniforme, sin altos ni bajos, un bramido sin la menor nota humana de ninguna especie. Son un hombre y una mujer enlazados, fundidos uno con el otro en ese encuentro en que ahora se ciñen con los brazos y los cuerpos en llamas, sin quererse separar y donde el único lenguaje que les queda es este grito que anula todas las palabras y expresiones para quedar en puro amor y terror. Arden unidos como los mástiles vacilantes de un navío cuyo incendio será devorado por el mar, se mecen sobre las olas en un balanceo ciego y loco, sin rumbo, pero sin separarse, amándose como una bandera terrible y recobrada que tremola por encima del caos y se fustiga a sí misma con sus propios latigazos de lumbre. Mas al parecer no han quedado ciegos. Advierten un refugio, una esperanza, y corren en ese sentido hacia la casa de enfrente cuyo abierto portón es el único escape que les queda. Pero no; sus ojos cocidos por las llamas se han equivocado, han visto mal o ya no ven nada en este mundo hermético y sin habitantes. Las puertas del zaguán se interponen ante ellos como un decreto inmisericorde, una barrera indiferente y ajena. Golpean con la mano indivisa de sus dos cuerpos que han querido continuar así, amarrados por las llamas comunes, claman, aúllan y comprenden: alguien les ha cerrado las puertas de la casa al mirarlos lanzarse en esa dirección en busca de socorro. Ahora se vuelcan en el quicio como una hoguera informe y su aullido se ha vuelto un simple lamento ronco de desengaño y soledad. Al otro lado de la puerta, después de haberla atrancado desde el interior, el pequeño Victorino escucha, atento y tembloroso, este lamento que se irá apagando en bruscas gradaciones descendentes hasta no quedar sino en humo y en cenizas. A través de la gruesa madera que lo separa de los amantes en llamas, a Victorino ese lamento le llega como el estertor de un perro degollado.

Hoy, cerca de sesenta años después, don Victorino hizo estallar un surtidor de saliva por entre sus labios rencorosos que se habían juntado con violencia en una ondulada y amarga línea llena de despecho contra su memoria. El recuerdo de los amantes en llamas era el que más odiaba de todos los de su existencia. «¡Cerdos, malditos, imbéciles!», pensó. Pero ya no era por los amantes. Sus labios fueron succionados hacia dentro, como el espeso embudo de agua que se forma en una alcantarilla —y con el mismo roncar introspectivo— por la vacía e impotente aspiración de los pulmones que tiraban de la atmósfera exterior en desesperado acopio de la mayor cantidad de aire posible. Los canallas tratarían de manejar las cosas a su nombre. Harían de sus dominios el reino asfixiante y cerrado de las muchedumbres, de las hormigas, de la uniformidad sin crímenes ni pecado, sin grandeza, sin individuos. Ésta era entonces, ¡Dios de los ejércitos!, la hora de la decisión y del castigo, en la que no quedaba sino el exterminio. Exterminarlos mañana, sin tardanza. Mañana, comenzando por Olegario, en cuanto llegara a trabajar.

«En cuanto llegara a trabajar», se repitió a sí mismo con un pavor helado y delirante. En cuanto llegara a trabajar, en cuanto Olegario abriera las puertas de la casa para entrar a trabajar en el despacho. Le parecía anonadador, estúpido, sin nombre, que por ser un hecho tan de suyo obvio y descontado, se olvidara hasta este mismísimo momento que Olegario tenía también las llaves de la casa. Quiso gritar.

Ellos no iban a permitirse el aplazamiento de esta noche elegida y solemne. Esta noche y no ninguna otra. La noche de la decisión, pero una decisión que les tocaba a *ellos*. Olegario vendría a la cabeza, con las llaves. Cruzarían el corredor, las recámaras, se inclinarían sobre su lecho, para venir aquí después en su busca, al no encontrarlo. Quiso gritar de nuevo. Ya estaban en la casa. Necesitaba las tinieblas con toda su alma, el refugio de las tinieblas. No podía gritar. Ahora se daba cuenta de que no podía gritar, pero tampoco moverse hacia la lámpara y apagarla. Había perdido el movimiento y la voz. La salvación de su reino estaba en las tinieblas. Olegario lo encontraría si no apagaba la luz. Entonces lo señalaría con el dedo. «Ahí está. No es un ser humano.» Necesitaba la noche, una noche negra, sin hendiduras. Se dejó resbalar hacia un lado de los costales y advirtió, así, que podía arrastrarse hasta el escritorio y dar vuelta al botón. Lo hizo. El botón produjo un ruido exacto, triangular, y la luz de la lámpara se apagó. Vencido y sin fuerzas, don Victorino dejó caer contra el piso su frente y su calva mondas, su cabeza de Medusa con la red de lombrices negras de las venas bajo la piel. Su respiración producía un ruido trashumante, igual que si sus pulmones caminaran muy despacio, con leves pisadas de viscosa cautela, sobre silenciosos charcos de sangre. Advirtió que, desde el techo, caía sobre él la luz de la otra lámpara, la que no pudo apagar. No había logrado entrar en su reino de tinieblas.

Era el fin. Estaba perdido.

XIX. Lucrecia

Mario estaba perdido. Perdido del modo más absurdo y desesperante. Leía y releía el nombre de la calle pero esto no le ayudaba en nada. Algo para él tan familiar como Santa María la Redonda (este nombre y todas las imágenes asociadas al significado de una avenida como aquella, llena siempre de prostitutas, de maleantes, de música, de extranjeros con aire tonto) ahora se había vuelto un punto sin relación alguna con el menor recuerdo, con el más insignificante dato orientador.

Por cuanto a lo demás, empero, su mente funcionaba bien: la conciencia exacta de que debía acudir al despacho de don Victorino, consumir el robo, llevarse consigo al enano. Correcto. Pero ¿qué era Santa María la Redonda? ¿Habían puesto el mismo nombre a una calle de otro barrio de la ciudad, nuevo y en absoluto desconocido para Mario? ¿Cómo salir de aquí? Descartaba en absoluto tomar un coche de alquiler: ya colocado en las circunstancias de dirigirse al despacho del prestamista esto era peligroso y dejaría indicios que nunca falta cómo funcionen después, cuando aparecen los testigos que tenían el aspecto de ser lo más insignificante o lo menos auditivo, pero que han visto y oído hasta el fondo, verdadera especie de agentes secretos de Dios. Santa María la Redonda. Cada palabra, autónoma, giraba en su cabeza como un eco de algo muy próximo al recuerdo, pero que se resistía a precisarse: se daba cuenta de que le era imposible tomar ningún rumbo, aquel rótulo de la calle estaba vacío, con letras vacías, y lo mismo el de la vuelta de la esquina: «República de Honduras». Simples palabras rotas, igual que ángeles de pesadilla, sin cordón umbilical, palabras no paridas nunca, sin sentido alguno. Sentía un leve mareo de ebriedad, un impulso irresistible de sentarse en un sitio cualquiera y echarse a dormir, olvidarse de sí mismo y de todo: ser libre de alguna manera, lanzar gritos como un endemoniado.

Alguien lo sujetó del brazo con una brusquedad extraña, anhelante. La mujer había salido de la esquina igual que si hubiese brotado de entre las hojas de un biombo, repegada al muro, untada, y en seguida se lanzó hacia su brazo como quien se mete bajo un paraguas o está a punto de caer y se topa una cuerda a la cual asirse. Temblaba.

—Responde por mí. Diles que vamos a nuestro cantón. ¿No, mi viejo? —suplicó con un miedo mitad alegría mitad angustia mitad ventura, sola, sin curiosidad. Al mismo tiempo se despojaba con rápida destreza de un chaleco oscuro, de estambre, que cubría la mitad de su vestido de organdí vaporoso, estúpida de ansiedad por ser una mujer distinta—. Después vamos a donde tú quieras. Yo pago —se estrechó contra el cuerpo de Mario. Era incomprensible esa nube de organdí prendida desde su hombro —más bien, flácida— que se estremecía con breves aleteos de mariposa agonizante. Del otro lado de la hoja del biombo salieron dos policías, el uniforme azul contra el fondo de luces de la calle, que venían corriendo sin ruido, sin pisadas. Hicieron alto, de súbito, con la cabeza desdibujada bajo la sombra de un cartelón de anuncios que cuidadosamente los guillotina. Los ojos encima de las gorras miraban al tacto con destellos metálicos de ciego, ojos como muelas postizas, a Mario y la prostituta, mientras el resto de sus cuerpos uniformados, atento, parecía calcular, listos ambos para arreglárselas de algún otro modo con la mujer en la nueva situación. —¡Vámonos ya, mi viejo! Si quieres tomamos un coche —pidió ella con apremio.

Tiraba de Mario con suavidad, en sentido opuesto al de los gendarmes. Mario se resistía, sin comprender. La voz de la hembra era taimada y dulce, una voz que se había vuelto doméstica, llena de repentina humillación, el tono de querida o de esposa.

—Ándale, pues, mi viejo —terqueó. La cabeza de uno de los gendarmes se les interpuso, en tanto el

otro permanecía atrás, los ojos hostiles y vivos. Ahora se comprendía que los anteriores no eran ojos, sino las placas de metal sobre las gorras. El primero levantó el mentón; un gesto de duda.

—¿Está con usted la señora? —la pregunta estaba llena de probabilidades para la prostituta. La nube de organdí se repegó más a su hombre, a Mario, e hizo impulsos de avanzar hacia adelante, resuelta.

—¿Pues no lo está mirando? —increduló hacia el gendarme, pero ahora con su áspera y desnuda voz profesional, y luego otra vez hacia Mario—: ¡Te digo que nos vayamos! —doliente, sin ilusiones, segura de ya estar derrotada.

Mario Cobián miró al gendarme por unos segundos, y en seguida a la nube de organdí, aquella sonrosada nube de algodón de azúcar, con sus piernas de seda y los altos tacones de sus zapatos de plata, el rostro de una quietud inexpresiva, asustado bajo el maquillaje. Mario se daba cuenta por fin. De un solo empujón se deshizo de las dos pequeñas y tenaces manos que lo sujetaban.

—¡A volar, pinche piruja! A mí no me meta en sus enjuagues —la redonda nube de algodón pareció danzar sin equilibrio sobre sus falsos tacones plateados, unas zancadas largas y descompuestas, casi graciosas, hasta que logró sostenerse de un poste con el delgado y desnudo antebrazo, la cabeza inclinada hacia adelante, como si se dispusiera a vomitar—. ¿Andar yo con esos redrojos? —Mario interrogaba al gendarme de un modo impersonal, airado y justo, en la misma forma en que lo haría ante el tribunal de la historia, de su historia—. ¡No, hombre...! —se contestó a sí mismo con profundo desdén—. ¡Ni por más méndigo que me llegara yo a mirar en la vida!

Los gendarmes sujetaban a la mujer de los delgadísimos brazos que se correspondían de mal modo con la amplitud de alegre corola primaveral del vestido, tan ajenos al cuerpo de ella —pero tan fatales y pertenecientes— como los cordeles de una marioneta. Había intentado huir. Pero, claro, no se puede así nomás. Ya se ve que la estratagema no pegó: un acompañante, para disimular. No es que *la señora* ande haciendo la calle, aquí está él, van del brazo, se dirigen donde a nadie le importa. La pendeja creyó poder escapar al carro de la policía, pero no todas las noches eso se ha de poder. La arrastraban, chillaba, pataleaba. Uno de los zapatos de plata había quedado atrás, un pedazo de orgía. A cincuenta pasos, a la vuelta de la calle, las otras mujeres de la razzia nocturna de costumbre maldecían a grito abierto desde las ventanillas con rejas del carro policial. Vuelta hacia Mario, mientras tiraban de ella por el pavimento, levantándose unas veces sobre los talones y otras con medio muslo contra el suelo, la marioneta de algodón rosado le dirigía los insultos más rabiosamente obscenos de que su iracunda imaginación herida podía disponer. Luego su voz lastimada se confundió con la afonía grotesca de las demás mujeres y el motor del camión hizo un ruido más intenso, como con apremio de arrancar. Desde hacía tiempo, Mario ya había dejado de mirar en ese sentido.

Ahora ante él regresaba uno de los gendarmes, a unos cuantos pasos. Primero le había hecho una extraña y solemne reverencia, con un amplio movimiento del brazo, como si le ofreciera la imaginaria superficie de un reino ideal, sin súbditos ni problemas. En seguida había inclinado repetidas veces el mentón sobre el pecho, en actitud de dar las gracias en su derredor, y luego, la mano extendida, había concluido por rematar la ceremonia tocando el suelo con la punta de los dedos, al modo de un elegante ejercicio de gimnasia sueca. Al erguirse otra vez, parecía haberle brotado en la mano, por obra de prodigio, un maravilloso presente: era el zapato de plata de La Cenicienta, que se apresuró a devolver a su dueña en el camión cargado de obscenidades, de injurias, de humillaciones y miserias sin fin. Después, el ruido del motor se había perdido a lo lejos.

A Mario no se le ocurría pensar en otra cosa que no fuese su propia persona. Estaba solo y perdido, se repitió con fatigada desolación. No llegaría nunca, nunca llegaría al despacho del prestamista. La luz

que se extendía a sus pies —un rectángulo pálido sobre la banqueta de la esquina— se desgarró con intempestiva brutalidad, más ancha y más alta, al mismo tiempo que la ocupaba una silueta gigantesca y tambaleante. A espaldas de Mario, entre las dos hojas de la puerta de vaivén de la cantina, el ebrio no se decidía a tomar la calle, temeroso, con una extrañeza torpe y sin cálculo que no lograba asimilar del todo, y a través de la cual hacía nebulosas conjeturas sobre los rumbos improbables por los que se podría encaminar.

Las hojas de vaivén a cada lado de su cuerpo eran como dos alas maltrechas de las que salía un ruido insistente y parejo, un lamento rítmico igual al que produce en los barcos atracados el quieto y sumiso balancearse del mar entre los muelles. Miró todavía durante algunos instantes en dirección de la calle para luego lanzarse de repente hacia afuera, con una resolución indefinida, a grandes y firmes pasos oblicuos, de un lado a otro de la acera, en perfecto estado de inconciencia. «Sería bueno echarse dos o tres tragos», se le ocurrió a Mario con una alegría que no estaba prevista de ningún modo para estos momentos.

Rió, sin que pudiera remediarlo. Le había costado un enorme y divertido esfuerzo encontrarse a sí mismo entre la multitud de parroquianos de la cantina cuando trató de localizarse en el gran espejo de frente a la barra. Un agente viajero. Volvió a reír. No podía imaginarse así: en medio de la gente su figura cobraba una veracidad extraordinaria; no era él de ningún modo. Otro tipo, un infeliz cualquiera, de ningún modo Mario Cobián, Mario Cobián, alias El Muñeco. Se examinó larga, detenidamente pero ya sin sonreír. Quería verse en lo que había sucedido apenas media hora o tres cuartos de hora antes, tal vez. También la noción del tiempo era para él una forma distante y arbitraria de las cosas, donde se perdía: era preciso acudir al despacho del prestamista a una hora determinada, pero entre el inmediato pasado y esa futura acción se encontraban situados ya una serie de sucesos involuntarios, fatales, que hacían cada vez más larga la distancia para llegar al punto donde el robo debiera consumarse. Miró su figura, su actitud, su rostro, rodeado de gente desconocida dentro del inmenso cuadro del espejo inclinado, en un sitio desconocido y él mismo un extraño ser: más bien un tipo desolado, aterrado, que había perdido sus propósitos. El mismo tipo por el que habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo, apenas desde que dejó de ser Mario Cobián, apenas desde que salió a la calle con el disfraz de agente viajero. No se cansaba de mirarse y de sorprenderse. Se llevó a los labios, con inmensa lentitud, la copa de tequila doble: el agente viajero lo imitaba en el espejo punto por punto, riguroso, estricto, con obediencia ciega, servil. El mismo hombre —pensó Mario Cobián—, el mismo hombre y ya el tequila le mojaba la lengua, la copa se inclinaba y se veía por fuera el paso del aguardiente a través de la garganta, el sobresalto de la piel, su contracción al contacto bárbaro del alcohol casi puro de la bebida —el mismo hombre— y no apartaría la vista del espejo por nada del mundo, pues miraba de pronto las cosas en todos sus detalles, de un modo alucinante, aterrador, fascinador: el mismo hombre, el mismo hombre, increíblemente el mismo que había asesinado a Lucrecia poco menos antes de una hora, acaso, de haber entrado en la cantina, a ese espejo, antes de estarse mirando ahí, sin apartar los ojos, unidos, encadenado para siempre al criminal y su crimen, ese agente viajero asesino, ese disfraz de Mario Cobián, ese estar viviendo dentro de un espejo, ese crimen, ese asesinato horrible —que él no había querido, pero que ocurrió—, esa muerte cometida desde el espejo donde estaba preso desde que se convirtió en agente viajero. ¡Dios! ¡Había matado a Lucrecia!, la había matado, la había matado. Terminó de tomarse la copa de tequila y pidió otra más. Después de llenar la copa, el cantinero miró a los ojos de Mario Cobián para retirar en seguida la mirada, incómodo, con una imprecisa sensación de peligro, como quien adivina que en alguna parte —ahí mismo, en algún punto que ignora— hay una

pistola que le apunta, una pistola con pensamientos y deseos, pero que no maneja nadie. *Esta actitud del cantinero*, se dijo Mario Cobián con una especie de instinto cómplice y la vaga idea de haberse mirado el cantinero en él como en otro espejo, un espejo de los espejos: el asesinato del mirar, del mirarse. Lo hizo pensar en el ángel. El ángel sucio.

Lucrecia había retrocedido unos cuantos pasos, pálida como no recordaba Mario haberla visto nunca.

—El ángel sucio —dijo Lucrecia con una voz diminuta y tibia, que apenas le salía de la garganta. Conservaba en los labios una sonrisa inmóvil, inalterable, la detención estupefacta de una sonrisa que ya no habría sido sonrisa desde el momento mismo en que Mario se introdujo en su departamento, cuando ella abrió la puerta al primer timbrazo—. Creí que era La Magnífica —había dicho Lucrecia igual que si se justificara de un error definitivo, de los que no tienen remedio de ninguna manera, sin abandonar esa sonrisa del principio (la sonrisa destinada a La Magnífica), inmediatamente blanca y helada, de la que le era imposible despojarse, sin duda porque seguiría siendo para La Magnífica. Mario no comprendía las palabras que vinieron después, cuando Lucrecia retrocedió y aún él creía que esa sonrisa era suya, hecha para recibirlo, para granjearlo, y no sospechaba que ella pudiera tenerle miedo, que tenía miedo de él, de su amor —algo tan espantoso como miedo de su amor— y que retrocedía por el cuarto ya casi loca de pánico, con los labios muertos. Ella dio unos cuantos pasos de espaldas, al mirarlo avanzar con la manopla de hierro en el puño, a la altura del pecho, lista para golpear, y no apartaba sus ojos densos, castaños, hipnóticos, sin un solo parpadeo, de las cuatro argollas negras alrededor de los dedos de Mario, una mirada interrogante y que al mismo tiempo se daba a sí misma la respuesta, convencida, desencantada hasta lo más profundo.

—El ángel sucio —dijo Lucrecia. Mario no comprendía, aunque le pareció estúpido que lo dijera—. Ahí está el ángel sucio —había añadido—. Mi sucio ángel de la guarda que me protegerá y me salvará. El ángel que todo lo ve —con una trémula voz de niña, pero ronca, de niña borracha.

De lo ocurrido Mario sólo recordaba su propia furia, un poco también el ruido y el tacto quirúrgico de los golpes a través de la manopla, algo parecido a lo que debe sentir un dentista al extraer una muela, ciertas sensaciones de hierro, triturantes. La cabeza de Lucrecia parecía sangrar por cada uno de los cabellos y de repente Mario no reconoció ese rostro deforme, el labio destrozado que colgaba hasta la barbilla, los dientes desnudos y aquel ojo grande, torcido hacia un rincón de la ceja, al que la rotura del párpado había dejado abierto y con una especie de residuo colérico de terror todavía vivo. Mario no supo otra cosa que acomodar el cuerpo sobre la alfombra, con un cuidado lleno de ternura y desesperación, temblando y sollozando, sin darse cuenta en absoluto, o sin saber, que él mismo había sido quien le diera muerte. Juntó los pies de Lucrecia uno con otro, para lo cual hubo de arrodillarse, y así permaneció mucho tiempo ausente, sin comprender, de rodillas. Mas cuando menos lo esperaba adivinó de súbito la presencia invisible. Con exactitud una pistola que apunta desde algún sitio, una pistola que piensa, que mira, un pequeño orificio negro que nos observa, nos anhela, va tras de nosotros. Volvió la cabeza. Era insoportable la distante y tenaz presión de la pistola sobre su nuca; pero ahí estaba, en el punto a donde Mario había vuelto la mirada: tras los cristales de la ventana, sentado, inverosímil. Un hombre que pendía sostenido en el aire. Se miraron largamente quietos, uno al otro, de un modo insomne y antiguo, como si sus ojos estuviesen sujetos con clavos a la memoria de un paraíso prehistórico, de piedras, anterior al pensamiento, ojos anteriores a la materia orgánica, anestesiados por la nostalgia de mirar, casi como si se amaran con la creciente lentitud de dos sentenciados al mismo patíbulo, a la misma inmensidad vacía, despojada por la muerte. «El ángel sucio», se dijo Mario. Éste

era el ángel sucio, el ángel protector de Luque, el ángel que todo lo ve y que por ello había mirado al otro, al ángel asesino, a Mario Cobián. Con razón Lucrecia, antes de recibir el primer golpe, había hecho un movimiento hacia la ventana, hacia el testigo, hacia el ángel, y hasta estuvo a punto de decir algo que sus labios no alcanzaron a pronunciar, durante ese segundo vertiginoso en que las palabras se quedaron nada más en gemido, un gemido lleno de agravio, pero con todo, también de una sorpresa con restos de esperanza, de ingenuidad inocente e incrédula, así fuese bajo el rostro de súbito estúpidamente lleno de sangre —al parecer ya sin vida desde entonces.

Mas el ángel sucio estaba indefenso en su escaparate celeste, sucio y desnudo dentro de su overol sin alas, manchado de pintura. Movía la cabeza de un lado a otro, abandonada y suelta, la cabeza mecánica de un payaso de juguete, con una sonrisa abierta y vacía, idiota del todo en aquellas circunstancias. Tenía miedo hasta la consunción y sus movimientos de cabeza lo único que demandaban era que Mario no le hiciese daño alguno. Era el horror del ángel puro ante el ángel asesino.

Mario se apartó de la ventana. Sobre el tocador de la alcoba estaban las llaves del departamento, las que Luque nunca quiso prestarle. Mario ya no quiso volver a mirarla, ahí en la alfombra. Al salir cerró la puerta por fuera y se guardó las llaves en el bolsillo.

«No lo niegues, Muñeco, mataste a la pobre Lucrecia.» Mario sintió unas ganas inmensas de reír a carcajadas al recordar las conjeturas de La Jaiba, horas antes de que las cosas ocurrieran. «Mataste a Luque, Muñeco, a lo que más amabas en la vida», pero ahora éstas eran sus propias palabras, las que se decía a sí mismo, aunque casi sin comprender su significado real, siempre como si otro hubiera sido el asesino. El pintor de ventanas, que contempló el desarrollo completo del crimen, seguro no iba a desembuchar nada —cuando menos durante las próximas veinticuatro horas— sino hasta que pudiera desembarazarse de su increíble miedo, así que después del atraco al prestamista habría que regresar al departamento de Lucrecia, ver cómo estaban las cosas, borrar las huellas, quedarse, quizá, con algún recuerdo, un retrato, una sortija. O flores, pensó; una flor: las había encima de una mesa en la estancia, dentro de un vaso, dos pequeñas rosas enanas que le parecieron negras. Tomaría una de las dos. Hubo un tiempo en que jamás se le ocurrió que pudiera alguna vez matar a Lucrecia, un tiempo infinitamente distante y extraño: aquel tiempo de hoy por la tarde en el puesto de comidas de La Jaiba y luego en la accesoria de La Magnífica, echado junto a su cuerpo desnudo, sumiso, de esclava, cálido hasta parecerle asombroso en estos momentos.

La Jaiba se había equivocado tan sólo con unas horas de anticipación, pero su error ya era verdad desde entonces, aunque Mario lo ignoraba, rechazaba la tonta conjetura, lo enfurecía. Además, el absurdo de que no se le presentó la menor ocasión de explicarle a La Jaiba el asunto verdadero, esclarecerle las cosas, demostrarle que no había matado a Lucrecia —en lo cual debió estar ya escrita su muerte, desde aquel instante— porque de todos modos había terminado por matarla, Lucrecia estaba muerta, tendida sobre la alfombra de su departamento, los pies muy juntos, sosegados. La Jaiba, pues, decía la verdad, la anticipaba en el error, ya que tal error iba a convertirse en un suceso verdadero.

—¿Otro tequila, joven? —el cantinero (era evidente) no había resistido el impulso de incitarse de nuevo la sensación de mareo que experimentara unos minutos antes, tan abominable y tentadora como debían ser las sensaciones de la «ruleta rusa», la especie de disparo sobre la propia sien que era aproximarse otra vez a Mario Cobián, a este parroquiano vagamente conocido, que le producía miedo, el mismo miedo que una pistola cargada, mirarlo, hablarle, entrar dentro del venenoso perímetro de su presencia, dar vuelta al cilindro del revólver, experimentar ese miedo acariciante y secreto. Mario negó con un ademán cansado. No; no bebería otro tequila más.

—¿Sabe qué camión puedo tomar para ir a La Merced, a la calle de Manzanares? —dijo en cambio. No era de aquí, de la ciudad, añadió, sino de provincias; acababa de llegar, no conocía las calles, no conocía nada.

El cantinero respiró con un profundo suspiro de alivio, alegre y con una animación solícita, agradecida, que lo hacía abundar en la suerte más pormenorizada y generosa de detalles informativos, al grado de ofrecerse, con el afecto fraternal y entusiasta de quien desea corresponder a un favor entrañable, para salir e indicarle a Mario, desde la esquina, la forma y modo de abordar el camión.

Pero ya no eran necesarias sus explicaciones. La mente de Mario se había despejado por completo, todas sus nociones eran claras, nítidas, precisas, y ahora temblaba de la cabeza a los pies, con un terror incontrolable.

—¿Se siente mal? ¿Está enfermo? —preguntó el cantinero con sincera inocencia. No; el hombre no lo reconocía aún, no lo relacionaba con nada, se dijo Mario. Al mismo tiempo percibió que de sí mismo, de la propia ropa, de su odioso saco de agente viajero, se desprendía un terrible, escandaloso olor a sangre. Se volvió para salir cuanto antes de la cantina.

Mientras miraba a Mario alejarse con pasos vacilantes —ebrio apenas con dos tequilas dobles, se dijo, no sabía beber— el cantinero decidió en firme que desde el día siguiente renunciaría al trabajo de obrero pintor, en el que ocupaba el tiempo libre antes de cubrir su turno en la cantina. Esta decisión lo hizo sentirse devuelto a su normalidad, a su plácida rutina, a su fastidio feliz, donde los contratiempos y violencias cuando menos le eran conocidos, sin darle mucho miedo y sin inesperadas complicaciones. Se había tranquilizado en absoluto, pues el tipo que acababa de largarse no resultó ser el mismo —aunque tan parecido— al que, a través de una ventana del edificio de departamentos donde hoy le tocó trabajar, había visto darle esa golpiza espantosa a su mujer, que no se detuvo hasta dejarla tirada en el suelo, quién sabe si a lo mejor muerta. No quería que lo metieran en ninguna clase de líos; él no era sino un humilde y honesto empleado de cantina, cuya misión era servir bien a todos los que pagan.

«El ángel sucio, el ángel sucio, el ángel que todo lo ve», se repetía Mario Cobián mientras el camión lo llevaba al encuentro de otra parte de su destino.

XX. Ólenka Delnova

«Ólenka, Ólenka», pensó. (Era idiota en estas circunstancias, y de igual modo sorprendente y desconsolador, aunque acaso nada más de un egoísmo nauseabundo: con el pobre viejo ahí tirado.) La cantidad inmensa de sangre que puede brotar del cuerpo de un solo hombre. Pero el complejo mecanismo de su pensamiento insistía, como un motor autónomo, libre e irreal. *Ólenka*: estaba ahí en la sangre. La sangre es abstracta.

La inmediata memoria del diálogo —seco, condensado, hacía menos de cinco minutos— con Eladio Pintos (ahora que Olegario acudía con don Victorino para informarle de una supuesta ausencia suya, y en caso de que así lo quisiera el prestamista, hacerle entrega de las llaves del despacho), se proyectaba, en una doble exposición fija y obsesiva, sobre esta escena de don Victorino muerto: encima de la cabeza desnuda como un huevo y de los párpados sin cerrar.

Al introducir la llave en la cerradura, antes de darle vuelta, como si el trasponer el ancho portón de la casa de don Victorino (por el lado de la fachada, el opuesto a la accesoria) fuese, al mismo tiempo, el límite donde la pregunta que anhelaba formular rompía por fin la resistencia que le opusiera durante todo el trayecto, Olegario giró hacia Eladio Pintos:

—¿Volviste a saber *algo* de Ólenka?

La disposición oscura de la calle, muy densa hacia la parte de Pintos, impedía advertir su rostro. Olegario sintió, únicamente, que esa parte de la oscuridad se condensaba un poco más antes de que aquél respondiera.

—*Se supone* que nada en absoluto —dijo. La respuesta que podía venir de un pedazo de sombra. La llave giró casi por su propio impulso dentro de la cerradura; mejor que de la garganta de Olegario era del movimiento de la llave de donde salían los cuatro tiempos de la ansiosa interrogante, una onomatopeya muscular y metálica a la vez: *¿Se su-po-ne?*

Empujó un poco la puerta con el hombro.

—Bien —repuso Eladio—, si quieres saber ese *algo*, se condensa en una sola palabra: *desaparecida*.

Ólenka, Ólenka, la pequeña Ólenka Delnova, con sus borrosos ojos blanquiazules de pestañitas rojizas, tan fea, tan tierna, junto a la patética madre borracha, sobre el extenso charco de la sangre de don Victorino salpicada aquí y allá por monedas de plata, igual que redondas flores de loto que sobrenadaran en un lago cuya superficie hubiera sido enrojecida para siempre por un crepúsculo sin fin. («¿Volviste a saber *algo* de Ólenka? *Se supone* que nada en absoluto. *¿Se su-po-ne?* Bien, si quieres saber ese *algo*, se condensa en una sola palabra: *desaparecida*.») Enrojecida, desaparecida, enrojecida. Desaparecida para siempre.

Era insólito, incomprensible, pensar en Ólenka dentro de las presentes circunstancias, ante el cadáver de don Victorino, el pobre viejo, y esas monedas de plata y billetes dispersos por todas partes, indicios claros de lucha y apresuramiento. La prisa se adueña siempre de los criminales y es lo que termina por perderlos. Lógico, de los criminales del fuero común; los suyos son crímenes concretos, privados, inamorosos: ninguno de nosotros, en cambio —comunistas, anarquistas, revolucionarios, asesinos políticos, en suma— llegado el caso se altera. Frialdad, cuidado, firmeza, calma hasta sus posibilidades máximas de acción, puesto que amamos. Crímenes —cuando es necesario— *éticos*, si así puede decirse, que no nos pertenecen: *supresiones*, *liquidaciones* abstractas. (Aquí, como en un violento aleteo de sentimientos casi no asimilables por su rapidez, Olegario sintió horror por las palabras, por ese pudoroso argot de partido, por esa curiosa variedad de «circunloquios morales»: *liquidación física*,

muerte prematura y otras expresiones parecidas. Exactamente pensó en el lenguaje de los procesos de Moscú donde el fiscal acusaba a ciertos procesados de haber urdido la *muerte prematura* de Lenin. *Muerte prematura*, igual a homicidio; *supresión administrativa*, igual a fusilamiento sin proceso público. Cuestiones de semántica, se dijo como si sonriera por dentro. Algo que será de lo más endemoniadamente jocoso para las generaciones futuras que estudien nuestra época.) El carácter impersonal, angélico, del asesinato político: la pureza íntima del camarada linotipista que ya habría asumido para sí, como en la comunión religiosa con Dios, el extraño y ardiente significado que encerraba la muerte de Eladio Pintos y el hecho de ser él mismo quién debiera ejecutarlo. Sí, *ejecutarlo*, no *asesinarlo*. La semántica que reclama sus fueros morales; o a la inversa, el homicidio que se acomoda en un sitio neutro de la semántica con el mismo derecho que el abonado dispone de su asiento en la temporada de conciertos o en la plaza de toros. Desaparecida, enrojecida. Ólenka *desaparecida*, lo cual no quería decir necesariamente muerta, pero tampoco importaba.

Debió acometerles un terror insensato a los asesinos del prestamista; todo indicaba que habían procedido con una brutalidad repugnante, con sevicia vil. Olegario se sintió por completo estúpido, sin hacer nada, de pie junto al escritorio, sin poder hacer nada, y en lugar de largarse cuanto antes pensó que ya tendría ahí inmóvil cerca de diez minutos. Era curioso darse cuenta de la cantidad enorme de sangre que contiene un cuerpo humano Arrojó el manojito de llaves de la casa de don Victorino encima del escritorio e inmediatamente sintió una gran lástima por el viejo, por su vida estéril y solitaria, por su ruindad, por la inutilidad y el vacío de su existencia. Extraño: la sangre aún se movía, aún se deslizaba con una suave y espesa lentitud de aceite. Un poco más y Olegario sorprende a los asesinos. Pero ¡diablos!, no era la sangre. Advirtió de lo que se trataba con una especie de mareo y un temblor en las piernas. Los dedos de la mano derecha de don Victorino. El cuerpo estaba ligeramente boca abajo, la cabeza vuelta sobre el hombro, el mentón hacia lo alto, rígido, y eran los dedos de esa mano derecha, sobre cuyo brazo yacía el cuerpo, lo que arañaba la sangre apenas de un modo perceptible con la timidez de un ratoncillo, como si obedecieran órdenes muy distantes y mal formuladas, que en el largo trayecto perdían la fuerza de un impulso y no alcanzaban a llegar al punto de destino sino como una carta desvanecida por la lluvia, un eco erróneo.

Giró en torno de don Victorino hasta colocarse dentro del ángulo que incidía con la dirección imaginaria que trazaba la barbilla en alto, los ojos del usurero en cierta medida vueltos hacia el interior del cráneo y hacia arriba, ahora mirándolo. No estaba muerto. Mirándolo con una certeza increíble, con un desorbitado aire de comprobación, los ojos de aquél a quien fusilarán en esos mismos momentos y se asoma por última vez a esa ventana que de pronto ya no será sino una noche sin fronteras. Los ojos con que se mira a Dios y se le maldice.

Se puso en cuclillas para observar a don Victorino de cerca, desde la línea del brazo tendido y la punta de los dedos, que juntaban las yemas entre sí como si tan sólo les preocupara medir la consistencia de la sangre, cuán pegajosa podría ser. De este lado, al pie del cuello, sobresalía por encima del hombro el mango de una navaja española hundida hasta las cachas. Los labios del viejo hicieron cierto duro y breve movimiento que debió costarles un esfuerzo bárbaro y que se quedó en rígida y torcida contracción inútil. El hombre demandaba piedad, se dijo Olegario. Piedad. Hubiese querido tranquilizarlo de algún modo, aun acariciarle la frente, pero no podía hacerlo con esos ojos de don Victorino, convictos, fijos sobre él como sobre el testigo que, por ser el último, es también lo más impiadoso de la vida, aquello de lo que no puede esperarse ya sino el último dolor y el último mal. Nada, no podía hacer nada, pensó Olegario; ni dar aviso, ni pedir socorro. Lo primero, hoy, eran sus

tareas revolucionarias y, ante todo, ningún problema con la policía. La angustia de no poder auxiliar en forma alguna al agonizante lo aplastaba igual que un fardo gigantesco que le impedía moverse de ahí, largarse, ir a reunirse con Eladio Pintos que aguardaba afuera.

—¡Crémelo, mi viejo! —exclamó en voz queda y ardiente—. Con toda mi alma querría hacer algo por ti. Incluso traerte al sacerdote, que sin duda es lo que tú me pides y anhelas en estos momentos. Fíjate, traértelo, yo que no creo en esas cosas. De veras, mi viejo, lo único que puedo hacer es verte morir y que tú me veas aquí a tu lado y de cualquier manera no mueras tan solo como viviste. De veras, viejo Victorino, perdóname.

Un resorte pareció rompérsele dentro de la cabeza a don Victorino y por cosa de pocos segundos los ojos se le desprendieron, sueltos hacia abajo de la órbita, oscilantes como una aguja de marear en busca de rumbo. Luego los fue invadiendo una fijeza líquida y opaca, de agua sucia que se vuelve hielo.

Olegario cerró los párpados de don Victorino y se puso en pie. Al encaminarse hacia el corredor sintió que arrastraba una hoja seca bajo el zapato. Era un billete de quinientos pesos adherido a la suela con la sangre de don Victorino. Desprendió del zapato la hoja seca y la contempló durante unos instantes casi sin pensar en nada. En seguida la dejó caer al suelo como si se tratara en efecto de la hoja marchita desprendida de un árbol viejo.

El enano experimentaba la plena sensación de una libertad feliz, irrestricta, que podía expresar al modo que le viniera en gana, a gritos. Lo hizo; un alarido rasposo, ululante, salvaje, de mexicano borracho. Libertad absoluta, agresiva, sin mácula. Sintió entonces que descendía, y cuando estuvo quieto, inmediatamente, en una de las paredes del veliz, por el lado de afuera, el golpear impaciente aunque moderado —sin embargo, con la punta del pie, patadas, como quiera que fuese—, de Mario Cobián, que reclamaba con sobresalto, pero en un tono misericordioso y abatido, desde muy lejos.

—¡No le hagas al loco, *Elena*! Si pasa gente te pueden oír. Todavía estamos en la calle.

Estaban en la calle, claro, esto no era de dudarse, ni aun para *Elena*. Pero *Elena* no; *Elena* no estaba en la calle, su reino no era de este mundo. Ascendió nuevamente —ascendía por sí mismo; al margen de que El Muñeco lo condujera dentro del veliz de aquí para allá, era libre, el enano más libre del universo y Mario Cobián estaba en sus manos, no *Elena* en las suyas, aunque lo llevase metido en el veliz—, ascendió nuevamente dentro de su reino, otra vez el balance adormecedor y suave, otra vez la caricia unánime del vuelo en las tinieblas, la libertad que lo envolvía, que lo besaba por cada poro.

Tenía a Mario Cobián con los dedos agarrados contra la puerta. Nada menos que eso, la libertad absoluta, de acuerdo con los propósitos que se impuso en esta ocasión de no permitir que por razones de ninguna especie Mario Cobián le fuera a poner un pie adelante, así reventara. Mario era suyo, esto es. *Elena* tiraba de él, lo conducía, lo manejaba desde el veliz; Mario simplemente había tenido que uncirse al carro, estaba uncido al veliz del mismo modo en que se engancha a un joven y gallardo corcel —desprevenido y orgulloso— para que deje de retozar a su gusto y obedezca a las riendas y a los latigazos del amo, de su dueño. *Elena* no podía sentirse más dichoso, más totalmente amado, hasta por las caricias del espacio, de un espacio tan suyo y con el cual se integraba y confundía —todo lo contrario de lo que era, por ejemplo, en la casa del prestamista, antes del robo: una cadena, una sujeción fatal, la cárcel de una acción que no nos pertenece, que nos estrangula—, altitud y longitud que eran *Elena* mismo, autocaricia, autobeso, pues su movimiento dentro de tal espacio —primero en su forma concreta e inmediata, el sitio a donde se dirigían, los descansos, las calles, los vehículos, las rutas, y luego, en su

forma más general y futura, la perspectiva de una vida común junto al Muñeco, la circunstancia de haberlo podido aherrojar a su tobillo como en las parejas de antiguos galeotes, el ya no ser sino ellos dos solos en la vida—, todo lo que contenía ese movimiento y todas las formas que abarcaba, eran sus propias determinaciones, libres y soberanas, la imposición de su propio destino sobre las cosas y no a la inversa, pese a que, por llevarlo encerrado dentro de una maleta y disponer, con esto, de cierta iniciativa propia, Mario Cobián creyera en las falaces apariencias que lo harían sentirse como el autor absoluto de los hechos y su árbitro irrecusable.

Elena se mecía en el espacio con la ingravidez de quien sueña y es el todo de su sueño, el que resume la autonomía de cada una de sus partes y las goza con todos los sentidos mediante una transferencia maravillosa, imponderable. Era esa dimensión antropomórfica la que lo amaba, la que sentía *algo* hacia él, un espacio con intenciones, pensamientos y deseos: establecía su querido cuerpo de enano, lo delimitaba y se adueñaba de su ser, construyéndolo para sí y devolviéndoselo después —o mejor dicho, al mismo tiempo— conforme a cada uno de los sentidos con que lo percibía, con que el enano se le había entregado furiosamente, victoriosamente: con el sabor, con la vista, con el oído, con el tacto, con el olfato, sentidos pertenecientes a ese vacío ocupado, invadido por las sensaciones y al que éstas daban la forma del enano mismo, concreto, absoluto, dueño de la vida y del destino desde el fondo del veliz dentro del cual realizaba el más dominante de los vuelos a través del universo.

Volvió a lanzar un alarido jubiloso y salvaje, sin ninguna intención maligna. Tan sólo quería escuchar nuevamente la angustiada voz de protesta de El Muñeco, su lamento triste y suplicante, de mendigo, la misma voz con que había implorado desde la calle, al otro lado de la puerta del despacho de don Victorino, que le franqueara el paso, que lo dejara entrar, que era él, El Muñeco, quien llamaba con aquellos golpes desesperados. ¡Dios, mío, qué placer increíble!

—¡Ábreme, por vida tuya! No seas necio. Te digo que soy yo, Mario Cobián, El Muñeco. ¡Ábreme por favor, *Elena*! —una voz despedazada, desgarrada, vencida.

Dentro del despacho el enano reía, dichoso como un dios. «¡Pues no! Ora que se friegue un rato. No le voy a abrir hasta que se me dé la gana.» Don Victorino estaba tendido de lado en el piso, la cabeza caída hacia atrás sobre el brazo derecho que parecía de hierro, un brazo tenso y duro, sin movimiento. La sangre brotaba de su cuello a intervalos, como un grueso vómito.

Elena había abierto el cajón del dinero y se llenaba las bolsas de monedas, dominado por una inútil e insensata voracidad, sin darse cuenta, rabioso, vengativo, con los movimientos apresurados e irracionales de un pequeño y diabólico mico que estuviese ebrio. El dinero se le escabullía de las manos y rodaba por todas partes, le saltaba de los dedos como una cosa viva, con impulso propio, burlón, delirante. Hubo un momento en que lo poseyó por entero, hasta la más recóndita célula de su organismo, una sensación fantástica, incomparablemente aterradora y que le hacía lanzar agudos y pequeños gritos deshumanizados de un placer desnudo, sin piel, sin instrumentos: la sensación de infinito. Había una especie de acto o de deseo —*Elena* era incapaz de comprenderlo, claro está, pero lo experimentaba—, una especie de actitud o de ansiedad innominada, un disparo del ser, que no terminaba de sucederse nunca; bien, pero que ni siquiera se reemprendía a cada vez, porque también la noción *vez* estaba abolida dentro de un constante, perpetuo *inacabar*. Entonces *Elena* sintió la necesidad violenta, imperiosa, que se impuso sobre cualesquiera otras imposibles consideraciones o razonamientos, de gastar el dinero *ahí mismo*, cuanto antes, sin la menor tardanza, disfrutar de ese poder con toda su alma y su cuerpo, hasta lo último y en ese mismísimo instante sin término, gastar ese dinero, darse cuenta de que era suyo, ejercer el acto infinito de esa posesión omnímoda y sobrenatural.

Tomaba en el hueco de ambas manos puñados de monedas para arrojarlas al aire en todas direcciones, rompía las fajillas de los mazos de billetes y luego los dispersaba uno por uno, corriendo de aquí para allá, a menudos y vivos saltos, alegre, rabioso, en el paroxismo de una felicidad enloquecida y atroz.

Al otro lado de la puerta Mario Cobián volvió a llamar con su voz implorante y derrotada.

—¡Ábreme por lo que más quieras! ¡Acabo de matar a la pobrecita de Luque: ábreme por favor! Acabo de matar a Lucrecia, no seas así, ábreme la puerta por vida tuya —derrotado, liquidado, sin fuerzas y sin esperanzas. Acababa de dar muerte a Lucrecia. El enano había acudido gozoso, radiante (ahora sí; Mario había matado a Luque), ágil y solícito, para abrir en seguida la puerta del despacho a Mario Cobián. Esto era distinto: por fin Mario había matado a la Lucrecia. Estaba seguro que lo hizo por él o por su causa, por su fiel e inseparable *Elena*.

Descendía. *Elena* sintió que descendía y que el veliz era colocado por Mario Cobián a ras del suelo. Pero no; no era para hacerle un nuevo reproche por el grito que *Elena* acababa de lanzar. Silencio. El enano sonreía dentro del veliz, socarrón y seguro de sí mismo, poderoso y confiado, una sonrisa tranquila, llena de ventura.

—¡Quihubo! —aventuró perezosamente, sin elevar la voz demasiado, con indiferencia—. ¿Qué tanto esperas? ¿Ya llegamos? —Mario le había dicho en cierto punto a dónde iría a recogerlos un coche de alquiler después de realizado el robo. Bueno, la cosa resultó algo más que un simple robo, qué se le iba a hacer—. ¡Quihubo, pues, Muñeco! ¿Por qué no dices nada? —volvió a interrogar.

La voz del enano resultaba telefónica, nasal, a través de la envoltura de cuero del veliz, en medio de la noche vacía y sin transeúntes. Mario Cobián era presa de un violento temblor que lo cimbraba de pies a cabeza. Quiso tragar saliva pero tenía la boca seca por completo, un paladar y una lengua de piedra pómez. El veliz estaba colocado a la orilla del puente, sobre el Canal del Desagüe de la ciudad, por la parte del barrio de San Lázaro, hacia el noreste, un barrio solitario donde a lo sumo deambularían algún ratero furtivo o algún soldado mariguano, de los que habitaban en los alrededores de la Escuela de Tiro o en la colonia de tugurios miserables que se conocía como Juan Polainas. Era cosa de empujar con toda la pierna, de costado y parejo, para darle la sensación a *Elena* como de que el veliz era arrastrado un poco antes de que Mario lo levantara con el propósito aparente de colocarlo en un sitio más alto.

—¡Espérate! —repuso Mario a las palabras del enano—. Es que orita te voy a subir al coche, que ya nos está esperando aquí cerquita, nomás como a cosa de cincuenta pasos. Ya no digas nada, no sea que te vaya a oír el chofer —un copioso sudor, delgado, inconsistente, le mojaba el cuerpo. Apoyó la pierna, desde el pie hasta parte del muslo, a todo lo alto del veliz, por uno de sus lados y empujó con un vigoroso impulso uniforme. El veliz se precipitó al vacío y luego fue arrastrado por las infames aguas, llenas de inmundicias y excrementos, del canal.

Mario corrió durante unos minutos en el seno de las tinieblas, empavorecido, alejándose del puente lo más que le fue posible. Se detuvo sin poder continuar la carrera, pues sentía romperse el pecho con el desordenado y tumultuoso latir de su corazón; acezaba con un ritmo galopante y un vivo, doloroso hormigueo le recorría el cuerpo, igual que si la piel se le hubiese convertido en alfileres. Era su segundo crimen en este día. Ahora ignoraba qué sería de él, de su vida. Le pediría a La Jaiba que lo protegiera, o incluso a La Magnífica..., algo podría hacer, la pobre. Resguardaba contra la caja del cuerpo, bajo los brazos rígidamente entrecruzados, el maletín con el dinero robado al prestamista. Imaginó la agonía de *Elena*, ahogándose dentro del veliz invadido de porquería y esto tuvo la virtud de comenzar a tranquilizarlo hasta casi sentirse bien. Buscó los cigarrillos en las bolsas de su saco, tenía una necesidad irrefragable de fumar. Lo mejor de todo este asunto era haber podido suprimir al maldito enano, al vil

engendro de puerca madre. El dinero, pensó. Un lugar donde contarlos, era mucho. Claro, la accesoria de La Magnífica, desde luego; ella no hablaría, era su esclava, pero tendría que llevársela consigo después, a cualquier parte, al lugar que fuese. Bien; la dejaría tirada a la menor ocasión, aquí o allá, de un modo u otro, ése no era problema. Frotó el cerillo contra la lija de la cajetilla y un resplandor amarillento desplegó su rostro iluminado contra las tinieblas de la noche.

—Dispense, señor. ¿Dónde podremos encontrar por aquí cerca un sitio de coches? —el cerillo permaneció sin apagarse entre los dedos medio y pulgar de la mano de Mario y ahí seguía frente a los dos hombres, los dos cuerpos nocturnos salidos de quién sabe qué parte de la tierra. Olegario dio medio paso hacia Mario—. Parece que andamos medio perdidos, mi cuate —dijo. Mario sufría un acceso de estupor: era el agente que había visto en el puesto de La Jaiba, el mismo, sin equivocación posible. Así que no le habían perdido la pista ni por un momento. Todo, todo estaba al descubierto. El cerillo seguía ardiendo entre sus dedos, a punto de quemarle la piel. Sollozó.

—¡Ya me torcieron, mis jefes! —dijo en un soplo—. ¡Qué le vamos a hacer! —se dejó caer de rodillas con una extraña lentitud, como si la oscuridad contuviera la caída de su cuerpo y la retrasara. Las tapas del maletín se habrían abierto al golpear contra el suelo, pues se escuchó el ruido de una cascada de plata. Mario quiso tomar de las manos, en la oscuridad, a cualquiera de los dos agentes, al más próximo, para besárselas, para llorarle, para suplicarle, pero tanteó una dirección equivocada sobre el vacío negro. Los agentes no se movían y algo como una esperanza comenzó a nacer en el alma de El Muñeco. Tal vez buscaban un acuerdo, una transacción, acaso el reparto del botín: la mayor parte para ellos, sin duda. La mano de Mario Cobián avanzó hacia el maletín, cuya tapa, en efecto, estaba abierta. Tomó al azar un fajo de billetes cualquiera, el primero, y lentamente, sin ruido, se puso otra vez de pie. Ya no sollozaba.

—¡Ahí les dejo todo el dinero, mis jefes! —ahora lo decía casi a gritos, la entonación ronca y dispareja—. ¡Ahí les dejo todo el dinero, con tal de que no me vayan a perjudicar! ¡Soy buena reata! ¡No me hagan nada, mis jefecitos! —pero antes de obtener respuesta ya corría como un loco desatado, perdiéndose en la noche mientras apretaba contra el pecho aquel magro botín del único fajo de billetes con que había querido quedarse.

—¡El muy imbécil! —se escuchó la voz de Eladio Pintos, que encendía en esos momentos una lamparilla de mano en forma de lapicero. Se adivinaba su expresión irónica a contraluz de la lamparilla cuyo círculo luminoso alumbraba el maletín despanzurrado lleno de billetes y monedas de plata—. Se ve que es una cantidad impresionante —dijo. Permanecieron en silencio, víctimas de un cierto grado de fascinación—. ¡Vámonos! —añadió Eladio—. No es problema que nos pertenezca ni, por desgracia, dinero del que podemos disponer. El tipo ése ha de ser alguno de los asesinos de tu prestamista. Pero en este género de luchas entre el bien y el mal —reía abiertamente con una desenvuelta carcajada— nosotros no podemos ser sino neutrales. El mal y el bien de nuestras vidas pertenecen a otro rango; no sé si por debajo o más arriba que éste —bromeó una vez más—. La divina providencia será la que en definitiva decida.

Eladio y Olegario echaron a caminar.

—Pero ¿qué? ¿La desterraron? ¿Fue enviada a algún campamento de trabajo? ¿Bajo qué acusaciones comprobadas o qué calumnias? ¿O nada más así, como se dispone de un animal de tiro? ¡Ólenka, Ólenka mía, pobrecilla!

Las últimas palabras de Olegario se perdieron en una vuelta del aire. El maletín con el dinero se quedaba sin dueño, escorado como un barco. En mitad de la noche. A la ventura.

Las rendijas de luz que salían de las puertas de su vivienda hicieron a La Magnífica detenerse a la mitad de la plazuela de la Candelaria de los Patos con la certeza de que la policía ya la esperaba dentro. Sí; Mario había matado a la pobrecita Luque y ahora la policía estaba ahí para que La Magnífica les soplara algo, pues de aquí salió El Muñeco a buscar a la Lucrecia —por culpa también de que La Magnífica se lo había dicho, le había dado el norte, como quien dice.

Sintió que por el hueco de los senos le corría un arroyito de sudor que se detuvo en el ombligo. Estaba indecisa. Entrar o no entrar. Mejor no. Luque estaba bien muerta, eso que ni qué, en ese mar de sangre de su departamento. Había sido El Muñeco, claro está. La quería tanto, el pobre, y ahora venderse de por vida a causa de ella. Pero La Magnífica permanecía inmóvil, no acertaba a dar un paso ni para atrás ni para adelante. La noche estaba completamente oscura; sólo aquellas rendijitas de luz. No haberle dicho nada; hubiera sido tan fácil no haberle dicho nada al Muñeco de que Lucrecia se largaría a Veracruz para no volverlo a ver jamás de los jamases en la vida. La Magnífica lloraba. El pobre Muñeco. La pobre Luque. Comenzó a llorar desde que había descubierto por el ojo de la llave el cuerpo que nadaba en sangre, de Lucrecia. Era muy buena. La Magnífica había ido al departamento de Lucrecia nada más por los vestidos y hasta con la idea de encontrarse ahí todavía con El Muñeco y no decirle nada, dejarlo, no reclamarle ni tantito así, pues quién era ella para eso. Pero ahora El Muñeco era suyo. Lo protegería, lo escondería, cambiaría su propia vida por la de él.

Dio unos pasos tímidos hacia adelante y cesó de llorar. Un aire caliente le dio en la cara, al mismo tiempo que, con rapidez de segundos, una mano se adelantaba entre sus muslos, por debajo de la falda, los dedos ansiosos, certeros, hábiles. El hombre jadeaba sobre su rostro, por debajo de la mejilla y trataba de derribarla con una pierna mientras la rodeaba por los hombros con el otro brazo.

—¡Déjate, jija de la chingada, si no te mato! —la voz queda, suplicante, apenas sin ternura. Aquél había sido el aire caliente que sintió sobre la cara. Algún cabrón de la banda de violadores de la Candelaria de los Patos. Buscaba la manera de pegarle en los testículos. Cayeron al suelo. La lucha era sorda, callada. Sintió sobre el hombro que, en efecto, llevaba un cuchillo en la mano. La mataría.

—Espérate, no seas pendejo. Por la buena todo lo que quieras, si al cabo soy puta —dijo con calma.

La violencia del hombre aflojó unos grados, el caliente jadeo se hizo más rítmico. La Magnífica empujó suavemente el cuerpo del hombre hacia un lado, tirados como estaban, a manera de volverlo en línea diagonal. Tenía en la mano la inesperada piedra suelta del empedrado. Era cuestión de hacerlo antes de que él pudiera usar el cuchillo. Se lanzó entonces a golpearlo entre las piernas como quien se lanza a un vacío donde todo se ignora, sin saber si él se le adelantaría, y golpeó con furia primitiva y desesperada, mientras se escuchaba un alarido feroz, donde ya no había siquiera odio.

Corrió hacia las rendijas de su casa, de todos modos. Dejaba atrás un montón de tinieblas gimiendo en el suelo. Estaba frito, que se jodiera el cabrón. La puerta de la vivienda se abrió de golpe, pero no eran los agentes.

—¿Qué pasó? ¿Con quién fue el lío? ¿Mario?

Era La Jaiba. Apagaron el foco. Ahora todo estaba lleno de cosas en la oscuridad concreta, dimensiones múltiples por todos lados, una ansiedad y un miedo en la piel, pero una piel que era todo lo existente, las dos mujeres ahí dentro, como hermanas, despellejadas de pavor, miedo de putas.

—Un desgraciado que me quiso coger a fuerzas —respiraban como yeguas después de una carrera, ese miedo a la policía, bañadas en sudor, una en los brazos de otra, temblando—. ¡Ay manita! Vi a Lucrecia tirada en el suelo de su departamento muerta en un charco de sangre —las dos sollozaron de

un modo convulso y silencioso, igual que sordomudas.

—La mató El Muñeco, yo ya lo sabía —musitó La Jaiba—. Él mismo me lo dio a entender. Por eso vine a buscarlo. La policía ya lo anda buscando —parecieron caer en una inconsciencia larga y vacía, entontecidas. La Magnífica se orientó hacia su cama y tanteando en las tinieblas se sentó, sin pensamientos, sin saber qué podría hacerse. Tal vez El Muñeco viniera a buscarla para pedirle ayuda, pero no, más bien iría en busca de La Jaiba. ¿Pero por qué entonces La Jaiba estaba aquí en lugar de esperarlo en su propia casa? ¿Por dónde andaría Mario? ¿No lo habrían agarrado ya?

—Yo estoy dispuesta a poner todo mi dinero con tal de que se salve. Nos iremos él y yo a esconder por ahí, donde sea.

La Jaiba parecía hablar para sí misma, desde una soledad incierta, sin porvenir, pero ya decidida. En el primer momento La Magnífica sintió una especie de gratitud, sin darse cuenta de lo que significaban los propósitos de La Jaiba. Pero en seguida advirtió aquel inesperado e injusto despojo. Saltó en la oscuridad dispuesta a todo, trastornada.

—¡No! Eso sí que no se va a poder —en su voz había una temblorosa modulación de extravío—; la que se irá con El Muñeco soy yo. Yo le daré lo que me pida. Lo que sea, hasta la última gota de mi sangre.

La lucha de voluntades era más desnuda, más cruel y obscena en la oscuridad. La Jaiba lanzó una carcajada de odio repentino.

—Traje todo mi dinero encima. Ya verás a quién escoge Mario cuando venga.

Aquello era más de lo que La Magnífica podía resistir. Se sintió derrotada, capaz de arrodillarse ante La Jaiba y suplicarle con todo su corazón, con toda su vida y su alma, le dejara al Muñeco o le permitiera ir con ellos. Pero no. Había que arrancarse entonces las entrañas.

—Ya que así lo has querido, no será pa ninguna de las dos. Voy a dar aviso a la policía.

Salió corriendo, sin importarle nada, de golpe, al grado de que La Jaiba no se dio cuenta sino hasta segundos después. Entonces se lanzó tras de ella. Las dos aullaban en la noche como un negro pedazo de viento desencadenado.

XXI. Vittorio Amino

El aire del parque, a las seis de la mañana, era delgado y límpido, con la frialdad acariciante de la anestesia local que se aplica a la superficie de la piel: un alivio de hielo en los poros con fiebre, la maciza alegría respiratoria del cuerpo entero, cierta cosa como de sabor a menta pero que tan sólo se podría gustar mediante el tacto. Con una perplejidad que nunca experimentara antes, a Jacobo lo perturbaba hasta un extremo inquietante la incongruencia de su estado de ánimo en medio de estas sensaciones físicas pictóricas de oxígeno, de ozono, de alegre frío, en un banco del parque, la carta de Vittorio abierta entre las manos y que terminaba de releer, por vigésima vez, con un estupor vacío de pensamientos y lleno de fatiga. La carta debió llegar por la tarde del día anterior pero Jacobo no tuvo la ocurrencia de ver en el buzón de su departamento sino hasta hoy, haría menos de una hora. Miró su reloj sobre la muñeca delgada y frágil; no, hora y media desde su salida del edificio: resultaba que el tiempo transcurría para él con un ritmo diferente al del tiempo astronómico. Su desazón iba en aumento, ahora convirtiéndose lentamente en un miedo espectral, de orígenes informulables, miedo a ese miedo sagrado de Abraham al volver la cabeza y ocultar el rostro ante la presencia viva y terrible de Jehová, anonadador e infinito entre la zarza en llamas. Por los senderos del parque, en direcciones opuestas y entrecruzadas, caminaba con hermética prisa la gente de las seis de la mañana, la misma en cualquier ciudad del mundo, sin verse, con la experta ceguera de sonámbulos amaestrados. Obreros y obreras que no hablaban entre sí, o por otra parte, raudos ciclistas, la mayoría de edad madura, que evidentemente no usaban la bicicleta a guisa de deporte, sino para trasladarse al sitio de sus míseros y anónimos empleos, hombres y mujeres irrealizados por un trabajo abstracto, en absoluto sin ninguna otra finalidad que no fuese la de alimentarse ellos y sus familias. Un trabajo que no era suyo, sino de sus alimentos.

Sí; la carta de Vittorio por fin había llegado. Jacobo sintió sobre la epidermis, con una exactitud mayor y más meticulosa, la helada anestesia de aquel viento líquido de diciembre. Una idea recurrente, se dijo, mucho más que una sensación; una idea que se piensa a sí misma por medio de la piel, no con el cerebro. Dos cuestiones: primera, el viento *real* no debía ser así, como Jacobo lo sentía, sino de otro modo; segunda, los demás no lo sentirían, en consecuencia, de ningún modo en la misma forma que él: *el suyo era otro frío*.

—Cloruro de etilo —musitó con un ligero parpadeo de los labios. La memoria sensorial del cloruro de etilo, diminutas esferas de rocío espolvoreadas por el médico con el atomizador sobre su ingle derecha, cuando, años atrás, le fue atendida la infección de una hernia recién operada. Pero hoy era todo el cuerpo, todo el cuerpo envuelto en la llovizna del cloruro de etilo, una gasa que lo aislaba, que hacía incompatibles sus pensamientos, aunque, en realidad, este aislamiento moral tenía el sentido de una anestesia aplicada al revés, no para salvarlo a él del sufrimiento, sino a otros, para que otros comunistas pudieran escapar al espantoso dolor de muelas del raciocinio. Una frontera, un meridiano de angustia se tendía así entre Jacobo y los demás. De una parte el mundo de sus camaradas de todos los países envuelto en el velo nebuloso del cloruro de etilo, y aquí, en este otro hemisferio del vacío, en la tierra de nadie donde Jacobo estaba encadenado, la empavorecida y sangrante minoría, también mundial, de los comunistas del silencio, seres automalditos que velaban sus armas, poco a poco muertas, sin que pudieran compartir, con nadie más, la verdad amarga y desgraciada de su dios, llameante en medio de las zarzas, el dios cuyo nombre, sin embargo, se pronunciaba con la dulzura de un poema: Stalin.

Ambassade du Mexique. 9 Rue de Longchamp. París. Vittorio se permitía la jactanciosa licencia — rasgo tan peculiar en su desenvuelto y osado cinismo — de escribirle en el papel oficial de lujo de la embajada — de la que era un visitante íntimo en París —, papel sustraído, sin duda de algún modo ingenioso, a espaldas de los funcionarios. De pronto, inesperada y artera, la sombra de un rencor distante empañó la memoria de Jacobo con el recuerdo de las circunstancias que rodearon su primera relación con Vittorio, en el departamento de Magdalena.

Sonrió con una mueca triste: la llave en prisión, la llave prisionera, paradoja extraña. Y estaba Mona Pomona, la suave guardián de la llave, con su negra cabellera de rojos destellos, la mirada quieta, serenamente contemplativa de sus ojos azules y sus largos dedos maravillosos, acariciantes y flexibles hasta la danza, esbeltos como el cuerpo de una bailarina (¿por qué, impensadamente, le recordaba ahora y de modo entrañable a Clementina, su mujer?). Jacobo había tomado en el aire, acogiéndola en el hueco de las manos, la cajetilla de cerillos con la llave prisionera que Magdalena le arrojaba desde lo alto de la terraza de su departamento — en el quinto piso, sobre la vasta avenida bordeada de árboles grandiosos — para que abriera la puerta exterior después de anunciarse, conforme a la costumbre, con dos alegres y vibrantes timbrazos. Ahí estaba Mona Pomona, impresa en la asombrosa cajetilla, una de las tantas reproducciones de grandes pintores — Botticelli, Velázquez, el Tiziano, Goya, Van Eyck, Quentin de La Tour — con que una marca mexicana de cerillos añadía una nota de tropical afecto por la cultura al producto de su fábrica. Echó una mirada a la reproducción del cuadro de Rossetti mientras extraía la llave del interior de la caja (¡absurdo! Pero ¡qué relación tan íntima, tan llena de evocaciones y nostalgias, establecía hoy entre la Mona Pomona de los cerillos y su propia mujer, Clemen, como si el parecido entre ambas fuese mayor y más autobiográfico, para Jacobo, de lo que jamás hubiese esperado!) y después de abrir subió las escaleras hacia el quinto y último piso — el séptimo cielo — donde ya lo aguardaba Magdalena.

Seguida de Jacobo, quien había cerrado la puerta a sus espaldas, Magdalena cruzó la estancia para dejarse caer sobre el sofá, boca abajo y un tanto extrañamente convulsa, el rostro oculto entre los brazos.

— ¡No vuelvas a llamar de ese modo estúpido! — exclamó en una voz al mismo tiempo sorda y sobresaltada—. ¡Dios! ¡Tengo los nervios bestialmente a flor de piel! — Jacobo no comprendía. Estaba asombrado, preocupado, con un desconcierto enorme ante la actitud, que no creía merecer, pero ante todo tan por completo desconocida, imprevista e injusta, del Magdalena. Se despojó del impermeable con despaciosos e inconscientes movimientos que no eran sino el reflejo invertido de una ansiedad angustiosa, que no podía definir — tal vez la recóndita premonición de la pérdida de Magdalena, un misterioso aviso psicológico — pero que le golpeaba el pecho con galopantes y atroces latidos. Sin apartar la vista de Magdalena, de pronto triste y con una especie de rotura en el alma, se sentó junto a ella en el sofá, la mente en desorden, tratando de precisar algo concreto, cualquier certeza sólida, en este inesperado porvenir del amor de ambos, que se presentaba como un deshabitarse de sí mismo, una caída hacia ningún punto, sin referencia a nada, sin Magdalena. Ésta no caería con él. Permaneció inmóvil, mirándola, pero en seguida advirtió con terror, por los breves estremecimientos del torso — bajo el negro suéter de grumete, de personaje de Moby Dick, en derredor de los salientes omóplatos — que Magdalena sollozaba. Aquello era más grave de lo que había supuesto. Adelantó la mano temblorosa y la deslizó a lo largo de la espalda de Magdalena en una caricia aprensiva y tímida, como si lo hiciera por

primera vez, como si comenzaran, como si Magdalena no le hubiese pertenecido nunca.

—¡No! —silbó ella con inédita y asombrosa cólera, mientras rechazaba el peso de la mano con una brusca sacudida de los hombros.

—¿Qué te pasa, Magdalena? —la voz de Jacobo era insegura, una voz débil y suplicante, vencida de antemano—. ¿Qué sucede, amor mío?

A tiempo que se oprimía las sienes entre el pulgar y el índice, Jacobo cerró los párpados tras la mano y así los mantuvo durante largos minutos de quietud vacía, de incomunicación y soledad incomprensibles. ¿Cómo era que había ocurrido esto? ¿Por qué, de un día para otro, había sobrevenido esta absurda catástrofe, este alejamiento? No se trataba de él, sin duda —pensó con amenazada y vacilante esperanza—, debía de ser otro el problema, no de él, no de ellos, no de Magdalena y Jacobo; algún idiota asunto familiar, algún telefonema impertinente —tan habituales, por lo demás— de la madre de Magdalena desde Nueva York, que la habría sacado de quicio. Quién sabe. Hacía los más pueriles intentos por tranquilizarse de algún modo.

Súbitamente Magdalena giró sobre sí misma en el sofá volviéndose hacia Jacobo, el rostro despejado y radiante, la mirada luminosa y una cándida sonrisa de traviesa culpabilidad en los labios, el cuerpo sostenido sobre los codos. Como un curioso chac-mool maya.

—¡A la mierda! —exclamó con impetuosa y alegre jovialidad, echándose el cabello hacia atrás con un gracioso movimiento de la cabeza, casi varonil, igual que un toro joven, y divertido, que corneara al aire—. ¡A la mierda! —se arrojó sobre Jacobo ciñéndole el cuello con los brazos y besándole el rostro aquí y allá, con la aleteante fugacidad de los pequeños besos de una golondrina—. ¡Ya pasó! ¡Se acabó! ¡A la mierda! —ahora permanecía en el sofá, encima de sus propias piernas cruzadas, la falda de campana cubriéndole las rodillas redondas y macizas, como el telón tendido a lo ancho de un anfiteatro, los ojos clavados con una mirada de curiosidad inquisitiva y burlona sobre la expresión perpleja y aturdida de Jacobo—. Perdóname, Jacobo —explicó con el entrecejo fruncido, lo que daba a sus palabras un toque de veracidad y objetividad intachables, del mismo modo en que la firma de gran crédito inspira una confianza mágica al pie de cualquier cheque bancario—. Pero en fin de cuentas la culpa no ha sido mía. ¡Ni tuya, evidentemente! —corrigió en seguida con enérgico apresuramiento; luego se encogió de hombros, la actitud del sumiso fastidio de quien acepta una fatalidad más allá de las previsiones humanas—. Vittorio, ¿sabes? Bien; tú no lo conoces. ¡Qué tonta! ¡Vittorio! ¡Vittorio! —sin embargo subrayaba el nombre como si Jacobo debiera haberlo conocido por fuerza, pero se hubiese olvidado de Vittorio por alguna razón sospechosa y egoísta—. ¡Vittorio! —insistió, empero sin la menor lógica—. Cada vez que anuncia su visita me enferma, me ataca los nervios. ¡Uf! Lo conocerás dentro de pocos minutos. Ya no pude negarme por centésima vez a que viniera, después de que ya tiene dos meses, ¡dos, fíjate!, de haber llegado de Italia y aún no nos hemos visto. ¡Qué tipo! —Magdalena hizo una pausa reflexiva. En medio de todo, quería ser justa—. Aunque por otra parte —añadió—, si se le considera desde el punto de vista de las gentes de su mundo, de ese mundo correcto y frívolo, ligero y encantador, que no se escandaliza de nada si las cosas se hacen bien y con ingenio; ese ambiente, ese planeta deliciosamente depravado (bien, algunos personajes de Proust, más o menos) de los altos círculos sociales —arrastró estas últimas palabras con una entonación de irónica duda y una jocosa mueca de elocuente escepticismo—, los círculos sociales de Nueva York, de Roma, de París; si lo examinas sin abstraerlo del contexto de su vida en sociedad, Vittorio resulta fabuloso, te diría que extraordinario —pareció darse cuenta de que su justificación de Vittorio había dejado en el aire un hilo imperceptible, sutil, de celos—. ¡Qué tontería! —repuso con desenfadada inocencia, en efecto

dirigiendo sus palabras hacia el punto intermedio del vacío donde, entre ellos dos, entre sus dos rostros frente a frente, podría encontrarse aquel hilo metafísico. Sus ojos, que tenía puestos sobre los de Jacobo, pero cuya mirada se había detenido a mitad del trayecto sin llegar a los otros, adquirieron entonces una rara indeterminación, algo como el desdoblamiento de su propia inmovilidad, a través de cuya misma fijeza, igual que la falsa luz de una estrella extinguida, se filtraba cierto vago y escalofriante extravío—. ¡Qué tontería! —repitió Magdalena, casi con regocijo—. Pese a que me parezca encantador —prosiguió—, Vittorio está fuera de campo. Te saltará a la vista: homosexual, por supuesto. En gente como él no puede ser de otra manera, ¿comprendes? Resulta natural, muy propio, de buena educación. Digo, un requisito necesario, de observancia obligatoria. La anormalidad radicaría en que no lo fuese. Ya lo veo, en la circunstancia opuesta, requerido por alguno de sus semejantes. ¡Cómo! ¿No es usted homosexual? ¡Imposible! ¡Qué abominación! ¡No faltaba más! Lo recomendaré a mi psiquiatra. Acuda en seguida. Hoy mismo. ¡Prométamelo, querido, no se porte usted como una mala persona!

Ambos habían comenzado a reír desde que Magdalena impuso a sus palabras una vehemente tónica de absurda y sincera seriedad, a partir de que dijo que en gentes como Vittorio aquello no podría ser de otra manera. Magdalena lo actuaba de un modo delicioso: matizaba las frases con vivas y cómicas expresiones de piedad o súplica, encogía los hombros, negaba con un nervioso tintineo de la cabeza, volvía las palmas de las manos hacia afuera, como quien enfatiza una evidencia que no necesita comprobación, y daba al asombro de sus ojos, abiertos a la máxima capacidad, la escala justa de escándalo con que la virtud comparecería, horrorizada, ante los aspectos más desnudos e inconcebibles del vicio.

—¡Cómo! ¿No es usted homosexual? —a estas alturas Jacobo y Magdalena se desternillaban.

—¡Ya, ya, por favor! —pedía Jacobo en hilarante imploración, saltándole las lágrimas de los ojos. Pero no bien dominada su propia risa, Magdalena repetía el pasaje con nuevos giros y matices.

—¡Conque no es usted homosexual! ¡Ajá! ¡Grave, muy grave! Bien; no puede permanecer en tal estado. ¡Eso no, terminantemente! Habría que pensar en que comenzara usted a dar los primeros pasos. Poco a poco, se entiende, sin precipitaciones. Al principio, algo de nada, cualquier cosa —con un encogimiento de hombros—. ¿Después...? ¡Bueno! Después..., ¡pst! —y aquí Magdalena ya no podía más y remataba la farsa con un parabólico ademán de supremo y elegante desdén. Tiró de la mano de Jacobo conduciéndolo hacia el rincón del bar—. Tomemos algo. ¡Dios Santo, qué modo absurdo de reír!

La memoria de Jacobo se inmovilizó de pronto como en virtud de una cierta pereza del recuerdo. Dobló la carta de Vittorio y la introdujo en el bolsillo interior del saco, idiotamente, pensó, sobre el corazón. Aún era muy temprano para irle a Magdalena con la carta; habría que esperar otro poco más de tiempo, sentado en este banco del parque, con el alma sacudida, oprimida por las tormentas interiores que sobre ella desataba el impiadoso y lúcido razonar de su inteligencia en pleno ejercicio de vivisección. «Por supuesto, no podían adoptar ninguna actitud más lógica, más consecuente, más natural», se dijo con una especie de furioso sarcasmo. «No sé cómo pude esperar algo que no fuese lo ocurrido; algo que habría sido poco menos que una copia del paraíso. Tan ridícula e ingenua como el paraíso. Por supuesto, por supuesto...»

(Jacobo volvía al análisis, insistente y enfermizo, de las proposiciones que, no a nombre del secretariado pero con su consentimiento extraoficial, le había hecho la noche anterior, en su estudio, Ismael Cabrera. Primero tocó Ismael el problema en sus aspectos más generales, que pretendía, no

obstante, fueran tomados por Jacobo como cuestiones de principio —los espantosos lugares comunes de siempre, en fin de cuentas—: ante todo, proporcionar armas al enemigo —¡por Dios, una muletilla tan vieja que ya Marx y Engels la habían desdeñado con el mayor desprecio desde los tiempos de su polémica y rompimiento con Lassalle!—; no facilitar argumentos, «por desgracia verdaderos en este caso, como lo sabemos tú y yo», que sirvieran a los enemigos de la Unión Soviética y que sin duda desmoralizarían, de paso, a las gentes cercanas al partido. En fin, después, la proposición cardinal, la que les interesaba: Jacobo debía desistir de ocuparse un minuto más en el caso de Emilio Padilla —cierto, detenido desde hacía algunos años en la URSS, aunque nadie estaba en condiciones de afirmar, opinión de Ismael, si no fuese, en efecto, por actividades contrarrevolucionarias reales— y trasladar al secretariado toda la documentación al respecto que tuviese en su poder. En la circunstancia de aceptar la propuesta, la situación de Jacobo dentro del partido no sufriría alteración alguna, proseguiría impartiendo su curso teórico y, más adelante, la dirección del partido gestionaría para él un viaje a Moscú, donde Jacobo tendría la oportunidad de completar y profundizar sus conocimientos en alguno de los institutos del Estado. Caso de no aceptar Jacobo la perspectiva, no había sino quedarse con el peor aspecto de la curiosa ecuación: Jacobo sería expulsado del partido.

—¿En qué razones se apoyarán para expulsarme? —preguntó entonces Jacobo con brutalidad, ya un poco ebrio de náuseas. La expresión de Ismael no se había alterado al responder; prodigiosamente no sufría el menor cambio para decir las cosas opuestas a sus proposiciones anteriores. Era otro espíritu, el doble del espíritu de Ismael, pero conservaba en su rostro la misma disposición laxa e inexpresiva de los músculos, del rictus de los labios, del brillo de los ojos, como una máscara de cuyo interior podrían salir las frases de significado más contradictorio, sin que esto modificara las facciones, como si los dos lenguajes, el de las palabras y el lenguaje del gesto, se excluyeran, hubiesen sido separados por el tajo de una guillotina, igual que un faquir dormido y deshumanizado. Jamás se encontraría un testimonio tan elocuente del sentido de nuestra época como la capacidad de incomunicación de que puede disponer el rostro de un sacerdote del partido.

—Se te expulsará —dijo— por incurrir de modo deliberado y consciente, al servicio del enemigo, a través de tus clases y tus escritos, en las más graves y dañinas deformaciones revisionistas de la teoría, que te colocan, *objetivamente*, en la situación de un traidor a la clase obrera y a la causa del comunismo.)

Aquellas palabras de Ismael ya eran casi literalmente el texto —que Ismael mismo redactaría— de su expulsión del partido, pensó Jacobo sin que en su mente pudiera tomar forma alguna este pensamiento, un vacío, una extensión sin contornos, la idea precisa de la nada. Lo expulsaban atribuyendo el hecho a razones en absoluto diferentes de aquéllas —las verdaderas— que les era imposible esgrimir. En esto, en la imposibilidad de esgrimir las razones verdaderas, residía la esencia de la cuestión. «La verdad es concreta —decían los ideólogos—; ningún conocimiento, ninguna lucha, por ende, se pueden fincar en una verdad abstracta.» Jacobo estaba listo a compartir este punto de vista. Pero..., ¿no era *concreta* la verdad de las persecuciones, encarcelamientos y asesinatos de *comunistas* en la URSS? ¿No era una verdad *concreta* la injusta y estúpida prisión de Emilio Padilla, en vaya a saberse qué punto ignorado de la Unión Soviética? ¿No era una verdad *concreta* la de su propia expulsión del partido, sustentada en una mentira no menos *concreta*?

La otra parte de su yo, la otra parte de su espíritu atrozmente dividido, le replicaba: no; esas verdades concretas no son sino pequeñas y aisladas mentiras dentro del proceso de una realidad general que seguirá su trayectoria, a pesar y por encima de todo. Las miserias, las sordideces y los crímenes de

Stalin y su grupo serán vistos por la sociedad comunista del mañana como una oscura y siniestra enfermedad de los hombres de nuestro tiempo, del atormentado y delirante siglo XX, que, con todo, habrá sido el siglo de las más grandes e inconcebibles premoniciones históricas de la humanidad. Época nuestra que apenas encuentra un débil y desdibujado paralelo en la de los profetas del Viejo Testamento y en el suplicio espiritual sin límites que padecieron, al encontrarse cara a cara ante la verdad incomunicable del hombre, verdad tan poderosa y aniquiladora que ellos no podían transmitir sino mediante groseros símbolos y toscos misterios religiosos y tribales. Hay que repetirlo, ciertamente: la verdad es concreta en el tiempo y en el espacio. Debe ser callada o dicha conforme a estas relaciones estrictas, pero nunca, por ningún concepto ni por ninguna razón, fuera de estas relaciones. Debemos ver los hechos con desolada e intrépida valentía humana, pues para eso somos comunistas. Las caídas, las injusticias y aun los crímenes en que haya incurrido nuestra causa, son crímenes, injusticias y caídas que comete nuestra misma causa —por más pura e intocada por el mal que la concibamos— cuando se vuelve una verdad concreta para los hombres de una época y un tiempo enajenados. Es el hombre mutilado y preforme de nuestro tiempo, son pues, los hombres mismos, y de entre ellos los mejores, quienes devienen asesinos en virtud de llevar entre las manos la brasa ardiente de aquella otra verdad concreta, pero más real —o en rigor, la única real— que sí puede transmitirse. También serán castigados, claro está, serán castigados aun después de muertos. Pero mientras tanto, la historia —y así es, aunque no lo queramos, de un modo objetivo— no nos permite hablar y denunciar todo y en cualquier momento: el hombre no se encuentra aún a la altura de ese nivel que le permita resistir el desencanto de sí mismo, digamos, la autocrítica radical con la que se humanizará en definitiva. A la luz de esta afirmación, nada podrá aparecer, por ejemplo, más impresionante, más desgarradoramente tremendo y bello, que el sacrificio inaudito de los hombres que fueron sentenciados a muerte por los procesos de Moscú, en la condición de víctimas conscientemente dispuestas a cubrir sus nombres de ignominia, sacrificio al parecer incomprensible, mas para el cual será difícil encontrar siquiera una comparación aproximada en cualquier otro de los momentos más elevados de la heroicidad humana del pasado. Mañana la historia reivindicará como héroes, a despecho de los errores, vacilaciones y debilidades de su vida, a los gloriosos seres humanos que supieron y pudieron aceptar un estigma infamante ante el mundo entero, los nombres de Bujarin, Piatakov, Rykov, Krestinski, Ter-Vaganian, Smimov, Sokolnikov, Zinóviev, Kámenev, Murálov y tantos otros más.

Por lo pronto, se dijo Jacobo con irónico y curioso alivio, lo suyo era de los diablos. En ese futuro que soñaba —quién sabe cuán distante aún de convertirse en realidad— los comunistas de los años treinta (Jacobo ingresó en el 29) serían juzgados como la generación de luchadores que no sólo vivió torturada por los más extraños tormentos morales, sino ella misma una generación extraña, singular y asombrosa, de igual modo por cuanto a los que vivieron esa tortura, como por cuanto a los que no tenían condiciones éticas para percibirla ni sufrirla, sin dejar, empero, de ser una especie de comunistas ferozmente abnegados, intrépidos, útiles y espantosos. Acaso estos últimos más singulares (y por cierto que los de mayor número), más desconcertantes y extraños que los primeros, para el futuro historiador que los analizase. Tan extraños que apenas podría decirse que fueran seres vivientes y sensibles, con un resto de verdadera humanidad en la conciencia. Jacobo pensaba precisamente en Ismael Cabrera.

Intentó distraerse examinando otra vez el paso de los obreros que todavía cruzaban el parque en dirección de su trabajo. Pero ¿no era aquel obrero viejo, con el traje de mezclilla manchado de aceite y que ahora salvaba un seto por encima del césped, no era por casualidad Eusebio Cano, el camarada tranviario del partido? Naturalmente que sí. ¡Qué descanso el haberlo visto y tener la ocasión de charlar

unos minutos con él! Sintió desde ese mismo momento la necesidad de una charla como la que podría proporcionarle el viejo Cano, fresca, sin complicaciones, directa y cargada de problemas vivos. Le preguntaría sobre la huelga del transporte, planeada para estallar esta mañana a las doce, según los informes que le proporcionara Olegario Chávez. Lo maravilloso que sería participar en la huelga, ayudar de algún modo: Jacobo pensó que si se lo pidiera al camarada Cano, quizá lo podrían incorporar en las brigadas volantes de oradores encargadas de llevar a cabo mítines-relámpago entre los huelguistas. Se puso en pie de un salto para correr al alcance del viejo tranviario, quien estaba al borde de la acera, a punto de cruzar la calle.

—¡Camarada Cano! —jadeó a sus espaldas, mientras le ponía una mano en el hombro—. ¡Camarada Cano!

El viejo Eusebio se volvió hacia Jacobo con un esbozo de sonrisa en los labios. Iba a decir una cosa amable, pero su impulso se retrajo de súbito, reprimido por una reacción que llegaba con retardo y que, por eso mismo, hacía más notoria su falta de espontaneidad y el artificio, carente de sentimientos verdaderos en tal sentido, con que se imponía sobre el agrado que le causara, un segundo antes, el encuentro con Jacobo. El semblante de Eusebio Cano adquirió así una dureza torpe, equívoca, tanto más brutal cuanto más insegura, con el agitado y culpable parpadeo de sus ojillos grises que, en una forma por completo desconocida para Jacobo, ahora sesgaban inciertamente la mirada con el más deplorable y doloroso titubeo de innoble cobardía. Un Eusebio Cano ignorado, secreto, zoológico, cuya inesperada preexistencia sólo podría haber aflorado en esta forma a la superficie a causa de una repentina suspensión del entendimiento, de una misteriosa parálisis de su ser racional. Al principio no había podido pronunciar palabra, pero a la medida en que algo como el ansioso apremio de un deber sagrado forzaba al viejo Eusebio a imponerse una actitud y una personalidad, ajenas a las suyas de costumbre, pero respecto a las que debía conducirse en consecuencia, su rostro se congestionaba poco a poco, con cólera y desprecio cada vez más reales, hasta que por fin prorrumpió con sobresaltada y bronca voz.

—¡Yo no soy su camarada y me ofende con sólo llamarme de ese modo! Porque no puede ser camarada ni dirigirle siquiera el saludo a individuos que, como usted, han sido expulsados del partido por traidores.

—¿Pero qué le pasa, compañero Cano? ¿Qué está usted diciendo? —comenzó Jacobo a balbucir, pero ya el viejo tranviario cruzaba la calle y se perdía culebreando agitadamente entre los automóviles.

Jacobo no quería aceptar que fuera cierto. Pero ésta era la cosa: cuando Ismael Cabrera estuvo ayer mismo en su estudio, por la noche, para proponerle una suerte de miserable acuerdo, ya era del dominio público en el partido su expulsión, como lo demostraban las palabras de Eusebio Cano.

Se dijo Jacobo que en adelante ya no iba a encontrar, en nadie más de sus camaradas, ningún otro rostro que tuviese una expresión distinta a la del rostro de Eusebio Cano, santificada, deshumanizada por el espíritu dogmático de partido.

XXII. Magdalena

Aquella vez, cuando conoció a Vittorio en el departamento de Magdalena, Jacobo se había sobresaltado con el timbre que llamaba desde la puerta de la calle, como si lo hubiese tomado desprevenido. Tres toques largos y uno corto, tres rayas y un punto, conforme a un imaginario alfabeto Morse. Magdalena sonrió con un fugaz destello de burla inaprehensible en la mirada, que habría durado a lo sumo una fracción de segundo, nada que pudiera parecer inquietante, pero que a Jacobo le hizo sentir cierta vaga incomodidad. La caja de cerillos —Mona Pomona— había quedado sobre la chimenea. Grotesca chimenea-canguro que en lugar de leña funcionaba con el fuego marsupial de un calentador eléctrico instalado al fondo de su entrada. Jacobo siguió con los ojos la mano de Magdalena que tomaba la caja de cerillos para arrojarla a Vittorio con la llave dentro. La misma operación que realizaba para él, el mismo rito, que ahora perdía su carácter sagrado y exclusivo, aunque era lógico suponer se celebrara de idéntico modo con todos los visitantes. Pensó, por obra de la ciega analogía deductiva a que sutilmente lo impulsaba un amor temeroso de ser traicionado, si los tres toques del timbre no fuesen *también* una señal convenida entre Magdalena y Vittorio. ¡También! ¡Por Dios!, esto era comenzar a construir ese involuntario monumento a la intuición y a la paciencia, al cálculo y a la sagacidad, ese monumento frío y venenoso, lógico como un teorema, que son los celos. Se sintió avergonzado. Estaba poniéndose tonto, se dijo mientras una ola de rubor le subía a la cara.

—Cuando *él* llegue —le había dicho Magdalena—, por lo que más quieras no te vayas a marchar, Jacobo. Si ve que te marchas, *él* ya no querrá salir de aquí hasta la noche —esta reiterada abstracción de Vittorio, sustraído a una singularidad cualquiera bajo el pronombre *él*, en labios de Magdalena lo transformaba precisamente en algo más íntimo y concreto, un cómplice más definido de lo que Magdalena misma pudiera imaginarse—. No te vayas a marchar —al propio tiempo, empero, Magdalena suplicaba en una forma grave, impotente y misteriosa, con la reprimida ansiedad de un mensaje bajo censura y la inquietante esperanza, disimulada por ominosas razones, de que en sus palabras se adivinara determinado sentido premonitorio que a ella le estaría prohibido revelar. Jacobo experimentó una viva alarma. La había tomado de los hombros, sacudiéndola.

—No es que Vittorio te ataque los nervios, que te enferme, como dijiste antes. Es que le tienes miedo. Tienes miedo de Vittorio. ¿Qué clase de miedo? ¿Y por qué?

Al parecer, la palabra miedo había dado en el blanco. Magdalena se apartó de Jacobo con un suave desprendimiento y fue a sentarse lenta y ausente en el sofá, las manos juntas entre las rodillas, los ojos fijos con neutral obstinación sobre la alfombra e incomunicada de pronto por el hechizo de una desgarradora e inmóvil melancolía. Permaneció sin hablar largos instantes, extranjera en el planeta, sumergida en un yerto estanque del pensamiento.

—Me persigue —dijo luego con una voz blanca y pareja—, me persigue —hablaba como a través de un hilo telefónico de larga distancia, el espectro de su propia voz que subía desde el fondo del estanque—. Me persigue. Pero no, no *él*, sino su imagen. La recuerdo, la sueño, me atormenta en mis pesadillas, sin necesidad siquiera de que yo vea esa imagen en la forma determinada que tiene como Vittorio, como un ser específico que se llama Vittorio Amino. Durante mi pesadilla de siempre, por ejemplo. La que tú ya sabes, a la que le tengo tanto horror. Estoy en este barrio sórdido de lumpenproletarios, rodeada de maleantes solícitos y engañosos; me cercan, sonríen, tratan de conducirme, saben que el barrio no tiene salidas para nadie que no sea de ahí ni pertenezca a esa cofradía siniestra donde están conjurados todos sus habitantes, incluso los perversos niños, hipócritas,

sonsacadores y llenos de maldad. Intento salir, evadirme, cada vez con mayor angustia, pero ante todo sé que no debo demostrar el miedo, el miedo enloquecedor que me domina, pues al menor síntoma, al más pequeño descuido, se desatará sobre mí, en las formas más abyectas, la cínica, la inmunda agresión de una canalla delirante, hombres, mujeres, niños y ancianos, ebrios de obscenidad. Pues bien; de pronto descubro en el sueño una cosa todavía más aterradora: todo aquello, el barrio tenebroso, los hampones que se me aproximan, furtivos e inaparentes, con una sonrisa sibilina en los labios, los callejones sombríos que a la vuelta de una cuadra, cuando creo encontrar la salida, están cerrados por una pared impávida; todo ese encontrarme atenazada por la zozobra, todo ese ciego delirio de escapar, no es sino Vittorio, una forma de su imagen, una forma de oscuro significado donde las cosas aparecen como el desdoblamiento antropomórfico de Vittorio, pero del que también Vittorio podría no ser sino el pretexto, la excusa. Sin embargo, hay más aún.

Magdalena hizo una pausa. Continuaba en su misma posición del principio, inmóvil como un simple aparato mecánico de experimentación, en el que los dedos de las manos eran el único registro sensible, entrelazándose unos con otros, retorciéndose.

—Hay todavía más —ahora por entre sus palabras parecía filtrarse un viento helado y silbante—: la certeza de que el sujeto de mi pesadilla se trasladará de modo inevitable, tarde o temprano, a los estados de vigilia. Entonces —y aquí Magdalena giró la cabeza en su torno, recorriendo las cosas con una mirada de pánico—, entonces la lámpara, el sofá, la chimenea, la pared, la almohada, podrán ser *él*, podrán reflejar la imagen de Vittorio cuando yo menos lo piense. ¿Lo comprendes? —lo interrogaba con una doliente contracción de incierta y anhelante duda en el rostro—. No, no es fácil —se repuso a sí misma, el aire de tristeza y desaliento que se entregan al vacío. Pareció hacer un esfuerzo—. Debes comprenderlo. De ninguna manera se trata de Vittorio, de la persona de Vittorio, física ni de otra índole. Vittorio, el de la vida real, no es sino un símbolo misteriosamente escogido por una ansiedad que quiere romper su cerco y que necesita expresarse o ser expresada de algún modo; no de un modo cualquiera, sino del que le corresponde y busca, pero que, al mismo tiempo, es el modo, la escapatória, o si así lo quieres, la realización que esa ansiedad ignora e ignorará siempre. Se trata de una ansiedad autófaga, que se revuelve dentro de su propia sustancia, mordiéndose la cola, y entonces hace del obstáculo que se le opone la materia misma de la cual se alimenta, de la que se nutre para no escapar de su propia prisión. ¿Ahora lo comprendes mejor? Mi *sujeto neurótico* no es Vittorio sino el obstáculo en sí, aquella cosa en que ha de consistir el obstáculo: el género, la naturaleza, el hombre de la barrera que no conozco y que quiero y no puedo salvar; de aquí la recurrencia torturante de esa pesadilla que amenaza desbordar las fronteras del sueño y convertirse en auténtica alucinación. Vittorio podría ser otra persona distinta o un animal o una cosa: da lo mismo. Representa la elección arbitraria, debida a una coincidencia casual, de los signos con que se expresa el lenguaje secreto de mis represiones. Por eso lo rechazo, o por eso le tengo miedo, sí, y me destroza los nervios, me los dispara en todas direcciones, me enferma, porque Vittorio es un lenguaje que no quiero traducir, que me niego a traducir y cuyo significado tengo verdadero pavor de conocer. Por vida tuya, no se te ocurra marcharte —había reiterado Magdalena por último.

Vittorio traspuso la puerta de la estancia con sorprendente desenvoltura y aplomo, la seguridad de un hombre muy dueño de sí en cualesquiera circunstancias, primer cosa que extrañó a Jacobo. Había pensado, con subconsciente ligereza y desprecio, encontrarse un ser más vulnerable, de menos arrogancia, pero esta misma arrogancia le resultaba atractiva.

Vittorio devolvía con la mano derecha la caja de cerillos, mientras que con la izquierda apretaba la

de Magdalena, al mismo tiempo que ciñéndola por la cintura le daba un beso en cada mejilla. Saludó a Jacobo con una corta e imprecisa inclinación, ligeramente impaciente y la indiferencia de un breve vistazo superficial, en tanto eran presentados, para en seguida acomodarse en el sofá, cruzando las piernas a la turca, sin que por un segundo dejase de examinar a Magdalena en admirativo silencio y con la sonriente complacencia de haberla encontrado en la grata y acogedora disposición que esperaba. El retrato que Magdalena había hecho de Vittorio no era sino una tosca caricatura, incluso, sin que tal vez se lo hubiera propuesto de modo consciente, una caricatura malintencionada y falsa, tuvo Jacobo que reconocer con profundo desconcierto.

—¡Y bien! —comprobó Vittorio con una palmada sobre su propia pierna, los ojos relucientes y vivos—. ¡Perfecta! ¡Estás perfecta, mi querida, mi deliciosa Magdalena!

No había nada en su persona que tuviera el más mínimo afeminamiento ni afectación. Era perfectamente varonil y cautivaba a primera vista por la atmósfera que hacía flotar en torno suyo, un aire comunicativo y franco, de inteligente y considerada comprensión hacia los puntos de vista ajenos.

Como para compensar la vaga impertinencia con que lo saludara en el momento de ser presentados, Vittorio mostraba ahora hacia Jacobo un tacto y una mesura que a éste le parecieron casi ingenuos, en virtud de lo inexplicablemente dirigidos que estaban a no herirlo y a pasar por alto del modo más sutil y discreto —por más risible que esto pareciera— cierta presunta desventaja e inferioridad en que Jacobo se encontraría respecto a él. No obstante, a determinada altura de la conversación, de súbito Jacobo se sintió perturbado y confuso, al darse cuenta de que hasta ese momento no había advertido el trasfondo verdadero de aquella delicadeza nada cándida ni gratuita, lo que de inmediato lo hizo rectificar el indulgente juicio que tan a la ligera se había formado de Vittorio y sentir hacia él una violenta y rabiosa animosidad.

Desde el primer momento Magdalena pareció haberse convertido en una mujer distinta. Se había sentado sobre la alfombra, los brazos acodados en el sofá, a los pies de Vittorio, mirándolo al rostro, examinándolo fragmento a fragmento con apasionada inquietud y una especie de curiosidad nostálgica, como si tratara de reconstruir la pieza, rota en pedazos, de un bello ejemplar de antigua cerámica desaparecida.

Jacobo sonreía para sus adentros con la confianza de quien está en el secreto del juego y se limita negligentemente a comprobar tan sólo la exactitud de su desarrollo, conforme a las fases y circunstancias resueltas o previstas de antemano. Era obvio que la actitud de Magdalena no se proponía otra cosa que «traducir» a Vittorio, apropiárselo en la descomposición de sus partes, reducirlo a un ensayo de laboratorio donde inesperados colorantes desenajenarían de su sentido críptico a los símbolos y jeroglíficos de los que ella esperaba deducir el esclarecimiento de su propio misterio, al término del cual Vittorio dejaría de existir, se disiparía en el aire, perdidos ya sus fantasmales atributos oníricos.

La cálida y matizada entonación de su charla, a la vez que la expresiva plasticidad de sus ademanes, denotaban la satisfecha conformidad con que Vittorio agradecía a Magdalena su devota y atenta actitud para escucharlo. Hablaba de uno de los poemas de Magdalena.

—En la estación de Milán, mientras aguardaba el rápido de Roma, me vinieron los versos a la cabeza, casi se diría que de un modo mágico, como el aleteo invisible de unas palabras que escaparan de las sombras nocturnas. Me puse a pronunciarlos en español, quedamente, ante la conmovida, afectuosa y un poco estúpida curiosidad de un cura católico, con su negra sotana y su sombrero de teja, que sin duda pensó que yo rezaba —Vittorio dejó que su mirada vagase sin rumbo mientras recitaba las líneas del poema.

Trenes largamente vacíos como géometras que acechan el beso de un esquema, la traición de una línea sin fin. Alientos que se deshuelan o sollozan a la sombra de los hoteles, entre los dos cuerpos que se matan a gritos, mientras los gusanos de las sábanas ejercen rumores atroces bajo la amada cabellera, cada vez más radiante e impura...

Vittorio no prosiguió. Detuvo larga y soñadoramente la mirada sobre los dorados ojos de Magdalena y luego se volvió hacia Jacobo, con el desfalleciente alivio de quien se da una tregua antes de volver a entregarse al peligroso deleite de la pasión que lo esclaviza. ¿No estaría realmente enamorado de Magdalena?, pasó la conjetura como un relámpago por la cabeza de Jacobo.

—Usted —dijo Vittorio con una deferencia cortés— siempre tan próximo en el afecto de Magdalena, sin duda conoce toda o la mayor parte de su poesía, pues como quien dice, la tiene al alcance de la mano en el momento en que lo desee. ¡Qué gran fortuna la suya!

En seguida Vittorio se había vuelto hacia Magdalena de un modo tan radical y terminante —como quien pasa a tratar otro asunto después de dar por ya resuelto en definitiva el anterior, o como quien no ha tratado antes ningún asunto—, que aquello comenzó a ser fastidiosamente demasiado para Jacobo. Al exclamar «¡qué gran fortuna la suya!», el ademán con que había subrayado la frase tenía ese movimiento desprendido, autoaprobatorio y concluyente de la persona que no tiene el menor interés en obtener o escuchar la respuesta que pudiera esperarse a sus palabras, pues el generoso afecto de éstas debería interpretarse como el límite que cierra el campo de una intimidación y una complacencia que ahí mismo terminaban: más allá de esto el interlocutor sería un intruso. Es decir, desde este momento ya lo era.

Jacobo se daba cuenta de la marcada intención de Vittorio en ese sentido, pero lo más inquietante de todo era lo que suponía tal actitud, o sea, que Vittorio se consideraba a sí mismo —basado en quién sabe qué extraños derechos— como el dueño, el que disponía las cosas como debieran ser, y al que la presencia de un tercero, a partir del punto donde las buenas maneras se permiten tolerarla, comenzaba a parecerle francamente inoportuna e indelicada, por lo que, en el lenguaje cifrado de esas mismas buenas maneras, habría tenido que hacerle notar a ese tercero que o carecía del tacto suficiente para medir la naturaleza de tales situaciones o de la perspicacia necesaria para entender que Vittorio y Magdalena debían ser o eran amantes o iban a serlo en cuanto él se fuese. Magdalena y Vittorio se miraban uno al otro, prendidos de los ojos, mudos y acordes. Era preciso disipar el petulante equívoco de Vittorio, se dijo Jacobo. «Por vida tuya, no se te ocurra marcharte.» La súplica de Magdalena, antes de que llegara Vittorio, imponía los deberes, la fidelidad que exige un pacto, digamos, de honor. De cierto honor. No podía ser de otro modo. Jacobo buscó la mirada de Magdalena, seguro del resultado de su consulta. Ella mantuvo los ojos fijos sobre los de Vittorio, pero con algo muy parecido a la forma de mirar de quien conduce un automóvil y no aparta la vista de la carretera aunque sabe que ahí junto alguien la mira o le dice cosas al mismo tiempo. No apartaba la vista de Vittorio, evadía la intranquila consulta de Jacobo, continuaba con los ojos puestos sobre la carretera. Pero había algo peor aún: ahora ambos daban la impresión de compartir la misma consciente incomodidad por la presencia de un tercero, la misma prisa; Jacobo miró todavía por unos segundos más a Magdalena. No; ella no volvería los ojos. «No te vayas a marchar... Si ve que te marchas, él ya no querrá salir de aquí hasta la noche.» Bien; Jacobo se habría marchado en seguida de no mediar esta súplica angustiada, tonta, gratuita.

—Debo irme —anunció resuelto, a guisa de final exploración, mientras se ponía de pie y daba unos pasos en pos de su impermeable. Magdalena pareció deshilarse, adquirir un movimiento interno que la animaba con una suavidad liberadora y cálida. Se volvió hacia Jacobo con una negligencia sonriente en que se advertía cierta consternadora afectación.

—No te detengo, querido —Jacobó sintió que la vista se le oscurecía. *Querido*. ¡Si Magdalena jamás había usado este giro de novela francesa! Pero ahí estaba, despidiéndose de él con la mano izquierda suspendida en el aire. *Querido* y luego esa mano (precisamente no la derecha) grácil, desmayada, idiota. Había girado el rostro hacia Vittorio, ligera, desenfadada—. Jacobo siempre está muy ocupado —dijo—; no tomarás a mal que nos deje tan pronto, ¿verdad?

Jacobo movió la cabeza, casi sonriente. Estaba de nuevo en la banca del parque, después de la escena con Eusebio Cano. Ahora sí ya habría pasado mucho, mucho tiempo; más tiempo del necesario para encontrar a Magdalena despierta y que juntos leyeran la carta de Vittorio Amino. Se puso en pie y echó a caminar hacia la casa de Magdalena.

—Te diré una cosa —le había confesado ella en alguna ocasión, refiriéndose a Vittorio. Fingía un divertido aturdimiento, las mejillas arboladas y en el labio superior un pequeño doblez hacia arriba, como de enojo, pero destinado a trivializar su culpa, a volverla un episodio infantil y lejano, alguna falta cometida por alguien cuando estuvo en algún colegio de monjas—. Te diré una cosa: Vittorio jamás lo fue. No logro explicarme por qué se me ocurrió decirte que era homosexual. Tal vez porque me dije que eso te tranquilizaría respecto a él y a mí... El caso es que... ¡Bien! No creo necesario decirte más, ni que tú necesites saber más... —hoy se encontraban de nuevo juntos, oyéndose, mirándose, en la terraza.

Pero esto no era estar mirándola, pensó Jacobo sin apartar la mirada de Magdalena mientras ella leía en voz alta con ansiedad. Era otra cosa, una acción desconocida y asfixiante que nunca había practicado, cuando menos no con los ojos: caer, estar lejos, aislarse de lo que se mira a fuerza de mirarlo hasta perder la sangre por completo. «Magdalena», gritó para sí mismo. «Magdalena, Magdalena, Magdalena.» Esperaba que ella no advirtiera este grito. No; ella también parecía estar rota, igualmente aislada en medio de contactos atroces, con aquel libro entre las manos. Por los cristales de la pequeña terraza los árboles entraban de vez en cuando y luego se iban, como si lo hubiesen hecho nada más por barrer. Aquélla era Magdalena, allí, en la terraza, enfrente de él, en la otra orilla de esa ola quieta, llena de tristeza, que los separaba. Había corrido a su recámara por el libro, en cuanto Jacobo entró, sin dar tiempo apenas a que se saludaran, impulsada por ese veloz y lúcido sonambulismo y esa desesperación urgente que se adueñaba de ella para comunicarle a Jacobo aquellos pensamientos mutuos, aún no dichos, pero que ambos se transmitían siempre con la idéntica seguridad de que el otro esperaba precisamente lo que iban a decirse, como si tuviesen el don de escucharse, pensar en el momento mismo en que lo hacían y hubiera de súbito para los dos un seguro peligro de muerte caso de no consumir cuanto antes, sin la más insignificante dilación, esta extraordinaria forma de vincularse. Luego, sin perder un segundo, sus ojos leonados habían comenzado a leer sobre las páginas, esos ojos de piel de león, mientras su voz llena de sombras dejaba caer las palabras dentro del cuerpo vacío de Jacobo.

Había ido por *el libro*, no por un libro indeterminado, sino por ése del que ya ambos estaban seguros, sin ninguna sorpresa, que sería el que iban a leer y comentar y que representaba su preocupación concreta e impostergable de estos momentos. Jacobo pensó de inmediato en el libro de Thomas Wolfe. Las preferencias, unas semanas antes, de Magdalena a Wolfe —rápidas e inciertas, con miedo de detenerse en ellas— anunciaban, anticipaban la actitud torturada de este instante, la necesidad en que ambos se verían de asomarse al infierno de sus espíritus a un plazo fijo e inexorable de cuyo momento

no podrían escapar, primero con el libro entre las manos, leyendo sus quemantes palabras, y en seguida ellos dos solos y desnudos en el banquillo de los acusados. Éste era ese momento y Jacobo lo había adivinado desde que tocó a la puerta y Magdalena apareció en lo alto de la terraza. Le había arrojado la caja de cerillos con el mismo desamparo sobrecogido, que ya no necesita de adivinaciones, de quien arroja un alimento final, carente de cualquier sentido —o más bien, lleno de todos los sentidos— en vísperas de la muerte. Ella lo sabía también desde que lo vio allá abajo, con su eterno impermeable y el rostro sin esperanzas vuelto hacia el cielo, vuelto hacia ella, que semejaba una perturbadora Victoria de Samotracia, decapitada y con alas, derrotada desde ese momento, invadida por la verdad. Lo sabía con esos ojos horrorizados ante su presencia: sabía que Jacobo llevaba consigo la carta de Vittorio. Lo sabía con esa presciencia aniquiladora y mágica de que sólo pueden disponer dos seres unidos —destrozados— por un amor o una muerte más allá de lo sensible, más allá de los cuerpos, más allá del conocimiento.

Mientras pensaba en esto, al subir las escaleras hacia el departamento de Magdalena, Jacobo se detuvo en el primer descanso, acometido por una náusea singular, no desconocida para él, pero que sólo hasta hoy se había vuelto a presentar después de seis años. Era una repugnancia abstracta y viva, acompañada de un mareo interior, sensaciones que resultaban por demás extraordinarias, pues aparte su naturaleza propia y no comparable con otro estado físico que se les aproximara, tampoco reconocían su origen inmediato en ningún objeto exterior, ni estaban condicionadas por éste en forma alguna. Se trataba —podía decirse— de un malestar, de una enfermedad —o de un choque específico— en la esfera de la percepción; el movimiento, el *modus* translúcido y doloroso del espíritu, mediante el cual todo el ser captaba, en su esencia más rotunda y angustiosa, una certidumbre no racional, pero evidente, respecto a situaciones que se estaban viviendo en ese mismo instante y cuyo contenido afloraría a la superficie en cuanto entraran en contacto las dos partes, los dos sujetos que eran los componentes cognoscitivos de dichas situaciones. Era como sentir, como adivinar con la mitad de las facultades perceptivas y; al no poderse expresar por sí misma tal percepción, a causa de la ausencia de la otra mitad, inalienable y privativa, se produjese entonces ese vértigo de la clarividencia, ese mareo interno de la lucidez, con que pugnaba por adquirir límites y formas definidas un agudo e hiriente saber abismal.

Seis años antes Jacobo lo había experimentado. Aunque dicho con mayor exactitud, no él precisamente. O él no desde un principio, sino más tarde, en seguida, como una sensación refleja, proveniente de la primera mitad del conocimiento a través del que se produjo aquella alucinante certeza que sobrevino después, de golpe, asombrosa por su fantástica claridad.

Jacobo no podía saber nada ni esperar nada de aquel pobre muchacho mal vestido, de una palidez alarmante, atroz, que esperaba en la puerta, después de haber llamado, sin atreverse a entrar, víctima del más espantoso ataque de timidez. Hubo de tomarlo del codo para darle ánimos y suplicarle que pasara. El muchacho se advertía notoriamente enfermo, sin duda con fiebre, casi a punto de desplomarse, de rodar por el suelo. Jacobo mismo cerró la puerta a sus espaldas y advirtió que el muchacho parecía haber perdido de pronto la noción del sitio donde se encontraba y tenía la expresión triste, patética, de sufrir un absoluto vacío mental, sin norte, sin asideros. El muchacho permanecía inmóvil a poca distancia de la puerta, sin dar un paso más adelante, como si su voluntad dependiera por completo de Jacobo y de lo que éste tuviera a bien decidir en cualquier sentido respecto a todo; respecto a los movimientos y dirección de su cuerpo, respecto a cada una de sus acciones y cada una de las imágenes que estarían cruzando por su mente, respecto a su vida y respecto a las cosas más sagradas de su vida.

Jacobo recordó.

—¿Será usted la persona que me llamó en la tarde por teléfono para algo relacionado con la inauguración, mañana, de una escuela racionalista proletaria, o cosa parecida? —el muchacho movió la cabeza afirmativamente y clavó sobre Jacobo una mirada profunda, dulce, de una dependencia total, llena de misericordia y ternura. El sentido interno de aquella situación no podía ser más luminoso ni más claro—. Es lógico —dijo Jacobo con una voz cansada y melancólica—; ahora veo que has venido a matarme.

No hizo ningún gesto, ningún ademán para impedir que aquello sucediera. El muchacho se llevó la mano derecha a la cintura, bajo el saco y con trémulos movimientos, muy distantes los unos de los otros, como si cada uno debiera precisar la propia fase que le correspondía en el torpe encadenamiento de conjunto, empuñó una pistola Colt, que de súbito era algo incomprensible y absurdo en el hueco de aquella mano blanca e inocente, otra mano distinta, artificial, entre los dedos largos y finos. Sin soltar la pistola, con el cañón caído hacia el suelo, el muchacho buscó a sus espaldas algo en qué sentarse y, con la otra mano apoyada en el respaldo, se deslizó lenta e irrealmente sobre un sillón, a tiempo que dejaba caer la cabeza sobre el pecho, sumergido hasta el fondo en la vorágine secreta de su incapacidad para matar, que no era también sino su propia muerte. Fue en este punto donde Jacobo se sintió apresado por ese extraño monstruo de la percepción preestablecida, de esa hipertrofia oscura y desquiciadora del ver con otros ojos, aquel mareo interno, la sensación, aniquilante hasta las náuseas, de saberse a sí mismo en su desdoblamiento vital, de haberse encontrado en el destino de otro, de haberse descubierto y visto en la otra parte de su propio destino, que habría caminado hacia él desde quién sabe cuánto tiempo antes, para que se enlazaran y se fundieran en el presentimiento y rendición de su *fatum*. Su asesino no había frustrado el crimen: lo había cometido, no obstante, en alguna forma; Jacobo y él se habían encontrado en una muerte común, cometida, contraída, premeditada por ambos. Una muerte que les daba el mismo lenguaje, pero que, además, rompía su soledad.

Por un momento más Jacobo recordó, con cierta nostalgia y compasión, la imagen del joven terrorista de 1927. La organización católica clandestina le había encargado liquidar a Jacobo, quien por aquel entonces —en plena guerra de los cristeros— ocupaba el cargo de presidente de la Liga Antirreligiosa. Nostalgia y compasión de su propia muerte: un tiempo sepultado.

Ahí estaba Magdalena, volvió a pensar. Ahí estaban los dos, derribados, el uno frente al otro. Había una especie de hollín en la atmósfera, en la garganta. Pensó que no iba a decir nada, de todos modos, que no sería necesario. Tal vez Magdalena era suya, lo único suyo. Todo estaba rodeado de un miedo especial, sigiloso, un miedo vacío como dentro de una campana, y quería seguirla mirando años enteros, largos años de infortunio, desde ahí, tan lejos, con aquellas cosas absurdas que habían pasado, esa ruptura increíble a causa de la estúpida aventura con Vittorio, tan inútil, tan buscada, tan ajena al amor que Jacobo y Magdalena se tenían.

La circunstancia de que el libro de Wolfe no estuviera escrito en español lo hacía sentirse como ciego, un libro en el que era imposible penetrar sin ir tirado de la mano por la voz de Magdalena. En esos momentos ambos amaban esas palabras hasta sentir una especie de vértigo, un tacto del vértigo, como si se poseyeran de algún modo sin tocarse y luego con una desesperación concreta. Todo estaba reunido para ellos dos en esta presencia mutua del uno para el otro, en esta presencia aplastante, sin embargo irreal. Todo lo que eran de un modo eterno y desnudo, sin circunstancias: sus celos animales y

repugnantes, su amor agresivo, loco y solitario; una exclusión tremenda que ataba sus dos cuerpos en uno solo, igual que los amantes adúlteros de las torturas chinas. El castigo más prodigiosamente horrible que se hubiese inventado nunca contra el amor. Los adúlteros —los verdaderos amantes— eran condenados a odiarse. Sujetos espalda contra espalda por inflexibles ataduras, ¡y Dios Santo!, ¿no representaba lo mismo la sagrada institución del matrimonio occidental? Los amantes eran arrojados a un yermo, sin alimentos y sin agua. Al poco tiempo aquellos que se habían amado por toda la vida, enloquecidos por el hambre, terminaban por destrozarse uno al otro, por devorarse. Una especie de suicidio espiritual, de asesinato del alma.

Atados por algo que los excluía de igual modo a los dos, un cataclismo de los espíritus que los anulaba en todo aquello que no fuera el dolor más vivo del pensamiento, la sensación de un terror general y sin diferencias que reinase en todas las partes de la tierra, Magdalena y Jacobo habían comenzado a devorarse hoy mismo, desde el primer segundo, lenta y pacientemente, con una antropofagia de la inteligencia, geométrica y llena de ardor, hasta quedar en ecuaciones donde ya no había nadie, sino ellos dos otra vez, destilados, solitarios. Volvió a pensar Jacobo que a cada momento se alejaba más y más del sitio mental donde hubiera podido hablarle a Magdalena, decírselo de cualquier modo: «Recibí por fin la carta, la acabo de leer por centésima vez». Pero ella tampoco preguntaba; también se había alejado del punto donde pudo preguntar. Era cosa decidida: no hablarían de la carta. Se dejarían devorar. Eran dos espantosos amantes sentenciados al canibalismo desde el tiempo de la dinastía Ming. La voz caída y negra de Magdalena lo llevaba a través de aquel libro que tenía palabras con otros ojos y que se escuchaban como pedazos de noche.

¿De qué horror quieres evadirte...? ¿Del horror de ocho millones de caras? Cada ventana es una luz, cada luz un cuarto, cada cuarto una celda, cada celda una persona...

Magdalena cerró el libro. De continuar aquello terminarían en la consunción más absoluta, terminarían por morir de hambre, un hambre cuyos alimentos ya no podrían ser ellos mismos tampoco. «Y vine para eso —se dijo Jacobo— ella me arrojó las llaves desde la terraza, abrí la puerta y subí las escaleras tan sólo para eso y no queremos hablar...» Todo lo que eran Magdalena y Jacobo estaba ahí aglomerado, encima de ellos, por debajo, por dentro: ambos deseaban sufrir lo más posible cada uno, buscaban los peores tormentos para su propia persona cada quien, no tormentos imaginarios, sino reales, que existían, que estaban ahí sin remedio y formaban parte inevitable de la crisis provocada por un choque insulínico: una increíble, increíble ansiedad. Un miedo como el que padecía en sus pesadillas, un deseo de huir y de llorar, impotente en su cuarto, rodeada de paredes, metida en un sarcófago. Aquello se iba calmando con la inyección, pero en un momento dado sobrevenía un salto brusco, un destello fulminante y vertiginoso. Se redoblaba en proporciones infinitas la ansiedad, el no tener a quién acogerse, a quién pedir apoyo en el mundo indiferente y marginal que la rodeaba, poblado de autómatas, ella sola y desconocida, presa del pánico, envuelta en las amenazas, las acechanzas, las sospechas de una multitud de cosas que conspiraban en su contra, que tenían el propósito de no dejarla salir en ninguna dirección, ni siquiera dejarla deslizarse, resbalar furtivamente por encima de la plancha y escapar, hasta que todo ese conjunto de miedos, de objetos con ojos, se iba oscureciendo por zonas, se retraía, era derribado por sucesivas oleadas de sombra, como negros cortinajes que gradualmente clausuraran el ser, hasta que ya no había nada, cesaban las convulsiones y Magdalena se hundía en el estado de coma.

Aquí los dos, Jacobo y Magdalena, de súbito, al unísono, se dieron cuenta que en seguida hablarían de la carta, que ya ninguno de los dos trataba de evitarla, que estaban por igual dispuestos a entregarse

al miedo, desventuradamente, como quien vuelve a una toxicomanía de la cual creyó en falso haberse liberado. Jacobo pensó, de un modo al principio extraño, en la llave dentro de la caja de cerillos. La llave prisionera, en lugar de ser la que apresara. La llave y las palabras de Thomas Wolfe: «Cada cuarto una celda». Resultaba aterradora la diafanidad con que se enlazaban la imagen de la llave en su celda de la caja de cerillos y el contenido de la carta de Vittorio.

—¿Qué dice? —pidió Magdalena con una voz sorda, sobresaltada por dentro y como si exhalara un vaho hipnótico. Entrecerró los ojos. Aguardaba concentradamente la caída en el abismo. Jacobo permanecía en silencio y ella abrió de nuevo los párpados con una súplica lastimera, Jacobo la miró con afectuosa desesperación a los ojos ocreos, de inquieta y dilatada pupila.

—Lo que temíamos —dijo—. El amigo de Vittorio en Moscú confirma todas nuestras suposiciones. Emilio Padilla ha permanecido preso en la URSS los últimos cuatro años, sin que haya mediado juicio legal de ninguna especie y sin que nadie sepa de qué se le acusa. Las autoridades soviéticas hablan vagamente de imprecisas actividades trotskistas. Algo tan ridículo como un letrero contra Stalin, trazado con gis, que apareció en alguno de los inodoros de la Escuela Leninista de Moscú. Padilla desapareció de pronto, a raíz de esto, y claro está, nadie tuvo la osadía de preguntar por su paradero, menos aún los representantes del comité central del partido mexicano que han hecho viajes a la URSS en los últimos tiempos. El amigo de Vittorio establece los hechos del modo más aproximado posible. De todo ello resulta un relato ligeramente alucinante y bárbaro. Todavía no puedo salir de mi aturdimiento. Estuvo en prisión celular la mayor parte del tiempo (Thomas Wolfe. La llave dentro de la caja de cerillos. «Cada cuarto una celda») y después fue deportado a una aldea lejana, donde trabajó como zapatero. Logró escapar, y después de varios días de viaje por ferrocarril —la carta dice que una semana— alimentándose de algunos mendrugos de pan que llevaba escondidos entre la ropa, logró llegar a Moscú, donde se presentó a la embajada de México. Había olvidado el español casi por completo y para identificarse invocó el nombre de algunos mexicanos que lo conocían e incluso alguien, como Revueltas, a quien había visto en Moscú y con quien estuvo preso en el penal de las Islas Marías. Las autoridades lo reclamaron a nuestra embajada como ciudadano soviético y nuevamente ha sido internado sin que nadie pueda informar en qué sitio. Tampoco es ya un asunto en el que quiera seguir interviniendo el gobierno mexicano. Como te lo había dicho antes: sólo desde aquí, en México, la dirección del partido es la única que podría influir, si se dirige de un modo oficial al partido ruso...

Hizo una larga pausa. Magdalena estaba inmóvil, de una pieza, más allá del dolor y de cualquier sensibilidad física, pálida hasta parecer que había perdido la sangre en las venas. Jacobo concluyó:

—Por lo que a mí se refiere, esta mañana supe que se me había expulsado del partido.

Ambos permanecieron con la mirada fija en el suelo, absortos, sin saberse qué decir el uno al otro —o más bien, sin quererse decir nada de lo que cada quien llevaba ahora escondido dentro de su lastimado ser.

—Dame la carta —pidió Magdalena—, quiero leerla yo misma —Jacobó le tendió el sobre de vistosos y alegres sellos de correo. Seguía con inquietud las reacciones de Magdalena al leer la carta, pero cualquier reacción ya ella la había tenido antes y en su rostro no se expresaba sino la misma ausencia blanca del espíritu que manifestara desde un principio.

Sin poderlo evitar, Jacobo dio un sobresaltado y nervioso brinco sobre su asiento. Magdalena reía: una risa loca y escalofriante. Había mirado el sobre a contraluz y luego había sacado de su interior un fino papelito hecho varios dobleces, en el que Jacobo no reparara cuando leyó e introdujo y extrajo, tantas veces, la carta. Era un añadido extraepistolar de Vittorio y su lectura fue lo que hizo a Magdalena

prorrumpir en esa risa espontánea pero que, con todo, no lograba ser alegre.

—Espera, espera —contuvo con un ademán inútil a Jacobo, pues éste, después del salto sobre el asiento, permanecía inmóvil, consternado—. ¡Es algo de lo más divertido! —casi se ahogaba de risa—. Algo como una especie de nota *ex-officio* de Vittorio, ajena por completo a la carta; déjame leértela.

Sin dejar de reír, los ojos húmedos, la voz de Magdalena leyó aquel *post scriptum* de Vittorio Amino:

«Algo habría de añadir después de mi luctuoso cuanto aburrido informe —decía la nota— (y permítanme que ya no mencione aquí sino esta vez y por última ese nombre) sobre su querido mártir Emilio Padilla, Q. D. G. Roma es inesperada. Su aire y su cielo, apenas menos inteligentes que los de París, con mucho, más propicios a la Gracia. La joven a que he de referirme al parecer se ocupaba en alimentar a las palomas en una de esas plazas cuya descripción en los prospectos internacionales de viaje me impide, por razones de independencia personal, rebajarme a decir de cuál se trata. En una palabra: la joven terminó por dejarse conducir a mi estudio romano.

»¡Modigliani!, me dije al mirarla, desnuda y lineal, sobre la cama. Exactamente un cuerpo a lo Modigliani. Aquellos senos de mandarina, la caja pélvica angulosa, casi doliente, los delgados muslos y luego la crucifixión de los brazos sobre la sábana blanca.

»Mientras hacíamos el amor, me dije que consumaba un perverso y nunca visto sacrilegio, como si me hubiese vuelto un espantoso y satánico José de Arimatea. Hacía yo el amor con Cristo, en el descendimiento mismo de la cruz.

»Un beso en la nariz a Jacobo. Tu V.».

XXIII. Enero López

Las siete cabezas, formando un haz, permanecían inclinadas en derredor de una hoja de papel sobre el cual estaban dibujados los trazos de un plano, mientras el dedo índice de alguien seguía las toscas líneas deteniéndose, ya en un punto, ya en otro, en diferentes direcciones, con lo que prefiguraba el mundo de una acción viva, relampagueante, tensa, que parecía salir del dedo mismo a la medida en que éste daba su significación real, no visible, a cada una de las zonas del dibujo.

Una octava cabeza permanecía ajena al corro, por encima y distante, igual que sobre los hombros de un mandarín que presidiese aquello desde lo alto de su trono, atrás del grupo, sonriente y fascinada, en medio del hacinamiento más inverosímil de toda clase de objetos fantásticos: la cabeza de Samuel Morfín, el dueño del bazar de antigüedades. Estaba alegre, saturado de una opípara felicidad, disfrutando en toda su plenitud y en cada uno de sus detalles el goce que le causaba aquella reunión de conspiradores en su propia tienda, bajo su protección. Permanecía a horcajadas sobre un banco de cantina, sin apartar los ojos de ese dedo índice que trazaba líneas, trayectorias y movimientos sobre la desnuda hoja de papel. Un mandarín redivivo dentro de un escaparate de naufragios de las más diversas épocas, cuyos restos arbitrarios lo rodeaban, sujetos al anacronismo más azaroso y anárquico: una espada medieval junto a un calendario inglés, ilustrado, de la época victoriana; una pieza del horizonte arqueológico de Cuicuilco junto a una miniatura anónima del XVIII; la campana de un galeón español del siglo XVI; dos vasos etruscos (Samuel lo aseguraba); una armadura de la Conquista española, varios retratos al óleo, del XIX mexicano; sillas de todas las épocas y estilos, daguerrotipos, una extraña fotografía del príncipe Alberto, a caballo, en traje de cazador; una tina de mármol, reconstruida, del II Imperio, jarrones chinos, el vaciado, en relieve, que reproducía la leyenda de San Huberto conforme al original que ostenta la portada de la iglesia de Tamay; la liberación de san Pedro (anónimamente reproducida de un cuadro de Conrado Witz), la tiara de un falso papa del siglo XI, quien fue quemado vivo en Amiens; un enorme libro de música con notas de algún canto gregoriano paleografiadas en rojo, abierto sobre un pesado y solemne fascistol; dos gárgolas rematadas por una expresiva y casi sonriente cabeza de león, un bargueño del siglo XV, cofres, cascotes, relojes rococó, cajas de música, monedas antiguas, una colección de programas de Sarah Bernhardt en la Comedia Francesa, una réplica del «fusil fotográfico» de Marey, la mascarilla de Bonaparte y por último, entre mil chucherías y bagatelas, un impresionante tenebrario que, según Samuel Morfín, era con el que se alumbraba la imagen de Santo Domingo de Guzmán durante las torturas que la Santa Inquisición imponía a los herejes de la Nueva España en el siglo XVII.

El índice se detuvo sobre el vértice de uno de los ángulos rectos que formaban las líneas trazadas en el plano. Eladio Pintos levantó el rostro para girar la mirada sobre los otros seis hombres, mientras su dedo permanecía inmóvil sobre el papel.

—Ésta es la esquina de las calles del Carmen y Justo Sierra. Aquí —el dedo se corrió unos cuantos centímetros—, a corta distancia de la esquina, por Justo Sierra, está el café donde esperarán el linotipista y Olegario. Yo estaré en este punto —el índice de Eladio señaló la esquina opuesta—, desde donde les haré la señal para que avancen hacia el edificio y entren. Inmediatamente después de ustedes seguiremos nosotros dos, el compañero Eusebio Cano y yo; detrás de nosotros, El Niágara —señaló con un movimiento de cabeza en dirección de un muchacho desmedrado, que vestía tan sólo pantalón y blusa, sin saco, y que prestaba una atención desmedida, ansiosa, a las palabras de Pintos, como si no las

comprendiera en absoluto.

Eusebio Cano y Olegario se volvieron a mirar uno al otro con la misma alegre malicia con que se habían encontrado, quince minutos antes, cuando cada quien llegó al bazar de antigüedades sin la más remota idea de que ambos estuviesen metidos en el asunto del asalto, mutuamente orgullosos de que ninguno de los dos (aun entre ellos) hubiera violado el secreto con que debía salvaguardarse una tarea de naturaleza tan conspirativa.

Samuel Morfín se sentía invadido por una excitación en que se mezclaban por igual el entusiasmo, la ternura y una especie de dulce agradecimiento de neófito. Era extraordinario tener aquí a estos hombres, mirarlos, saber que dentro de pocos minutos cada una de sus acciones, de sus movimientos, se estaría proyectando entre la vida y la muerte, y que él, Samuel Morfín, también formaba parte de ese futuro inmediato, estaba implicado —sin que importara lo indirectamente que fuese— en el acontecer que se desprendía del índice de Eladio Pintos al señalar las posiciones en el plano de las oficinas fascistas. (El plano se había hecho sobre la base de los informes de un «enlace» introducido en las propias filas de la organización fascista. Temo —Artemio— había trabajado bien. Pudo, incluso, hacerse de una copia de la llave de entrada en el edificio. Hoy debía marchar el primero, a la vanguardia, para franquear la puerta de la calle a los demás camaradas aquí reunidos. En ese momento Eladio Pintos haría la señal de avance, dirigida hacia el café donde iban a estar Olegario y el linotipista.)

El plano indicaba en primer término una escalera que subía en escuadra hasta el piso ocupado en su totalidad por la UMA, Unión Mexicana Anticomunista. Al término de la escalera, separado por un cancel, seguía un amplio patio de mosaicos al que daban las puertas de dos oficinas. Al fondo, en el ángulo derecho del patio, un oscuro corredor separaba a dos oficinas más, una frente a la otra, y concluía en el extremo con la angosta puerta que comunicaba con una sórdida azotehuela. En ésta podía verse un lavadero de cemento, cubierto de botes y cajas vacías; el excusado, que apenas disimulaba una vacilante y vieja mampara de madera podrida, y por último, en el ángulo que formaban las altas paredes del cubo sombrío, la escalera de hierro, en forma de caracol, que conducía a la azotea del inmueble.

—Ahora fíjense bien, compañeros —la voz de Eladio Pintos se escuchaba pausada y fría, penetrante como un cuchillo: sus ojos azules habían perdido expresión, igual que si ya no miraran. Volvía a ser de nueva cuenta el hombre de acción, rotundo y determinado como una locomotora encima de sus rieles, con todas las fuerzas de su espíritu concentradas hacia un único objetivo. «El hombre que ejecutó a D», se dijo Olegario con angustia.

Pintos trazó un número sobre cada punto concreto del plano. Número uno: *cancel, entre la escalera de entrada y el patio*; dos: *patio*; tres y cuatro: *primeras oficinas*; cinco: *corredor del fondo, oficinas interiores, azotehuela y escalera de caracol a la azotea*.

A Olegario lo invadía, a cada momento de un modo más preciso, una suerte de somnolencia opaca, inasible como una gasa de humo —aunque no había dormido en toda la noche, no era por falta de sueño—, en la que sus pensamientos y las cosas que lo rodeaban (esta reunión, el plan de ataque contra los fascistas, el rostro de sus camaradas) adquirirían una inquietante distorsión fantástica, cual si tales cosas no tuvieran (o no pudieran tener) existencia alguna sino tan sólo por cuanto a imágenes reflejas de sus propios pensamientos, dentro de aquella nebulosa realidad donde el mismo Olegario se desdoblaba, convertido también en un ser no menos fantástico que los otros. Un sueño, una renuncia, una no-aceptación de las cosas, mirándolos ahí a todos en su desdoblamiento de figuras de baraja. Por arriba, cada quien un homicida; por abajo, cada quien con su asesino, cada quien con una muerte específica y suya. Pero el contenido de esta muerte era lo que importaba. ¿Para qué y por qué matar y morir? La

presencia —tan sutil y perfecta como la más bella daga de los legendarios países del Cáucaso antiguo— de la muerte de Eladio Pintos a manos de su propio partido, hacía saltar en pedazos la respuesta. Olegario cambió la dirección de su mirada para observar apasionadamente al linotipista: pálido, tranquilo, extraterrenal. Un translúcido fantasma de piedra. «¿Qué estará pasando en su alma?», se preguntó.

«Ningún vínculo tan poderoso, tan cálido, tan posesivo y a la vez inmaterial, abstracto, como el que une entre sí a la víctima y al victimario, al ejecutor y al que debe ser ejecutado —añadía—. Si yo estuviera en la circunstancia forzosa en que debiera aceptar, por razones del más alto interés político y de la más elevada e inobjetable jerarquía moral, mi propia sentencia de muerte a manos de otro, de alguien (quiero decir, no un suicidio) —Olegario pensaba en Sócrates—, pero además se me concediera el privilegio de escoger al victimario, elegiría sin duda alguna, sin vacilar un instante, al mejor de mis camaradas, a mi mejor amigo, al que más me amara.» No bien acabadas de formular estas palabras estuvo a punto de enfadarse consigo mismo a causa de la estúpida seriedad con que las había pensado. (¿Cuáles podrían ser las extravagantes circunstancias que permitieran tal absurdo, ese «alto interés político» de loco y ese disparate de «la más alta e inobjetable jerarquía moral», a lo sumo inobjetablemente monstruosa, bárbara y sangrienta, que lo justificaría todo, hasta lo más abyecto, caso de que fuese posible su existencia?) Comenzaba a irritarse por lo enfermizo y retorcido de aquella idea suya, cuando un inesperado factor lo contuvo e hizo que se retrajera con una especie de deslumbramiento: *Sócrates*. La sentencia y la muerte de Sócrates fueron racionales, sujetas a una lógica estricta y dependientes de lo que, para su tiempo, no podría ser sino una «elevada e inobjetable jerarquía moral». Nadie consideró la muerte de Sócrates como extravagancia, locura o extravío de los jueces (aunque se tachó de injusta por muchos); ni tampoco nadie calificó de retorcida o enfermiza la aceptación y la noble autoconsumación de esa muerte por Sócrates. El filósofo mismo hubiera deseado que el mejor de sus amigos le preparara el brebaje mortal. ¿Por qué le habían resultado, pues, tan extraños sus propios pensamientos del instante anterior? Un fantasma recorría el mundo: el fantasma de la matanza de los inocentes. Pero..., ¿si ese fantasma tenía la razón y la verdad? Ahí estaban Eladio Pintos y el linotipista, la víctima y el victimario, pero esto no era suficiente a esclarecer la razón última: Pintos no aceptaba su muerte, se disponía a luchar en contra de ella, rechazaba la cicuta que le ofrecía el partido. Pero... ¿Si la hubiera aceptado? Olegario se estremeció. Se aproximaba, seducido por un abismo de lucidez, al punto donde residía la clave de lo que sí era la extravagancia real de nuestro tiempo, la clave de la locura, de la más extraordinaria subversión del hombre que se pudiera haber intentado nunca en ningún otro momento de la historia. La subversión de la muerte de Sócrates. Si Eladio Pintos hubiera aceptado morir voluntariamente y sin resistencia, a manos del partido, a título de hacerlo en virtud del *más alto interés político y la más elevada e inobjetable jerarquía moral*, aunque no se ofreciera a los ojos de todo mundo otra explicación de su sacrificio que no fuese la de cubrir su muerte de infamia, ignominia y traición y vergüenza eternas, ¿qué significado habría tenido esto? ¿Qué nuevo sistema universal, aplastante y sobrecogedor, habría introducido este acto en las relaciones humanas?

Olegario cerró los ojos para ceder ante un recuerdo que tenazmente pugnaba por asociarse a sus pensamientos y dar una respuesta a sus preguntas.

... Está en Moscú, es como un sueño. Piensa: cuando se viven los hechos históricos es casi un sueño; se encuentran tan próximos tales hechos, nos invaden tan consustancialmente como autobiografía, que apenas se distinguen; son sensaciones, mucho más que historia: estados de espíritu,

expectación, conjeturas, invalidez de la voluntad; los jefes y las masas actúan a favor del impulso involuntario que los encadena al mandato de acontecimientos cuyo origen ya no tiene sentido ni sirve tampoco para explicar nada. Pero ¿qué es lo que ocurre? Digamos: la ley objetiva se despliega en la acción y reduce a los hombres a no ser sino mentiras individuales que se disuelven en el torrente arrollador de la verdad *concreta* que las masas representan. Pero también puede ser al revés si los términos del proceso aparecen invertidos: la ley objetiva se despliega en el contrario de su acción inmediata: las masas (o en otro sentido, el poder en general) no representan la verdad histórica concreta. Quiere decir que entonces esa verdad histórica se desplaza de las masas al individuo —a los individuos, al grupo—, aparece como una verdad solitaria —y por supuesto desesperada, perseguida, calumniada, pero que, por ser *otra* de las formas del despliegue de la ley histórica, es una verdad que no podrá disolverse nunca en las aguas estancadas y muertas de la mentira que las masas y el poder del Estado representan en el momento.

... Está en Moscú. ¿Ensoñación o pesadilla? En todo caso, ensoñación y pesadilla *históricas*. Ocupa un sitio de las bancas en la galería de la Sala de Octubre de la suntuosa Casa de los Sindicatos, antiguamente Club de la Nobleza moscovita. Esbeltas columnas de mármol, deslumbrante cristalería de las enormes arañas de luces. Natasha Rostova, el Príncipe Andrey, Piotr Behzujov, el conde Rostov... Resulta difícil imaginar a los personajes de *La guerra y la paz* en este ex-recinto de aristócratas repleto hoy de ciudadanos soviéticos. Pero él, los ojos cerrados, evoca dulcemente su imagen como la más hermosa de las creaciones literarias. Sin embargo, sólo es cosa de segundos: está en Moscú; la historia contemporánea lo rodea, lo invade, penetra por sus poros. Ha visto en las calles, a las primeras horas de la mañana, aún oscuro, ante los quioscos de los periódicos, las impresionantes colas de gente en espera de poder adquirir *Pravda*, *Izvestia* o *Trud* y enterarse con todos los pormenores del curso que sigue el «proceso de los 16» (el proceso del «centro trotskista-zinovievista», como se le denomina oficialmente), que ha puesto en tensión los nervios de la Unión Soviética entera y galvaniza al mundo cual si se tratara de la delirante presencia, incomprensible y fantástica, fruto de alguna imaginación enferma, de una máquina que matara con el raciocinio.

Él mira en su derredor con una especie de miedo de la inteligencia. No cabría un alfiler en este bosque compacto, hermético, de hombres esculpidos para la más perfecta inmovilidad, que escuchan, como odores de un planeta lejano, lo que ocurre en la sala. Funcionarios del partido, oficiales del Ejército Rojo, empleados; y aquí arriba, en las bancas de la galería, los integrantes de las delegaciones electas por las asambleas de fábrica de Moscú para presenciar el proceso: héroes del trabajo, *stajanovistas*, obreras y obreros de primera línea en la batalla de la producción y que asisten a las sesiones, orgullosos de merecer tal privilegio, vestidos con sus mejores ropas.

Olegario piensa (reproduce este pensamiento todavía con amagos de vértigo) que por primera vez en su vida experimenta concretamente —en la piel— lo que son las sensaciones de una irrealidad y un vacío verdaderos, orgánicos, fisiológicos. Este bosque; este museo de figuras de cera.

Aquí, en la Sala de Octubre de la Casa de los Sindicatos, están el partido, el Estado, las masas, y ante ellos dieciséis hombres que se han confesado culpables de los más bajos crímenes; culpables de que la *verdad concreta* no se encuentre de su lado.

Allá abajo, de pie, alguien habla desde el banquillo. Es un sujeto triste, de aspecto cansado e indiferente, que en otro tiempo debió de ser grueso, pero a quien ahora el traje parece venirle demasiado grande, lo que le da ese aire de pobreza melancólica y vergonzante de los viejos fracasados que venden lápices por la calle para disimular con ello que mendigan. Con una entonación monótona, sin matices,

sin ademanes, la voz aguda, casi femenina, el tipo rinde su declaración postuma ante el Tribunal Supremo de la URSS.

Se trata del sentenciado a muerte Grigori Euséievich Zinóviev, antiguo presidente de la Internacional Comunista y colaborador íntimo de Lenin en los tiempos del destierro...

Olegario no podía aceptar, desde luego —ni aceptaba—, la culpabilidad de Zinóviev y sus compañeros. No eran culpables en ninguna forma de aquellos crímenes por los que se les había sentenciado y fusilado. Eran culpables de otra cosa —algo muy sutil, pero de carácter ferozmente imperdonable— pero no de la que sirvió al tribunal para dictar su sentencia. La culpabilidad verdadera y la razón (o justicia) de los fusilamientos de Zinóviev y sus amigos (así como de los que les sucedieron después, Bujarin, Sokolnikov, Serebriakov y demás) había que deducirla de nociones muy complejas, de naturaleza abstracta en absoluto. Ante todo, era la razón y la justicia de *ellos*, de los sentenciados, de los muertos, y no la razón ni la justicia de quienes habían decidido condenarlos a muerte: los primeros eran culpables por las razones en que se fundaban para aceptar su muerte y, no sólo aceptarla, sino además con deshonor, cargados de ignominia y autoenvilecidos al extremo más inverosímil y grotesco.

(No se puede eludir la necesidad de una reflexión *libre, heterodoxa*, acerca de lo que significan «los procesos de Moscú» y el lugar que ocupan en la definición de nuestra época, de nuestro siglo xx, pues sobre nosotros, los comunistas verdaderos —miembros o no del partido— descansará la terrible, la abrumadora tarea de ser los que coloquen a la historia frente a la disyuntiva de decidir si esta época, este siglo lleno de perplejidades, será designado como el *siglo de los procesos de Moscú* o como el *siglo de la revolución de octubre*.)

Los sentenciados de los procesos de Moscú no habían elegido ninguna otra alternativa que no fuese la de su muerte, apenas si un tanto asqueados por esa elección: ellos mismos se habían encargado de cerrarse todas las puertas a la espalda, al comparecer frente al tribunal en un proceso donde estaban firmemente resueltos a no levantar un dedo en su propia defensa, antes por el contrario, dispuestos a que sus culpas se agravaran y adquirieran un aspecto más criminal aún y más despreciable, mediante la autoconfesión abierta y sin atenuantes de las mismas. De este modo el tribunal los sentenciaba, no por sus crímenes, sino por sus confesiones, o sea, a partir del supuesto de que aquellos hombres eran veraces y honrados. Criminales veraces y honrados: «Enemigos *eméritos* del pueblo», pudiera decirse para armonizar mejor con la nueva moda soviética de los títulos, las condecoraciones y las jerarquías. Los sentenciados de Moscú no abrigaban el propósito de aprovechar el juicio público (como cuando esto era un deber y una cuestión de principios bajo la dominación de la burguesía) para denunciar al Estado o apelar a las masas en su contra; hubiera sido ir demasiado lejos, ya que, con todo, ese Estado era fruto de sus ideas y ellos habían contribuido a crearlo a través de la lucha infatigable a que consagraran su vida entera. El empeño de los procesados de Moscú era otro. Se proponían que el Estado se condenara a sí mismo (desde el punto de vista de una degeneración particular como Estado proletario) en la sentencia de muerte que el tribunal no podía menos que emitir en contra de ellos, en contra de gran número de los creadores de dicho Estado, es decir, de los que ahora estaban fuera del poder. De aquí que las necesidades internas de tal propósito se expresaran en la aceptación, *ad absurdum*, de los crímenes de que se les acusaba y en el hecho de que debían resignarse, simplemente, a morir.

Los procesos de Moscú planteaban en este sentido —se había dicho Olegario desde entonces— un problema del todo nuevo ante la conciencia de los comunistas: el problema del poder y la verdad histórica. Dentro de determinadas circunstancias, el poder y la verdad histórica se separan, se alejan uno

de otro, hasta que llega el momento en que se contraponen y se excluyen violentamente en el terreno de la lucha abierta. Entretanto la verdad histórica, al margen del poder, se halla desvalidada, sin amparo y no dispone de ningún otro recurso que no sea el *poder de la verdad*, en oposición a todo lo que representa como fuerza compulsiva, instrumentos represivos, medios de propaganda y demás, la *verdad del poder*. Entonces hay que poner al descubierto, demostrar del modo que sea, el hecho de que el poder ha entrado en un proceso de descomposición que terminará por envenenar y corromper a la sociedad entera. Bajo el sistema capitalista la decisión del problema no ofrece dudas por cuanto la lucha revolucionaria es el recurso natural para abrir el paso a la verdad histórica. Pero ¿cuál puede ser el camino en un país socialista donde el poder se ha deslizado, de modo inaparente pero efectivo, por la superficie inclinada de las deformaciones degenerativas y de la corrupción?

Sin duda no habría más camino que el de la lucha por el poder, sin salirse de los límites en que esto pudiese llegar a convertirse en un peligro para la naturaleza misma del Estado. Los representantes de la verdad histórica tendrían que caminar sobre el filo de la navaja. Pues si la verdad histórica —ya no representada en un país socialista por una maquinaria del poder que se hubiese corrompido— sufría una derrota decisiva para un largo periodo, esta derrota, entonces, estaría llamada a condicionar la aparición de un nuevo curso en las relaciones sociales —por más que se conservasen el viejo lenguaje y las viejas apariencias ideológicas—, nuevo curso que, sin embargo, en razón de su origen, no se saldría (o no podría salirse tampoco) de los marcos socialistas, pero que haría del socialismo un infierno tan despiadado como el que vivieron los constructores de las pirámides y templos de Egipto. Aquí radicaba el *desideratum* de los opositores condenados a muerte en los procesos de Moscú, tuviesen o no de su parte a la razón histórica: habían sido derrotados y éste era su crimen y su culpa. Aparecían, pues, como un absurdo histórico. Pero este absurdo histórico no era sino el reflejo de un absurdo ejercicio del poder. La gente que había venido ejerciendo el poder desde cierto número de años atrás, es decir, desde que en la sociedad soviética pudo afianzarse un nuevo curso en las relaciones sociales —el curso stalinista precisamente—, había sustituido el antiguo sistema racional de las «armas de la crítica» por la crítica de los fusilamientos; la muerte era la que formulaba la última opinión sobre las divergencias y sobre la persona de los divergentes. En la situación absurda en que estaban colocados frente a sus jueces, como auxiliares del fiscal y detractores de sí mismos, a los procesados de Moscú no les quedaba otro recurso que hipertrofiar su caso, magnificarlo, llevarlo al extremo más ilógico y delirante, con el propósito de «contrainformar» sobre un falso presente maravilloso, de la sociedad stalinista, a favor de un conocimiento futuro —por las venideras generaciones— de la realidad exacta que se vivía y su reencauzamiento por las rutas que ellos juzgaban como las mejores que debían seguirse. En esta grotesca y escalofriante pantalla de la verdad, se proyectarían, así, no los ajusticiados, sino sus verdugos; no los falsos crímenes de las víctimas, sino el crimen de haberlas fusilado: los que morían a manos de la mentira del poder, quizá rescataban para el porvenir el libre ejercicio del poder de la verdad.

Olegario lanzó un profundo suspiro con el cual parecía borrar sus reflexiones. Estaba de nuevo ante la realidad viva, inmediata, de su existencia: luchar. Luchar un poco con los ojos cerrados, se dijo con cierta tristeza.

Frente a él, vuelto de perfil, el muchacho a quien Pintos aludiera con el sobrenombre de El Niágara mostraba la otra parte de un rostro que Olegario no había observado. La cosa resultaba de un

humorismo cruel, aunque sin mala intención de nadie; quería decir, la causa de aquel apodo, El Niágara: un ojo, el ojo izquierdo del muchacho —el que Olegario no advirtiera antes—, cubierto del todo por una blanca catarata (sí, por supuesto, la catarata del Niágara).

Luchar, no con los ojos cerrados, sino nada más con un solo ojo, con el ojo del cíclope. Pero le bailaba, le giraba como la caña suelta del timón en un barco al garette, dentro de ese espacio, totalmente invadido, de la órbita, igual a una luna llena que hubiese enloquecido, el ojo del cíclope solitario y abandonado en la soledad del mundo. Una desesperación, una angustia blanca, sin data: este muchacho llamaba sobre sí a la muerte.

Había otro camarada no conocido por Olegario. Era un hombre encorvado, anguloso, que parecía viejo sin serlo, de mirada lenta y brillante, que a cada rato tiraba de las orillas de su antiguo capote de soldado para cubrirse el pecho con la ansiedad misteriosa de quien oculta algo.

Eladio Pintos continuaba exponiendo el plan del asalto.

—Temo se limitará a franquearnos la entrada y en seguida deberá retirarse a su casa o a donde guste, pero lo más lejos que le sea posible de la zona en que está el local de los fascistas.

Artemio Canché (Temo) balanceó dulcemente su enorme y esférica cabeza de indio maya, inclinada sobre el pecho con una especie de pudor, mientras una sonrisa rústica y bonachona le entreabría los labios casi negros. El Niágara parpadeaba con mayor frecuencia cada vez. Olegario volvió a examinarlo. Ese ojo alucinante. Dios, ese ojo lastimero.

Intempestivamente el hombre del capote de soldado se puso en pie, las cejas en alto y los ojos fuera de las órbitas, como presa de un ataque de horror, y después de agitar extrañamente los brazos en el aire, cual si tratara de apartar una gigantesca red de telarañas invisibles, se volvió de espaldas a los demás para apoyarse, a unos pasos de distancia, sobre los pies de un cristo de tamaño natural, mientras un espantoso acceso de tos le sacudía cruelmente el cuerpo entero.

Se produjo un penoso y contenido silencio, una pausa al mismo tiempo molesta y condolida, mientras el hombre no cesaba de toser.

La expresión de Eladio Pintos de pronto se volvió taciturna y distante. La escena del tuberculoso tenía para él un significado particular, inédito, lleno de las más desventuradas implicaciones. «Este camarada tose, se desgarran los pulmones, está tuberculoso y morirá dentro de muy poco tiempo. Pero antes de morir ha querido que lo último de su vida sirva aún de alimento a la verdad por la que lucha. Dentro de unos cuantos momentos participará en el asalto: la acción lo unirá, a ciegas, sin razonamiento alguno, con *su verdad*, con la que le han proporcionado, y él se sentirá feliz. Empero, el camarada tuberculoso ignora que ciertos jefes del partido dispusieron la organización del asalto (a sabiendas de su inutilidad política y de que no representará ningún golpe serio contra los fascistas), con el único y exclusivo propósito de liquidarme, de matarme... ¿Dónde está la verdad por la que este camarada lucha? La verdad está en que yo conozco esa verdad —la del crimen, la de mi asesinato—, pero no puedo ni quiero saberla ni mirarla sino únicamente por y para mí solo, impronunciable y secreta, cuando mucho para ser balbucida en las tinieblas ante un testigo sin nombre. Sin embargo, la verdad está también en el hecho de que el camarada tuberculoso la ignore y, no obstante, conozca y mire otra verdad, mas no para sí mismo, ni tan sólo con sus ojos, sino con los de centenares de miles de otros hombres como él en la superficie de la tierra. Así, ésta es la verdad. Una verdad doble. Personas y multitudes. Conciencias que saben y callan; militantes y masas que no saben y luchan. ¿Llegará el día en que aparezca unida la verdad? ¿En que podamos exigir su aparición? ¿El día en que ya no sea necesario este trágico y amargo doblez de la verdad?»

Eladio no acertaba a responderse. La tos del tuberculoso tenía la consistencia blanda y suelta de las percusiones sobre el parche flojo de un tambor. «¿Llegará tal día?», volvió a preguntarse Eladio. «¡Tal vez...!», se dijo después de que hubieron pasado por su mente largos segundos de completo vacío.

«Parece el centurión —el centurión de los centuriones— que expiara su culpa a los pies de Cristo por haberle hundido su lanza en el costado», pensó Samuel Morfín sin que pudiera apartar la mirada del compañero enfermo, quien hacía esfuerzos para ya no toser más. Lo miraba de espaldas, a los pies de la cruz, con su capote de soldado, un centurión del siglo xx a los pies del Cristo de madera. Luego examinó a los demás: incómodos, contrariados, la vista baja para eludir comentarios, sin asomo alguno de compasión, excepto Artemio Canché, de súbito muy serio, con la expresión de enojo y de susto, los ojos muy abiertos y sin parpadear. Los anchos hombros de gigante de Olegario Chávez ascendían y descendían al respirar éste con impaciencia, agitado, mientras daba vueltas entre las manos a su gorra, un tanto colérico. Eusebio Cano sacudía la cabeza con diminutas vibraciones horizontales, los ojos entornados, como si quisiera negar, disculpar alguna cosa improbable, pero sin que esto viniese a cuento, sin el menor sentido. El linotipista permanecía inmóvil, la mirada fija y yerta en una lejana distancia interior, sumergido en un sueño congelado, como si lo aprisionara una torturante pesadilla de hielo que le impidiera gritar. «La imagen viva del mártir —pensó Samuel—; alguien que espera de un momento a otro la aparición de aquel que lo conducirá al cadalso de la mano, como el lazarillo a un ciego.»

El Niágara daba la impresión de ser un muñeco de ventrílocuo, muerto, inorgánico, sin animación propia, del que alguien tiraba burlonamente de la cuerda para producirle inmotivados estremecimientos y contracciones nerviosas. En el centro de todos, vista desde donde Samuel Morfín se encontraba, de la cabeza de Eladio Pintos, ahora al parecer absorta en el examen del plano, sólo era visible la parte superior, con sus escasos cabellos rubios y una epidermis sonrosada y fina, que daba la impresión de cubrir un cráneo a tal extremo frágil, que en un momento dado se temería pudiera romperse de pronto en mil pedazos lo mismo que una intocable pieza de rara porcelana.

El camarada enfermo dejó de toser y se volvió hacia los demás. Se cubría la boca con un paliacate de colores y miraba a todos con un aire de rabioso extravío y condenación. Se sentó en uno de los bancos de cantina que encontrara al paso, y encaramado en lo alto, a contraluz, parecía el torreón aleteante de una antigua fortaleza acabada de arrasar y de la que él fuese el último vestigio, confundido entre las llamaradas, lentas y negras, del movimiento de sus brazos al ajustarse de continuo sobre los hombros el viejo capote de soldado.

—Dispensen —dijo con una voz profunda y opaca, que apenas alcanzaba a subirle hasta los labios—; por mí no se entretengan, no quise hacerles la malobra. Es nomás esta tos que no me deja...

Eladio levantó la cabeza para mirar de frente al hombre del capote.

—Me indicaron, camarada, que tú eres el chofer. Bien. La tarea que tienes a tu cargo —añadió— es conducir a los compañeros en tu coche después del asalto. Deberás esperar en la esquina de Academia y Guatemala (a dos cuadras de distancia) mientras se realiza la operación, y después, a las siete cuarenta y cinco en punto, pasar despacio (o estacionarte, según las circunstancias) frente a la puerta del edificio de los fascistas, en la calle de Justo Sierra. Para todo esto dispondrás de un poco más de media hora a partir de que salgamos de aquí. ¿Tienes reloj?

Ante la negativa del chofer, ya Samuel Morfín se había lanzado sobre el cajón de un escritorio, lleno de relojes de los tipos más diversos y de entre los cuales sacó uno de bolsillo, al que inmediatamente comenzó a dar cuerda con una expresión de jubilosa victoria infantil. Todos lo miraron con una suerte

de fugaz encantamiento.

Eladio continuó. (El linotipista seguía sus palabras con la martirizada e inaparente tensión del jugador que espera, junto a la ruleta, los resultados de un girar hipnótico y venenoso en el que lo empeña todo.)

—Olegario y el linotipista se harán cargo del punto número cinco —el índice de Eladio Pintos volvía a señalar el sitio en el plano—, o sea el corredor del fondo. Tendrán que abrirse paso de cualquier modo: quiero decir, a balazos, si es que encuentran resistencia. En seguida entraremos en acción el compañero Eusebio Cano y yo para atacar las oficinas que dan al patio y apoderarnos de los archivos. El Niágara cubrirá la retirada desde el patio, situándose en una posición que le permita dominar la puerta de la calle, junto al cancel. ¿Está claro? Ajusten todos el tiempo de sus relojes con el mío —echó una ojeada sobre su muñeca—: son las siete menos cinco —se volvió hacia el hombre del capote de soldado—. ¿Qué nombre debemos darte, camarada chofer? Digo, ¿cómo te llamas o cómo quieres que te llamemos?

—Me llamo Enero —repuso sosegadamente el chofer—. Enero López.

Se habían puesto de pie.

—¿Pistolas? —interrogó Pintos. Todos asintieron.

—Yo no tengo —dijo Olegario con una mueca de enfado. Pintos le hizo un ademán de que esperara.

—¿Cuántos cartuchos cada quién? —volvió a preguntar. Tenían sus cargas completas. Samuel Morfín entregó a cada uno otra más. Enero tomó la suya y en seguida, con un movimiento rápido y seco, desprendió hacia afuera el cilindro de su revólver, extrajo un cartucho quemado que ahí había y colocó en su lugar otro nuevo. Después se guardó el casquillo vacío en la bolsa de pecho de la camisa, por debajo del saco. Comenzaron a salir de uno en uno.

Olegario examinó de una ojeada la pistola *Walter* que le había entregado Samuel Morfín. Se despidió. Morfín se quedaba.

A Olegario le gustó mucho la juguetona felicidad —como de quien prepara una encantadora travesura— y el cariñoso brillo en los ojos con que Samuel Morfín había acompañado el rudo y cálido apretón de manos cuando los dos se despidieron.

XXIV. Samuel Morfín

Siempre le habían sudado las manos (una humedad constante, a la que estaba acostumbrado y que a lo último terminó por parecerle como si no fuera suya sino una humedad, un sudor que se desprendía de los objetos mismos), pero Enero pensaba que nunca le habían literalmente chorreado en la forma exagerada de hoy.

Mientras llegaba el momento de arrancar el coche, las limpiaba contra su capote y luego volvía a ensayarlas sobre el volante cada vez con mayor alarma e impaciencia. Tenía miedo de que en estas condiciones no pudiese dominar el volante, le resbalaban las manos como si el volante estuviese untado de manteca derretida. ¡Imbécil! Los guantes. Debió haberse traído los viejos guantes rotos. Bueno, tampoco ganaba nada con lamentarlo y maldecirse. Le quedaba el recurso de su paliacate: se envolvería la mano derecha en el paliacate —carajo, también un poco húmedo de sangre— y al mismo tiempo con unos pedazos de estopa; la mano derecha en el paliacate, y ambas, derecha e izquierda, con estopa. Le escurrían como llaves de agua. Así sucede con la tis, pero no entendía por qué hoy en una cantidad tan escandalosa. «Menos mal que no se ve que haya mucho tránsito a estas horas», se dijo. Miraba al frente de Guatemala y dos cuadras más allá, después de Jesús María, su prolongación en La Santísima: la ruta que debía tomar dentro de unos minutos para doblar en el callejón de San Marcos, y de ahí otra vez a la izquierda por la calle de Mixcalco que a partir del jardín de Loreto ya era la de Justo Sierra.

Por lo pronto no había otra tarea que la de esperar. Esperar. La más penosa, la más difícil de cumplir de todas las tareas. Se volvió a secar las manos para extraer el reloj de la bolsa. Las manecillas marcaban las 7:5 de la mañana. Pensó en otro peligro: la tos. Un maldito y desgraciado acceso de tos en el momento en que menos lo esperara y todo se lo llevaba el demonio, una catástrofe para todos, algo análogo a cometer una traición. Se pudo dar cuenta, ayer, cuando tomó a su primer pasajero y le fue preciso detener el coche —con todo y pasajero dentro—, detener el coche y apartarlo junto a la banqueta, mientras la perra tos lo sacudía igual que a un mezquite viejo. Le fue imposible, absolutamente imposible, manejar: no era sino pura tos. Todo su cuerpo, la cabeza, el estómago, las manos, el pensamiento, no eran sino pura tos, y Enero no entendía sino que aquello lo dominaba, era una fuerza ajena, como si dos perros rabiosos se le hubieran metido en los pulmones y nadie pudiera sacarlos, dos perros locos de miedo porque habrían visto al diablo, que ladraban como si quisieran suicidarse con ladrar, hasta que ya no pudieran otra cosa, sino ladrar y ladrar y ladrar. Todos los camaradas estarían pensando en esto también. No quisieron decir palabra, pero se les veía: a qué habrá venido este compañero, sólo a perjudicarnos si a la hora de la hora lo agarra otra vez su tos. No dijeron nada, les dio pena. Mas se advertía que era un verdadero fastidio para todos.

Miraba hacia la calle a través del parabrisas, pero con unos ojos incomunicados, que no miraban en realidad: Enero había dejado de pertenecer a lo que miraba, era una materia aparte, no estaba dentro de esa cosa viva y espontánea que transcurría más allá de su piel. Una planta acuática que buceaba en su propio sudor; un pez con apariencia de planta encerrado en el *acuarium*, envuelto en vidrio: lo que estaba del otro lado —calles, objetos, peatones— no era sino como una forma de su transpiración, cosas con sudor, ya tocadas largamente en otro tiempo distante, cosas extranjeras que no podía mirar sino con los ojos del destierro.

Una figura familiar dobló la esquina por el lado de la calle donde Enero se encontraba y caminó por la misma acera como dirigiéndose hacia él. Reconoció al dueño del bazar; pero era necesario permanecer indiferente, no darse por enterado. Tal vez vendría a transmitirle algún mensaje, aunque

esto tampoco alteraba la regla conspirativa de conducirse ante él como en presencia del más perfecto desconocido. No; no había tal mensaje. El camarada dueño del bazar pasó de largo. Empero, Enero advirtió fugazmente una chispita furtiva y tierna, a guisa de saludo secreto, en los ojos de Samuel Morfín.

Esperar, esperar, ése era el problema, se dijo Enero —reconoció que con una honda tristeza. Minutos absolutamente eternos. Miró el reloj por segunda vez. Las 7:8. ¡Cómo! ¿Habían transcurrido apenas tres minutos? Se llevó el reloj a la oreja, empapándola de sudor. Caminaba, sí. El tiempo no se había detenido. Advirtió que por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas. Era lógico; así iba a suceder en cualquier momento, sin darse cuenta, como un ataque por la espalda. Lo cierto era que no había podido apartar de su mente, ni por un segundo, la imagen de Susana, desde que la dejó, dos horas antes, recostada en el antiguo lecho matrimonial. No; no importaba eso de que Susana hubiera intentado recurrir anoche a la policía para protegerlo de los peligros —y de la muerte segura, según ella— en que hoy iba a meterse Enero durante el desempeño de sus actividades en la huelga: ni siquiera sabía qué clase de actividades concretas; para ella era sólo la muerte, Enero iba a morir y Susana prefería que lo tuvieran preso. Ahí mismo, mientras ella lo acompaña en su trabajo, delante del pasajero, Enero la golpeó en la boca. Ella suplicaba al desconocido ocupante del coche que diese aviso a la policía que Enero era uno de los jefes de la huelga. Bien, ignoraba incluso que Enero no era jefe de nada, que en ningún sentido desempeñaba el papel de jefe, ni siquiera en la más humilde acepción de la palabra. Se sentía avergonzado hasta los huesos por aquel golpe. Hubiera querido morir antes de haberse visto en la necesidad de levantarle la mano a Susana.

El secretario de su célula le había dicho que en el comité central necesitaban un chofer comunista de confianza para una tarea seria y que hablara entonces con el camarada X. Se sintió lleno de orgullo. Enero era un viejo comunista y un viejo luchador sindical desde los tiempos en que la CGT (Confederación General de Trabajadores, fundada por los anarquistas) aún podía considerarse una organización revolucionaria. En el comité central el camarada X le dijo de qué se trataba y el hecho de que el partido confiara en él de modo tan sencillo y honroso para encomendarle participar en dicha tarea, le hizo sentir en el alma un profundo respeto de sí mismo y de su dignidad. No podía ser más bello. Claro, cosas que Susana ignoraba pero cuyo sentido sin duda tampoco comprendería, caso de que se le pudiera enterar de la misión confiada a su marido, a su compañero. Para ella Enero no era sino su amor, su amor desde hacía veinte años y cuidaba de este amor porque le tenía miedo a la muerte y Enero estaba enfermo y en riesgo de morir más pronto si su cariño no iba junto a él de guardia, vigilante y puro en medio de tantas aflicciones y desventuras, tanta fealdad como la que los rodeaba, que hasta ella misma era fea pese a su taimado, desamparado, inmaculado amor. A las cuatro de la mañana le dijo que la conduciría a la casa, que ya era bastante de haber andado juntos toda la noche en el trabajo y que ella debía dormir y reposar. A lo que ella replicó que no podría dormir de imaginarse que él nada más andaba buscando el peligro hasta que no le dieran un balazo, pero que ella estaba allí y allí seguiría para impedirle encontrarse con la muerte. Después de que ella terqueó tanto en no separarse de él por nada del mundo, a las cinco y media de la mañana Enero le dijo, pues, que en fin él ya no iba a ir con los huelguistas y que se irían en ese mismo momento a dormir a la casa los dos aunque él no entregara el coche al garaje sino hasta después más tarde, porque ahora sí estaba muy rendido y ella ya podría dormir tranquila sintiéndolo a su lado, sin la amenaza de ninguna otra muerte que no fuera la de su enfermedad, la de sus pulmones desgarrados y sus toses. La única muerte suya que, al parecer, ella era la que amaba.

Vino entonces lo demás. El descanso, la confianza, la tranquilidad de la mujer, y en seguida el disparo que él le hizo tras de la oreja, mientras dormía, con la pistola envuelta en una almohada para que no hiciera mucho ruido.

Januario se llevó la mano al corazón, pero no para percibir nada: le importaba muy poco su corazón. Era que no había podido resistir el impulso ardiente y desolado de acariciar el casquillo que llevaba en la bolsa del pecho. Luego miró por tercera vez su reloj. Pudo ver la hora, con todo, pese al cristal sudoroso con que las lágrimas hacían cada vez más inútil su mirada. Marcaba las 7:10.

Olegario sintió que lo invadía una oleada de odio insensato, furibundo e injusto contra el linotipista. Todo a causa de sus respectivas posiciones, el uno frente al otro, ante la mesa del café y la mirada impune, descaradamente analítica —que nadie podría censurarle, que nadie podría tomar como una mirada sospechosa y artera, fija con absoluta libertad— del linotipista sobre Eladio Pintos, adueñándose de él, asimilándolo centímetro a centímetro para la muerte. Olegario había quedado de espaldas al campo visual dentro de cuya superficie el linotipista dominaba en forma excluyente la esquina donde Eladio Pintos estaba, en la calle, y desde la que les indicaría, al sacar un pañuelo y limpiarse la nariz, el momento de abandonar el café para dirigirse a la oficina de los fascistas. Esto legitimaba el mirar del linotipista, era el pasaporte con que todas sus secretas intenciones podían aflorarle a los ojos sin miedo, justificadas, salvaguardadas. Los ojos de un hombre de ciencia aplicados a los binoculares de un microscopio, pero vistos desde dentro del microscopio mismo en toda su atención infinita, angélica, a través de la inteligente y apasionada voracidad con que el linotipista se estaría haciendo dueño de nuevas verdades complementarias con las que acrecentar su fortaleza y también el indispensable frío de los razonamientos sobre los cuales apoyarse cada vez con mayor tranquilidad de espíritu, por si acaso tuvo algún minuto de duda. Miraba al hombre a quien había resuelto asesinar, en la misma disposición premonitoria y estupefacta en la que Dios debió situarse respecto a su primer creatura: estaba ahí, creada, nacida, hecha, nada más porque debía morir; y debía morir porque estaba ahí, no en el cielo ni en todo lugar, sino nada más en la tierra, como negación de la inmortalidad de Dios, de la inmortalidad de la causa de todos los oprimidos y explotados del mundo.

Era insensato e injusto el odio agobiador que Olegario sentía, porque tampoco el linotipista era culpable de que tal odio se hubiese originado en la impotencia, en la perfecta imposibilidad de Olegario —dadas las condiciones del momento— para lanzarse sobre su cuello, estrangularlo ahí mismo y cegar para siempre su viscosa mirada de santo, su repugnante mirada heroica. A la oleada de odio había seguido de inmediato un sentimiento de pena, de profunda compasión, pero dentro de la cual, apenas intuyéndolo vagamente, estaba comprendido sin remedio el propio Olegario.

¿Acaso no sentían hacia Olegario la misma lástima —no la misma con exactitud, cierto, sino una especie de condolencia comedida, deferente, en el fondo llena de inconfesada vergüenza—, la misma o una semejante compasión de aquellos lejanos y eventuales amigos suyos de otros tiempos, que consideraban hoy su vida de militante comunista como una lamentable tontería, cargada de inocencia y buena fe? Todo se cifraba en alterar un poco las ecuaciones para que el punto de vista resultara válido en las más diversas y opuestas circunstancias: la entrega total, capaz incluso del grado más inverosímil de sacrificio, a una causa, unida a la falta de buen éxito de dicha entrega, siempre sería vista con pena por los espectadores, además filisteos. No con dolor y emoción verdaderos, sino tan sólo simplemente con pena, casi como si se tratara de una bochornosa salida de tono que habría que disimular de la mejor

manera que fuese. No obstante, si se tomaba en una forma aislada, no era éste —se dijo Olegario— el caso del linotipista, quien podría resultar a la postre —¡y cuántas veces no ha ocurrido ya!— un cierto extraño tipo de héroe turbio y trágico. Pero de un modo más común, más universal, sí era el caso de Olegario y el linotipista juntos; y entonces también el de Eladio, Eusebio Cano, Jacobo y todos los demás a quienes el partido —es decir, la política secreta de sus dirigentes y la «razón de Estado» sobre la que se erigía dicha política, en México o en cualquier otra parte de la tierra— condenaba a entablar un «boxeo de sombra» con la historia, del que si bien nunca resultaba nada en favor de la lucha por el socialismo —lo que necesariamente no podía ser sino así—, siempre se recolectaba, en cambio, una buena cosecha de víctimas y usufructuarios, aparte los muertos por el enemigo: hombres y mujeres con el alma rota para el resto de su existencia, locos y suicidas, misántropos y desesperados, gente irremediabilmente triste y sin horizonte, por el lado de las víctimas; y de la otra parte, oportunistas y arribistas y poetas y «compañeros de ruta» y burócratas y clérigos y paranoicos y gendarmes del espíritu, endiosados y triunfantes todos en la cúspide de la pirámide construida con los cráneos de los verdaderos comunistas del mundo.

—Eladio Pintos es un gran camarada. Yo pondría la mano en el fuego por él sin vacilar; y tú no disimulas la admiración que te produce, el cariño con que lo estás mirando —deslizó Olegario malignamente en un murmullo, frente al linotipista, apenas con un ligero movimiento de cabeza hacia el punto, invisible para él, donde debía estar Pintos, casi la contraesquina del café, en la calle de Justo Sierra.

El linotipista apartó con brusquedad los ojos del cristal del escaparate por donde miraba hacia afuera, muy pálido y con un inesperado tic que le contraía de modo intermitente, pero muy preciso, el labio inferior. Era débil, se dijo Olegario. «¿Será la primera vez que participe en un asunto de esos...? ¿Será éste el momento en que se haya dispuesto a matar por primera vez en su vida?» (Olegario pensó que él mismo no había matado nunca. Aceptaba en abstracto el tener que hacerlo obligado por circunstancias necesarias y siempre que éstas involucrasen una cuestión de principios; quién sabe por qué —una inadmisión puramente intelectual, a no dudarlo— no se le ocurriría que en el asalto de hoy pudiera matar a nadie. Pero en el caso, no estaba seguro de si después de haber dado muerte a un ser humano esto no iba a convertirse para él en una tortura eterna, o si no significaría, de ahí en adelante, un cambio esencial, una subversión absoluta en su manera de apreciar las cosas, las relaciones humanas, las gentes, el mundo, pues tendría que hacerse cargo, al margen de las causas que lo hubiesen motivado, de un nuevo y perturbador punto de vista en su existencia; el punto de vista que se condensaba en tres palabras inabarcables que no eran sino un enorme vacío del alma: *soy un asesino.*)

—¿Admiración y cariño? —balbuceó el linotipista en un hilo de voz—. No pensé en eso o no me di cuenta que también podría tomarse, claro está, por admiración..., y hasta por cariño. Me limitaba a no perder uno solo de los movimientos del camarada... —aquí dejó la frase en el aire, sin concluir.

Se resistía a darle nombre, no se aventuraba a pronunciar las dos palabras que para él, de igual modo que las otras para Olegario, eran inabarcables como un vacío del alma: *Eladio Pintos*. Volvió a mirarlo. Sabía que si lo dejaba de mirar, su fuerza de voluntad para darle muerte lo abandonaría de idéntica forma en que se anulaba la fuerza de Anteo cuando era separado de la tierra, fuente y sentido de toda su potencia y del todo de su ser. No podría matarlo sin que a través de su retina se proyectara dentro de él mismo —su futuro asesino—, completa, cabal, sin faltarle nada en sus contornos culpables, esta imagen viviente de Eladio Pintos, ajustada con la precisión de un mecanismo de relojería a la imagen subjetiva del otro Eladio Pintos muerto, caído bajo las balas que él dispararía a nombre de la justicia del partido,

balas de un camarada, balas de Anteo que alimenta las razones de su acción en los crímenes que castiga a nombre del cumplimiento de una sentencia histórica. Tal sentencia había sido dictada —como se lo dijeran— por el propio comité central, a cuya rectitud y probidad no podía menos que confiarse, sin la más leve incertidumbre, todo aquel que se considerara un buen comunista y fuese digno de pertenecer, para su orgullo más legítimo, a la vanguardia proletaria.

—¿Conoces algo de la vida revolucionaria del camarada Eladio Pintos? ¡Él sí que es un héroe auténtico de la lucha de clases! —dijo Olegario, pero ahora con una inmensa tristeza y conmiseración por el linotipista.

El linotipista no alteró un ápice la línea de su mirada, mas una chispa de odio relampagueó en sus pupilas.

—Nada —dijo sin moverse—. No sé nada —como si a esa basura de vida pudiera llamársele revolucionaria, a esa letrina fascista; y héroe de la lucha de clases al que había escapado de la Unión Soviética cuando se supo descubierto en el complot de que era partícipe para asesinar al camarada Stalin. Claro que conocía la vida de esa alimaña inmundada, de Eladio Pintos. En el secretariado del comité central le habían proporcionado, detalle por detalle, lo que formaba el conjunto de la repugnante biografía de Eladio, compuesta de una cadena secreta de simulaciones, de doblez política, de tratos con el enemigo, de espionaje. Y para colmo, la monstruosidad que ya no tenía medida: la odiosa conspiración, junto con los peores y más despreciables aventureros trotskistas, en el propio territorio soviético, para asesinar a Stalin, el querido, el entrañable jefe internacional de la clase obrera, el continuador de la obra de Lenin y depositario de su sagrada herencia revolucionaria.

El linotipista hubo de estar ocho días en cierta casa de Cuernavaca, en compañía de un miembro del secretariado, mientras ambos examinaban la copia del expediente, cuyo original tenían los camaradas en Moscú, de las actividades contrarrevolucionarias, anticomunistas y de espionaje llevadas a cabo por Eladio Pintos bajo los más diversos nombres, en la URSS, en España, en Italia, en Centroamérica. El miembro del secretariado temblaba una vez más de indignación y pánico retrospectivos —puesto que ya conocía el documento desde que fue transmitido de Moscú— en los momentos de traducirle al linotipista el telegrama cifrado en que la Comisión Central de Control de la Comintern daba cuenta de los vínculos que tenía Pintos, como enlace efectivo, con los organizadores de otro de los atentados contra Stalin, en 1936, inmediatamente después del proceso del Centro trotskista-zinovievista, en un nuevo intento de tales bandidos por resarcirse del golpe demoledor que les había asestado la justicia soviética con el fusilamiento de los principales cabecillas. ¡Pudieron haber asesinado a Stalin! ¡Eladio Pintos pudo haberle dado muerte! ¿No era espantoso sólo pensar en ello? Lo terrible había sido que estas relaciones de Pintos no hubieran sido descubiertas sino hasta hace muy poco tiempo, dando ocasión al pájaro de volar a México apenas sospechó los primeros síntomas de peligro. Había quedado claro que Eladio Pintos fue amigo político del jefe trotskista Smirnov, sentenciado a muerte en el proceso de agosto de 1936, y fusilado; así como que, en diferentes oportunidades, tuvo ciertas entrevistas de carácter conspirativo con Kámenev. Se había logrado establecer también que llevaba amistad íntima con Sinani, jefe del buró del Caribe de la Comintern, a quien se fusiló administrativamente alrededor de los meses en que se llevaban a cabo los procesos públicos contra trotskistas y bujarinistas.

¿Cómo no aplastar y hacer pedazos a uno de estos perros rabiosos —cual calificara con tanta justeza y valentía el camarada Vishinski a los congéneres de Eladio Pintos en Moscú— a quien azarosas pero no por eso menos felices circunstancias habían logrado poner al alcance de la espada proletaria de la

justicia, así fuese en un punto tan distante a sus crímenes como lo era México? Los principios del internacionalismo proletario exigían a los mejores de los comunistas mexicanos un acto supremo de solidaridad: Eladio Pintos estaba obligado a pagar con su vida las horrendas intenciones de lo que habría sido —y se estremece uno al decirlo: la muerte de Stalin— el asesinato más monstruoso y bárbaro, el más injusto, el más inmerecido de la historia entera de la humanidad. ¿Estaba dispuesto el linotipista a convertirse en el brazo ejecutor del acto supremo y necesario, noble, vindicativo y generoso entre los más, si aún pudiera haberlos, de castigar al culpable, de *liquidar físicamente* al traidor y criminal Eladio Pintos?, preguntó el alto miembro del secretariado. El linotipista no vaciló una fracción de segundo. Los dos, el dirigente político y el brazo ejecutor de la sentencia histórica, se abrazaron entonces con una emoción profunda, los ojos brillantes por las lágrimas de ternura, de cariño, de agradecimiento, que ambos camaradas intentaban en vano contener.

El resultado había sido que ahora el linotipista se encontrara aquí, en el café de chinos, a la espera del instante de cumplir su extraordinaria misión. Lamentable cosa que el carácter rigurosamente secreto del asunto le impidiera desenmascarar a Pintos frente a compañeros tan buenos, honestos y sanos como Olegario Chávez, a quienes, aún más, tampoco podría sacárseles del engaño. Eladio Pintos, pese a todo, moriría en apariencia como una víctima de los fascistas —durante el próximo asalto— en condición de un auténtico héroe de la lucha de clases al modo en que lo consideraba y admiraba el sincero y limpio militante comunista Olegario Chávez. Pero ¿qué hacer? Simplemente ésta era una más de las muchas ironías grotescas en que tanto abunda la historia.

Olegario advirtió de pronto, como si despertara, que hasta este momento ninguno de los dos se había acordado de tomar el café. Las tazas estaban intactas, tal como las trajo el viejo chino a la mesa. ¿Cómo demonios habían podido incurrir los dos, militantes con larga experiencia, en una infracción tan grosera, elemental y estúpida contra las reglas del trabajo conspirativo?

—Es imbécil —comentó por lo bajo con el linotipista—. Se nos olvidó tomar el café. Ojalá el chino no nos considere sino nada más como un simple par de chiflados, aunque ya con esto nos hemos caracterizado y significado ante sus ojos más de lo suficiente —pero el linotipista ya no lo oía, la actitud tensa, detenida, igual que en un maniquí. Olegario vio al otro lado del vidrio del escaparate que Artemio Canché caminaba por la acera en dirección del edificio fascista. Aún transcurrirían unos minutos más antes de la señal de Eladio. Olegario se apresuró a colocar encima de la mesa, sin contarle, todo el dinero menudo que llevaba en la bolsa, para evitarse cualquier contratiempo a causa del cambio si pagaba con un billete, y llamó al chino con dos palmadas que no le salieron demasiado nerviosas.

—¡Ya! —dijo el linotipista, mucho más con los puros labios que con la voz, sin apartar los ojos de la esquina.

En el periódico del día que el chino llevaba en las manos al aproximarse a la mesa para recoger el dinero Olegario alcanzó a ver, segundos antes de abandonar el café, el titular a ocho columnas de la noticia más importante:

Siniestra campaña de asesinatos inician los comunistas. La primera víctima, un usurero millonario de La Merced, asesinado con infame lujo de escalofriante crueldad.

El cadáver de don Victorino, tal como lo había visto Olegario unas horas atrás, era expuesto al público en una foto de cuatro columnas, junto a la información del crimen.

El viejo chino, que llevaba el periódico doblado bajo el brazo, lo había puesto sobre la mesa para contar el dinero. Olegario no fue capaz de resistirse a leer la parte que faltaba de las palabras por el

doble del periódico:

*atos inician los comunistas.
ero millonario de La Merced,
lujo de escalofriante crueldad.*

Era una demasiada tentadora incitación de palabras cruzadas, en la que Olegario presintió, de un modo instantáneo, que algo tenebroso habría en relación con su propia persona. Pese al apremio en que se encontraba desplegó entonces el periódico a fin de leer el titular íntegro. El linotipista ya había ganado la calle y caminaba paso a paso con la apariencia de un transeúnte cualquiera.

Olegario alcanzó a su compañero. Ya no le daba tiempo de pensar en las complicaciones que acarrearía el asesinato de don Victorino. Junto al linotipista trasponía en esos momentos la puerta del edificio que ocupaba la Unión Mexicana Anticomunista.

XXV. El bazar de antigüedades

Estaba, pues, en la azotea misma del edificio de los fascistas. Poseído por la sensación de peligro, que tan exactamente dividía su persona en dos partes autónomas —una sensación, por eso, más allá de lo extraordinario, cuando se tiene la rara capacidad de percibir tal autodesdoblamiento único, se decía Samuel Morfín, a tiempo que miraba la hora en su reloj de pulsera—, se iba adueñando de él ese estado de ensueño acariciante y a la vez ansioso que constituía (desde que lo descubrió, muchos años antes) su forma propia de experimentar el miedo, la helada y maravillosa caricia del miedo, su deleite incompatible. Dos personas independientes una de la otra, dos caras de un espejo unido por las espaldas, cráneo con cráneo, cada quien con la mirada dirigida en sentido opuesto. Dos conciencias centrífugas: una, para sentir el miedo; otra para analizarlo. Lo descubrió a la edad de once años: se aventuraba a cruzar con deliberada lentitud el Paseo de la Reforma en los momentos del más intenso tránsito de vehículos, a media calle, sin mirar a los lados, cuando la avalancha de automóviles irrumpía desenfrenada e incontenible como una carga de dragones, apenas el semáforo daba la luz verde. Su voluntad, durante esos largos, inmensos instantes, se convertía en una conciencia aparte: no volver la cabeza, mirar en línea recta, no acelerar el paso, no alterarse, no pertenecer a la realidad. Entonces quien cruzaba la calle no era él, sino otra objeto creado por él, un reflejo cóncavo de su yo convexo que se hacía sentir como un miedo envasado al alto vacío, un miedo fuera de la gravitación. Los automóviles enfrenaban brutalmente, los choferes maldecían, pero Samuel terminaba su trayecto en la acera opuesta, impávido, como si hubiese caminado encima de las aguas del Tiberíades. Se rió de la analogía: un Cristo loco, Jesús desdoblado en su demonio, sin ninguna excusa desdoblado en el hijo del hombre. Se volvió a reír.

Le complacía sobremanera haber podido llegar hasta la azotea de los fascistas y —extraño, casi decepcionante— no ver que tuvieran guardias ni emplazamientos de ametralladoras, como era de suponerse y esperarse. El recurso fue el mismo que empleaba al cruzar la calle ante el alud de automóviles encarrerados: desentenderse de todo, no mirar a derecha ni izquierda, embestir de frente. Entró por el vecino edificio de departamentos con el aplomo de quien tiene un viejo y autoritario derecho consagrado, subió las escaleras y aquí estaba en la azotea fascista tan sólo después de haber tenido que salvar una pequeña barda divisoria.

Las 7:20. Se había adelantado cinco minutos a los demás, pero esto era un asunto puramente suyo, los demás lo ignoraban: su participación en el asalto se debía a iniciativa propia, a que no quiso de ningún modo perderse esta bella oportunidad de jugar con la muerte. Era un francotirador y no quería ser nunca otra cosa: algo así como luchar por sus ideas del modo más libre y cuando le viniera en gana; si los anarquistas no estuviesen equivocados, la vida sería la gran cosa, en términos generales.

Ahora comenzaba a temblar —lo sentía en las pantorrillas. Exacto: era el miedo; ese mirarse a sí mismo en la azotea desde otro punto de vista, sus pasos cautelosos, el redoble de su corazón, su cuerpo movido desde lo invisible directamente por los dioses, dioses opacos, sin saliva, máquinas-dioses racionales hasta la locura, mientras él estaba despersonalizado en absoluto como quien se despoja de un traje, su persona convertida en un traje desnudo, despersonalizada en el traje vacío que caminaba por la azotea de un lado a otro, con aire de centinela, hasta que se detuvo a corta distancia del cuarto de criados, con la puerta entornada, que le había llamado la atención desde el primer momento. Ahí sí era posible que estuviese alguien. Alguien. Le resultaba difícil imaginar la forma concreta de pistolero-fascista, de ese alguien al acecho a través de la puerta entornada que se había movido unos minutos

antes, cuando Samuel brincó la barda divisoria y cuyos ojos habrían comenzado a mirarlo desde quién sabe qué tiempo anterior a la existencia de la azotea misma, anterior a este traje que se llamaba Samuel Morfín. (Dentro de poco el asalto iba a iniciarse, allá abajo, y al ruido, las voces y los balazos, el hombre del cuarto, sin duda, sería el primero en disparar.) Samuel oprimió el pequeño revólver dentro del bolsillo de su pantalón, y en seguida, de un salto, se puso al resguardo tras de un tinaco de asbesto, en un ángulo defensivo fuera del campo de fuego de su adversario. Este movimiento dejaba establecida la lucha en sus términos más rigurosos, aunque de una naturaleza tan abstracta que a Samuel le producía una sensación de completa irrealdad. Cuando el asalto comenzara, ninguno de los dos podría lanzarse hacia la escalera de caracol que bajaba a la azotehuela descrita por Eladio Pintos en el plano, puesto que, desde sus respectivos puntos, ambos la dominaban con sus pistolas. Una muerte recíproca los inmovilizaba, igual que una mala madre que se resistiera a parirlos. Permanecían ahí, quietos, en el anonimato más espantoso. Habían muerto antes de matarse, en realidad y ahora eran eternos. Pensó, sin ningún motivo lógico, en el chofer tuberculoso al que había visto hacía pocos instantes tras del parabrisas de su coche, en la calle donde estaba estacionado. Parecía un santo medieval de madera o alguno de esos retratos de El Greco en que la figura parece a punto de morir. Estaba seguro de que El Greco escogía los modelos de ciertos retratos entre los agonizantes declarados, entre los muertos recientes —en los hospitales o desenterrando tumbas— como un inquisidor impío y sacrilego.

Inesperadamente se escuchó el timbre de un teléfono, allá abajo, en las oficinas de los fascistas. Un timbre tan vivo y universal como esas llamadas confusas y distantes que escuchan los mineros atrapados en el tiro de una mina cuando se aproxima la patrulla de rescate, o a la inversa, pero del mismo modo, cuando los tripulantes de un submarino que ya no podrá volver a la superficie reciben el mensaje de que se ha hecho todo lo posible por salvarlos pero que deben resignarse a morir en paz y con honor. Repicaba sin cesar, una, dos, diez veces, apenas con una pausa anhelante e intranquila: un sonido con autoconciencia de su ser. (Lo satisfactorio que hubiera sido tener algún interlocutor a la mano para decírselo y sonreír juntos: un sonido que conocía la definición hecha de él por Hegel.) Parecía algo mágico, el juego de «los encantados» en que debe volverse estatua aquél de los participantes en la conspiración a quien se logra tocar con una especie de varita de virtud: de todos los que en esos momentos estarían en derredor o cerca del teléfono, ninguno podría, por nada del mundo, descolgar el aparato. El repique del teléfono era la referencia sustantiva de esa viviente inmovilidad que ya habría comenzado a suceder (miró el reloj, las 7:30), pues, conforme a los planes, Olegario y el linotipista tendrían tres minutos exactos de haber entrado al local.

Dos disparos, uno tras de otro y luego otro más, pero diferente, de arma distinta, allá abajo. Samuel sintió que cruzaba la calle, el Paseo de la Reforma de su infancia, ante el arroyo de automóviles enloquecidos. Se había lanzado corriendo hacia la escalera de caracol y distinguió a un hombre de aspecto gigantesco que subía precipitadamente con una pistola en la mano. El hombre disparó hacia la altura varias veces, imposible decir cuántas. Samuel esperaba recibir los tiros por la espalda, no en el vientre ni en el tórax, pero en el cuarto de criados no había, ni antes hubo nadie, que pudiera haber disparado.

Nazario Villegas —el hombre que subía— salvó de un paso largo el cuerpo de Samuel Morfín que colgaba boca abajo sobre los escalones superiores de la escalera de caracol.

El teléfono seguía llamando, sistemático, metódico —precisamente no ajeno a lo que pasaba en su derredor, sino a cada momento más preocupado y perplejo, en evidente espera, si ya no de una respuesta, cuando menos de poder deducir de su propia terquedad alguna conjetura.

¡Ese endemoniado sonar del teléfono, al que maldecía con toda su alma! Eladio Pintos hizo saltar de dos balazos la cerradura del clóset, dentro de la primera oficina, donde —según las indicaciones de Artemio Canché— se guardaban los paquetes de los documentos más importantes y entre los que debían estar aquéllos relacionados con la sedición reaccionaria del general Castillo —documentos de cualquier modo de escaso valor político para el partido puesto que el general Castillo ya había sido ejecutado, y la rebelión de San Luis Potosí sofocada en su cuna.

Eusebio Cano abrió la puerta de un tirón. Miraron. En el interior del clóset había seis paquetes de no muy gran tamaño. El repiquetear del teléfono era ya insufrible. Era necesario darse prisa; Eladio sabía lo que significaba que el teléfono no cesara de llamar. Del otro lado de la línea esperaban una respuesta forzosa, desde luego, convenida de antemano, respecto a determinado problema que no podría menos que ser inexcusable, y al no obtener dicha respuesta en un lapso prudente, era de suponer que vendrían en persona a indagar la causa. Pero ¿quiénes? De hecho de nada servía formular ninguna hipótesis, sino atenerse simplemente a lo peor: las brigadas de asalto fascistas o los agentes federales. No había tiempo que perder. Cargó con tres paquetes para bajarlos al cubo del zaguán, pero sin soltar la pistola de la mano. Se detuvo un instante. ¿Habría desarmado Olegario al linotipista? Y por cuanto a Olegario mismo, ¿qué estaría haciendo en estos momentos? La respuesta le fue dada en dos formas.

La primera: el linotipista apareció en el patio. Corría, encorvado, como agazapándose, hacia el cancel de la salida, donde debiera tropezarse con El Niágara. No huiría en caso de estar armado. El Niágara, por su parte, no estaba en antecedentes para comprender la situación y lo dejaría pasar hacia la calle. La respuesta a la segunda pregunta fueron cinco disparos seguidos, al extremo del corredor, como hechos en la azotehuela. ¡Ojalá esto fuese que Olegario habría ya dado buena cuenta de Nazario Villegas!

Pintos salió de la oficina cubriéndose las espaldas contra la pared, mientras Eusebio Cano preparaba un nuevo cargamento de paquetes. En el cancel no se encontraba El Niágara. ¡Diablos! ¿Qué habría pasado con él? El timbre del teléfono no paraba de llamar. Eladio Pintos hubiese querido callarlo de un balazo, pero se contuvo. Bajó la escalera y dejó los tres paquetes en el cubo del zaguán, donde esperaría al resto de los participantes en el asalto. Se escucharon nuevos disparos, pero ahora de un ruido menos compacto y consistente, como hechos en un espacio abierto. Olegario debería estar librando la lucha en la azotea, pero sería tonto pretender ayudarlo. Ceñirse estrictamente al plan era lo único que garantizaba el menor número de bajas. Lo más que Eladio Pintos podía hacer era desearle a Olegario la mejor suerte, aunque con todo su corazón mandaría al infierno cualquier cosa con tal de poder ayudarlo. Le continuaba causando una profunda extrañeza que prácticamente hubiesen encontrado desguarnecido el local de los fascistas. Alguna razón misteriosa habría sin duda en esta actitud incomprensible, visto que se adoptaba en la víspera de que estallara el paro general de transportes, cuando precisamente los fascistas debieran estar más prevenidos. Aquí había una turbia celada —sospechó Eladio Pintos—, alguna provocación sutil cuya forma y cuyos alcances se le escapaban.

Los acontecimientos precedentes —que Eladio ignoraba— habían ocurrido del siguiente modo, vertiginosos, singulares, como si los ligara entre sí una predestinación artificial, en que las cosas sucedían sin escape, sujetas a una lógica estricta, carentes por completo de cualquier elemento fortuito,

igual que en una escena de teatro obligada a observar con todo rigor las indicaciones del libreto.

Lo primero fue el timbre del teléfono. El linotipista iba delante y Olegario lo seguía, ambos con su respectiva pistola empuñada. Olegario se sobresaltó al escuchar el timbre: pensaba en algún dispositivo de alarma y por instinto se replegó a la pared más próxima, la correspondiente a las primeras oficinas. En estos mismos momentos aparecía Eladio seguido por Eusebio Cano. El linotipista se volvió hacia atrás, muy nervioso, blanco como un papel, mientras apuntaba en dirección de Eladio Pintos. Olegario apenas tuvo tiempo de echársele encima y derribarlo al suelo. Un hombre había salido del cuarto frontero, en apariencia para descolgar el aparato telefónico, y Olegario entonces disparó sobre él sin tocarlo, en tanto sujetaba al linotipista con una rodilla contra el pecho, mientras Pintos y Cano, imperturbables, penetraban en la primera oficina para llevar a cabo su misión. El hombre que había salido hacia el teléfono corrió para desaparecer en un abrir y cerrar de ojos por la puerta de la azotehuela sin que Olegario lo pudiera seguir ocupado en forcejear con el linotipista y arrebatarse la pistola. Olegario había reconocido no obstante, en el hombre que huía, a Nazario Villegas, jefe de los fascistas. Lanzó un grito ronco y desesperado:

—¡Es Nazario Villegas! —pero, con todo, nadie pareció escuchar este grito. El linotipista, los ojos espantosamente abiertos, como el ojo libre de un caballo de pica, hacía esfuerzos por que su mano, con la pistola aferrada entre los dedos, girase hacia Olegario para disparar sobre él. Disparó un solo tiro, pero sin hacer blanco, antes de que la pistola cayese de su mano bajo el efecto —menos doloroso que paralizador— de los dientes de Olegario, que mordían su muñeca con la furia irracional de una bestia acorralada. Olegario tomó la pistola del linotipista y de un salto se colocó junto a la puerta de la azotehuela a fin de percatarse, desde ahí, de la situación en que se habría colocado Nazario Villegas para hacerles frente.

El linotipista, por su parte, se había puesto en pie, vuelto hacia Olegario con un horrible semblante de perturbado mental, la mirada diabólica y activa, mientras reía con un agudo cloqueo y agitaba estúpidamente las manos a la altura del pecho, como si tratara de darse aire sobre el rostro.

—¡Si te atreves a dar un paso adelante —dijo Olegario con una voz opaca— aquí mismo te mato como a un perro! ¡Criminal! ¡Canalla! ¡Viniste sólo para asesinar a Eladio Pintos! ¡No es el partido el que te manda, imbécil, sino son los traidores al partido! ¡Entiéndelo de una vez y ahora lárgate al carajo antes de que te dé en la madre!

El linotipista obedeció con una docilidad al mismo tiempo cómica y alucinante. Primero se encogió dentro de su propio cuerpo, hacia abajo, como si tratara de ponerse en cuclillas, los codos pegados a la caja del cuerpo y las manos con los puños vueltos contra el pecho, un tanto como si implorara y otro tanto en actitud defensiva. En seguida giró sobre sus propios pies y luego echó a correr, encogido igual que una rata, presa del más absurdo terror.

Olegario escuchó más o menos unos cinco balazos en lo alto de la escalera de caracol. Traspuso precavidamente la puerta de la azotehuela para deslizarse bajo la propia escalera, en el rincón, junto a la mampara del excusado. Algo como lluvia le mojaba los hombros y le salpicaba las mejillas. Miró hacia lo alto: era la sangre de un cuerpo caído en la parte superior de la escalera, del que apenas sobresalía la cabeza, el rostro aplastado contra las varillas de hierro del último escalón. Olegario comenzó a trepar con sigilo. Ahora, visto verticalmente desde abajo, en escorzo, aquel rostro dentro de la jaula de las varillas de hierro comenzó a parecerle vagamente conocido. Trepó dos escalones más. Se detuvo: alguien disparaba en la azotea por el lado de la derecha. Contó tres tiros. Ahora reconocía el rostro de Samuel Morfín tras de aquel abanico de hierro, con su sonrisa de dios muerto. Le fue imposible

reconocerlo antes, porque lo incongruente de la presencia de Samuel Morfín en el asalto anulaba la capacidad de la memoria para establecer analogías. ¿Qué diantres andaba haciendo Samuel Morfín en estos líos y cómo es que había llegado a la azotea? Olegario estaba junto a él, de rodillas. Repegó la oreja sobre su espalda: aún conservaba una especie de calor, pero Samuel Morfín ya había muerto. En la oreja sintió la humedad de la sangre a través del casimir del saco. El que lo mató —por supuesto, Nazario Villegas— lo había dejado hecho una criba. Pero Olegario no alcanzaba a sentir rabia u odio; apenas cierta cólera rencorosa contra el propio Samuel Morfín por haberse metido en donde no se le había llamado, en la forma más torpe y gratuita, para encontrar una muerte injusta, irritante, estúpida en absoluto. El timbre del teléfono disminuyó de volumen, parecía distante, apagado, como envuelto en algodones. Olegario se puso en pie. Rebasó el cuerpo de Samuel y se puso a cubierto tras de una saliente de la pared, desde donde alcanzaba a cubrir una considerable porción de la azotea. Aquél era un vacío insólito, quieto, donde no se advertía a nadie, como si nada hubiese ocurrido, como si nadie hubiese dado muerte a Samuel Morfín y éste hubiese caído bajo la descarga de un rayo silencioso. Ahora sí lo sacudió un espasmo de rabia que le subía a la garganta igual a una materia pastosa y sucia que lo incitaba a vomitar. Por el lado derecho, de donde habían partido los tres tiros que escuchó desde la escalera, la puerta de un cuartucho de criados se movía en forma sospechosa.

—¡Sal de ahí, asesino cobarde, jijo de la chingada! —gritó con una voz estentórea y desconocida. En ese cuarto debía estar escondido Nazario Villegas—. ¡Te digo que salgas, desgraciado! —nadie respondió, pero la hoja de la puerta tuvo el movimiento preciso de alguien que jalaba desde adentro como en busca de un ángulo que le permitiera establecer el punto de donde partía la voz.

Olegario no se hizo esperar un segundo y disparó hacia la puerta el resto de cartuchos que quedaban en el cargador de su *Walter*. Inmediatamente, después de extraer el cargador vacío, introdujo uno nuevo en la pistola. Nadie respondía al fuego desde el interior del cuarto. Olegario se dispuso a disparar otra vez, pero la puerta del cuarto cedió como si algo se le hubiese interpuesto entre las dos hojas y un brazo se dejó caer sobre el quicio, cual si se tratara de un brazo separado del cuerpo a que pertenecía, visible desde la mano al codo y sobre cuya cara anterior comenzó a correr en seguida un arroyito de sangre que se deslizaba por la pendiente que producía la mano, caída a un nivel más bajo que el quicio, sobre la superficie de la azotea.

Olegario advirtió que el teléfono continuaba repicando, pero de súbito con una sonoridad extraordinaria, sólo que ahora dentro de su cráneo, igual que una máquina perforadora que al mismo tiempo fuese campana. El brazo estaba desnudo, no podía ser el brazo de Nazario Villegas. Se aproximó a la puerta e intentó abrirla a puntapiés, pero la hoja se detuvo contra un obstáculo macizo y fijo, que a la presión de los puntapiés respondía con extraños movimientos del brazo, como si éste estuviese vivo aún. Olegario empujó la otra hoja de la puerta y al fin pudo entrar al cuarto. El obstáculo que no dejaba a la puerta abrirse de par en par no era otro que la cabeza del hombre a quien Olegario había matado. Vestía unos pantalones de casimir corriente y una camisa blanca de algodón, de mangas enrolladas hasta el codo. De este hombre debieran partir los tres balazos que escuchó Olegario. Pero no se trataba de Nazario Villegas, el jefe de los fascistas; por el contrario, los tres balazos que este muchacho había disparado estuvieron dirigidos, sin duda, contra el propio Nazario Villegas cuando subió la escalera hacia la azotea. Al volver boca arriba el cuerpo de su víctima, Olegario reconoció en aquel muchacho acribillado a tiros el rostro de El Niágara. El ojo de la catarata tenía los párpados juntos, unidos por el cemento de la sangre y la tierra, semejante al ojo de un feto. Pero el ojo sano estaba sin cerrar, mirando con aire de estupefacción, vivo y terrible, entero y con asombro, sin que acertara a dar crédito a su

muerte todavía.

Eladio Pintos fijó su mirada sobre el reloj mientras observaba que la manecilla de los segundos recorría su pequeña circunferencia hasta completar tres minutos. Eusebio Cano y él se habían subido al coche de Enero y tan sólo esperaban para huir que los camaradas faltantes se les incorporaran. Eran las 7:45 de la mañana. Habían empleado con sorprendente exactitud el tiempo previsto para la operación, pero de los siete participantes faltaban aún dos, sobre cuya suerte podrían suponerse, ya en estos momentos, las más graves y alarmantes conjeturas, excluidos Artemio Canché y el linotipista.

Eladio estaba a cada momento más seguro de que Olegario estaría herido o que le habrían dado muerte. Pero ¿y El Niágara? Como si hubiera escuchado los pensamientos de Eladio, Eusebio Cano informó en voz queda.

—El Niágara abandonó su puesto. Yo lo oí subir a la azotea por la escalera de mano que estaba en el patio —Eladio apenas recordó la escalera; sí, una vieja escalera de albañil—. Pudo más el miedo que ellos —comentó aún Eusebio Cano rencorosamente—. Huyeron como un par de cobardes. Esos pendejos: el linotipista y El Niágara. ¿Te diste cuenta que hubo algo como un forcejeo entre Olegario y el linotipista? El linotipista seguro que se asustó con el timbre del teléfono y quiso descolgarlo. Claro, todos hubiéramos querido hacerlo, a todos nos puso nerviosos. Pero era una tontería.

Eladio no quiso replicar una palabra a los comentarios del viejo Cano. De cualquier manera se estaba volviendo terriblemente peligroso esperar más tiempo a las puertas del edificio de los fascistas. Faltaba una vuelta de la pequeña manecilla para que se cumpliera el plazo de espera que se había fijado Eladio. No comprendía cómo sesenta segundos pueden hacerse tan largos, de duración tan lenta.

Un policía uniformado caminaba por la acera, en sentido opuesto al del coche, aproximándose hacia ellos. Las manos de Enero tamborilearon nerviosamente sobre el volante. El gendarme se detuvo a la altura del automóvil mientras parecía remover algo entre las bolsas de su uniforme. Al mirar el rostro de Eladio Pintos dejó de buscar en sus bolsas y se aproximó con el aire de haber reconocido en él cierta cosa de identidad. Los tres hombres del coche permanecieron inmóviles sin haber podido llevar siquiera la mano a las pistolas. El gendarme apoyó el antebrazo en la portezuela del coche.

—¿Quiere facilitarme su lumbre? —Eladio no entendió—. La lumbre de su cigarro —el gendarme mostraba entre sus dedos un cigarrillo apagado. Le pedía a Eladio el fuego de su cigarrillo para encender el propio. Sólo hasta ese momento Eladio se dio cuenta de que estaba fumando y que a tal cosa se refería el gendarme al pedirle la lumbre.

—¡Hombre, sí! ¡Con todo gusto! —exclamó con una obsequiosidad retardada y torpe. El gendarme aplicó el cigarrillo de Eladio al suyo y aspiró largamente el humo. En seguida, después de dar las gracias, se alejó. Los tres hombres lanzaron un hondo suspiro de alivio. El incidente del gendarme había ocupado medio minuto más del tiempo destinado como plazo máximo de espera. Olegario y El Niágara no aparecían por ningún lado. —¡Vámonos! —ordenó Pinto—. Ya no es posible esperar. ¡Vámonos de una vez!

Olegario sufría una especie de ataxia del pensamiento y de la voluntad en que le era imposible moverse ni razonar de un modo objetivo, lógico. De todo lo ocurrido sólo se daba cuenta de una cosa: el haber matado al Niágara, pero ignoraba las causas por las que lo había hecho y, sobre todo —lo que era

terriblemente atormentador—, por qué había *aceptado* hacerlo. ¿Por qué él, un hombre como él, Olegario Chávez, había podido llegar a ese extremo increíble, absurdo, de anulación propia, de dogmatismo fanático que le permitiera aceptar la comisión del más inicuo y cobarde de los crímenes, la muerte de un camarada desprevenido, indefenso, que en él confiaba, que no podría haberlo supuesto jamás un asesino, sino su hermano, su amigo, su compañero? Deseaba averiguarlo con todas las fuerzas de su espíritu. Algo se le dijo, en algún sitio del que no tenía memoria, acerca de este crimen *necesario*: El Niágara era un cierto tipo de provocador en extremo dañino, al servicio de ese otro reptil venenoso que desde un tiempo a esta parte llenaba de miasmas con su presencia la atmósfera de México, León Trotsky. Pero no, por Dios, tal crimen no era necesario, ningún crimen era necesario. Entonces, ¿por todos los diablos del infierno y todos los ángeles del cielo!, ¿a qué título había aceptado matar al Niágara? ¿Qué pudo haber sucedido en su alma que lo indujo como cosa justificable, lógica —¡ay!, y sin duda heroica también, y noble—, a cometer una villanía tan atroz como el asesinato de este pobre Niágara? No podía responderse, pero ésta no era la peor de las preguntas. ¿En qué momento, en qué sitio, de labios de quién había recibido la encomienda de este crimen? El partido, sí; de otro modo no se lo explicaba. La disciplina de partido. Mas el partido aparecía ante sus ojos como una nebulosa impersonal, como una masa indeterminada de centenares de rostros. «El partido soy yo», exclamaba cada uno y desaparecía en la negrura de la noche. Un potente y desalmado reflector iluminaba con hiriente, enloquecida luz, cierta zona de la nada en un mísero infinito. Los rostros se detenían por un segundo, uno por uno, dentro de la zona de luz para decir, todos con una voz neutra y eterna, sin emoción y sin matices: «El partido soy yo», y en seguida desaparecer en el vacío sin dejar la menor huella. El rostro de Ismael Cabrera, el de Patricio Roble, el de todos los jefes y los militantes. «El partido soy yo.» Luego los rostros se empequeñecían y eran centenares, miles, millones, que ocupaban aquella zona iluminada del infinito, una inacabable masa de rostros, de cuerpos hacinados, de cabezas, de puños, de brazos, de labios, con una única voz monocorde e idéntica a sí misma, a través de su incesante suceder. «Nosotros somos el partido. El partido no es nadie.»

El partido era ese torturante sonar del teléfono que se había adueñado del infinito; era ese «zar de las campanas» que se había logrado izar por fin, desde el museo del Kremlin, sobre el vacío del universo para que sonara eternamente en todos los oídos de todas las generaciones. ¡No! Entonces no era el partido el que lo había inducido al crimen. ¡No era el partido! Porque hasta para inducir a un crimen el partido debe individualizarse, convertirse en alguien personal, libre, en un ser de carne y hueso, con nombre y apellido, un ser humano —o no humano, pero un ser: un ser que debe pagar por sus culpas, en tal caso— al que deberá honrarse si lo merece o señalarse y castigarse si es un criminal o un malvado. No; el partido no era el criminal, porque de serlo, de permitir un solo crimen y dejarlo sin castigo, no podía ser el partido, sino entonces nada más una masa esclava, anónima y ciega, desprovista de cualquier soplo espiritual que pudiera llamarse alma y voz humana.

Olegario sufrió un pavoroso sacudimiento interior, como si una montaña de sentimientos, de ideas, de nociones, de conceptos se hubiera desgajado en su espíritu de golpe permitiéndole pensar otra vez con claridad. No era él a quien se le había inducido a cometer el crimen ni era tampoco El Niágara a quien debiera haber asesinado. Mas para la historia el problema no se alteraba: los jefes del partido habían dispuesto y ordenado la muerte de Eladio Pintos. Con ese crimen mataban al partido: con ese y los demás crímenes cometidos, en cualquier parte que fuese del mundo, los jefes habían asesinado al partido comunista. La única resurrección posible sólo podía residir en la verdad, en la libertad, en el hombre y en el castigo.

El teléfono dejó de llamar a tiempo que se escuchaban tumultuosos ruidos allá abajo y una voz que correspondería a la persona que descolgó el auricular.

—¡Quihubo! —pausa—. Sí. Llegamos en este momento, sí, señor —pausa—. Parece que acaba de terminar el asalto —risa—. Llegamos con el retraso convenido, jefe, para dejarlos irse solos de cabeza a chingar de una vez a su madre.

En cosa de segundos unos diez hombres, con las pistolas encañonadas sobre él, habían rodeado a Olegario Chávez en el cuartucho de criados de la azotea donde yacía El Niágara sobre un charco de sangre.

—¡Ríndete! —gritaron simultáneamente varias voces exaltadas, broncas, de los agentes policiacos. Olegario no ofreció resistencia. ¿De qué debía rendirse? Se había rendido ya desde antes, aunque no a ellos. Desde antes, al darse cuenta que también él era un asesino. El asesino de su camarada. Ahora estaba derrotado.

Pero, con todo, la lucha no terminaba ni terminaría jamás. El socialismo y el comunismo eran el porvenir de los hombres. Era preciso proseguir el combate sin descanso. Sí, pero..., ¿en qué dirección...? ¿Contra quiénes y cómo, además de la lucha contra la burguesía?

XXVI. El comandante Villalobos

Nazario Villegas experimentaba un odio quemante y vivo, pero, además, con deseos de sentir entusiasmo, cosa que no podía lograr a entera satisfacción. Sus cálculos e informaciones sobre el complot comunista se habían comprobado plenamente. El complot ya estaba en marcha y su primera víctima hubo de ser el bueno de Victorino. Después del asesinato de Victorino, el ataque a las oficinas de la Unión no era otra cosa que el siguiente paso de los rojos en el camino de crear un clima de intensa agitación, desórdenes e inquietud política, amén de desencadenar un torrente increíble de propaganda, de la que, con todo, a los propios comunistas no les correspondería desencadenar sino una parte mínima, la más insignificante.

Nazario apretaba los dientes, la boca seca. Todos, sin excepción —sin que se excluyera Nazario mismo—, estaban colocados en la circunstancia forzosa de tener que hacerle el juego a los comunistas —a los jefes comunistas— lo quisieran o no. En los círculos dirigentes de la política nadie se engañaba a este respecto, fuera de los más irremediamente obtusos o ingenuos de entre ciertos líderes pusilánimes o cuyos intereses económicos no les permitían ver más allá de sus narices. Los comunistas *no iban a tomar el poder*, eso estaba claro; dicho con mayor precisión: *no se proponían tomar el poder, ni tampoco lo deseaban*. (Desde luego que en la presente coyuntura.) Pero se conducirían con las actitudes y desplantes, las insinuaciones más o menos veladas, tanto como los retos cargados de arrogancia, según el caso, de quienes se disponen, de un día para otro, a lanzarse al asalto decisivo. Entonces obligaban a sus adversarios a tomar una actitud en consecuencia con la de ellos. Así, la prensa no tenía empacho en posar de histérica: las cámaras de comercio y de patronos industriales no ocultaban ni su odio ni su terror; los líderes obreros no comunistas clamaban en todos los tonos, y esta avalancha de psicosis burguesa, de miedo, de insensatez, no podía menos que arrastrar tras de sí —por supuesto que de buena gana por parte de ellos— al sector de la derecha y el centro de los jefes políticos del país, quienes, desde sus respectivas posiciones, dentro y fuera del gobierno, y de acuerdo con su grado de influencia en la dirección de los asuntos nacionales, impulsaban y profundizaban el extraordinario *pandemonium*.

De tal suerte, mucho menos que los comunistas, sus enemigos eran los que a la postre consumaban, con mayor eficacia, los objetivos reales de aquéllos, sin que, no obstante, dejaran por esta razón de obtener una casi siempre opulenta ganancia política. Esto, que a primera vista parecería un absurdo, estaba regido, sin embargo, por una lógica interna incontestable. El secreto de tal lógica residía, no en las aspiraciones doctrinarias, ideológicas y políticas del movimiento comunista en sí, ni en los objetivos de las masas obreras tomadas como una tendencia social determinada que se orienta, más o menos de modo espontáneo, hacia un cambio en la sociedad, sino en los intereses particulares de los líderes comunistas. Si se examinaba el asunto con ánimo de ver la verdad sin prejuicios —decíase Nazario Villegas— habría que convenir en que una cosa eran los jefes comunistas y otra muy distinta los comunistas de abajo, los militantes de calle, los simples agitadores y «activistas», como a sí mismos se designaban. El objetivo de los jefes comunistas —su objetivo particular como tales jefes, el objetivo, siempre necesariamente tortuoso, de su carrera política— no se dirigía al país, no obraba respecto a México sino en tanto que incidencia. Ellos trabajaban para la exportación, con la mirada puesta en los ascensos y consideraciones cada vez más elevados que podrían obtener dentro del escalafón burocrático de la Internacional, esto es, dentro de la secreta burocracia cosmopolita de Rusia, como una especie de francmasones rojos. Por ello, cuando los jefes comunistas decretaban desatar una oleada de agitación —

en el momento exacto en que las circunstancias les ofrecían la oportunidad— era una locura no hacerles el juego y no fingir —aunque sin descuidar una actitud vigilante y prevenida— que la patria estaba al borde de caer en sus manos y hundirse en el caos más inenarrable. Los jefes comunistas se saldrían con la suya dentro de su oscuro mundo de sordas envidias, turbias acechanzas y herméticas luchas intestinas, claro está; pero también los adversarios del comunismo —y aquí sí, del comunismo verdadero y terrible— se saldrían con la de ellos, al contribuir —junto con los jefes del partido comunista— a que las chusmas del más bajo y despreciable pueblo no triunfaran.

La confrontación de este análisis con la realidad inmediata era lo que mantenía a Nazario Villegas en un estado de espíritu contradictorio e insatisfecho. Odiaba con todo su ser al comunismo, a los comunistas y a sus jefes. Hubiera querido barrer con todos, sin dejar de ellos el menor, el más miserable vestigio de su paso por la tierra. Pero los buenos deseos no siempre están acordes con las posibilidades reales. En la eventualidad presente —donde se combinaban en tan magnífica forma el asesinato de don Victorino por Olegario Chávez y el asalto a las oficinas de la Unión— habría que aniquilar al mayor número de comunistas y la ocasión estaba dada para ello en condiciones inmejorables. El golpe se asestaría a fondo y en seco; esto llenaba su ánimo de una sana y jovial disposición. Pero había que preocuparse —lo que para Nazario era el punto más irritante y amargo de la jornada— de salvaguardar «moralmente» a los jefes comunistas, es decir a cierto número de dichos jefes, como garantía de que no se descontinuara de ningún modo la política seguida hasta la fecha por el conjunto de la dirección del partido comunista. Para su propio y personal apaciguamiento, Nazario Villegas se decía que él era un hombre político y que, en consecuencia, debía relegar sus sentimientos privados a un segundo término: en fin de cuentas, el hacerles el juego a los dirigentes comunistas resultaba una insignificancia comparado con la esplendidez de los dividendos que la política de aquéllos haría efectivos a la gran causa del Anticomunismo Nacional.

En este aspecto Nazario Villegas se felicitaba de su previsión táctica, al haber adoptado la medida, antes del asalto y en previsión del mismo, de que el local de la Unión fuese desguarnecido y no se ofreciera resistencia. Esto evidenciaría ante la opinión pública y las autoridades de qué lado se encontraban en verdad los agresores y la índole subversiva general que revestía esta agresión, lo cual despejaba por completo el camino para que la Unión Anticomunista pudiera llevar a cabo sus propios fines.

Aún no podía dominar una respiración agitada y sofocante, cuando, después de saltar de una azotea a otra, ahora se encontraba en la calle para dirigirse a la jefatura de policía. Aquel repiquetear del teléfono, en la oficina de la Unión, durante el asalto, debió ser por fuerza la llamada que había quedado de hacer el comandante Villalobos, desde la noche anterior, poco tiempo después del asesinato de don Victorino, en el despacho mismo del prestamista.

Cuando se comprueba una verdad —se decía Nazario—, una verdad que uno ha defendido por largo tiempo con toda su vehemencia, pero en abstracto y sin aportar hechos, en el momento en que esa verdad se hace evidente para todos, el primero en sentirse incrédulo, asombrado, anonadado, en uno mismo.

Así había ocurrido con él en relación a la conjura roja. La gente lo escuchaba con indiferencia y escepticismo. El papel de Casandra siempre incomoda a quien le toca presenciárselo en la vida real y Nazario Villegas, para su propia desesperación y amargura, desempeñaba esa sombría función agorera, a través de una tenaz y sostenida campaña que ya tenía algunos años, sin que, no obstante, su taimada prédica pudiese encontrar, en la medida en que era necesario, un eco profundo en los espíritus ni una

respuesta práctica en la magnitud de la acción que requería una cruzada anticomunista de las proporciones que Nazario imaginara. Pero la campana del destino había sonado por fin, pensaba Nazario. Ayer por la noche, exactamente; ayer, en los momentos en que el comunista Olegario Chávez asesinaba sin piedad a don Victorino.

Al principio, frente al cadáver de su amigo, Nazario Villegas no alcanzaba a comprenderlo: lo miraba ahí, tendido sobre su propia sangre, nada más con un enorme desconsuelo y sin deducir del hecho ningún género particular de conclusiones trascendentes. Mas de pronto recordó algo al relacionar la muerte de Victorino con el puesto que junto a él, como su tenedor de libros, desempeñaba el líder comunista Chávez. No por inmodestia —pues jamás se hubiese atrevido a compararse con Hitler—, sino por la similitud de signos premonitorios, lo que Nazario recordó fueron las palabras del Führer ante la profética hoguera del Reichstag, incendiado por los comunistas. «¡Esto es un anuncio de Dios!» La muerte de Victorino era un anuncio de Dios en tanto el comunista Olegario Chávez había sido su asesino. Nazario estaba ante su verdad viva, por más trágica que fuese la forma de su aparición, o quizá por ello mismo. Era la señal del combate que habría que librar hasta el fin, el inicio del Apocalipsis.

Nazario Villegas juntó los talones al modo militar, erguido y solemne, a los pies del cadáver de don Victorino. En seguida, firme, sin el más leve temblor, lento y rígido, el rostro de hierro forjado, hizo descender la mano derecha desde su propia frente al pecho y luego hacia los lados, para figurar, con un beso sobre sus propios dedos, el significado de la Santa Cruz mediante la que Dios mismo acababa de santiguarlo.

Terminado este rito heroico y guerrero, giró sobre sus propios pies en impecable media vuelta y salió a la calle en busca de un teléfono desde donde pudiera comunicarse con su amigo y camarada político el comandante Villalobos, de la jefatura de policía, a fin de imponerle de los acontecimientos.

Nazario Villegas y el comandante Villalobos habían conversado en voz baja, alejados de todos los demás, en un ángulo del despacho de don Victorino. El personal de peritos policiacos trabajaba bien, en silencio, con una diligencia tranquila y precisa. Los *flashes* del fotógrafo de la jefatura relampagueaban de continuo y eran lo único que daba a la escena cierto carácter artificial, como de no estar sucediendo de veras. El fotógrafo mismo parecía un curioso mono que hubiese encontrado al azar un aparato desconocido para él y que lo hacía saltar de un lado a otro, empeñado en descubrir en dónde podría encontrarse lo verdaderamente gracioso de la cámara, hurgando dentro de ella de mil maneras a través del visor, ya desde lo alto de los montones de papel periódico, ya acostado en el suelo, o de rodillas, o boca abajo. Pero luego, lo más fascinante: en derredor del cadáver, desde las plantas de sus pies, sobre su rostro, bajo su hombro, igual que si el cadáver fuese culpable de algo. Otros hombres medían distancias en diferentes direcciones, dibujaban en el aire una invisible geometría de rombos, rectángulos, polígonos, hasta que el cuerpo de Victorino quedaba reducido a un paquete de conjeturas, preso sin escapatoria dentro de las rejas de las más ingeniosas coordenadas.

Era cuestión de sentar las bases científicas para una buena hipótesis sobre el *modus* del crimen. Aquello se hacía entonces con enorme seriedad: la misma seriedad indiferente y enlutada de los empleados de agencias fúnebres; aunque en fin de cuentas, todo se resumía en que un cadáver tiene que caber dentro de los límites predeterminados de la caja de muerto: la caja es su hipótesis más segura.

El comandante Villalobos tenía una especie de virtud: la permanente expresión de asombro de su rostro, que lo hacía aparecer un tonto de remate. Sin abrir la boca, dejaba caer la mandíbula, lo que parecía como si tirara de sus labios por dentro con algún cordel, reduciéndolos casi a un círculo a modo de quien silba; al mismo tiempo conservaba las cejas en alto y hacía girar sus ojos de manera incesante a derecha e izquierda, sin alterar la posición de la cabeza en ninguna de esas direcciones, de tal suerte que esto le daba el aire de una cómica y estúpida desconfianza al mismo tiempo que el de una rústica incredulidad. Tras de esta expresión inocua, Villalobos escondía, empero, un alma sórdida y ambiciosa y una mente sagaz pero llena de tortuosidades.

Escuchaba a Nazario Villegas como si éste le estuviera descubriendo las más inesperadas e inauditas derivaciones políticas del asesinato de don Victorino (derivaciones políticas, sin embargo, a las que ya se había adelantado Villalobos desde que aceptó la hipótesis de un crimen cometido por los comunistas). El recurso de esta actitud zafia, con su candor torpe, sin duda considerado como sincero por las personas a quien se destinaba, lo protegía por cuanto a no provocar recelo alguno en los demás en lo referente a sus ambiciones verdaderas. Así, Villalobos parecía abandonar su albedrío, como sin darse cuenta, en manos de los otros y estaba en condiciones de aparentar entonces, con la más convincente veracidad, que ya desde el primer instante se había convertido en su dócil instrumento, para lo que ellos quisieran y como lo quisieran. Con esta actitud, en cierto modo, descargaba de antemano sobre Nazario Villegas las consecuencias que pudieran sobrevenir, caso de que el camino que iban a adoptar resultase equivocado.

Los ojos verdes de Nazario Villegas casi parecían humanizarse con cálidos destellos de un odio apenas ya no zoológico a causa de la aniquiladora ternura de que iba acompañado, al exponer los detalles de su plan: dispersión y extinción inmisericorde —mañana, en cuanto se echaran a la calle— de los huelguistas del transporte; encarcelamiento de todos los líderes agitadores; prohibición a los demás sindicatos de cualquier acto de solidaridad. Todo esto acompañado, de inmediato, por una gigantesca, arrolladora campaña anticomunista de prensa. Sería apenas el comienzo. El plan en su conjunto, conducido con método, haría entrar en crisis, tarde o temprano —más temprano que tarde— la política izquierdista del gobierno y, sin alterar las formas, crearía las circunstancias propicias para una casi insensible transferencia del poder a los círculos donde el comandante Villalobos era la figura más destacada y de un porvenir político más seguro. Por lo pronto, lo primero, mover a los periódicos, lo más que se pudiera, a propósito del asesinato de don Victorino como un crimen —era evidente, además— cometido por los comunistas.

El comandante Villalobos hacía girar sus ojos en todas direcciones, como asustado, pero de súbito, en forma inexplicable fijó la mirada largamente sobre el cadáver de don Victorino. Era una mirada temblorosa, llena de compasión, horrorizada. Pero en contraste con esta forma de mirar, sus pensamientos eran muy otros que los que podría sugerir la presencia del muerto. «Lo que es esa campaña de prensa —calculaba—, yo la desato por mis propias pistolas luego luego, antes de que no me salga cualquier listo que quiera madrugarme y hacer méritos por su cuenta. No voy a consultar para nada con los mandamases de mero arriba. Después explicaré la cosa como una filtración de noticias que a mí mismo me habrá sorprendido. Después, ya nadie podrá frenar el empuje de los acontecimientos.»

En la puerta interior del despacho de don Victorino apareció un policía uniformado que, en posición de firmes, saludó militarmente. Se esperaba al comandante, general Villalobos, en el departamento de

dactiloscopia de la jefatura, pues ya estaba listo el informe sobre las huellas digitales encontradas aquí, en el lugar del crimen.

XXVII. El hombre y el muñeco

Nazario Villegas creía advertir en la ciudad una extraña atmósfera cargada de presagios: eran ya cerca de las nueve de la mañana y una silenciosa, tirante quietud, se adueñaba cada vez más de las calles casi vacías. Nazario buscaba en vano un coche de alquiler. Pensó que, naturalmente, los choferes se estarían aprestando para la huelga y ésta era la causa de que no hubiera coches, pero también abrigaba el interés de darse cuenta si habría probables esquirols —o con alma de esquirol— entre los choferes.

Este amenazante reposo de las calles; esta quietud de acero. Era como si la ciudad se hubiese elevado un poco más sobre sus dos mil y pico de metros de altura y la creciente delgadez de un aire enrarecido apenas permitiera respirar. Una ciudad que levitaba, sin tocar la tierra con los pies, pero que lo hacía sostenida por las manos, por los hombros, por las espaldas de miles de seres, espantosos seres invisibles y no obstante compactos, que le imprimían un lento girar como el del minuterero de un reloj, aproximándola paso por paso a la hora de la catástrofe. Aquellos hombres estaban ahí, bajo las entrañas de la ciudad, anhelantes e insomnes, igual a galeotes ciegos que tiraran de la rueda del tiempo con un amor iluminado, enloquecido y condenado a muerte sin que ellos lo supieran. Se abrirían grietas en las calles para que fuesen vomitados como detritus de esta lucha criminal, pero también de las horrendas grietas brotarían arroyos de sangre purificadora. Nazario juraba por la salvación de su alma que así lo haría.

Se había entretenido unos minutos en telefonar a los demás jefes de la Unión para que retrasaran la ocupación de posiciones por las brigadas de choque, hasta después de que él hablara con el comandante Villalobos, y que los hombres, entretanto, permanecieran en su puestos. Era una medida de gran utilidad práctica y política. Establecido ya el hecho de que Olegario Chávez había asesinado a don Victorino (como lo demostrara anoche la coincidencia de las huellas digitales encontradas en el despacho del prestamista, con la ficha signalética de Olegario que se conservaba en el archivo de la jefatura), unido este hecho al asalto de que fuera víctima la Unión Anticomunista, la cuestión radicaba en esperar la actitud que asumieran las autoridades, y en caso favorable, lanzarse a la ofensiva con su apoyo. De este modo, una acción que si bien en su primera fase se planteaba como actividad ilegal para los anticomunistas, en su segunda fase se transformaba hoy en uno de esos movimientos —por más arbitrarios que sean— que en el lenguaje de la política mexicana se llaman de «respaldo al gobierno constituido». El cuadro se había llegado a trazar, casi por sí mismo, con una perfección absoluta.

Los tranvías transitaban con una lentitud pasmosa, cómplices, claro está —se dijo Nazario— de los choferes huelguistas. Aunque esto no era todavía la huelga propiamente dicha, pues según sus informes el paro estaba decidido para estallar a las doce en punto de la mañana. De aquí que hubiera dejado pasar dos tranvías en la esperanza de poder toparse aún con cualquier «ruletero».

—Resultado: ni lo uno ni lo otro —masculló Nazario con desesperada rabia.

Esta ciudad fantasma, esta ciudad vacía, enemiga. ¿Mediante qué hilos misteriosos se enteraban los habitantes de que algo insólito iba a ocurrir?

«Avaro de La Merced asesinado por un líder comunista.» «Los comunistas desatan una vasta campaña de terror. La primera víctima, un hombre de negocios de La Merced.» «Señálase como presunto autor del horrendo crimen de La Merced al líder comunista Olegario Chávez.» En el puesto de periódicos de la esquina donde se encontraba, Nazario pudo advertir que, con diversos titulares, pero a ocho columnas, en todos los diarios aparecía la noticia del asesinato de don Victorino en el tono y con la tendencia sugeridos amablemente a los reporteros por el comandante Villalobos.

En sus labios tembló una ligera y fugaz sonrisa. Las cosas marchaban; ya nadie podía detener esto, se dijo. No importaba si Olegario Chávez fuese aprehendido o no, tal cosa era secundaria. Lo esencial residía en que ahora se presentaba la coyuntura para obligar al gobierno —a querer o sin ganas— (como en otras palabras se lo había dicho a Villalobos) a que formara parte, de hecho, en un frente único anticomunista junto a todas las agrupaciones de las diferentes gamas de la derecha, donde, con legitimidad indisputable, correspondía a Nazario Villegas el liderazgo político. Los jefes comunistas jugaban a la toma del poder, eso sí, conscientes de que no era sino un juego, aunque sangriento y criminal. Pero gracias a este juego, Villegas ya estaba en la antesala del poder, lo que a la postre no les resultaba tan divertido a tales jefes.

A la distancia de unas cuadras venía encarrerado un automóvil. Nazario decidió jugársela y saltó a media calle para detenerlo y aun obligarlo, pistola en mano de ser necesario, a que lo condujera a la jefatura de policía. Las llantas del coche rechinaron de modo estridente al enfrenar a escaso medio metro de Nazario. Se trataba de un automóvil particular de lujo y al volante iba un hombre que podría pasar de los cuarenta, bien vestido aunque con cierto desorden, que no hizo otra cosa que quedarse mirando a Nazario mientras una sonrisa bonachona e inconsciente se fijaba inmóvil e inalterable en sus labios.

—Pero..., ¿es que no lo maté, amigo mío...? —preguntó el hombre con una restallante chispa de alegría y felicidad en la mirada—. ¡Ay, amigo mío! —añadió con un gran espaviento y un feroz resoplido de liberación—. ¡No sabe cuánto se lo agradezco!

Apenas dichas estas palabras el automovilista al parecer no pudo más y cayó como un muñeco con la mitad de su cuerpo encima del volante, víctima de un desmayo.

Nazario no cabía en sí de impaciencia y cólera. Sacudió al hombre con movimientos brutales, y al darse cuenta de que en realidad sufría un desmayo, comenzó a darle un rabioso masaje en la nuca.

—Gracias, amigo mío. Mi salvador, mi ángel de la guarda.

El automovilista abría los ojos y se incorporaba recostando la espalda contra el asiento. Era notorio que aún estaba ebrio de la juerga del día anterior. Sonreía nuevamente, pero ahora sin darse cuenta de las cosas y en perfecto olvido de todo cuanto había pasado. Nazario ya estaba junto a él, dentro del automóvil.

—¡Llévame a la esquina X! —dijo con la mayor calma del mundo, dominándose. No quiso decir «a la jefatura de policía», porque quién sabe, pensó, la forma en que lo tomaría el ebrio y lo único que Nazario deseaba era evitarse del mejor modo cualquier clase de obstáculos o complicaciones. La esquina citada era la propia jefatura.

El ebrio se volvió hacia él con una expresión divertida.

—¿Fue Carmela la que te dijo que salieras junto conmigo del burdel para evitar que fuera a pasarme algo? —interrogó con un agradecimiento nostálgico.

—Sí —afirmó Nazario—, fue Carmela.

El ebrio lanzó un inquietante suspiro que amenazaba convertirse en ausencia mental, a causa de la quieta, absorta mirada con que iba acompañado. Pero no.

—¡Tan linda...! —fue lo único que dijo.

En seguida arrancaron.

«Ahorita sí que el cabrón no está fingiendo», se dijo Nazario, derribado interiormente, pero sin delatar

—o cuando menos, procurando no delatar con exceso— su desastroso estado de ánimo.

Dentro de su oficina privada de la jefatura el comandante Villalobos tenía la cabeza caída sobre la superficie del gran escritorio ministerial, la frente apoyada en las temblorosas manos entrelazadas.

Lo había recibido, a quemarropa, con palabras que lo anonadaron.

—Nos llevó la chingada, Nazario —le dijo—. Mis agentes aprehendieron a un tipo que fue testigo presencial del asesinato del prestamista de La Merced. El verdadero asesino no es Olegario Chávez. Los datos son concluyentes. No podemos acusarlo ni hacer de esto una conjuración comunista. ¡Habrà que dar marcha atrás quién sabe cómo!

Luego el comandante y general Villalobos se había dejado caer sobre el sillón de muelles, tras de su escritorio, el rostro sustraído a la vista de Nazario a causa de la frente inclinada, vencida, seguro ya de su desgracia irremediable.

—¡Y bien! —en la voz de Nazario se filtraba un leve temblor—. ¿Cómo fue la cosa?

Villalobos irguió poco a poco la cabeza. Gruesas lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas, pero no eran suficientes a deshacer la consistencia seca de aquellos ojos marchitos, muertos, de buitre de museo. Su carrera política había llegado a su fin, pensaba Villalobos. Había construido un edificio completo, de estructura irreprochable, sobre los cimientos del asesinato del viejo avaro; había inducido a la prensa a seguir la lógica de un camino absolutamente promisor —en todos los sentidos: sensacionalismo, anticomunismo, dinero en abundancia—, y de súbito todo eso naufragaba con él, con el comandante Villalobos en el puente de mando. Ninguno de los interesados en el asunto —y sobre todo fuerzas políticas muy poderosas a las que pensaba cobrar un alto precio por el servicio— le perdonarían jamás este crimen de estupidez. De tanto simular el imbécil, había terminado por serlo. La consecuencia era que no iba a ser él quien cobrara —aspiraba a obtener de este negocio nada menos que un ministerio— sino que ahora tendría que pagar, y pagar no con cualquier cosa sino con el sacrificio total de lo que había sido hasta el momento de su vida pública.

El rostro del comandante Villalobos —el rostro que contemplaba aterrado, en esos instantes, Nazario Villegas— no tenía nada en común con la conocida máscara habitual de su *facies cretinus* de todos los días. Tenía los labios blancos, sin sangre, unidos uno con el otro mediante un impulso tan feroz y desesperanzado, que parecían no ser sino una simple cicatriz, una línea, el filo de una daga, la imagen más completa y sincera del pánico. Los ojos, antes vivaces y de mirar socarrón, hoy no eran sino lo que son las pasas a las uvas y hasta, en efecto, sus pupilas veíanse como arrugadas, enjutas, sin luz. No acertaba a decir palabra.

Nazario perdía gradualmente la paciencia.

—¡Explica, pues, los cosas, con un carajo! ¿Qué fue lo que pasó?

Villalobos no se resintió del trato descomedido que le daba Nazario Villegas. Al parecer ya no le importaba el trato que le diera nadie. Explicó entonces lo que había ocurrido. La aprehensión de un tipejo, un padrotito (Mario Cobián), por denuncia de dos mujerzuelas (La Jaiba y La Magnífica), quienes pretendían que el sujeto ése había dado muerte a su querida (Lucrecia). El padrotito ignora la acusación, y cuando se le interroga, antes de recibir siquiera el primer golpe, creyendo que su aprehensión es por otra causa, confiesa: —Yo no maté a don Victorino; yo nomás robé. Fue *Elena*, fue el enano; *Elena* fue el que mató a don Victorino.

Una llamada del interfono interrumpió el relato del comandante Villalobos.

—¡Diga! —pidió al aparato. Luego hizo funcionar la palanca de recepción para oír de lo que se trataba. A través del interfono se escuchó la voz metálica de un agente:

—Mi general: ya tenemos aquí apañado a Olegario Chávez. Esperamos órdenes.

Los dos hombres se miraron perplejos. La nueva incógnita podía encerrar una esperanza.

Los ojos del comandante recobraban por segundos su vieja dimensión de huidiza y confiada hipocresía.

—Incomuníquelo en un separo con centinela de vista. Ya hablaremos después —replicó a la voz del interfono.

Mario Cobián no alcanzaba a comprender los propósitos de aquella gente. Lo seguían golpeando pese a que él no escatimaba la confesión de ningún detalle de todo lo ocurrido, ni siquiera lo que en rigor era su única culpa indiscutible: la muerte del enano, a quien arrojara al canal del desagüe, cosa de la que, por otra parte, no se arrepentía.

«El maldito par de putas méndigas de La Magnífica y La Jaiba», exclamó en su interior, rencoroso, prometiéndose aplicar una venganza que las traidoras no olvidarían jamás. Al mismo tiempo que Mario pensaba esto, recibió un par de puñetazos más en el estómago. Lloró.

—Ya cálmela, jefecitos santos. Yo nomás maté al enano: cuando llegué al despacho de don Victorino, el pinche viejo ojete ya estaba muerto, todo lleno de sangre.

Los dos interrogadores se dirigieron una mirada de inteligencia.

—Así que confieras no haber visto con tus propios ojos, entiéndelo bien, *con tus propios ojos*, quién fue el que mató al prestamista, ¿eh? —interpeló uno de los interrogadores.

—Ésa es la mera verdá, mi jefe; yo no miré nada —repuso Mario—. Y a la Luque, pues ahí sí nadie puede garantizarme que ya sea difunta, porque tampoco la maté —prosiguió Cobián por otro derrotero—. Al principio, sí, señor, la daba yo por muerta de los golpes que le di y no pude aguantarme las ganas de regresar a su departamento después de que aventé a *Elena* al canal. Pero Luque ya no estaba en su casa, lo que me hizo sentir harta muina pero también gusto, pues eso quería decir que la Luque no se había muerto de la zoquetiza que le di. Por ese lado no creo que haya delito, señor, puesto que yo me limité nomás a maltratarla con esos golpes, basado en el derecho de que ella es mi querida y acepta de su propia voluntad cuando a veces llego a pegarle.

El puño de uno de los hombres trazó una vigorosa parábola en el aire para irse a sepultar, como sobre una almohada, en el estómago de Mario.

—¡Tu Luque nos importa una chingada, pendejo! Contesta bien a lo que te preguntamos: tú no viste que el enano matara a don Victorino. Cuando el enano te abrió la puerta, don Victorino ya estaba muerto, ¿no es así? Entonces pudo matarlo otro que no fuera el enano. ¿No se te ha ocurrido pensar en eso, imbécil?

Mario Cobián lanzó un gemido sordo. Que le explicaran lo que tenía que decir, pero bien claramente, a modo de que lo entendiera, y Mario lo diría con todo gusto. Iba a decirles tal cosa, cuando se escuchó una voz opaca, dulzona y calmada.

—Alto, señores. ¿Qué clase de procedimientos son éstos?

En la puerta del separó había aparecido el comandante Villalobos. Los esbirros volvieron hacia él, con una fingida expresión de culpa, los ojos perrunamente bajos, en notoria actitud convenida.

—Perdone usted, mi jefe —exclamó el esbirro que parecía desempeñar el papel del más audaz—. Perdone usted, pero este amigo nomás trata de vernos la cara... Quiere echarle la culpa del crimen al enano, para encubrir al asesino verdadero. Y pues como el enano ya no puede hablar...

El comandante hizo un ademán en el aire, muy parecido a la bendición de un cura, retratada en el rostro la benignidad inerte y pastosa de un conductor de almas.

—¡Cállese! —exclamó como si sintiera pena—. Cuando terminemos, preséntense los dos arrestados en la guardia de agentes. Pero antes quiero darles una lección, para que aprendan a no golpear a los presos y vean que la verdad se obtiene de un sospechoso sólo mediante el trabajo del agente, pero nunca con la violencia...

Hablaba introduciendo la lengua entre los dientes, de propósito, con lo cual seseaba de un modo muy peculiar, como un afable y bondadoso anciano, lo que constituía uno de sus trucos histriónicos especiales para casos así.

—Los golpes nunca arreglan nada —proseguía Villalobos—. Este muchacho ha dicho la verdad hasta donde la conoce, y no puede decir más...

Villalobos estaba seguro de que Mario ya había llegado al punto de «ablandamiento» suficiente como para declarar o testimoniar lo que se le pidiera sin ofrecer la menor resistencia. Hizo una furtiva señal hacia la puerta del separo y entonces entraron varios agentes, quienes, acompañados de Nazario Villegas, conducían entre ellos a Olegario Chávez.

El comandante Villalobos puso una mano encima de la espalda de Mario Cobián con aire protector y benévolo.

—Fíjate bien en este hombre, Muñeco —dijo con su misma dicción senil de los momentos anteriores—. Cuando llegabas al despacho de don Victorino, ¿no te cruzaste con este hombre como si él acabara de salir de ahí?

Mario Cobián miraba a Olegario con una fijeza de alucinado. Ahora hasta él mismo aceptaba como buena la coartada de la policía. Pero ¿por qué *Elena* no le había dicho nada?

—Sí, mis jefes —silbó Mario Cobián con un asombro sin límites—. Primero lo vi en el puesto de La Jaiba, que es una de las dos huilas que les dieron el chivatazo de que dizque yo había matado a Lucrecia. Iba con otro cuate, que hasta los creí de la policía. Después me lo volví a encontrar, con otro cuate distinto, apenas había pasado lo que le sucedió a *Elena*... de haberlo tirado yo al canal... Me entró tanto miedo que les dejé tirado el dinero del robo para que se lo cogieran ellos y me eché a correr, porque, como les dije, yo estaba seguro que eran chota...

Nazario Villegas y el comandante Villalobos dominaban a duras penas su sorpresa. Los elementos que aportaba Mario Cobián eran muchísimos más de lo que habían esperado.

Villalobos señaló hacia Olegario Chávez.

—Pues este hombre que aquí estás viendo, Muñeco... —dijo el comandante con su voz natural, ahora temblorosa por la emoción— ... este hombre es el asesino verdadero...

Olegario Chávez mantenía la vista fija en Mario, pero era evidente que no lo miraba. Su expresión era densamente reflexiva y distante, como si su presencia aquí en el separo no fuese sino una delegación corporal suya mientras él estaría a muchos kilómetros de distancia o en otro mundo.

—¿Qué dice usted, Olegario? —interrogó Villalobos.

Olegario le dirigió una mirada indiferente y tranquila.

—Eso mismo, general —repuso—. Que soy un asesino. El asesino verdadero.

Villalobos ordenó que se llevaran a Olegario.

El comandante y Villegas habían quedado a solas con El Muñeco.

—Mira, muchacho —le dijo el comandante—, mira y entiende bien lo que voy a proponerte. Vas a cooperar con nosotros. Olvidemos lo del enano; en fin de cuentas se sacó su merecido. Desde hoy

tendrás una credencial de agente, nomás te nos portas derechito. Cuando te citen a comparecer en el juzgado como testigo de cargo, tienes que repetir, con las mismas palabras, las cosas que has confesado aquí, delante de todos nosotros y sin presión de ninguna clase, pues yo no te he tocado un cabello. Tu Lucrecia, Luque, como la llamas, está hospitalizada en la Cruz Roja. Puedes ir a verla cuando gustes. Estás en libertad. Tienes la ciudad por cárcel.

Epílogo

El nudo ciego

1

El jefe del partido, Patricio Robles, y su «segundo de a bordo», como se le llamaba familiarmente, Ismael Cabrera, se miraron uno al otro en una forma inexpresiva por completo y todavía permanecieron callados largos instantes sin el menor deseo de hacer ningún comentario en torno de los acuerdos adoptados en la reunión del buró político que había concluido media hora antes ahí mismo, en la casa de Patricio. Ninguno tomaba la iniciativa de hablar —cuando era tan necesario hacerlo por lo menos para resolver las medidas prácticas de que se habló en la reunión—, los dos como enervados por la lasitud de una fatiga que parecía haberlos vuelto indiferentes a cualquier estímulo. «Es la apatía que sobreviene después de una victoria —pensaba Ismael—, cuando no se está del todo seguro de que esa victoria no haya sido una injusticia, y acaso una terrible injusticia.»

La reunión del buró político había resuelto —no sin cierta tímida oposición, derrotada a la postre— expulsar del partido a Eladio Pintos y a Olegario Chávez, aunque el primero ya estaba fuera, de hecho, desde que el partido de la Unión Soviética, con anterioridad de algunos meses, acordó excluirlo de sus filas. Por cuanto al segundo, Olegario Chávez, el buró político había aprobado, además, una declaración pública, ya entregada a la prensa, en relación con el asesinato del usurero de La Merced, en la que el partido negaba la existencia de vínculo alguno con Olegario y no se hacía responsable de las actividades delictuosas en que pudiera estar comprometido «dicho sujeto».

Ismael detuvo la mirada —ya sin querer leerlo por centésima vez— sobre el escandaloso titular del periódico del mediodía que aún estaba extendido encima de la mesa sin que ninguno de los participantes en la reunión se lo hubiera llevado, cosa extraña. «*El líder comunista Olegario Chávez, convicto del crimen de La Merced.*»

Dejaban solo a Olegario, pensó Ismael. El partido lo dejaba solo, a que lo devoraran los perros. Luego esa declaración de prensa. El partido no negaba que Olegario pudiera ser el asesino.

Ismael trataba de encontrar algún pretexto ingenioso para romper este silencio lleno de reservas y equívocos que se había establecido entre él y Patricio, después —y evidentemente a causa— de la reunión. Intentó ironizar, de un modo que le parecía sutil, sobre la índole «trascendente» de los acuerdos adoptados.

—*Vox populi, vox dei* —dijo, con una semisonrisa insegura—: La voz del partido es la voz de Dios...

Patricio se volvió a mirarlo con sorprendente seriedad aprobatoria. No captaba la ironía de la frase —se dijo Ismael— en virtud de un impedimento orgánico para aceptar que aquello no pudiera ser verdadero: alguna neurona específica de su cerebro habría de ser la encargada, a no dudarlo, del funcionamiento de tal noción, así como otras se ocupan de diversos análisis y procesos representativos.

La voz del partido es la voz de Dios.

—Cierto —replicó Patricio con aire adusto—. No porque Dios exista; eso está descartado. Sino porque nosotros representamos la única verdad, la verdad histórica —Patricio no pudo impedir que se traslucieran, en el tono y la actitud con que dijo estas palabras, su convicción íntima y su orgullosa seguridad de que había dicho algo muy importante y profundo que, por otra parte, no paraba mientes en obsequiar a su interlocutor, así nomás, en una simple charla, con el inaparente y natural desprendimiento de quien ofrece cigarrillos a sus amigos de tertulia.

Ismael, no sin el cinismo mesurado que le era propio, reía para sus adentros. Era conmovedora la capacidad de ciertas personas para creer, de todo corazón, que en sus frases vacías y en sus lugares comunes, con sólo imprimirles el tono adecuadamente grave, se encerraban ya los pensamientos más elevados y las más originales ideas. Empero —se dijo de inmediato en serio— no era cosa de reírse ni de conmoverse. Sintió que volvía a reír por dentro otra vez, a su pesar, sin poder remediarlo. La causa era el recuerdo de los versos de un viejo himno revolucionario, por los tiempos en que ingresó en el partido.

Pues nosotros somos la esperanza, y además,
tenemos la razón...

Eso mismo. Creer que se tiene la razón y la verdad en virtud de un sistema de revelaciones divinas, del que se nos habrá hecho gracia quién sabe por qué ni a cuenta de qué preferencia especial. «La voz del partido es la voz de Dios.» Patricio creía en esto. Es decir, sin Dios. Pero esta creencia, esta convicción, no representaba, ni con mucho, una actitud inofensiva que se redujera tan sólo a ser una especie de artículo de fe. Había algo aún más tremendo y desazonante en todas sus implicaciones.

—No sé por qué lo has tomado en esa forma trascendental y apocalíptica —arguyó Ismael sin abandonar el tono de comedia burda—. La voz de Dios y la voz del partido; la unicidad de Dios y la verdad histórica del comunismo como la única verdad —se rió—. Yo lo decía un poco en broma nada más...

De todos modos el silencio se había roto. Patricio frunció el entrecejo con un principio de hostilidad. —¿Acaso no lo crees? ¿No crees que el partido representa la verdad histórica, la única verdad? El rostro de Ismael se despejó hasta casi parecer alegre.

—Sí y no —repuso. En cierto modo quería fastidiar a Patricio. Vengarse en su persona de los acuerdos adoptados en el buró político, vengarse de sí mismo por no haber votado en contra. Su única satisfacción, en medio de todo esto, era haberle salvado la vida a Eladio Pintos al comunicarle —por supuesto a espaldas del partido— el plan que había para *liquidarlo*.

—El contenido general de esa actitud dogmática es lo que interesa —prosiguió con sus pensamientos— lo que esa actitud significa como concepción del mundo: ese mirar por un solo agujero, que, además, es un agujero abierto hacia el interior de una cámara oscura.

La verdad y la mentira. ¡Bah! ¿Por qué habían decidido liquidar a Eladio Pintos? Porque creían que la muerte de Eladio Pintos era la verdad. *Creían*. Veamos alguna de las formas del creer. Existen mentiras, falsedades y errores *objetivos*, o sea, que se encuentran fuera de nosotros como una realidad aparte. Pues bien; en tanto que *realidad objetiva*, tales mentiras, falsedades y errores, al ser percibidos por el pensamiento se constituyen en *realidad subjetiva*, en un reflejo mental sobre el cerebro que los ha percibido. Hasta este momento de la percepción, sin embargo, aún no se entra en la fase del análisis; la percepción no ha tomado aquello como mentiras, falsedades y errores, sino únicamente como cosas y

hechos que existen, es decir, como aspectos de la *existencia objetiva*. Aquí, pues, se llega al punto neurálgico del proceso, a la línea fronteriza donde se apartan unas cosas de las otras, mediante la comprobación de lo percibido con la *realidad práctica*. Bueno; esto es elemental, pero no por elemental menos peligroso dentro de la cavidad de algunos cráneos dirigentes. Esos cráneos dirigentes se detienen aquí, en la frontera entre la percepción y su análisis, siempre que se trata de examinarnos a nosotros mismos, de saber lo que somos como partido y de establecer el concepto de partido. Entonces los cráneos dirigentes (Ismael pensaba en los «cráneos dirigentes» del movimiento comunista no sólo de México, sino de la mayor parte de los países del mundo) confunden —¡desde luego que de modo consciente!— *lo que existe con lo verdadero, la realidad objetiva con la realidad racional* y derivan de esta confusión todo un sistema acabado, completo, de silogismos dogmáticos que constituye la Teología Roja en que se sustentan y a la que apelan cada vez que necesitan lanzar un anatema. Aun dormido, Ismael podía dar una lista inacabable de tales silogismos. «La clase obrera es la clase más revolucionaria; el partido comunista es el partido de la clase obrera; *ergo*, es el partido más revolucionario.» «El proletariado es la vanguardia de las demás clases oprimidas; el proletariado triunfante de la Unión Soviética es la vanguardia del proletariado mundial; *ergo*, la URSS es la vanguardia de la revolución en todos los países de la tierra.» «Stalin fue el mejor discípulo de Lenin; Lenin fue el más grande continuador del marxismo; *ergo*, Stalin es el más grande continuador del marxismo.» «La IV Internacional no es sino una variante del fascismo; Trotsky es el jefe de la IV Internacional; *ergo*, Trotsky no es sino una variante de Hitler y Mussolini», etcétera. Ahora bien; estos silogismos existen como realidad objetiva: la circunstancia de que se les haya hecho funcionar en la práctica, los ha convertido en una realidad objetiva. Entonces dicha realidad objetiva se proyecta sobre el pensamiento del partido, de tal modo, que cuando dicho pensamiento regresa nuevamente a la práctica, a base de esos silogismos generalizados, la comprobación que se realiza no se reduce a otra cosa que a ser la comprobación de la mentira con la mentira, de la falsedad con la falsedad, del error con el error: pensamiento y práctica que se identifican como hermanos gemelos en la metafísica y el dogma. La conclusión que de aquí se deriva, si introducimos en el examen del problema los conceptos de una ética humanista, los conceptos que se desprenden de un desarrollo ético del marxismo —Ismael siempre lo había pensado así—, no puede ser sino la conclusión más sobrecogedora y terrible, sobre todo si se piensa en los partidos que llegan al poder.

«Trataré de explicarme otra vez el problema —se dijo Ismael—. Indudablemente Jacobo tiene razón.» Eran ideas expuestas por Jacobo cuando ayer por la noche fue a visitarlo. Entre paréntesis, no pudo atreverse a decirle que había sido expulsado del partido. «El fenómeno consiste —prosiguió aproximadamente—, en que el ejercicio del dogma, el funcionamiento de los silogismos dogmáticos, recurre a su propia comprobación tautológica como si esto fuese el criterio de verdad, y presenta esta comprobación, de tal suerte, como la verdad misma. *B* es igual a *B* (correcto desde un punto de vista formal), pero si *B*, además, es un error, ¿cómo disimular el error, cómo presentarlo al revés, en condición de su contrario? Puesto que el error del pensamiento es igual al error de su práctica, el dogmatismo se refugia, entonces, en la comprobación *en sí*, presentándola como el fin y el remate del proceso. El método tautológico ha servido al dogmatismo, de este modo, para que sus postulados, sus silogismos dogmáticos, aparezcan como *la verdad*, como *lo verdadero*, tan sólo en razón de que *existen objetivamente*. Pero hay más: este método hace posible que se erija como norma política de los “cráneos dirigentes” —y en consecuencia, del partido en su conjunto también— el nihilismo ético más absoluto, la negación de toda ética, que se cifra en el concepto: *todo nos está permitido*.» Ismael no se pudo

contener por más tiempo.

—¡Escúchame! —conminó a Patricio, parpadeando nerviosamente—. Quiero que me contestes con la mayor sinceridad que puedas a una pregunta importantísima. ¿Estás convencido de una manera absoluta de que son justos los acuerdos que hemos adoptado? ¡Espera! Primero, cuando decidimos liquidar a Eladio Pintos, y segundo, cuando hoy acordamos expulsarlo a él y a Olegario Chávez.

El rostro de Patricio ennegreció de modo alarmante (era su forma de enrojecer) a tiempo que su mandíbula cuadrada se adelantaba hasta deformar la expresión con rabioso prognatismo, síntoma en él de un inminente estallido de cólera.

—Por supuesto que estoy convencido —replicó con sequedad—. ¿O supones que yo hago una proposición y voto por ella sin estar convencido de su necesidad?

Ismael entrecerró los ojos, encogiéndose de hombros, en la actitud de quien indica ser demasiado obvio lo que se le dice como para considerarlo válido en una discusión seria.

—¡Por favor, Patricio! —clamó en tono de súplica puramente retórica—. Hablamos de justicia y no de necesidad. Una cosa puede ser necesaria y al mismo tiempo injusta.

—¡Es lo mismo! —cortó en seco Patricio—. Lo que es necesario para el partido no puede sino ser justo *en todos los casos* —hizo un agresivo énfasis en las cuatro palabras—. Pero contestaré a tu pregunta. Por lo que se refiere a la liquidación de Pintos, *tú sabes muy bien* que fue una insinuación muy clara del buró del Caribe de la Comintern. ¿Podemos poner en duda la rectitud de criterio de los dirigentes de la Internacional, todos ellos combatientes probados, bolcheviques de una pieza?

—¡Un momento! —atajó Ismael precipitadamente, ya con cierta alarma—. Nadie está poniendo en duda la honradez de los dirigentes internacionales —Ismael no quería ceder del todo ante Patricio, aunque estaba presto a las concesiones si la situación llegara a ponerse delicada—. Sin embargo —continuó—, esos dirigentes no están a salvo de equivocarse. Tú no ignoras que Sinani, que había sido el jefe del buró del Caribe hasta hace poco, recientemente fue fusilado en Moscú. Sin duda no lo habrá sido porque fuese honrado ni un modelo de comunista. Y nosotros, aquí, hemos puesto en práctica las directivas de Sinani (cuando aún no caía en desgracia) porque eran directivas provenientes de un organismo internacional y de un jefe comunista a quien todos respetábamos y queríamos. Dime: ¿se deja de ser honrado de un día para otro? ¿Era que Sinani, desde largo tiempo atrás, e incluso durante el periodo en que estuvo al frente del buró del Caribe, ya trabajaba para el enemigo, ya se había convertido en un instrumento de la burguesía, en un simulador que engañaba al partido para servir más eficazmente a los adversarios del comunismo? ¿No merecemos entonces, nosotros también, el fusilamiento, por haber puesto en práctica las instrucciones de un traidor a la causa, de un agente de los fascistas en nuestras filas?

Ismael había tocado en lo vivo. La mención de Sinani cambiaba la persona del cauteloso y conciliador plural *nosotros* nada menos que por la persona del singular Patricio Robles, quien como jefe del partido era el vehículo de transmisión e interpretación de las directivas del buró del Caribe de la Comintern. Patricio no podía menos que pensar en una grave amenaza. («¿No mereces *tú*, Patricio, la destitución, la expulsión, a causa de tus vínculos con Sinani?») Golpeó ruidosamente la mesa con la palma de la mano y se puso en pie de un salto, el rostro contraído por la ira en forma muy desagradable, con un odio servil y fanático, de lacayo a quien el amo ordena dar una paliza a cualquier pobre diablo y se lanza contra éste sin conceder ya límites a su impune ferocidad. El propio Ismael estaba asustado; quizá había ido demasiado lejos. Nunca había visto así a Patricio ni sospechaba tampoco que pudiera despertarse en él una disposición tan irracional y poderosa, ante el simple presentimiento de un probable

adversario peligroso. La rabia de Patricio tenía algo de prehistórica, algo del Cromagnon. Del mismo modo se podría estar ante un cristero o ante un guardia de asalto nazi. Ismael tuvo un estremecimiento de repugnancia.

—¿A qué viene mencionar aquí a esa bestia inmundada de Sinani? ¡Engañó al partido soviético, engañó a la Internacional, nos engañó a nosotros! —gritó Patricio a voz en cuello, como un poseído—. ¡Me niego a seguir discutiendo con alguien que adopta este método antipartido para encarar los problemas! ¡Es una verdadera provocación! ¡Tú no puedes hablarme así! ¡No tienes derecho de hablarle así al secretario general del partido! Te conduces como si fueras un intelectual de mente sucia y retorcida, que ha querido sorprenderme con hábiles sofismas discursivos y disimuladas trampas políticas. ¿Qué es lo que te propones? ¿Hacerme caer en un lazo, sonsacarme a decir cosas que no siento ni pienso? ¡Hablemos claro de una vez por todas, camarada! Lo que quieres es desbancarme de la secretaría general. Aspiras a ocupar mi sitio como secretario general del partido y no encuentras mejor modo de hacerlo que con la intriga y la amenaza —agitó los brazos en el aire como las aspas de un molino que se hubiese vuelto loco—. Ya te veo ir de un corrillo al otro, por todos los rincones y entre todos los resentidos y amargados, con las especies más groseras: Patricio Robles se entendía con Sinani, con el trotskista, con el provocador Sinani; vean cómo expulsa a compañeros honrados y decentes; miren como presiona sobre el buró político y el comité central para salirse con la suya en las votaciones. ¡Conozco el paño, Ismael! Dime: aspiras a la secretaría general, ¿no? ¡Contesta! ¡Es una ambición legítima! ¡Dime! Quieres ser el secretario general del partido en lugar mío. ¿No es así?

Ismael miró a Patricio sin responder. Con todo —o sea, pese a su espíritu conciliador, a su disposición para capitular al menor síntoma de peligro—, a Ismael la escena no podía parecerle más vergonzosa. El mal del partido era peor de lo que pudiera haber imaginado nunca y pensaba que, probablemente, sería imposible superarlo. «Sin embargo —afirmó—, *el partido es el partido.*» Se refugiaba también —¡por Dios, si no había otro remedio!— en la consoladora tautología dogmática.

—¡Muy bien! —exclamó Patricio, ahora con la voz en calma, pero fría y amenazante cual la de un verdugo, mientras caminaba sin parar de un lado a otro—. El que calla otorga. Debo entender entonces que estás resuelto a dar la lucha por la secretaría general.

Se detuvo al paso, un segundo, para golpear la mesa con el puño, pero sin que su voz subiera de tono otra vez.

—¡Lucharemos, camarada Ismael Cabrera, lucharemos tú y yo! —de súbito se soltó a reír con una sombra de despecho de la que no se podría dar cuenta jamás. ¿Despecho él? ¿Sentimientos bajos él?

En seguida prosiguió con un sarcasmo en que trataba de poner el mayor desprecio.

—¡Vaya si no lucharemos! Y mira —dijo deteniéndose por fin. Le gustaba, en ciertas ocasiones, servirse de determinados giros lumpenproletarios, usuales entre la gente de billar y los tahúres, por creer que esto daba a sus palabras un matiz, un toque reminiscente de su origen como hombre del pueblo que había sido: —*Te daré veinte y las malas.*^[1] podría consignarte a la comisión de control por todo lo que has dicho aquí y ten por seguro que no ibas a salir muy bien librado del trance. Pero no lo haré para no darte la impresión de que procedo con ventaja y sin lealtad. ¡Pelearemos, pues, yo por afianzarme en la jefatura del partido y tú por hacerme a un lado! ¡Ni hablar!

Ismael Cabrera se puso en pie. Estaba muy pálido, sentía náuseas y, a cada momento más precisos, los amagos de un vahído. Se daba cuenta de lo que significaban las palabras de Patricio Robles. A partir de estos momentos podría comenzar para Ismael el proceso de su caída en desgracia, proceso que nunca termina de otro modo que con la expulsión, a menos que se sepa atajarlo en su oportunidad. Pensó que

aún estaba a tiempo de retroceder.

—¡Te equivocas en todo y por todo de un extremo a otro, Patricio! —su voz sonaba opaca, distante, empequeñecida—. No aspiro, nunca he aspirado, ni nunca aspiraré a ocupar la secretaría general del partido. Puedes estar seguro de ello. Te doy mi palabra de comunista. En lo que se refiere a la pregunta que te formulé y a las cosas que dije, creo que incurriste en un error de interpretación. Yo no estaba exponiendo, en ningún momento, puntos de vista míos, sino que por razones de método me serví de aquellas formulaciones equívocas que pudieron suscitar, desde un principio, con su solo enunciado, un debate lo suficientemente radical como para obligarnos a ir hasta la raíz de los acuerdos del buró político, a fin de fortalecerlos teórica e ideológicamente. Afirmo delante de ti, como secretario general que eres, que considero justas las expulsiones de Eladio Pintos y Olegario Chávez. Mi única discrepancia, si puede llamársele así, radica en que soy partidario de que se les expulse *mejor*, de un modo más sólido, arrebatándoles toda posibilidad de que argumenten o se defiendan con algún viso de que pudieran tener razón...

Patricio tomó al vuelo la intención que se encerraba en lo que Ismael decía. Una sombra cruzó sobre su frente y sus ojos parecieron apagarse, igual que un foco de luz cuando la corriente eléctrica pierde voltaje.

—¿Quieres decir que hay el riesgo de que hablen? ¿De que alguno de los dos, o los dos, diga algo sobre los propósitos que hubo de liquidar a Eladio...? —hizo un ademán para contener la interrupción que intentaba Ismael, pues creía saber su contenido—. No; no me refiero a que sean capaces de recurrir a una delación policiaca. Eso ninguno de ellos lo haría jamás. Los conoces, los conocemos. Pero sí podrían intentarlo con el partido. Hacer una alharaca estúpida contra el secretariado... Hasta pedir un congreso extraordinario o algo que se le pareciera. No me inquieta, pero eso entorpecería nuestro trabajo; nos alejaría del cumplimiento de tareas más importantes, para enredarnos en inacabables habladurías de vecindad...

Ismael retuvo una sonrisa que pugnaba por aparecer en sus labios.

—Justamente a eso me refería: arrebatárles las armas políticas que aún quedan en sus manos. Por supuesto nadie piensa que un Eladio Pintos o un Olegario Chávez, luchadores probados, piense ni por broma en acudir a la policía. ¡Vaya! Ni siquiera a los periódicos burgueses. Por eso mismo, el camino está abierto para que el partido obre en consecuencia. Tenemos que convencerlos de que sean ellos mismos quienes acepten su expulsión como justa y así lo declaren públicamente, para bien del partido y de su unidad combativa frente a los enemigos de clase...

Patricio lo miró largo, escrutadoramente.

—¿Lo crees posible?

—¡Absolutamente! —repuso Ismael—. A pesar de todos sus defectos y sus desviaciones políticas, en el fondo ellos no han dejado de ser comunistas. Me propongo para hablar con Eladio Pintos y convencerlo... Bien, puede que convencerlo no. Pero él lo hará si comprende que es un servicio que presta al partido. ¿Aceptado?

Patricio afirmó con la cabeza, no obstante sin perder la sombría expresión de su rostro. Ismael no había terminado.

—Por último —dijo—, en lo que hace al incidente habido entre tú y yo, y para disipar toda posible reserva, pediré al buró político que me releve de cualquier cargo de dirección en el partido y me mande a la base en la condición de un simple militante. Es todo, Patricio. Hasta la vista.

Perplejo, desconcertado, Patricio no pudo replicar una palabra. Por otra parte, Ismael Cabrera no le

dio tiempo de hacerlo. Había salido de la casa en un abrir y cerrar de ojos, y en estos momentos, después de haber cruzado el jardincillo exterior, estaba trasponiendo la puerta de la calle. «Tendrá sus limitaciones y, a veces, uno que otro desplante, una que otra tempestad en un vaso de agua —se dijo Patricio Robles—; pero ¡qué gran camarada, qué buen comunista es Ismael Cabrera!»

2

La mirada delirante de Lucrecia, más allá del pánico, no podía apartarse de la figura de Mario Cobián, ahí, sentado a los pies de la cama, en la sala de la Cruz Roja, que le acariciaba suavemente los muslos por encima de la colcha.

—¿Ya lo ve, mi Luque? Lo que sea de cada quien. Había de hacérsenos la nuestra.

Extrajo de la bolsa de su saco una tarjeta a la que cruzaban de un extremo a otro los colores nacionales.

—Mire, mi Luque: me hicieron agente de la reservada. Ora ya no seré un don Cualquiera; ya no volveré a ser El Muñeco de otros tiempos; soy alguien, soy gente, me reconocen, me necesitan, me tratan como lo que debe ser: un hombre humano y no un hombre que sea nomás bestia. Haremos una vida nueva, mi Luque, y ya verá qué feliz será conmigo.

Pensó Lucrecia que aquello era ya lo último a que podía llegar, pero que también era imposible sustraerse a una maldición cuyo origen ignoraba y que había pesado sobre cada minuto de su vida, desde que su madre la parió sin deseos de que viviera.

—Ya no importa lo que seas, Muñeco —dijo con una voz que la desesperación hacía delicada y quebradiza como el más fino cristal—. Puedes hacer de mí lo que quieras. Pegarme, maltratarme, humillarme. Sé que no puedo escapar de ti —Lucrecia hablaba ya casi en sollozos—. Viviré a tu lado para sufrir todo eso hasta que llegue el momento en que me mates, porque eso es lo que va a suceder. Entonces será el momento en que salga de mis penas. Es mi destino de pinche puta desdichada.

México, D. F., 15 de enero de 1964

Notas

[1] Lo que quiere decir, entre los jugadores de billar, conceder al adversario veinte tantos de ventaja y no contarle las tiradas que yerre, pese a lo cual será vencido de todas maneras. <<